

MÁS CUENTOS. DE SCHMID



=V.deS.=

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

XXXI



CRISTÓBAL SCHMID

MAS CUENTOS ESCOGIDOS

ROSA DE TANEMBURGO * GENOVEVA DE BRA-
BANTE * FRIDOLÍN EL BUENO Y THIERRY EL
MALO * EL CANASTILLO DE FLORES

ILUSTRACIONES DE
J. ORTEGA HERNÁNDEZ
Y MANUEL PICOLO



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
OF THE CITY OF MADRID

DEPARTAMENTO DE HISTORIA NATURAL
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
DE LA CIUDAD DE MADRID

RECEIVED BY
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
DE LA CIUDAD DE MADRID





ROSA DE TANEMBURGO

CAPÍTULO PRIMERO

ROSA, EDUCADA POR UNA BUENA MADRE

HACIA los confines meridionales de la Suabia, en aquel pintoresco país esmaltado de floridos valles y arboladas colinas, por detrás de las cuales se alzan las nevadas montañas de Suiza, cuya magnífica blancura deslumbra, había sido fundado en tiempo inmemorial el castillo de Tanemburgo sobre un mogote pedregoso y poblado de abetos. Aunque habían pasado siglos después de derruido, sus desmantelados torreones y musgosas paredes causaban todavía una impresión particular en el ánimo de los viajeros cuando los contemplaban a los arreboles del sol poniente o a la pálida claridad de la luna. Bendecían en su corazón a los nobles personajes que allí habitaron en otro tiempo haciendo feliz su dilatada comarca, y embargados por la sublime sensación de la insubsistencia de todas las cosas terrestres, detenían por algunos momentos su marcha.

Cuentos de Calleja

Antiguamente había vivido en aquel castillo el caballero Edelberto con su esposa Matilde en la más dichosa concordia. Edelberto era un bizarro guerrero; pero, aunque por su ruda profesión hubiese de manejar espada y lanza, bajo su cota de acero latía un corazón humanitario. Era un varón sumamente piadoso, de una lealtad a toda prueba y muy bondadoso señor para con sus vasallos. El Príncipe de Suabia le honraba como amigo, y hasta el Emperador le había distinguido gloriosamente entre todos los demás caballeros. Matilde, esposa de Edelberto, por su talento, religiosidad, virtud y caridad para con los pobres, era reputada como la más excelente señora, agregando a estas prendas una extraordinaria hermosura.

El caballero Edelberto hacía breve estancia en su castillo, pues acompañaba por lo común al Príncipe en las expediciones militares, y pasaba a veces años enteros en campaña. Durante la ausencia de su esposo, Matilde hallaba el más dulce consuelo en la compañía de su única hija, tierna jovencita, llamada Rosa, que en las excelentes dotes del alma y belleza del cuerpo igualaba a su madre. La más importante ocupación de ésta era educar bien a aquella niña colmada de esperanzas. Su manera de educar era sencilla, pero admirable, pues siendo la madre piadosa y buena de corazón, no podía serle difícil educar a su hija en la misma bondad y santo temor de Dios.

Esta piadosa madre enseñó a su hija ante todo a conocer a Dios y procuró fomentar en su tierno corazón un amor entrañable al Padre celestial. La noble señora admiraba las majestuosas obras de Dios, siendo capaz de examinarlas con atención. Desde las elevadas ventanas del camarín en que solía pasar muchas horas del día entregada a sus labores, disfrutábase una amenísima vista. El cielo y la tierra observados desde aquella eminencia proporcionaban una hermosísima perspectiva y suministraban a la buena madre muchas ocasiones de enseñar a la hija la sabiduría, bondad y omnipotencia que Dios revelaba en sus obras.

Algunas mañanas de estío despertaba muy temprano a Rosita.

—Ven, Rosa, y verás qué bello sale hoy el sol. Mira —decía abriendo la ventana—: mira qué claro brilla el cielo por donde el astro ha de salir. Repara en aquellas graciosas nubecillas, rodeadas de un resplandor que brilla como el fuego, y en aquellas lejanas montañas nevadas, sobre el verde oscuro de las florestas y que parecen montañas de oro. Mira, ya sale el sol. ¡Oh, cuán portentoso es Dios, que lo ha creado! Allí sobresale dorada la torre de la iglesia en medio del bosque de los árboles frutales, mientras que todavía permanece lóbrega la villa entera. Los regocijados labradores acuden con nuevo vigor a sus tareas, el pastor encamina hacia las hondas praderas el alegre ganado, y por aquella montaña pacen las ovejas acompañadas del zagal. Allá los segadores con sus relucientes guadañas cortan el pasto de las floridas praderas:

ya están doradas las mieses, y presto entrará en ellas la hoz: por todas partes podemos contemplar la bendición de Dios. ¡Oh, qué padre tan amoroso es Él, que desde allá arriba atiende con igual cariño a todos los hombres, lo mismo en las chozas que en los palacios, y les concede por morada esta hermosa tierra, tan llena de sus dádivas! A todos los llevará un día al Cielo consigo. ¡Ah! ¡Quién no se alegrará de amar a tan bueno y tierno padre!

Estas palabras, que salían del corazón de Matilde, penetraban en el de Rosita, que cruzaba las manecitas y decía:

—¡Oh, Dios bueno y amantísimo, cuántas gracias te doy por todas las hermosuras que has labrado!

Matilde enseñaba a su hija que cuanto podemos ver en el cielo y en la tierra, desde el sol hasta las gotas de rocío, nos anuncia las bondades y gracias de Dios. Nuevas ocasiones de ello le ofrecían continuamente las sucesivas estaciones del año con sus variados encantos y regalos. Rosa aprendía a elevar su espíritu desde las criaturas hasta el Creador, y al ver un árbol o una flor su corazón se regocijaba, y rebotando del más fervoroso amor, daba gracias a Dios por sus beneficios.

La buena madre conocía perfectamente la Historia Sagrada, y mientras hilaba o bordaba refería a su obediente hija, a veces por espacio de muchas horas, ciertos pasajes proporcionados a los tiernos años de Rosita. Trasladábala al Paraíso, a las cabañas de los patriarcas, a los desiertos de los israelitas, a la tierra que abundaba en leche y miel, y le hacía experimentar un gozo indecible. De este modo le enseñaba que Dios guía al hombre con su gran santidad, que sólo se alegra de lo bueno, que odia lo malo y desea que todos sean buenos y virtuosos. En la perversidad de que nos hablan las Sagradas Escrituras contemplaba los espantosos ejemplos del vicio, y tomaba del bien el modelo de las más amables virtudes. Rosa oía contar con mucho gusto la vida de Jesucristo; se regocijaba con los ángeles y pastores del Niño Dios en el portal de Belén y con los Magos de Oriente, cuyo astro brillaba en el cielo; dedicaba al recién nacido Rey sus más puros sentimientos de adoración y gratitud, más preciosos que el oro y el incienso, y hacía también los más cordiales propósitos de obedecer siempre a sus padres y prosperar cada día en bondad. Con su espíritu acompañaba al Divino Maestro en los viajes por la Tierra Santa, colocándose entre sus oyentes en la montaña, en el mar o en el templo; le escuchaba llena de respeto y atención, y prometía solemnemente a su madre seguir con puntualidad aquellas instrucciones. Llenó su corazón el más puro gozo cuando supo que el divino Amigo de los niños llamaba amorosamente hacia sí a los párvulos y los bendecía, y consolaba a los afligidos padres de la doncellita fallecida diciéndoles: «Duerme solamente»; y acercándose al féretro, añadió: «¡Levántate!», de-

Cuentos de Calleja

volviéndosela viva a la llorosa madre. Se proponía ser siempre una buena hija que mereciese la bendición de Dios, y tenerle amor y confianza, porque puede enjugar todo llanto, socorrer en cualquiera necesidad, y hasta privar de su espanto a la muerte y conceder la vida eterna. Cuando, finalmente, la madre le contó los padecimientos que Jesús inocentísimo sufrió por amor a los hombres, y cómo derramando su sangre en la cruz imploraba con los labios palidecidos a su Padre celestial misericordia para sus asesinos, saliendo de la pasión y muerte a su gloria y majestad, corrían lágrimas purísimas por las mejillas de la tierna Rosita. En lo íntimo de su corazón prometía consagrar toda su vida al que también murió por ella. De esta manera la piadosa madre enseñaba a su hija a conocer y amar al Divino Redentor.

La madre, al mismo tiempo que fomentaba en el corazón de su hija el amor a Dios, deseaba que también se le arraigase el amor a todos sus semejantes. El amor materno para con Rosa proporcionó a Matilde el más acendrado amor filial, y en los mismos términos era querido el padre, aunque permanecía poco en casa, pues la madre le hablaba siempre de él con el más cordial afecto. Con frecuencia decía la madre:

—Pórtate de modo que, cuando venga tu amado padre, no pueda yo contarle más que cosas buenas.

Esto era para Rosa la más eficaz exhortación al bien; y cuando el padre volvía a su casa, Rosa, lo mismo que su madre, se esforzaban en no darle más que alegrías.

El padre gustaba mucho de los melocotones que producía una espaldera en el jardín del castillo. Un día llevó la madre el primer fruto partido en tres cascos iguales, para el padre, para sí y para Rosa, y dijo:

—Yo cederé el mío al padre.

Añadió Rosa al punto:

—También yo le daré el mío.

Y no lo hubiera comido por nada del mundo. Con la más alegre solicitud arreglaba en un lindo cestillo todos los melocotones para que su gracioso color agradase mucho más a la vista y se los presentaba a su padre.

Matilde acostumbraba socorrer a los verdaderos necesitados con dinero o comida, y distribuía muchos de tales donativos por mano de su hija, a fin de que ésta pudiera conocer por experiencia la alegría que produce la caridad al que la ejercita. Sabía excitar en ella la compasión por las desdichas ajenas y sacrificar en bien de los demás una satisfacción propia. En cierta ocasión recibió Rosa, por su natalicio, un escudo de oro de su padre, quien le dijo que con aquel dinero podía regalarle con lo que más le gustara. Rosa hizo a su madre una multitud de preguntas acerca de todas las cosas bonitas que podía comprar con aquel

dinero, y como la madre le nombró muchos objetos, la regocijada niña no acertaba a elegir ninguno. En aquella ocasión se presentó una pobre viuda que, a consecuencia de una epidemia, había perdido su única vaca. La madre la hizo entrar, la escuchó y dijo:

—Ya he dado dinero a muchos labradores que han tenido la misma desgracia; apenas puedo atender a tanto, y necesito quedarme con algún dinero para los gastos diarios.

Se fue, sacó algún dinero, y se puso a contarlo sobre la mesa:

—Nada más puedo daros —exclamó—; pero con un solo escudo de oro que tuvieseis, podríais comprar una linda vaca.

Rosa corrió entonces compasiva, sacó su escudo y lo puso sobre la mesa junto al dinero contado.

—Ya tengo —dijo— bastantes vestidos, y esta pobre viuda se halla más necesitada de una vaca que yo de un adorno nuevo.

La infeliz mujer lloraba de gozo, y quiso besar la mano de Rosa. Cuando hubo partido, la madre dio un abrazo a su hija y dijo:

—Rosa, te has portado muy bien: para mí vale más que millares de escudos, más que todas las galas y adornos del mundo esa compasión tuya.

La madre acostumbró a Rosa desde la más tierna niñez a una dulce obediencia; porque los caprichos, decía la instruída madre, son el obstáculo más poderoso para ser bueno. Un niño debe ante todo aprender a someter su voluntad a la de sus padres, y así queda más fácilmente sumiso a la voluntad de Dios; pues si a sus padres, a los cuales está viendo, no obedece, ¿cómo obedecerá a Dios, a quien no ve? Ya en el corazón del niño es preciso moderar las inclinaciones vehementes y desarraigar la cizaña para que puedan desplegarse las hermosas flores de los nobles sentimientos.

Con estas máximas negaba la madre breve y terminantemente lo que no podía ser concedido, y Rosita, como todos los niños, procuraba al principio con ruegos y lágrimas obtener muchas cosas que vehementemente deseaba. Presto advirtió que un *no* de su madre equivalía a centenares de palabras, y, conociendo que todas las súplicas y lágrimas habían de ser en balde, desistía. La madre le proporcionaba diariamente pequeñas ocasiones de ejercitarse en la obediencia y vencer los antojos. Cuanto ordenaba debía ser inmediatamente ejecutado, dejando sin dilación cualquiera otra tarea y todos los juegos. No podía coger una florecita en el jardín ni arrancar la menor fruta sin previo aviso. Pero la madre tampoco recibía ninguna satisfacción con las demasiadas prohibiciones o mandatos. Aborrecía las continuas y a veces superfluas órdenes y correcciones hechas a los niños, con las cuales no saben por último a qué atenerse.

—Se necesitan —decía— muy pocos preceptos; pero han de ser exactamente cumplidos. El Señor no dio más que diez para hacer buenos

Cuentos de Calleja

y dichosos a los hombres, y si éstos se hubiesen guardado nos hubiéramos ahorrado otros diez mil.

Esta juiciosa madre descubrió muy presto que para excitar a los niños a la obediencia y disuadirlos de la indocilidad eran necesarios las recompensas y los castigos.

—El Señor—decía—lo hace igualmente con nosotros, que somos niños grandes.

Hallaba la madre sumo contento en partir con su querida Rosa las más hermosas frutas del huerto; pero era menester que Rosa las mereciese.

—Si aprendes de memoria y sin equivocarte—le decía algunas veces—la lección que te dictaré, tendrás estas hermosas cerezas.

Otras veces insinuaba:

—Si haces bien y con agilidad toda la calceta que te señalo, te daré aquel racimo de uvas.

Rosa cumplía prontamente lo mandado, y su gozo era entonces mucho mayor que si hubiese recibido las frutas sin haber hecho mérito para ello. Cuando cometía alguna falta, no le era permitido bajar con su madre al jardín, lo cual servía de suficiente castigo, y pronto dejó de ser necesario, pues cuando la madre decía con serio semblante: «No hubiera creído esto en ti; no me causes tal molestia», Rosa ya no volvió a estar tranquila hasta que su querida madre se sonreía de nuevo.

Esta excelente madre, a quien nunca se veía ociosa, tenía siempre con qué ocupar a su hija. Cuando se sentaba a trabajar, también Rosita había de hacer alguna cosa.

—La diligente aplicación de los niños—decía entonces la madre mirando con recreo a su hija—, aunque no contribuya al sostén de la casa, es siempre de mucha utilidad para ellos mismos, preservándolos del fastidio y del mal humor y acostubrándolos desde muy temprano a la vida activa.

Desde muy niña Rosa aprendió a hilar con primor, y presto supo también manejar la aguja con destreza. Bajo la dirección de su madre se gobernó un vestido con tela de hilaza hecha por ella misma, y tuvo un gozo singular al estrenarlo. No le causaba tanto placer la rica tela que una vez le había llevado su padre al volver de una expedición.

Matilde, según costumbre de aquellos tiempos, cuidaba por sí misma de guisar, y procuraba imaginar para Rosa alguna pequeña ocupación, aunque no fuese más que mondar guisantes o habas. Pero hallaba el más delicioso entretenimiento en el jardín, lindamente plantado, donde al mismo tiempo los movimientos al aire libre aprovechaban en gran manera para su salud, y Rosa se aficionó también a las labores del jardín. La madre le señaló en él unos cuadros aparte, y mandó hacer para ella un pequeño rastrillo, una graciosa regadera y otros útiles de jardinería. Esto proporcionaba siempre a Rosa tareas en que ocuparse

desde los primeros días de primavera, cuando despuntan las flores encarnadas del melocotón, hasta el otoño, en que cae la hoja. Con el más alegre esmero plantaba semillas y tiernas posturas, regaba las plantas y arrancaba los brotes de maleza, amontonaba la tierra alrededor de los pies de berza, y ataba a lo alto de una vara las trepadoras ramas de los guisantes. Cuando se pusieron en la mesa los primeros guisantes que Rosa había criado y guisado, experimentó un deleite extraordinario y creyó que nunca había gustado un manjar tan exquisito.

—Ahí tienes—dijo la madre—los dulces frutos de la aplicación. Así recompensa Dios el trabajo, y éste ha transformado en una rica huerta todo el terreno que circuye nuestro castillo.

Pensando la madre de continuo en ocupar a su Rosita sin que la monotonía la cansara, combinaba con mucho tino las diversas tareas, de modo que tampoco careciese de recreo. Dos o tres veces a la semana permitía que visitasen a Rosa unas cuantas niñas pobres de su edad, entre las cuales se distinguía particularmente por su buen corazón una, llamada Inés.

Rosa obsequiaba a su amiguita cuantas veces venía; en seguida poníanse a hilar un largo rato, y después jugaban en la sala o en el jardín. Pero la madre, sin que las niñas lo advirtiesen, nunca las perdía de vista y oía cuanto hablaban entre sí. Ella les proponía un juego y hasta se acomodaba a instruirlas en el mismo juego. De este modo siempre tenía regocijada y alegre a su hija, lo cual miraba como punto esencial de una buena educación. Rosa tenía constantemente recreado su entendimiento, y, por tanto, hallábase más gustosamente dispuesta a cualquier tarea y a todo lo bueno.

Con entera preferencia atendía la juiciosa madre a que la naciente vanidad y el gusto por los adornos no corrompiesen el corazón de Rosa. Siendo ésta ya más crecida, fue un día el Príncipe a Tanemburgo para visitar a su amigo Edelberto, y con este motivo fueron convidados muchos caballeros y damas de la comarca.

Siendo preciso que Rosa se presentara con un ornato adecuado a su clase, fue vestida de seda y engalanada con piedras preciosas.

Los señores forasteros y sus esposas alabaron desmedidamente la belleza y atavío de la señorita, y dijeron muchas cosas lisonjeras que no supieron mal a Rosa.

Luego que partieron los ilustres huéspedes, dijo su madre:

—Las expresiones que estos señores y señoras te decían me han afligido mucho. ¿Por ventura no tenían que alabar en ti otra cosa sino esos oropeles que llevas prendidos, y que ahora soltarás de nuevo? Las alabanzas cuadraban al tejedor de la seda y al pulidor de las piedras, no a ti. Celebraron únicamente tu figura, que no es mérito

tuyo, cuya belleza pasa luego y un día se convertirá en polvo. ¡Oh, Dios mío, si en mi cara Rosa no hubiese amable más que eso, yo sería una madre muy desdichada! ¡Ah, hija mía, aspira a las prendas que te den verdadera honra!

La madre iba colocando tristemente sus adornos en el lindo cofrecito de las joyas.

—¡Oh! —exclamaba— ¿Qué son estas alhajas, comparadas con un noble corazón? Estas cosas no pueden hacerme feliz. Cuando un día me conduzcan al sepulcro, aquí quedará esta cajita: pero las intenciones y obras buenas son las legítimas piedras preciosas, que por dondequiera tienen valor.

Para educar bien a Rosa, el hermoso ejemplo de Matilde influía más que cuanto podía decirle. El comportamiento de la madre era un limpio y claro espejo en el cual la hija estaba viendo siempre cómo debía obrar y lo que había de ser. Era la madre tan modesta, afable y bondadosa, que sus modales eran constantemente un mudo elogio de aquellas virtudes. Jamás hablaba con jactancia, y a nadie daba a entender sus preeminencias de cuna, riqueza y penetración. Su dulce y afectuoso semblante no se desfiguraba nunca por la cólera, nunca murmuraba de otro, ni su boca profería jamás palabras vituperables. Su piedad y filantropía hicieron tal impresión en el corazón de la hija, que no se le borraron en toda su vida.

Había en la fortaleza una antigua capilla con ventanas pintadas de varios colores. En ella se arrodillaba la piadosa madre frecuentemente al pie del altar con veneración y fervor. La madre orando era para Rosa un espectáculo celestial que también levantaba su corazón al cielo. Todo un libro no se lo hubiera podido demostrar tan clara y palpablemente.

Matilde se cuidaba mucho de los enfermos, dolientes y menesterosos de toda especie. En la aldea del pie de la montaña había en cierta ocasión una pobre jornalera, madre de siete hijos de muy corta edad y enferma de mucho peligro. Para la noble señora fue cosa muy sencilla descender de lo alto del castillo a visitar a la pobre enferma, echada en un humilde jergón, informarse acerca de sus circunstancias, arreglar todo lo conveniente, hacerle cobrar ánimo, y hasta darle por su mano las medicinas. Repetía diariamente la visita, a la cual Rosa había de acompañarla, para que, al paso que le daba a conocer las miserias humanas, pudiese aprender a consolar a los demás y hacerlo más fácilmente algún día por sí misma. Luego que la enferma estuvo fuera de peligro, Matilde vió prorrumpir en lágrimas de gozo a los siete niños, al apesarado padre y a la madre enferma, cuando aquél exhortó a sus hijos para que de rodillas diesen gracias a la noble señora que había salvado la vida de su madre. En medio de su llanto,



En ella se arrodillaba la piadosa madre frecuentemente al pie del altar...

Hasta el padre se puso de rodillas; y al presenciar cómo besaban los niños la mano y los vestidos de su bienhechora, quedó Rosa tan afectada, que lloraba con ellos, se juzgaba dichosa por tener una madre tan buena y prometía solemnemente a Dios seguir su ejemplo.

Una educación tan esmerada no podía menos de producir buenos frutos, y Rosa fue un verdadero dechado de virtudes. Profesaba el más puro amor a Dios, a sus padres y a todos los hombres. Su modestia, su decoro, sus dulces modales, su piadoso y claro juicio ennoblecían y hermoseaban su rostro encantador. El vestido que llevaba era de lienzo, hilado y blanqueado por ella misma, sencillo y limpio como su espíritu, y realzaban su blancura un par de acianos azules o una guirnalda de rosas. Pero sus inocentes y afectuosos ojos eran de un azul más bello que las flores de aciano, y el color de inocencia de sus sonrosadas mejillas aventajaba al encarnado de las yemas de rosas cuando se abren. Todos decían al verla:

—Rosa de Tanemburgo es indudablemente la más hermosa doncella de toda la Suabia; pero su virtud la hace infinitamente más amable que su hermosura.

CAPÍTULO II

ROSA PIERDE A SU MADRE

Rosa no pudo disfrutar por mucho tiempo la dicha de tener tan excelente madre. Había llegado a los catorce años, cuando ésta cayó de repente enferma de gravedad. Conoció el riesgo, y no lo disimuló a su hija. El caballero Edelberto había partido para la campaña, y Matilde dijo a Rosa:

—Querida hija, despacha un mensajero a tu padre, por si no puedo verle más en este mundo, y en seguida manda llamar al piadoso cura Norberto. Él me bautizó, me dedicó a Dios y me bendijo al entrar en esta vida, y no me negará su asistencia al salir de ella, acompañándome afablemente hasta ponerme en las puertas de otra mejor. Antes que sea demasiado tarde, quisiera prepararme a la muerte, aunque toda la vida en la tierra debe ser una preparación para la del Cielo, pues a esto hemos venido al mundo. En estos momentos nada mejor puede hacerse que consagrarse a Dios, reconciliarse hasta de las más tenues faltas y juntarse con Él, conforme a los preceptos de la Iglesia.

Llegó el piadoso cura, amabilísimo y afectuoso anciano. Matilde habló largo rato a solas con él y recibió de su mano el pan de la Eucaristía. Su fervor penetró en el corazón de la buena Rosa y mitigó su indecible pesar. El venerable cura oró enfrente de la enferma, explicándose acerca de la vida eterna con tanta energía y persuasión, que Rosa deseó de todo corazón morir en seguida que su madre.

La niña, llena de respeto, amor y compasión, permanecía como un ángel de asistencia siempre junto al lecho de su madre. Al cabo de algunos días llegó el caballero Edelberto. Rosa corrió a recibirle, y encontrándole al pie de la escalera de piedra, le saludó con un torrente de lágrimas. Profundamente afligido se acercó el caballero al lecho de la enferma, sobrecogiéndose de hallar tan pálida y desfigurada a su querida esposa, y al fin su sorpresa se deshizo en lágrimas. Rosa estaba sollozando al otro lado del lecho. La moribunda señora, sonriéndose con indecible ternura, presentó una mano a su esposo y alargó la otra a su hija.

—¡Carísimo Edelberto, carísima Rosa—dijo con voz débil—, es llegada mi hora! ¡Ya no veré más salir el sol! Pero no lloréis; estaré mejor allá arriba, en la residencia de nuestro Padre celestial, donde hay muchas moradas. Recibid mi bendición. Ahora no hago más que pasar a otro aposento, que no estará cerrado para vosotros; presto volveremos a vernos allí, y entonces no nos separaremos nunca.

Calló, y la debilidad no le permitió continuar.

—Querido Edelberto—prosiguió al cabo de un rato—, ahí tienes a nuestra hija. Nunca te di un retrato mío; pero nuestra amable hija, imagen viva mía, te servirá para mejor recuerdo de mí, el más cumplido que puedo dejarte. En mi postrer momento te la entrego como en la presencia divina. Procuré educarla piadosa y cristianamente; concluye tú ahora esta educación, perfecciona lo que haya descuidado, emplea con ella todo el amor que me has demostrado, y por el cual te doy gracias al morir. Y tú, carísima Rosa—prosiguió—, me has dado mucho contento; jamás me afligiste, y has sido para mí una buena hija. En la hora de mi muerte debo darte esta prueba. Consérvate piadosa, inocente y buena; ama a Dios, haz lo que Él nos enseña, nunca lo malo; venera y estima a tu buen padre, que siempre se halla expuesto a muchos peligros en la guerra. Si algún día le trajesen herido a casa, haz mis veces con él, y en los años de su ancianidad cúidale con el mayor cariño, puesto que yo no podré hacerlo. Condúctete siempre con él como una buena hija..., y adiós. ¡Oh, Dios mío!—añadió luego dirigiendo fervorosa mirada al Cielo— ¡Presérvala del mal y consérvale en el bien! ¡Escucha mi última plegaria, el ardiente ruego del corazón de una madre! ¡Déjamela ver otra vez allá en el Cielo!

Padre e hija se anegaban en llanto, mientras la moribunda juntaba las manos de su esposo y de su hija, teniéndolas entre las suyas frías.

—Nosotros tres—decía— fuimos siempre un corazón y un alma en este mundo, y, con la ayuda de Dios, también lo seremos en aquél. La muerte nada puede contra nuestro amor: viviremos eternamente en el Cielo y eternamente nos amaremos.

Miró a su esposo y a su hija con el regocijo de un ángel, y en su semblante brillaban los rayos de su cercano esplendor.

—Dios—dijo—me concede en este postrer momento un gran consuelo y una gran alegría. ¡Gracias le sean dadas! ¡Oh, Rosa mía, cuánto me alegro de que veas en mí cuán consolados y dichosos pueden morir los que creen en Dios, en Jesucristo y en la vida eterna! Jesucristo no deja de dar consuelo a los que en Él creen, cuando más lo necesitan. Nada me arredra la muerte, y soy dichosa con la esperanza de la vida eterna.

Clavó entonces sus miradas en un hermoso cuadro de la muerte del Redentor, que tenía enfrente, colgado en la pared, cruzó las manos, y dijo con voz débil, casi imperceptible:

—¡Así como Tú, Redentor mío, encomendaste tu espíritu a las manos de tu Padre, así también yo encomiendo el mío a las tuyas!

Calló, púsose más pálida, quedaron inmóviles sus ojos y expiró. Rosa enmudeció de dolor, y Edelberto dijo suspirando:

—¡Ha vivido y muerto como una santa! ¡Ella tiene ya la palma de la victoria! ¡Llévenos Dios también a nosotros con esta suavidad hacia sí algún día, y júntenos con ella otra vez!

El dolor del buen Edelberto y de la afligida Rosa en aquella noche, el día inmediato y durante los funerales, fue superior a toda descripción. Los acompañó en su pesar toda aquella dilatada comarca, y en cada casa y en cada choza reinaba igual pena que si hubiesen perdido a su propia madre. El respetable clérigo dio sepultura al cuerpo y empezó una plática dirigida al innumerable concurso que acudió a las exequias. Pronto se hizo el clamor tan intenso, que ya no fue posible percibir la voz del anciano, y él mismo prorrumpió en llanto. Con las manos hacía señas para que guardasen silencio, y al fin no dijo más que estas palabras:

—¡Cuando tan expresivamente hablan las lágrimas, yo debo callar! ¡Vivamos de modo que también corran sobre nuestra tumba lágrimas agradecidas! ¡Sembremos aquí como la difunta, y segaremos con abundancia en el Cielo!

CAPÍTULO III

ROSA CUIDA DE SU PADRE

El caballero Edelberto partió nuevamente para la guerra; pero en un día de otoño regresó a su fortaleza con el brazo derecho gravemente herido. Rosa quedó sorprendida y experimentó la más tierna lástima por su amado padre. Nunca se apartó de su lecho: ella misma le preparaba todos los alimentos; ayudaba a curarle la herida, y como el

brazo mejoraba muy lentamente, de modo que Edelberto había de pasar largos ratos de melancolía sentado junto a la chimenea, sin poder cumplir con su cargo como caballero ni auxiliar al Príncipe, Rosa procuraba por todos los medios alegrar a su padre. Sentábase junto a él con el bastidor o la rueca; le hablaba de su buena madre, refiriéndole de ella muchas discretas advertencias y muchas nobles acciones que el padre ignoraba. Preguntábase por alguna circunstancia de la historia de sus hazañas, y el caballero, aligerado de su dolor, entraba en conversación, y su melancolía quedaba desvanecida, pasando como instantes muchas horas del tedioso invierno.

En los primeros días de la primavera llegó a la fortaleza de Edelberto un caballero para rogarle que partiese nuevamente a la campaña con el Príncipe. Edelberto, con gran pesadumbre suya, tenía el brazo demasiado débil todavía para manejar la espada y la lanza. No obstante, convocó inmediatamente en su alcázar las tropas suyas para enviarlas al socorro del Príncipe. Las obsequió por espacio de tres días, y en la mañana del cuarto día, que era el señalado para la marcha, reunió su gente en el salón de ceremonias del castillo. Vestido de punta en blanco y adornado con una cadena de oro, pero sin arnés, porque su brazo herido aun no podía soportar el brazal metálico, apareció en medio de ellos, los puso a las órdenes del caballero forastero y los excitó al valor y a la disciplina.

—Sed—les dijo entre otras cosas—bravos como el león contra el enemigo, pero mansos como un cordero para con el pacífico paisano.

Arrasados los ojos en lágrimas, desde las ventanas del alcázar siguió con la vista la expedición hasta que desapareció por entre las montañas inmediatas. Aquel día procuró en balde distraerse, y después de la partida de sus compañeros de armas, el silencioso castillo parecía solitario y desierto. Acabada la cena, se sentó tristemente junto a la chimenea. La noche estaba fría y espantosa; una horrible tempestad retumbaba en las almenas del castillo, y la lluvia que azotaba las ventanas del aposento las hacía estremecer. Rosa echó más leña al fuego, dio a su padre en la copa de plata la acostumbrada bebida de noche, se sentó junto a él y le dijo:

—Querido padre, contadme la historia del valeroso carbonero que os visitó hoy al mediodía. Yo le conozco bien, porque antes vivía en nuestro castillo, y la Inesilla fue mi compañera en los juegos de la niñez, pero yo nunca pude saber circunstanciadamente esa historia.

—¿La historia de mi bravo Burkhard? —exclamó el caballero— Sí, de mil amores. Ese buen hombre, no sin motivo me ha visitado precisamente hoy. Sabía muy bien el pesar que me costaría quedarme de esta suerte solo, y en él ha tomado parte también. Ha sido un bizarro soldado que me acompañó en muchas expediciones. Pero an-

tes de hacerte la relación del valiente Burkhard, debo contarte algo del caballero Cunrico de Fichtemburgo. Ya tienes noticia de la magnífica fortaleza de Fichtemburgo, cuya torre, desde las ventanas de nuestro salón, vemos sobresalir a lo lejos por entre sombríos pinares. Pero tú jamás has visto al mismo caballero, porque desde aquellos lances se ha enemistado conmigo y nunca más me ha visitado. Su odio contra mí nació desde muy temprano, siendo ambos en nuestra tierna edad pajes en la corte del Príncipe. Cunrico ya desde niño fue muy terco, fogoso y baladrón, por lo cual no era muy estimado del Príncipe; y como yo fui preferido, me cobró envidia. Luego que ambos fuimos armados, hubimos de presentarnos por primera vez en campaña a manejar la espada y la lanza en un torneo que el Príncipe daba a la Nobleza. Yo alcancé el primer premio, que fue una espada con empuñadura de oro, que en presencia de la caballería de Suabia y sentada en un cojín de púrpura me presentó tu buena madre, que era entonces la señorita más hermosa y modesta de la corte ducal. Cunrico, por el contrario, obtuvo el último premio, que fue un par de espuelas de plata. Desde aquella ocasión me aborreció todavía más, y ya no podía sostener una mirada mía. Mas su odio contra mí subió de punto cuando el Emperador, como tú sabes, después de aquella gran batalla, me puso esta venera de oro y reprendió severamente al caballero Cunrico, por cuya imprudencia y arrebató por poco se pierde la batalla. El valiente Burkhard, como feudatario mío y puesto a mi servicio de armas, poseía una corta hacienda, que está en los confines de mi distrito y contigua a los bosques de Cunrico; pero éste se portaba con mi buen Burkhard como un mal vecino. Mantenía en su cerca multitud de animales de caza; los ciervos traspasaban a manadas las lindes y asolaban los campos de Burkhard, cuyos hermosos prados también devastaban los jabalíes de Cunrico. Yo dí al valiente arrendatario el encargo de hacer fuego sin reparo sobre los animales y entregármelos muertos, pues de derecho me pertenecía todo animal muerto en mis dominios y tierra. Volví yo una tarde a casa, de regreso de una montería con mis gentes. El sol había traspuesto y graciosos arreboles se entreveían a través de los abetos, cuando de repente me salió al encuentro la esposa del honrado Burkhard, con la cabellera suelta y dando fuertes alaridos: echóse a mis plantas y con las manos cruzadas me demandó auxilio. Había llevado consigo a su hija, la Inesilla. La niña se arrodilló al lado de la madre trémula y llorosa, levantando las manitas. Aquel cuadro me traspasó el alma. Me apeé del caballo y ordené que me refiriesen cuanto había sucedido. El caso fue como sigue: El buen Burkhard, su esposa Gertrudis y la Inesilla, al pie de un árbol plantado delante de la puerta de su casa, estaban cenando sin recelar ningún mal, cuando súbitamente el ca-



...y tomé al trote la dirección de Fichtemburgo.

ballero Cunrico los atacó acompañado de mucha gente armada de a pie y de a caballo. Los soldados se apoderaron del buen Burkhard, le ataron las manos a la espalda, le pusieron sobre una carreta y se lo llevaron. Cunrico cometió este atentado porque Burkhard acababa de matar un ciervo precisamente en las lindes, aunque ya en terreno nuestro; trayendo el animal a Tanemburgo. El airado Cunrico había jurado que haría perecer de hambre, encerrado entre sapos y culebras, en el más horrible calabozo de Fichtemburgo, al malvado contrabandista de jabalíes, que así llamaba al honrado Burkhard. Quedará libre, dije a su esposa, aunque para ello me fuera preciso demoler toda la madriguera. En el mismo instante me puse en camino con mi tropa para dar alcance al raptor, si era posible, antes de que llegase a su fortaleza. Despaché unos cuantos jinetes de descubierta, indicándoles un paraje donde volveríamos a juntarnos, y tomé al trote la dirección de Fichtemburgo. Los emisarios me trajeron la noticia de que Cunrico descansaba con su gente, que bebía en el molino de los Pinares, a cuya puerta había parado el carro con el pobre Burkhard. Nosotros ocupábamos a la sazón un sitio cómodo del bosque por donde habían de pasar los aprehensores. Llegaron por último sin recelar peligro alguno y con grande algazara. Como un rayo nos echamos sobre los raptos, y la luna llena, que acababa de salir, nos hizo el servicio de alumbrarnos en aquella empresa. Como Cunrico no estaba dispuesto al ataque, y sí demasiado bebido, peleó muy torpemente, y después de una débil resistencia emprendió la fuga con su gente. Hubiera podido cogerle, pero le tuve lástima y le dejé escapar. Gracias a Dios, nadie perdió la vida en la refriega, si bien los enemigos dejaron las armas esparcidas por el suelo. Desatamos entonces al hombre de la carreta, que cargamos con las armas conquistadas, dimos al libertado un caballo que en el tumulto había perdido un jinete de los contrarios, y contentos partimos para casa. No es posible pintar el gozo que la esposa y la tierna hija de Burkhard recibieron al vernos llegar a las puertas del castillo con Burkhard cabalgando a mi lado; pero aun fue mayor la alegría que a mí me cupo. ¡Ah, qué feliz sensación es la de salvar a un desdichado! Designé para aquellos buenos sujetos un pequeño albergue en nuestra fortaleza, para ponerlos a salvo de la venganza de Cunrico. Más adelante, Burkhard salió herido en una batalla y quedó inutilizado para continuar sirviendo en campaña. Sin embargo, no habiendo quedado inhabilitado para todo trabajo, quiso ocuparse en algo para no recibir en el ocio su merecido sustento. En lo más espeso del bosque descubrió un pequeño valle, en el cual deseaba vivir solitario. Allí le hice construir una bonita casa; descuajó un pedazo de terreno que le dio el pan, y al lado, con mi anuencia, estableció una carbonera. El país que habita casi por nadie es visitado,

y, además, el tizne del carbón pone casi desconocido su rostro, antes encarnado y rozagante. De esta suerte creyó librarse de las asechanzas de Cunrico, y hasta ahora no ha experimentado la menor inquietud.

A esta historia añadió el caballero Edelberto algunos ejemplos más de la valentía y lealtad de Burkhard, de modo que la narración duró hasta muy entrada la noche. Rosa le había estado escuchando con tanta atención, que ya hacía mucho rato que estaba vacía la copa de su padre, y hasta había descuidado poner más leña al fuego.

Una horrible alarma estalló repentinamente en el castillo; los aboveados tránsitos resonaban con el estruendo de las armas y la gritería de los hombres, y se oían muchas pisadas próximas a la sala donde se hallaban Edelberto y su hija. El caballero saltó de su asiento y miró alrededor en busca de sus armas. Rosa echó precipitadamente los cerrojos a las puertas; pero de un tremendo empujón fueron abiertas, y entró un hombre con cota de malla y seguido de mucha gente armada.

—¡Edelberto!—voceó con ojos centelleantes—¡Llegó la hora de la venganza! ¡Soy Cunrico, a quién tú has faltado tantas veces y ofendido mucho! ¡Ahora me las pagarás!

Volvióse en seguida a sus tropas, y en tono de mando dijo:

—¡Cargadle de cadenas y celadle hasta que partamos! ¡El más horrible calabozo de Fichtemburgo será en adelante su vivienda, y este castillo en que nos hallamos es mío! ¡Escogeré para mí todo lo que me acomode de arneses, armas, vestidos y alhajas! ¡Luego, en recompensa de vuestra gallardía, podréis saquear todo el castillo hasta dejarlo enteramente desnudo, mientras yo me entretengo y recreo con una botella de vino añejo! ¡Daos prisa, porque dentro de tres horas saldremos aquí!

Rosa, llorando, se echó a los pies del cruel caballero y le pidió misericordia para su padre. Él, frenético, la arrojó de sí, y sin pensar más en ella, con aire soberbio salió de la pieza. Edelberto fue encadenado y quedó vigilado por dos centinelas a la puerta.

Como Edelberto no podía valerse de su esforzada diestra, Cunrico había juzgado aquella coyuntura la más favorable para dar rienda a su venganza. También había esperado todo aquel tiempo para que, ausentes con el Príncipe y en campaña los más denodados guerreros de Edelberto, no pudieran prestarle apoyo. Entre los pocos que servían a Edelberto para guarnecer el castillo había un soldado cobarde, conservado por Edelberto no más que por pura lástima. Este vil servidor fue sobornado por Cunrico; le abrió de noche una portezuela secreta situada entre escombros y abrojos que la ocultaban, y por la cual un camino subterráneo conducía hasta el castillo. Los restantes soldados advirtieron demasiado tarde la presencia de los enemigos introducidos,

Cuentos de Calleja

y a los pocos instantes, a pesar de toda resistencia, fueron aherrojados. A consecuencia de este éxito, Cunrico pudo penetrar de modo tan repentino hasta la habitación de Edelberto y hacerle prisionero dentro de su mismo alcázar.

CAPÍTULO IV

ROSA ES SEPARADA DE SU PADRE

Edelberto, afligido con sus cadenas, estaba sentado cerca del mortecino fuego de la chimenea, y Rosa, arrodillada junto a él y deshaciéndose en lágrimas, lamentos y plegarias. Revolvía sus manos cruzadas, que levantaba al cielo y volvía a dejar caer, sueltos sus rizos por la espalda; estaba como atónita, y con los ojos arrasados en lágrimas no cesaba de mirar a su padre. Con el bermejizo resplandor de las medio apagadas brasas se le figuraba no ver en él más que su imagen en sueños. Por todo el castillo resonaba el feroz estruendo de los enemigos saqueando y echando copas; mas en la pieza, alumbrada únicamente por una pequeña y turbia lamparilla, reinaba el mismo silencio y lóbreguez que alrededor de un catafalco. Solamente Rosa suspiraba débilmente de vez en cuando y exclamaba con dolor:

—¡Aherrojar la mano que tantas veces salvó a la inocencia! ¡Y cargar de cadenas hasta el brazo herido! ¡Oh, Dios mío, socorro! Pero calló luego, sin proferir más que algunos sollozos.

Al fin Edelberto rompió el silencio y dijo:

—Recóbrate, querida hija, y enjuga tu llanto. Dios te ha enviado este pesar: besemos su mano también cuando nos hiere, porque envía el dolor únicamente para hacer bien, y convertirá este duro golpe en mejora nuestra. Estamos bajo la mano de Dios, y nada podemos hacer contra su voluntad, ni nuestros enemigos pueden cooperar para nada que no sea en beneficio nuestro. Mantengámonos firmes en la confianza en Dios, pues seguramente yo creo que mi salvación está ahora más afianzada que antes. Confié hasta aquí demasiado en la gracia del Emperador y en el favor del Príncipe; pero éstos ahora harto tienen que hacer consigo mismos, y apenas pueden defenderse de sus imponentes enemigos. Yo me había entregado enteramente a la piedra y al bronce, a las murallas y cerrojos: ahora me entrego sólo a Dios. Presto, querida hija, hemos de ser separados—dijo después de un breve rato, y abrazóla con su brazo izquierdo, por tener el derecho cargado de pesados hierros y dolerle la herida.

—¡Ah! ¡No me habléis de separación, carísimo padre!—dijo Rosa, arrojándose a su cuello—¡No me arrancarán de vuestros brazos! ¡Con vos iré al calabozo y hasta a la muerte!

—No, querida Rosa—dijo tranquilamente su padre—; jamás consentiré Cunrico en que permanezcas a mi lado; no me concederé ese consuelo, y te repito que habremos de separarnos. Mas oye ahora mis consejos. Por razón de tus pocos años, seguramente nadie hace de ti particular caso. Procura, sin embargo, escaparte del castillo para que en enojosa servidumbre no hayas de arrastrar tu vida como una esclava; alguno de mis sirvientes favorecerá tu fuga. Cunrico toma posesión de este castillo, y tú, siendo heredera de un caballero, te ves convertida desde este momento en una indigente muchacha, más pobre que la última zagala de mis dominios. Con todo, no te desanimes porque ahora, conforme estás, te ves expulsada de tu morada paterna, sin que de la herencia y ricas joyas de tu madre puedas retener contigo el valor de un ardite. Los bienes temporales no merecen que nos aflijamos por su pérdida, pues nunca pudimos llamarlos verdaderamente nuestros. Ahora mismo experimentas cuán fácilmente podemos ser despojados de ellos; y aunque los retengamos por el corto tiempo de nuestra vida, también un día la muerte infaliblemente nos los arrebatara a todos. Querida hija, no hay más preciosos tesoros que aquellos que ninguna calamidad, ni aun la muerte, pueden arrebatarnos, y en cuya comparación nada son el oro, las perlas ni las piedras preciosas; hablo de la piedad, la aplicación, pureza y dulzura de corazón. Estas virtudes y otras análogas fueron la mayor riqueza y la más hermosa joya de tu madre; aunque de ella no te quede más herencia que ésta, ya serás bastante rica. Cuando te hayas puesto en salvo fuera del castillo, ve a buscar a nuestro buen carbonero, el honrado Burkhard. Con él puedes vivir tranquilamente oculta hasta que te conduzca al castillo de un amigo mío; y en caso de que hubieses de permanecer a su lado muchos años, o pasar toda tu vida bajo su techo humilde, sírvate de consuelo que se puede vivir contento y morir dichoso también en una cabaña, y en una cabaña más fácilmente que en un palacio; morir en gracia de Dios es siempre lo mejor. No te avergüences por eso de las faenas campestres. Los callos de los dedos de una mano aplicada merecen más aprecio que los diamantes y perlas en las manos ociosas. ¡Ah! ¡Qué gran beneficio es para ti ahora que tu madre te acostumbrase a la laboriosidad y te enseñara a no buscar la felicidad en los vanos adornos, manjares exquisitos y espléndidos festines! Con el asiduo trabajo concilia la fervorosa oración, porque siendo nosotros cuerpo y alma, el cuerpo debe trabajar y el espíritu elevarse a Dios; el trabajo proporciona sustento al cuerpo, y la oración alimenta el alma. Aunque hayas de tener la azada en la mano, ten siempre a Dios en el corazón. El constante pensar en Dios puede ennoblecer los más viles trabajos y transformar en oro la rueca y el rastrillo. Sobre todo, guarda tu inocencia y huye de los hombres que te digan palabras

capaces de avergonzarte. Ya no puedo cuidar por más tiempo de ti ni ser tu ángel bueno; así sea, pues. Acuérdate de que Dios está en todas partes mirándote y que ve también tu corazón. Nunca obres mal y no pienses en malas cosas. Descuida en cuanto a mí, reza por mí y deja mi cuidado a nuestro Señor, pues yo sé de cierto que no me abandonará ni serán desoídos tus piadosos ruegos. Por penosa que sea mi suerte, Dios puede hacérmela ligera. Las puertas de hierro y los cerrojos no incomunican, porque Dios está en todas partes, menos en el corazón del perverso, y también estará conmigo en la cárcel. Conffa como yo en Dios, único amigo que jamás nos abandona. Dios, como yo espero lleno de confianza, me libertará algún día de la prisión; pero si ésta ha de ser la última vez que tú, carísima hija, veas el semblante de tu padre, y yo me he de consumir en la cárcel por toda mi vida, asegúrame en mi desdicha el consuelo de que pueda pensar: «Mi Rosa no olvida los consejos de su padre, sigue las huellas de su piadosa madre y es digna de sus abuelos.» Si en la lóbrega y solitaria prisión suena para mí la hora postrera, sin que nadie me vea morir, sin que oído alguno perciba mis últimos ayes, sin que ninguna mano cierre dulcemente mis ojos, quédeme igualmente al morir este consuelo: «Dejo en este mundo una buena hija, o más bien, no la dejo, sino, que me seguirá al cielo.» Aquellas últimas palabras de tu madre, que también serán las últimas mías si tú asistes a mi muerte, te las repito ahora: «Permanece piadosa, inocente y buena; ama a Dios, obedece a nuestro divino Redentor y jamás hagas cosa mala.» Si tú supieses alguna vez que la muerte haya desatado para siempre mis cadenas, acuérdate de que estas últimas palabras de tu madre fueron también las postreras que tu padre dijo en la separación. Recuérдалas, y así Dios, que por sus sabios, amorosos e impenetrables designios te privó de madre siendo tú muy niña, y ahora te priva también de padre, nos juntará otra vez a los tres en el cielo. Sobre mi pecho llevo la medalla de oro pendiente de la cadena que hace tiempo recibí de mano del Emperador. Desde antes que llegasen los enemigos a la puerta tengo aquí oculta esa medalla entre mis vestidos. ¡Ah, no puedo mirarla sin pesar! ¡Cuán insubsistente es toda la felicidad en la tierra! El Emperador me honró con esta cadena de oro, y ahora, como un malhechor, he de arrastrar estas cadenas de hierro. Toma esta venera de oro para recuerdo mío; no la vendas ni aun en el mayor apuro, porque, si yo perezco, te será muy necesaria para poder acreditar algún día que eres del noble linaje de Tanemburgo. Los hermosos emblemas y consoladoras palabras de la condecoración tienen más valor que el oro con que está acuñada la medalla. Mira por un lado el ojo de Dios circundado de rayos y con esta inscripción: *Si Dios está por nosotros, ¿quién nos resistirá?* Acuérdate de que el ojo de

Dios nos ve por dondequiera y vela de continuo sobre nosotros; ten presente que nada hay que temer mientras hagamos todas las cosas como si las hiciéramos a la vista de Dios y nos mantengamos libres de pecado. Esta cruz, en medio de la aureola, por el otro lado, con las palabras: *Por ésta vencerás*, te recuerda constantemente el amor de Aquél que murió por nosotros en la cruz. Todos los hombres en este mundo tenemos que combatir y padecer; pero con la fe en el Crucificado, con la fiel obediencia a sus santos mandamientos, el amor y paciencia de su bello ejemplo, la confianza en su omnipotente gracia y la esperanza en sus promesas, podemos sobreponernos a todo lo malo y soportar con ánimo sereno toda contrariedad. Dios seguramente ha enviado sobre nosotros un gran pesar; pero ¿qué es éste, comparado con aquella pasión en cuyo término expiró nuestro divino Redentor en medio de su majestad? También nosotros tendremos parte en esta su majestad, si dichosamente consumamos nuestra lucha sobre la tierra, y pacientes prevalecemos hasta el fin. Arrodíllate ahora, querida hija, para que te dé mi bendición.

Rosa, llorando, se arrodilló en tierra, cruzó las manos e inclinó su gracioso rostro, lleno de fervor y tristeza indecibles. El padre, juntas las manos, púsolas sobre la cabeza de la niña y dijo:

—¡Dios todopoderoso te bendiga y eternamente esté contigo la gracia de nuestro Señor y Salvador!

Rosa se deshacía en llanto, y su padre la estrechó otra vez entre sus brazos, diciendo, al mismo tiempo que prorrumpía en lágrimas:

—Jamás me olvidaré de ti y por ti siempre oraré en mi prisión. Prométeme tú también que no olvidarás mis consejos paternos y que los seguirás fielmente.

—¡Ah! —dijo Rosa suspirando— Todo lo que me habéis dicho haré con gusto, menos una cosa. ¡Oh! Yo no puedo abandonaros; no queráis que yo me escape. Quizás mis ruegos y ardientes lágrimas conmuevan el empedernido corazón de este caballero y me permita seguir a la prisión para poder servirlos en ella.

En aquel momento suscitóse nueva alarma en el castillo. El caballero enemigo mandó a sus gentes disponerse a partir, no quedando por orden suya más que unos cuantos de guarnición en la fortaleza. Penetraron armados en el aposento de Edelberto, y Rosa se asió fuertemente a su padre para ser llevada con él a la prisión, pero la arrancaron de sus brazos a la fuerza.

Edelberto fue bajado al patio del castillo, que se hallaba alumbrado con muchas teas encendidas. Las puertas del castillo habían sido abiertas de par en par, y cerca de ellas había una multitud de soldados a caballo, y entre ellos un caballo enjaezado tenido del diestro. También estaba el alazán de Cunrico, adornado con resplandeciente brida

y caparazón plateado. El bizarro y mágñánimo Edelberto fue metido en una ruin carretilla. Dos grandes carros de Edelberto habían sido atestados con las prendas y muebles del botín. Edelberto hubo de mirar cómo sacaban del establo sus caballos de tiro y los enganchaban a los carros. El buen caballero, aun no restablecido de su herida, temblaba con la humedad y el hielo a que le exponía su miserable carruaje abierto. Por último apareció en el patio el caballero Cunrico y montó a caballo. Una escolta de soldados montados rodeó la carretilla, y precipitadamente pasaron todos por las puertas, aumentándose con el estruendo del puente levadizo el clamoreo y algazara general.

Como la bajada por la pendiente montaña se hacía despacio, Rosa dio alcance a la expedición. Cunrico, a caballo, iba junto a la carretilla en que había sido colocado el padre de Rosa. Gimiendo y rogando ésta, se puso entre el caballo de Cunrico y la carretilla, pidiendo con las manos levantadas que le permitieran ponerse junto a su padre. Pero Cunrico hizo como que no la oía, y sin poner la vista en ella miraba altivamente alrededor, teniendo una mano apoyada en el costado y en la otra su espada desenvainada. Al llegar al pie de la montaña, Cunrico dio la voz de «adelante». Tódos metieron espuelas a sus caballos, los carreteros tendieron sus látigos sobre los tiros, y todos marcharon con bárbara velocidad. Rosa, en medio de la lluvia y la tormenta, siguió corriendo hasta que le faltaron las fuerzas, y, por último, perdió de vista el convoy a causa de la fragosidad del bosque y las tinieblas de la noche.

CAPITULO V

ROSA SE REFUGIA EN CASA DE UN POBRE CARBONERO

Rosa, que rara vez y nunca sola había salido del castillo, se halló aislada y solitaria, expuesta a la inclemencia del cielo. Bajo la lluvia y la tempestad y en medio de un vasto campo, rodeada de la más lóbrega noche, no sabía dónde quedarse ni qué dirección tomar. En balde buscó por mucho tiempo algún sitio sin humedad en donde pudiera sentarse a esperar el día. Al fin dio con un espeso plantel de abetos, en el cual halló un pequeño amparo de la lluvia. Ningún miedo experimentó de pasar allí sola el resto de la noche, porque su pesadumbre no la dejaba pensar en el horror de aquella espantosa situación. No tenía otra idea que la de su padre, y su llanto hubiera podido enternecer las piedras.

Luego que empezó a clarear el día, salió de aquella espesura y miró alrededor de sí. Vio la torre de su fortaleza paterna, iluminada ya por el crepúsculo, sobresalir por entre las cimas de los abetos de la montaña, y nuevamente corrieron sus lágrimas.

— ¡Con qué gusto —dijo— visitaría otra vez mi morada paterna! Quizás hallaría aún entre los fieles sirvientes de mi padre alguno que se compadeciese de mí y me encaminara al buen Burkhard. Pero, sin duda, se ha cerrado para siempre el castillo en que nací y he sido educada. Apenas estuve fuera de sus puertas, fueron corridos cerrojos y levantado el rastrillo. Mi alcázar paterno se ha vuelto mi enemigo.

Abismada de tristeza, siguió por la montaña abajo hacia el bosque donde habitaba el honrado carbonero.

Conocía el paraje sólo aproximadamente por las indicaciones de su padre. En lo hondo de la selva se alzaban dos ásperas y sombrías montañas pobladas de abetos, y entre ellas estaba la morada del carbonero, distante de allí como media legua. Rosa fijó la vista en las cumbres de ambas montañas y echó a andar como para ir al punto intermedio; pero no hallaba camino ni sendero por aquel inculto terreno. Ora tenía que abrirse paso a través de la espesura, ora rodear una laguna o aventurarse a pasar un arroyo; la espesura del bosque no le permitió ver más montañas.

Todavía continuaba errante a pesar de su cansancio, cuando repentinamente sintió a diez pasos de ella un recio crujido entre la maleza. Un enorme ciervo se levantó, y Rosa, sobrecogida por los grandes y negros ojos del animal, volvió a un lado y abriéndose paso por entre las ramas echó a correr. Prosiguió infatigable su camino hasta que, espantada de nuevo por el gruñido del jabalí, miró hacia él. El monstruoso animal hozaba en una laguna; se alzó, la miró con sus furiosos ojuelos y la amenazó con sus espantosos colmillos. Rosa tomó precipitadamente la fuga, y casi privada de aliento corrió cuanto pudo, hasta que se vio al fin detenida por densos matorrales. Fatigada, sentóse al pie de un árbol, a cuyas primeras ramas pensaba trepar si el animal la perseguía. Escuchaba continuamente, pero todo quedó tranquilo y silencioso. Hallándose de todo punto extraviada, no sabía qué camino tomar, y el sol ya declinaba al ocaso.

— ¡Ah! —exclamó la pobre Rosa— Sin remedio habré de pernoctar solitaria en esta horrenda selva, entre fieras indómitas.

El hambre, que hasta entonces no había experimentado, empezó a atormentarla, de modo que temió desfallecer. Casi aniquilada por la abstinencia y el cansancio, se incorporó de nuevo y subió hasta una pequeña altura en el bosque, desde donde podía descubrir mayor extensión. Negros celajes con encendidos arreboles encapotaban el sol al ponerse, y toda la sombría comarca aparecía cubierta de turbios vapores entre azulados y rojos. Rosa se arrodilló en tierra y lloró, diciendo, entre otras cosas:

— ¡Dios amado, Tú mismo dijiste: *Lláname cuando me necesites, que yo te salvaré y tú me alabarás!*

Mientras oraba reparó nuevamente en las nubes, al través de las cuales los últimos rayos del sol doraban una columna de humo que se remontaba a gran distancia de lo hondo del bosque.

—¡Oh Dios!—exclamó, llena de contento—Gracias te sean dadas; me has cumplido tu palabra y me has salvado. Allí arde el carbón del buen Burkhard, pues en todo el resto se halla el bosque inhabitado.

Reunió sus postreras fuerzas y a toda prisa se encaminó al paraje de donde subía el humo.

Era efectivamente como Rosa imaginaba: Burkhard, que allí había establecido su carbonera, se había sentado al pie de un enorme tronco, junto a un montón de leña que estaba ardiendo. El tronco del gran árbol, a cuyo pie había clavado una pequeña chilla de cuatro picos, le servía de mesa rústica, y en ella se hallaba su cena: pan y manteca y un jarro con agua. Al lado, sobre la hierba, tenía el destral y el hurgón. Contemplaba el ocaso del sol y, pensativo, entonaba su canción de la tarde, que resonaba por todo el bosque. Rosa oyó la voz y redobló sus pasos.

Cuando el buen Burkhard, sin conocer a Rosa, la vio venir de lejos, se asombró de cómo era posible que tan delicada niña penetrase en el inculto bosque. Pero no bien la reconoció, corrió hacia ella, saludándola desde lejos con fuertes aclamaciones, y al llegar le tomó y sacudió a estilo antiguo la mano, aunque después, recapacitando, le pidió perdón muy cortésmente por haberle puesto tan negra y tiznada la suya, delicada y blanca. Desde luego le manifestó su extrañeza de verla por allí.

—¡Dios mío!—exclamó—¡Sois vos, señorita! ¿Cómo ha permitido el Cielo que tan sola y ya tan adelantada la hora de la tarde vengáis a este paraje? Seguramente os habéis extraviado; vamos, vamos, llegáis muy a tiempo. Hoy tengo la mesa puesta en medio de los abetos y los pinos, rodeada de encinas y hayas, y ahora mismo se va a sacar la cena. Venid, y en mi casa os sentaréis en un escaño nuevo de madera, donde reposaréis y os repondréis un poco, pues todavía podéis volver hoy a casa, si no hay dificultad. Si faltaseis, como soy Burkhard, sé que vuestro padre en toda la noche no cerraría los ojos.

—¡Mi padre! ¡Ah!—exclamó Rosa; y ahogada por los sollozos apenas pudo proferir estas palabras:—¿Con que nada sabéis de nuestra desgracia?

—¡De vuestro padre, el noble señor!—exclamó, asombrado, el carbonero, cuyo rostro, a no estar ennegrecido con el hollín, hubiera dejado ver la palidez de la muerte—¡Oh, querida señorita Rosita!—continuó—Decidme, decidme por Dios lo que hay. ¿Qué ha sucedido a vuestro padre?

—¡Oh Dios!—respondió Rosa—Cunrico de Fichtemburgo lo ha

cogido esta noche pasada y entre cadenas y lazos se lo ha llevado a su castillo.

—¿Quién? —exclamó el carbonero empuñando su hurgón— ¡Peste a tal! —dijo dejando caer el pincho— No quiero maldecirle. Estando bajo su poder, nada bueno le espera. Mas referidme cómo ha pasado eso, porque yo aún no comprendo cómo sea posible. Ayer mismo por la tarde vi a vuestro padre, y todo estaba tranquilo y pacífico. ¿Cómo ha podido Cunrico en una noche apoderarse de tan inaccesible fortaleza?

Rosa se sentó en un tronco al lado de Burkhard y comenzó su narración: pero el buen hombre advirtió muy presto que no podía hablar de hambre y cansancio, y le dio con la más cordial voluntad el pan y la manteca que tenía destinados para sí. Rosa empezó a comer, y de cuando en cuando bebía con el jarro la cristalina agua de manantial. La hoguera de los carbones alumbraba la parca y escasa cena, y, no obstante, aseguró Rosa que en su vida había probado tan buen manjar.

—Sí, sí —dijo el carbonero—; el hambre es una salsa exquisita que no tiene igual en las reposterías de los ricos y que nosotros los pobres tenemos de balde: así el buen Dios lo iguala todo.

Después que Rosa se hubo reparado y de todo corazón dado gracias a Dios por sus dones, contó detalladamente lo que había pasado a su padre. Burkhard la escuchaba con la boca abierta, echaba venablos entretanto contra el cruel Cunrico, se compadecía de su caro y buen amo y frecuentemente se restregaba los ojos con la mano. Pero al saber que el caballero Edelberto le había designado para cuidar de la señorita fue tal su emoción por esta confianza, que prorrumpió en fuertes sollozos.

—Vamos, amada señorita —dijo Burkhard—, Dios no puede dejar atropellar a tan buen señor, y ciertamente le ayudará en la misma leonera del maldecido Fichtemburgo, pues Dios puede sacarnos de la tumba del mismo modo que nos lleva a ella. Dejemos obrar a Dios y todo irá bien. En cuanto a vos, querida señorita... ¿Veis esa hoguera? No tenéis más que mover los labios, y yo me tiro a ella, pues en obsequio de vos y de vuestro padre pasaría por en medio de las llamas. Pero ante todo necesitáis de reposo, y mi morada está demasiado lejos para vos. Tengo aquí una chocita como las que suelen hacer los carboneros y de la capacidad justa para una persona.

La chocita consistía en una estacada de palos clavados oblicuamente en tierra por una punta, y por la otra atados unos con otros, entretejidos además con ramitas de abetos y techados de grueso césped.

—No tiene paredes —dijo Burkhard sonriéndose—, y la chocita no es más que un techo, aunque tan recio y firme que ni una gota de la lluvia lo cala. La cama que hay en ella es de musgo seco; una estera

de tiras de corteza, que yo mismo he tejido, sirve a la vez de cortina de cama y puerta de casa. Mas yo os aseguro que teniendo, como vos, una conciencia tranquila y un cuerpo muy fatigado, se duerme allí tan perfectamente como en un colchón de plumas bajo un dosel dorado y con cortinas de seda.

Condujo allá a la señorita, y en seguida púsose no lejos de su hoguera, bajo un par de ramosos abetos, donde se había gobernado un cómodo asiento de césped. Toda la noche estuvo pensando en la narración de la señorita, y lo que más le afligía era la idea de haber contribuido, por lo menos en parte, al encarcelamiento del noble caballero, por el socorro que Edelberto le había prestado contra Cunrico. Cien veces se tiró de los cabellos, se echó a derecha e izquierda su tiznado gorro, hasta que al fin se lo quitó, y teniéndolo entre sus manos, levantadas al cielo, oró fervorosamente, pidiéndole a Dios que concediera su libertad al noble caballero y consolase a la buena señorita. No pensó en dormir; pero Rosa cogió inmediatamente el sueño, y durmió tranquila hasta el amanecer, sin embargo de que hasta el momento de romper el día un viento furioso silbó terriblemente por entre los flexibles abetos, y por todo el bosque resonaban muy a menudo violentos aguaceros.

CAPÍTULO VI

ROSA, EN CASA DEL CARBONERO

Al romper el día cesó el viento, las nubes se habían disipado; todo estaba tranquilo, y las copas de los abetos reflejaban el más hermoso arrebol de la aurora. El carbonero escuchaba de cuando en cuando para advertir si se movía ya la señorita; algunas veces se figuraba que estaba despierta, pero luego percibía que aun estaba durmiendo.

—¡Dios mío —decía—, cuánto envidia este reposo! ¡Ah! El sueño es un gran beneficio del Cielo, pues con él olvidamos los padecimientos. El sueño nos quita por largo rato la carga que debemos llevar y nos suministra nuevas fuerzas para volver a tomarla. ¡Dios amado! —prosiguió, conmovido y quitándose el gorro— ¡Alabado seas por el sueño, don tuyo inapreciable! Lo mismo es el sueño más largo de la muerte bajo la capa de la sepultura. Aun es mayor este beneficio, porque nos libra para siempre de padecimientos, y es seguido de la vida eterna si desempeñamos aquí bien nuestra misión.

Al cabo de un rato llegó Inés, la hija del carbonero, muchacha muy afectuosa y de buen corazón, trayendo debajo del brazo una cesta en que venían juntos el almuerzo, comida y cena para su padre. Inmediatamente reconoció en éste que su semblante se había alterado y que algún

gran pesar agobiaba su corazón. Preguntóle qué tenía, y él le hizo señas para que callase a fin de no despertar a la señorita; la condujo al asiento de césped debajo de los abetos, refirióle punto por punto el lance de Edelberto, y la buena niña lloraba sin tomar aliento.

Rosa entretanto se despertó. El sol de la mañana, que entraba por una rendija de la choza dejada por el carbonero para poder observar la hoguera, daba en el agraciado semblante de Rosa y la despertó. Luego que ella recordó el lugar en que estaba, lloró nuevamente y con lágrimas en sus mejillas apareció fuera de la choza. El carbonero y su hija se levantaron del asiento de césped y fueron presurosamente hacia ella.

—Mi querida señorita—dijo el carbonero—, no empecéis tan pronto a saludar la aurora con lágrimas. Reparad qué hermoso y claro se ha quedado el cielo después de una noche tempestuosa como la pasada; mirad qué cristalinas gotas relucen en las tiernas ramitas de los abetos y enebros y qué caliente y agradable aparece el sol. Así también pasará la tormenta que sobre vos y vuestro padre ha venido; tras la borrasca viene el sol claro, y al dolor sucede el contento. Tened siempre confianza en Dios, de quien dimanar el sol y la lluvia, el dolor y la alegría.

Entonces Rosa e Inés se saludaron con el mayor afecto, como conocidas desde la infancia. No se habían vuelto a ver en largo tiempo, y cada una por su parte se admiró al notar cuánto había crecido la otra durante su ausencia.

Después que Rosa hubo dado gracias a Dios y al carbonero, dijo este hombre honrado:

—Ahora, amada señorita, id con Inés a mi morada, y allí permaneceréis todo el tiempo que Dios sea servido. Entretanto reflexionaré qué es lo que podré hacer con ayuda de Dios. Id con Dios, que yo os seguiré tan luego como pueda dejar la carbonera. No os apesadumbréis más ni lloréis tanto, pues la tristeza de nada sirve y el llanto no pone mejores las cosas. Escuchad qué gozosos entonan los pajaritos juntos entre los árboles su cántico de la mañana. Como el buen Dios cuida tan cariñosamente de los pobres animalitos, ellos están muy regocijados; y seguramente de vos, cara señorita, así como de vuestro padre, cuida todavía con mucho más cariño; por tanto, estad igualmente alegre y consolada. Y tú, Inés, al bajar por las lajas, ten cuidado de dar la mano a la señorita para que no caiga, y saluda de mi parte a la madre. Así, marchad ahora juntas, y Dios os acompañe.

Rosa e Inés se pusieron en camino por el escabroso y casi inaccesible desierto que por todas partes rodeaba la morada del carbonero. Primeramente tuvieron que andar más de una hora sin verdadero camino, al través de un sombrío y elevado bosque de abetos. En se-

guida encontraron unas enormes rocas revestidas de musgo y matorrales, por entre las cuales se adelantaba en pendiente una estrecha senda, que hubieron de trepar por largo rato. El camino, por último, salía a una espantosa garganta muy rápida. Rosa, no sin angustia, levantaba los ojos para contemplar los gigantescos y erizados peñascos, que amagaban su cabeza y no le permitían descubrir del claro y brillante cielo más que el ancho de un palmo.

—¡Ah! Inés—dijo—, ¿adónde me llevas? Temo que no haya salvación para nosotras, o que saldremos ahora a un espantoso desierto.

Apenas pronunció estas palabras, llegaron a un paraje donde las rocas dejaban por un lado una gran abertura, y se descubrió un vallecito que parecía un florido jardín, bañado de lleno por el sol.

—¡Oh, qué bello!—exclamó Rosa—Esto es como si pasase del desierto a la tierra de promisión.

Aligeróse el corazón y agitóla una dulce esperanza de que Dios daría asimismo gozoso fin a su triste suerte, y que por ásperos caminos la conduciría a la felicidad. En la parte más alta del valle, al cual se bajaba por una pendiente muy suave, estaba situada la casa del carbonero, cubierta de un techo voladizo y muy avanzado. La casa estaba toda construída de madera, cuyo color amarillo oscuro le daba un aspecto no desagradable. Abetos de un verde oscuro se elevaban a la espalda de la casa, rodeada de árboles frutales con flores blancas y encarnadas, y un arroyuelo claro como el cristal serpeaba por delante de la casa. Todo el valle ostentaba un lozano verdor y graciosas flores de todos matices. Los empinados picachos y troncos que cerraban el valle lo defendían de los vientos desapacibles. Abajo, en la hierba del valle, pacían dos vacas, y a los lados, por entre los brezos de las rocas, saltaban las cabras. Contiguo a la casa verdeaba y florecía un huertecito bien cultivado, con su empalizada entretejida de ramas de abeto. En un rincón del huertecito había un colmenar muy bien dispuesto, a cuyo alrededor zumbaban alegremente las abejas y hacían sus diligentes acarreos; junto a la puerta de la casa, unas cuantas gallinas escarbaban en la arena. Rosa entró en la vivienda y, cansada, se sentó en un banco.

La sala estaba sumamente limpia, y al través de una clara ventanilla se disfrutaba de una vista amenísima al valle de los peñascos.

Acercábase la hora de mediodía y la mujer del carbonero se ocupaba en la cocina; pero, al oír hablar a su hija con otra persona, salió a la puerta. Saludó a la señorita con indecible júbilo, creyendo que Rosa venía sólo a una amistosa visita. Mas luego que comprendió cuanto había sobre el particular, prorrumpió en amargo llanto. Serenóse, sin embargo, y consoló a Rosita del modo más cariñoso.

—Querida y excelente señorita: Bien venida con mil amores seáis

a nuestro pequeño valle y nuestra humilde choza. Ved aquí cómo, sin saberlo vuestro padre, que mandó construir esta casita, la hizo edificar para vos, y a vos pertenece ahora. Quedaos aquí en esta casa vuestra, hasta que el Señor os reponga con vuestro padre en vuestro castillo, lo cual, sin duda, hará bien pronto. Entretanto, todos nosotros nos esmeraremos y viviremos sólo para vuestro servicio.

Afectada Rosa dijo:

—¡Oh, Dios mío, qué agradable es hallar en la desgracia hombres bondadosos! ¡Cuánto os agradezco, buenas gentes, vuestro amor! ¡Qué bien empleado estuvo todo cuanto mi padre os favoreció!

La buena mujer del carbonero tenía otro pesar, que no le parecía pequeño, y por aquel momento le hacía olvidar la gran pena de Rosa.

—¡Ah! —decía— Tengo una visita tan querida, preciosa y agradable, y no sé qué presentar a la señorita en la mesa. Hoy no tenemos más que un potaje de avena, y éste tan espeso y agarrado, que se le podría hacer rodar; no sé qué haga. Si no fuera ya mediodía... Con todo, Inés, divierte un rato a la señorita y yo iré a la cocina a ver qué puedo juntar de harina, huevos, leche y manteca.

En vano Rosa procuró tranquilizarla. La apesurada patrona fue a la cocina y en cosa de media hora trajo un par de platos campestres que habían sido muy bien aderezados. Otra vez empezó a impacientarse y dijo suspirando:

—Tampoco tenemos cerveza ni vino, y es una grosería presentar en la mesa a una señorita agua solamente; es cosa de desesperarse, y hoy por primera vez en mi vida se me ha hecho pesada nuestra pobreza.

—¡Ah, cara Gertrudis! —dijo Rosa— ¡Cuán rica y feliz sois en vuestra pobreza! Vuestros manjares, que a todos os mantienen tan saludables y robustos, a mí me han sabido perfectamente; pero tenéis otra cosa mejor que los platos delicados y licores exquisitos: una vida pacífica y tranquila. ¡Ah! ¡Cuánto recrea a mi corazón el sosiego y tranquilidad de vuestro hermoso valle! ¡Qué agitación, por el contrario, reinaba en nuestro alcázar! Mi padre, en medio de sus comodidades, ¡cuánto no se tenía que atormentar con los muchos asuntos del mundo! ¡Cuántas veces se veía importunado por hombres pendencieros! ¡Cuán a menudo se afligía con las tristes noticias de la guerra! ¡Y qué terrible golpe le ha dado últimamente la sorpresa de los enemigos! ¡Ah! Alegraos y dad gracias a Dios por esta humilde mansión, desde la cual, en vez del estruendo del mundo y de los clarines de guerra, nada oís más que el canto de las aves del bosque, el mugido de vuestras vacas y el balido de las cabras. Con gusto pasaría aquí toda mi vida, si también estuviese mi padre, que es ciertamente del mismo parecer que yo.

CAPÍTULO VII

ROSA, PUESTA COMO ZAGALA DE CARBONERO

En muchos días no se dejó ver el honrado carbonero Burkhard, ni se supo de él nada. Cuando su hija volvió al bosque para llevarle la comida, le dijo únicamente que no fuese más con comida, pues quería desde luego acarrear su carbón a la ciudad y contaba hallarse pronto de regreso en casa. Todos estuvieron con mucho cuidado por él hasta que una tarde se presentó en la vivienda con un gran macho cabrío al hombro, arco y flecha en la mano. Soltó la carga en tierra y saludó con la mayor afectuosidad a la señorita y a los suyos, todos los cuales mostraron a la vez su contento.

—¿Has vendido bien tu carbón, querido Burkhard?—le preguntó su esposa.

—¡Ah! No estamos para carbón—exclamó Burkhard—. Menor sería mi pesadumbre si yo no hubiera concebido grandes esperanzas y pensado sólo en el carbón. En estos días he dado muchos pasos, sobre los cuales nada os quería decir anticipadamente. He ido a hablar con varios caballeros a quienes el padre de nuestra amada señorita prestó en otro tiempo auxilio en sus apuros. Los incitaba a dar un asalto a la fortaleza de Cunrico y a mano armada poner en libertad a nuestro buen señor, o al menos a sorprender a Cunrico en ocasión de cazar, cogerle y encerrarle en el más profundo calabozo hasta que dejase libre a Edelberto y le restituyera todos los bienes saqueados; pero mis ruegos han sido infructuosos. Los caballeros han contestado que Cunrico era demasiado poderoso y la empresa arriesgada, pudiendo tener mal éxito; que era preciso tener paciencia hasta que volviesen de la guerra los demás amigos de Edelberto, y que entonces quizás saldría bien una tentativa. En cuanto a vos, señorita, ni una sola vez me han preguntado aquellas almas de cántaro. Yo nada más les podía decir sino que vos, cara señorita, os hallabais en mi casa, y de ninguna manera preguntarles si os recibirían en sus castillos. Mejor haréis en quedar con nosotros, aunque todavía podéis meditarlo.

—Nada hay que meditar—dijo Rosa—; yo con vosotros estaré cien veces más gustosa, siempre que tengáis a bien tenerme.

—¡Teneros!—exclamó el carbonero con los ojos bañados en lágrimas—; Imagináis que nosotros hayamos olvidado de qué manera me libró vuestro magnánimo padre de las garras del cruel Cunrico y cuán afectuosamente acogió en su castillo a mi esposa e hija? De

él hemos recibido casa y hacienda y todo cuanto poseemos. Seríamos las personas más ingratas del mundo si pudiéramos olvidar semejantes beneficios. No, no somos tan desagradecidos. Quedaos aquí con nosotros y yo haré con vos las veces de padre. Mi Gertrudis y mi Inés se desvivirán por regalaros, y todos nosotros emplearemos nuestras fuerzas para haceros soportable esta solitaria mansión. Creed que nosotros experimentamos la mayor dicha en favorecer a tan buena señorita, hija de nuestro bienhechor y señor.

Cogió entonces el macho que aun tenía a sus pies y dijo:

—Muchos días, mi buena señorita, os habréis contentado con viandas de ayuno; pero el hígado fresco del macho os servirá hoy de excelente cena. Yo mismo quiero aderezarlo, como hice muchas veces yendo de caza con vuestro padre.

Dicho esto, metió su presa en la cocina.

Al día siguiente hizo muchas alteraciones en su casa para disponer con más comodidades el hospedaje de Rosa. Le cedió el mejor cuarto de la casa, arreglándolo también lo mejor que pudo.

—De esta manera, señorita—dijo al acabar su trabajo—, ahora tendréis casa y hogar. Tampoco os faltará alimento, porque toda la caza de este dilatadísimo bosque pertenece propiamente a vuestro padre, y yo os enviaré corzos, liebres, anadinos y becasas en abundancia y, si queréis, hasta ciervos enteros y jabalíes.

Sacó a Rosa por todo el ámbito del valle, acompañándolos Gertrudis e Inés, y al mostrarle sus campos y prados no cesaba de ponderar la generosidad del benéfico padre de Rosa. La llevó a su huertecito, donde, manifestando Rosa mucho contento por las abejas, le regaló su más hermosa colmena; y como las abejas, después del invierno, habían desaparecido, arrancó dos panales, en cuyas simétricas celdillas relucía la miel como oro líquido. Nunca regresaba de la carbonera sin traerle alguna cosa, ora un puñado de fragantes bayas, ora un canastillo de grandes caracoles o un plato de hongos comestibles. Le cogió un par de tortolillas, para las cuales hizo una jaula él mismo, con mucho trabajo. Un día volvió del bosque con un lindo corcito que le seguía lo mismo que un perrillo, pues le había domesticado para Rosa, con quien también se familiarizó muy pronto. Si pasaba un par de días en casa, sabía entretenerla perfectamente refiriéndole las nobles y caballerescas hazañas de su padre, la piedad y beneficiencia que desde los más tiernos años había mostrado su difunta madre, de lo cual Rosa ignoraba mucho, siéndole semejantes narraciones tan caras siempre como agradables.

La buena Gertrudis en nada cedía a su marido en complacencia, y como estaba enterada de la desgracia de Rosa, pensó con el cuidado de una madre de familia en proveerla nuevamente de la precisa ropa

blanca, de que estaba enteramente falta. Sacó lienzo del arca y cortó algunas camisas para Rosa, le dio hilo para calcetas y se afligía solamente de que estos géneros no fuesen bastantes finos para la señorita. La esmerada granjera había hilado durante el invierno para sacar una pieza de lienzo muy fino, e inmediatamente que se la trajeron del telar la regaló a la señorita, y la tela fue tendida a blanquear junto al arroyuelo, sobre los verdes céspedes. Estos regalos eran superiormente estimables y preciosos para Rosa, pues tenía de ellos suma necesidad y al mismo tiempo le proporcionaron una provechosa ocupación.

También Inés servía a la señorita de cariñosa y agradable compañera. Trabajaban y se divertían juntas. Rosa enseñó a Inés a coser y hacer media. Ambas se ponían a regar muy esmeradamente la tela de su pequeño blanqueo, y entre las dos cuidaban del huertecito, labor que gustaba mucho a Rosa, sin embargo de no haber más que las precisas verduras, berzas y ensaladas, puerros y cebollinos, rábanos y reponches, guisantes y habas, y además para adorno algunas caléndulas amarillas, capuchinas color de fuego, albohóles azules y algunas amapolas. Recorrían juntas el florido valle y paseaban por el majestuoso bosque; contemplaban los vivarachos pececillos en las cristalinas aguas y les echaban desde el ribazo migajitas de pan; poníanse a escuchar el canto de una multitud de aves que Inés sabía distinguir por sus nombres; cogían semillas y juntaban muchas especies de plantas que regocijaban a Rosa.

Pero nunca estuvo enteramente alegre la joven, preocupada con la triste suerte de su padre. Frecuentemente la perdían de vista sin saber adónde iría, hasta que después de muchas pesquisas la hallaban en lo más sombrío del bosque o en el hueco de alguna roca, donde llorando rogaba por su padre; y cuanto más tiempo pasaba, más intensa era su pena. Sólo estaba alegre cuando, reunida con la familia del carbonero, ideaban planes para aliviar la desgracia del querido prisionero o ponerle en libertad.

Comían un domingo los cuatro juntos, y la evasión del buen caballero era, como de ordinario, la conversación única durante la comida; ya no quedaba más que un plato de barro lleno de hongos amarillos exquisitamente aderezados con manteca fresca y cominos. El carbonero, que sabía distinguir perfectamente los hongos comestibles de los venenosos, los había recogido con mucho cuidado para Rosa, que los comía con mucho gusto.

—Comed más, comed—le dijo—; nosotros no apreciamos mucho esta clase de manjar, pero los grandes señores le atribuyen un sabor prodigioso. En otro tiempo llevé a vuestro castillo muchos, particularmente de esos que llaman murguras o colmenillas, y que en nin-

guna parte se crían tan buenos como cerca de las carboneras. Otro carbonero de los bosques de Fichtemburgo enviaba también muchos a este otro castillo por medio de sus hijos. Una de sus muchachas llegó cierto día hasta casa del portero, a la sazón nombrado de servicio; mas la portera, que sería una verdadera sierpe, echó de su casa a la niña, y desde entonces mi tiznado camarada, que también es un buen camorrista, ha jurado no enviar más hongos, aunque se lo rueguen con el sombrero en la mano.

Entonces Rosa se levantó repentinamente de la mesa y exclamó, llena de alegría:

—Esto es hecho y saldrá bien. Me visto como zagala carbonera, llevo hongos al castillo, procuro conseguir el favor de la portera, me pongo a servir con ella y proseguiré después hasta lograr ver a mi padre, hacerle mucho bien y tal vez proporcionarle su libertad. ¡Oh Dios! —dijo mirando al cielo y cruzando las manos— Concédeme tu bendición para este intento.

El carbonero meneó la cabeza, y diciendo «¡eh!, ¡eh!», puso algunos reparos. Rosa dio solución a todo, y el carbonero tuvo que ceder. Fuese precipitadamente adentro, y al cabo de algunos minutos volvió vestida como zagala carbonera. Había trocado su largo vestido azul celeste con un traje que tenía Inés muy limpio y aseado. El jubón encarnado, la saya negra, el guardapiés verde, juntamente con la gorguera blanca y el delantal, venían a Rosa como pintados, y también le caía perfectamente el rústico sombrero de paja. La mujer del carbonero e Inés se complacían entrañablemente de ver a la señorita vestida por aquel estilo, palmoteaban de contento, y se hicieron desde luego más familiares con ella que antes.

—El traje—decía la mujer del carbonero—os está como de molde: pero vuestro gracioso semblante, que parece de leche y rosas, y vuestras delicadas y blancas manos no dicen bien con el ropaje: presto se adivinará quién sois.

Burkhard, para dar al rostro y manos de la señorita un color prieto que fácilmente se lavase, sabía un medio sencillo y que no podía hacer daño. Hizo inmediatamente diligencia por él, y su mujer e Inés dijeron:

—Ahora id con toda confianza, que nadie os conocerá.

Al día siguiente Rosa quiso aventurar su marcha a Fichtemburgo, recelando que se le adelantase otra muchacha.

—Id, pues, en nombre Dios—dijo el carbonero—. Esta misma tarde os juntaré los más bellos hongos dorados y plateados y algunas sartos de múrguras secas que todavía tenemos colgadas arriba en la sala. Inés os acompañará hasta la salida del bosque, al pie de una pequeña colina, donde hay tres cruces de piedra y se descubre a Fich-

Cuentos de Calleja

temburgo, y no es posible perder ya el camino. Allí junto a las cruces del bosque os esperará hasta que volváis.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, Rosa estaba preparada; tomó debajo del brazo el canastillo con los hongos, e Inés llevaba otro con alguna comida. El carbonero y su mujer bendijeron cordialmente a Rosa a la puerta, y le dieron muchas instrucciones de sagacidad. Seguíanla con ojos bañados en lágrimas, y el carbonero dijo:

—¡Oh, buena hija, os saldrá bien! Y si no saliera, no perderá un ápice de su valor el sacrificio que hacéis por el cuarto mandamiento.

CAPÍTULO VIII

ROSA BUSCA ACOMODO EN UNA FORTALEZA ENEMIGA

Rosa, con el traje de zagala de carbonero y acompañada de Inés, llegó felizmente al término de la selva que hasta entonces la había tenido separada del resto del mundo. Su corazón experimentó un vuelco cuando desde lejos descubrió a Fichtemburgo con sus erguidas atalayas.

—¡Oh, Dios!—exclamo—¡Quizá estará mi padre en lo más profundo de aquella torre! ¿Estará sano, o le habrán consumido el pesar y las miserias del encierro? ¿Vivirá todavía? ¡Ah! Logre yo llegar hasta él. ¡Dios mío, guía mis pasos y dispón a mi favor los hombres a quienes me dirijo!

Rosa se despidió de Inés y prosiguió su camino. Después de haber trepado la empinada montaña y pasado la puerta abierta del alcázar, vio al entrar en el patio al caballero Cunrico montado a caballo, lujosamente vestido de verde y dorado, con un copete de ondeantes plumas de avestruz blancas y negras sobre la cabeza. Estaba rodeado de mucha gente de librea y cazadores a caballo, a punto de salir para una expedición. A la vista del cruel enemigo de su padre, Rosa estuvo a punto de perder el sostén de sus rodillas, y habría caído desmayada si no se hubiera sentado en un escaño que había cerca de la puerta. Sonaron entonces las cornetas de caza y desfiló la partida muy animada por delante de ella. Levantóse Rosa; pero el altivo caballero apenas miró a la pobre y trémula doncella, y con sus gentes salvó a caballo la puerta.

Rosa se sentó otra vez en el escaño, siendo imponderable la pena y angustia que oprimían su corazón. A poco rato llegaron dos niños, quedándose a cierta distancia de ella a mirarla. Saludó afablemente Rosa a los niños y les preguntó cómo se llamaban. Dijeron sus nombres, y al punto mostraron más confianza. Omar, el niño, levantó la



...y prosiguió su camino.

Cuentos de Calleja

tapadera del canastillo que Rosa tenía junto a sí en el escaño y registró lo que había dentro. La niña Isabelita extendió su mano hacia los azules y encarnados acianos con que Rosa había adornado su sombrero de paja. Rosa dio las flores a la chica y regaló a ambos niños unas cuantas peras tempranas dulces que le había dado para el camino la mujer del carbonero. Pusieronse los tres a conversar juntos como si fueran hermanos.

Los niños eran del portero, que en aquel momento miraba por una ventanilla que le permitía desde su casa observar fácilmente lo que pasaba. Le afectó vivamente que una muchacha forastera hablara en tono tan amistoso con sus hijos. Su pronunciación castiza, voz afable y gallardo continente de graciosa lugareña, el limpio y aseado traje de labradora, excitaron su admiración.

—En mi vida—dijo—he visto una aldeana tan apuesta y bien educada.

Salió y condujo a Rosa a su habitación.

—¿Qué traes a vender?—le dijo cariñosamente.

Rosa abrió el canastillo y le mostró las setas. El hombre preguntó cuánto pedía por ellas, y Rosa contestó:

—Lo que usted tenga gusto de dar, pues yo creo que a una pobre muchacha no ha de dar demasiado poco.

—Está bien respondido—dijo el hombre—. Aguarda aquí; yo mismo llevaré los hongos a la cocina del castillo y los ajustaré por ti. Hace mucho tiempo que no logran ver ninguno, y yo te respondo de que los venderás bien.

En seguida entró la portera en la habitación con la sopa de mediodía, y dijo a Rosa:

—Atrevida pelandusca, ¿a qué vienes tú aquí? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Cómo tienes valor, siendo forastera, de meterte de rondón en este cuarto sin pedir permiso? Toma pronto el pendingue, antes que te tire el plato a la cabeza y te azuce el alano grande.

Los niños intercedieron por Rosa y enseñaron las frutas y flores que les había dado, y en aquel mismo punto volvió también el portero con el canastillo vacío y el dinero en la mano.

—¡Ea, ea!—dijo—No seas tan huraña. Es muchacha de bien, y ya discurría yo si sería gustosa en servirte a ti, puesto que necesitamos de una criada; pero tú luego te amoscas y nadie quiere estar contigo. Yo, yo mismo he traído al cuarto a esta niña.

—Eso es otra cosa—dijo la portera—, y ya puede quedarse. Y tú, joven, no lles a mal que yo me arrebatase, pues nosotros nos ganamos la vida teniendo cuidado con la gente de fuera.

—Tiene usted razón—dijo Rosa—, pues usted no podía saber que yo había sido introducida aquí, y también fue falta mía quedarme sola

Rosa de Tanemburgo

en un cuarto ajeno, y por esta consideración yo alabo el celo de usted y le pido perdón.

Esto agradó a la portera, pues no había más que darle la razón para tenerla contenta.

—Una vez que tú—dijo la portera—partiste con mis hijos tus frutas, tendrás también parte en nuestra comida; ven, siéntate a la mesa a comer con nosotros.

Hízolo así Rosa; pero los dos niños le dieron tanto que hacer, que apenas pudo llevar una cucharada a la boca. Sin embargo, les habló con su afabilidad peculiar, dio satisfacción a todas las preguntas de los chicos y anduvo tan condescendiente con ellos, que dejó encantada a la madre.

Cuando Rosa cogió el canastillo vacío y quiso marchar, ambos niños gritaban:

—¡Quédate!

—De veras me darías mucho gusto si te quedases—dijo la madre—. ¿No te acomodaría mi casa para servir?

—¡Oh! De todo corazón—dijo Rosa—, y os serviría con mucha estimación y fidelidad.

—Pues bien—dijo la portera—, vuelve primero a tu casa y dilo a tus padres, y si te lo conceden, puedes comenzar tu servicio el sábado que viene.

La portera le dijo además cuánto le daría de salario, y poniéndole en el canastillo un trozo de pan blanco y carne asada, le dijo:

—Llévalo como saludo a los tuyos, y buen camino.

Rosa dio las gracias por el regalo, y alegre se volvió apresuradamente al bosque. Inés, no lejos de las tres cruces, estaba sentada debajo de un avellano y hacía calceta. Luego que a gran distancia vio venir a la señorita se levantó de un brinco y fue corriendo a su encuentro, diciéndole:

—¡Gracias a Dios, señorita, que ya estáis aquí! Vendréis cansada y hambrienta; sentémonos en el verde, debajo del avellano donde tengo mi cesta; refrescaos con leche, comed una rebanada de pan con manteca, y contadme todo lo que ha pasado.

Rosa fue con ella y le dijo:

—¡Oh, buena Inés; has aguardado para comer hasta que yo volviera, y entretando a nada has tocado! Come, que yo ya he comido, y mientras tanto me sentaré a tu lado algunos momentos, porque luego debemos caminar de prisa por no exponernos a los peligros de la noche. Andando te lo contaré todo, y al paso también tomaré un poco de pan y manteca.

Inés dijo:

—Yo haré lo mismo.

Cuentos de Calleja

Y sin dilación se pusieron en marcha.

En lo espeso del bosque, estando el sol para ponerse, salieron a encontrarlas el leal carbonero y su mujer, que ya estaban con cuidado por Rosa e Inés. Aquellas buenas gentes mostraron su regocijo de que todo hubiese salido tan bien, y solamente les afligía pensar que ahora habían de perder a su cara señorita. Anduvieron el resto del camino dichosamente y en familiar conversación. Cuando llegaron al vallecito empezaba la luna llena a descubrirse muy anaranjada por oriente y llenaba de luz la morada del carbonero. Rosa, muy cansada, pero también muy complacida, se dirigió a su cuarto, y puesta de rodillas, antes de acostarse tributó gracias a Dios por cuanto bendecía el principio de su empresa, y le rogó que se dignara llevarla a feliz término.

CAPÍTULO IX

ROSA, DONCELLA DE SERVICIO

El sábado siguiente, día en el cual debía partir Rosa, fue tristísimo para todos los de la casa. Era para Rosa muy duro dejar a aquellas buenas gentes que tan entrañablemente la querían y aquel amenísimo valle en que tan tranquila vida llevaba, para ir a la fortaleza de un enemigo en quien no podía pensar sin espanto. También conocía que iba a prestar un servicio en que la esperaban sufrimientos no pequeños; pero llena de confianza en Dios y de amor a su padre, adoptó con fuerte ánimo aquel recurso. El honrado Burkhard y su buena mujer fueron con ella hasta el remate del bosque, despidiéndose entre copiosas y ardientes lágrimas, y haciendo fervorosos votos por su felicidad. Inés, que llevaba el pequeño lío de viaje, la acompañó hasta la portería de Fichtemburgo.

La portera recibió muy afablemente a las dos.

—Muy bien—dijo a Rosa—, has cumplido tu palabra. Sentaos ambas, pues quiero obsequiaros.

Rosa abrió la cesta que traía debajo del brazo y presentó a la portera unos cuantos cerros de finísimo lino, como un modesto recuerdo de sus padres en respuesta al obsequio de ella, con lo cual se puso todavía más afable y dijo:

—Tú y los tuyos os sabéis portar: esto irá bien.

Rosa había llevado consigo peras y ciruelas para los niños, y una gran porción de avellanas y endrinas secas que les causaron extraordinaria alegría, y todos quedaron muy contentos.

Después de comer, Inés, llorando amargamente, se despidió de Rosa.

—Vamos, vamos—dijo la portera—; no llores así; tú puedes visi-

tarnos a menudo; siempre me darás con ello mucho gusto; y si cada vez que vengas traes murguras, me alegraré más y no perderás el viaje.

Inés prometió ir con frecuencia, y sollozando se dirigió a la puerta. La buena Rosa, que ya se veía separada de todos sus buenos amigos y dentro de las murallas de un alcázar enemigo, se halló como sola en el mundo.

Después que Inés hubo salido, la portera se sentó en el gran sillón que tenía al lado de las hornillas, y poniendo una cara algo más seria, dijo señalando al suelo con el dedo:

—Rosa, ven aquí; tengo que hablar contigo cuatro palabritas; pon atención. Sé muy bien cuanto de mí se dice: que conmigo no se puede estar, que soy demasiado violenta y regañona, y que en el espacio de cinco años he tenido más de veinte criadas. Esto dicen por todas las cercanías; pero nada dicen de las faltas que tenían estas muchachas; te diré algo de todas aquellas buenas piezas.

Comenzó entonces en estilo familiar y con mucha furia a retratar sus anteriores doncellas.

—La primera—dijo—, la Brígida; pero no las nombraré, a fin de no desacreditarlas, pues sólo quiero ponerte a la vista sus faltas para que te sirvan de gobierno. La Brígida, pues, fue con quien he reñido más; era muy soberbia y arrogante, pretendía saberlo todo mejor que yo, y, según ella, nunca se equivocaba. Una vez me requemó una tortilla y me la hizo carbón como si hubiera aprendido de un carbonero este oficio; y todavía fue tan desvergonzada, que me decía porfiadamente en mi cara que la tortilla estaba de un amarillo tan hermoso como el oro y que nadie en todo el mundo gustaría una cosa mejor. Me exaltó con esto la bilis y la puse en la calle. La otra era descontentadiza, nada le satisfacía, era respondona y siempre estaba de mal humor. Siempre tenía algo que criticar en la comida, y más de cien veces me echó en cara el mucho trabajo y poco salario. Al fin me fastidié y le dije: «Ahora mismo búscate un acomodo en que tengas más salario y menos trabajo». La tercera era la misma pereza, y yo temía morirme antes de verla acabar una tarea. Poníase a fregar una olla, y al concluir ya había pasado tiempo bastante para que criase orín; era floja hasta para agacharse. Cuando había barrido el cuarto, soltaba la escoba delante de la puerta y pasaba diez veces por encima de ella hasta que yo la alzaba y la ponía en un rincón. Todas las mañanas tenía que despertarla y darle muchos gritos. *Levántate, floja*; y casi hubiera sido menester la trompeta del Juicio para despertarla. Me parece que si alguna vez la hubiese dejado estar, aun dormiría. ¿Quién podía estar servido con una muchacha tan holgazana? Le dije que se había de marchar, o que si continuaba tan holgazana la

mandaría poner a tirar del carretón. La cuarta era golosa. La crema y la manteca, la carne y el tocino estaban tan poco seguros de ella como de un gato. Un día de primavera, siendo domingo y después de comer, quise ir hasta el lugar más próximo para recibir a mi marido, que estaba en el campo. Por el camino miré alrededor mío y reparé que salía humo de mi chimenea; volví a casa, y al entrar en la cocina, ¿qué vi? Mi repulida Margarita se había sentado junto al fogón y tenía delante un gran plato de buñuelos de manzanas. ¡Ah! Si todo el mundo hiciera como yo... A toda prisa tuvo que salir de casa. ¿Quién hubiera podido, ni por una noche más, tener consigo un animal tan traidor? La quinta era desaseada en su traje. Verdad es que los domingos y los días de fiesta se acicalaba como un pavo real; pero en los de trabajo parecía toda hecha de pringue y andrajos. Si se la hubiera rellenado de paja y puesto en el campo, habría espantado a los pájaros, y hasta los jabalíes hubieran huído de ella. A ésta la despidió el amo, diciendo que era indecente consentir a la entrada del castillo semejante espantajo. La sexta era muy olvidadiza y atolondrada, sin el menor miramiento para mi utilidad. En nada pensaba, y todos los días tenía que repetirle lo que había de hacer a cada hora. Me rompió más platos y pucheros que días tiene el año. Echaba al agua de fregar las cucharas de metal, y un día encontré una tirada en la corraleta y mordiscada por el marrano. A poco de este lance rompió un vaso, oí el ruido y eché a correr a la cocina; pero ya había ocultado los cascós y negó el hecho. Por mucho tiempo los busqué en balde, mas ella no era bastante astuta para mí. Había tirado los cascós en el agua de fregar, en la cual fui a pescarlos, y con el arrebató me herí los dedos. Con esto me encolericé más todavía, diciendo: «¡Conque mi marrano hubiera tragado los vidrios del vaso! Pero antes que yo pierda mi marrano, mejor es que te pierda a ti de vista.» Y se fue. La séptima era curiosísima y charlaba más que una cotorra. Siempre estaba escuchando junto a las puertas; publicaba cuanto pasaba en casa, y de esta suerte levantó muchos caramillos y motivó infinitas pependencias. Cuando se quería que una cosa fuese pronto sabida de todos, no había más que confiársela, y sin propina quedaba contenta por el gusto de dar campanadas. Era una espantosa tarabilla que en todo se atravesaba y nada sabía concluir; pero vaya, esto cansa, me detendré aquí por ser asunto fastidioso, a pesar de lo mucho que he abreviado. Por tres horas largas podría estarte contando cosas de aquellas muchachas; reservaremos lo demás para mañana, que es domingo, y tendremos mucho tiempo. Entretanto hazte cargo de estas faltas y guárdate de ellas, así como de todas las restantes que yo te vaya mostrando en el ejemplo de mis criadas, y de esta suerte, como espero, no nos llevaremos mal.

Rosa conoció muy bien que la misma portera exageraba mucho y que no tenía fundamento para criticar la locuacidad de los demás. También pensó Rosa que antes de juzgar a las criadas referidas era preciso oírlas. Entretanto dijo para sí:

—Conque una muchacha tuviera no más la décima parte de los defectos mencionados, ya merecería reprobación, y de ningún modo podría estar contenta con ella una ama de casa que tuviese apego al trabajo, aseo y buen arreglo. Me aplicaré, pues, a evitar todas esas faltas.

Efectivamente, Rosa fue el modelo de una buena criada. Conforme a la doctrina de Jesús y de sus apóstoles, no servía a su amo temporal únicamente por el buen parecer a la vista de los hombres, sino de corazón y por temor a Dios. Cuanto ejecutaba hacía lo siempre de muy buena gana, como si lo hiciese por Dios y no por los hombres. Su aplicación era incansable, y daba gusto verla alegre y diligente emprender el trabajo, dando a todo pronto y buen término. Nada había que mandarle dos veces; desempeñaba a su tiempo oportuno las faenas diarias y no aguardaba a que se las recordasen. Comprendía lo que se había de hacer, y muchas cosas estaban ya hechas antes de que se pensara en mandárselas. Ponía en su sitio los muebles de la casa y las vasijas cuando ya no hacían falta; tenía la habitación sumamente limpia, y no descansaba hasta que toda la batería de cocina relucía y deslumbraba, de modo que todos cuantos entraban en ella se regocijaban con aquella curiosidad. Más cuidado ponía en las cosas de sus amos que en las propias, y con igual tiento manejaba una vasija de barro que si hubiese sido de la más fina porcelana. Ni una aguja que viese en el suelo la dejaba sin coger; la tomaba y la metía en el acerico de su ama. Comer a escondidas hubiera sido para ella un horror y hubiera tenido a pecado malgastar una migaja. Era muy frugal y contentadiza, y por lo mismo estaba siempre jovial y afable. Era la misma modestia, y cuando descuidaba algo confesaba su falta y pedía perdón. Si la reprendían sin culpa, poseía el gran talento de callar a tiempo, y su silencio, juntamente con el dulce mirar de su angelical semblante, tranquilizaba y amansaba a la arrebatada ama más todavía que cuando Rosa hubiera podido decir en su defensa. La portera se hizo poco a poco más afable, y con no poca extrañeza de su marido llegaron a pasar días enteros sin que regañase ni una sola vez.

Rosa hacía un trabajo muy rudo. En las finas labores de su sexa era para su edad un dechado de perfección; pero muchas de las tareas que le señalaron eran para ella, como noble señorita, demasiado penosas y se le hacían muy cuesta arriba. Todas las mañanas tenía que levantarse antes de amanecer, ir por agua y leña, hacer fuego en

En la cocina, lavar y fregar las vasijas, limpiar los suelos y otras muchas faenas que por hacerlas por primera vez en su vida no siempre se adaptaban a su voluntad. Por ello hubo de sufrir que su iracunda ama la llamase torpe y desmañada, y que la injuriase con otros muchos dicterios y apodos villanos. La comida era indudablemente buena en su género; pero muchos manjares parecían a la buena señorita tan raros y estrambóticos, que le costó mucho acostumbrarse a comerlos. Su cama era limpia, pero muy incómoda para una señorita.

Aunque hubiese trabajado desde por la mañana temprano hasta muy tarde, y eso en medio de muchas reprensiones e injurias, yéndose cansada y triste a su pequeño dormitorio, tenía, no obstante, el consuelo único de permanecer sola media hora y lamentarse con Dios de sus padecimientos. Muchas veces abría una ventana; con ojos bañados en lágrimas miraba a las estrellas y oraba diciendo:

—¡Dios mío, gustosa sobrellevaré todos estos padecimientos si al fin son aligerados por ellos los de mi amado padre!

CAPÍTULO X

ROSA ENTRA EN LA PRISIÓN DE SU PADRE

Muchos y penosos días había pasado Rosa en su servicio sin hallar la ocasión de entrar en la prisión de su padre. Érale muy doloroso hallarse tan cerca de él y no verle. Ya desde el principio descubrió un rayo de esperanza observando que el portero era también carcelero y tenía obligación de dar comida a los presos. De cuando en cuando se informaba de él acerca de todos los presos, y supo que su caro padre vivía aún y estaba bueno. Rogó frecuentemente al portero que le enseñase la prisión; pero siempre meneaba la cabeza, diciendo:

—No hay que ser tan curiosa.

Muchas veces no podía contener las lágrimas al ver el platito de sopa clara que, juntamente con el pan bazo y el jarro de agua, estaban destinados a su padre.

—¡Ah!—suspiraba—Nada es lo que yo padezco en comparación de lo que él debe sufrir: nunca pensaré en mis pesares.

Una tarde, al tiempo en que la sopa para los presos estaba dispuesta en la marmita colocada dentro de una capacha, el portero dijo a Rosa:

—Mira, Rosa: mañana tengo que partir a negocios de mi señor; te enseñaré la prisión y tú podrás llevar la comida a los presos: mi mujer tiene para ello poco tiempo y todavía menos voluntad.

Tomó en una mano la capacha en que estaba la marmita y con la otra el rimero de platos, y marchó delante por un largo y lóbrego camino.

Para Rosa fue inesperado el poder ver a su padre en aquel momento; pero tan grande como fue su gozo era también el sobresalto que experimentaba. Temblaba de pies a cabeza, y con el corazón palpitante seguía al portero. Presto, sin embargo, recobró la calma y pensó no darse a reconocer por entonces a su padre.

—Si descubrieran que yo soy su hija, seguramente no me confiarían las llaves de su prisión.

El portero se paró en una pequeña abertura que había en medio de la gruesa pared, y que estaba cerrada con una puertecilla de hierro, y la abrió. Rosa miró adentro con angustia y temblor. Un hombre de pelo y barba enmarañados, con un aspecto horroroso, estaba sentado en un oscuro calabozo.

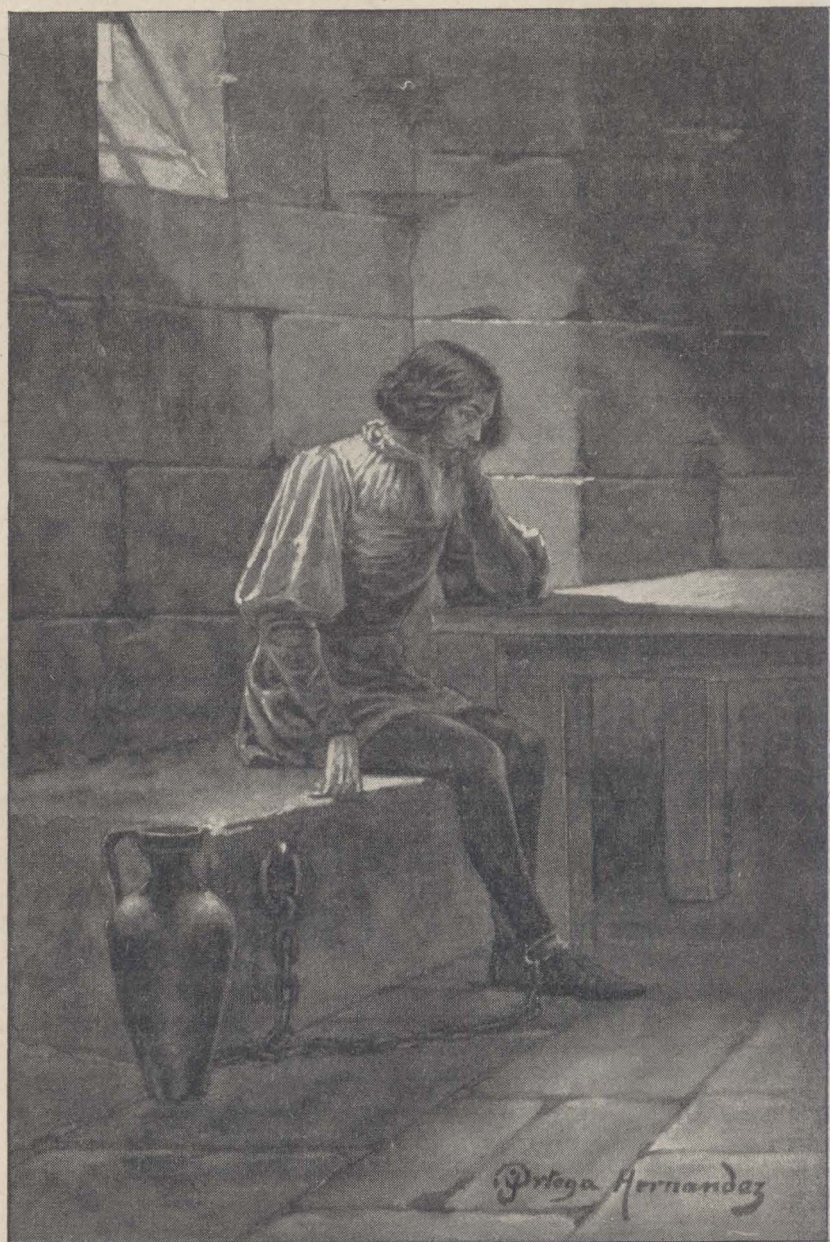
—Este—dijo el portero—era un valiente y esforzado guerrero; pero la pasión del juego y la maldita borrachera le pervirtieron, y de un noble y bizarro soldado le trocaron en un bandido. Yo no quisiera partir con él el pago que le espera.

Púsole dentro la sopa hervida y cerró otra vez.

En seguida abrió otro postigo, y por él vio Rosa debajo de la tenebrosa bóveda una figura cadavérica de mujer, cargada de cadenas, con el pelo desgredado, las mejillas hundidas y en los ojos pintada la más profunda melancolía.

—Esta—dijo el portero mientras le introducía la sopa y cerraba de nuevo el postigo—fue en otro tiempo una doncella hermosa como un ángel, y ¡así hubiese vivido inocente también como un ángel! Pero buscó secretamente las malas ocasiones, y ahora se levanta contra ella la terrible sospecha de que haya asesinado a un niño. Si tal resultare, le cortarán la cabeza. La desesperación le produce a veces un tremendo furor. Por tu vida no abras nunca la puerta de su calabozo, no sea que te haga daño y se escape. Únicamente en éste podemos entrar solos—añadió el portero abriendo una puerta de hierro—; es un buen señor, blando y afectuoso como la paciencia: el caballero Edelberto de Tanemburgo.

La pobre y trémula Rosa no le hubiera conocido, pues estaba muy pálido, flaco y con una larga barba. Su vestido estaba deslucido y echado a perder. Descansaba en un asiento de piedra, junto al cual estaba amarrado con una larga cadena, de modo que sólo podía moverse alrededor del calabozo. Inmediata a él había una mesa labrada en una gran piedra de una sola pieza, con un cantarillo de barro y un pedazo de pan duro. El buen caballero apoyaba el brazo izquierdo sobre la mesa, y en la misma mano su frente, presentando la derecha pesarosamente al carcelero. Junto a la mesa había una vieja camilla de madera apolillada en que servían de jergón y cubierta un poco de paja y una manta ordinaria. La prisión toda era de un aspecto horroroso.



...apoyaba el brazo sobre la mesa.

so, aunque, por ser la destinada para caballeros prisioneros, **era** muy espaciosa, con paredes de mampostería y altas bóvedas, que de tan antiguas y pardas parecían enteramente negras. Una sola ventanilla, angosta y con gruesa reja, se abría en medio de la gruesa pared. La mayor parte de las pequeñas y redondas claraboyas de la prisión estaban interceptadas por fuera con escombros, y las demás cerradas con espesas ortigas, de modo que en aquel tenebroso panteón sólo entraba una débil claridad verdosa que le hacía aún más horrible.

—Caballero—dijo el portero—, mañana mi criada os traerá vuestra comida, pues yo debo partir para unas diligencias.

Edelberto contempló a Rosa, e inmediatamente su aspecto le recordó a su hija, pero no la conoció.

—¡Dios mío!—suspiró, inundando las lágrimas sus ojos—De la misma estatura y edad es mi Rosa. ¡Ah, querido carcelero! ¿No podríais decirme algo de ella? ¿No tenéis aún noticia alguna de ella, de dónde se halla ni cómo está? Muchas veces os lo he suplicado.

El portero contestó:

—Sólo Dios del Cielo sabe dónde está, pues entre los hombres nadie es capaz de saber adónde habrá ido.

—¡Oh, Dios!—exclamó Edelberto—¡Ni uno solo de aquellos caballeros que durante mi fortuna se titulaban amigos míos se ha comprometido de mi hija ni admitídola en su alcázar.

Edelberto, a la sazón, bien pensaba en su fiel Burkhard y confiaba en que estaría Rosa con él; pero no quería dejarlo traslucir por no hacer desgraciado al buen Burkhard, de quien era enemigo Cunrico, y dijo solamente:

—Confío en que estará con gentes de bien y atentas a conservar su inocencia y bondad. ¡Dios mío, permitid que sepa esto con certeza antes que muera en esta cárcel, y entonces cerraré tranquilo mis ojos sin ver su rostro por la vez postrera! ¡Oh, carcelero; no podéis pensar cuán cariñosa y buena hija era Rosa para conmigo, cuánto me amaba y cómo hacía por mí todo cuanto conocía que yo deseaba! No me ha dado más que contento, y donde esté ahora se portará igualmente bien. Tú, querida niña—dijo volviéndose a Rosa—, sé para con tus padres, si viven todavía, tan buena y tan dócil.

Rosa, que hasta entonces no había experimentado más que el espanto de la horrorosa prisión y del pálido semblante de su padre, al oír aquel consejo, partiéndosele el corazón, principió a llorar y gemir. Estuvo a punto de echarse al cuello de su padre y le costó mucho trabajo contenerse.

Edelberto se admiró de verla tan conmovida y le dijo:

—¿Tal vez hace poco que han muerto tu padre o tu madre, y lloras por eso tan desconsolada?

Cuentos de Calleja

Rosa apenas pudo decir que ya hacía mucho tiempo de la muerte de su madre, que su padre vivía aún, aunque pasándolo muy mal.

—Pues Dios—dijo Edelberto—tenga misericordia de él. Pero tú tienes un corazón muy blando, querida niña. Dios te guarde de seducción.

—Es verdad—dijo el portero a Rosa—; tú eres demasiado blanda de corazón. No llores así, porque entonces no puedo darte esta comisión. Por lo demás—continuó dirigiéndose a Edelberto—, es una excelente niña, tan buena cristiana, complaciente y aplicada, que no se hallará doncella mejor en diez leguas a la redonda. Ni mi mujer ni yo podemos celebrar bastante el mucho amor que tiene a mis hijos y cuanto hace por ellos. Si algún día mi Isabel llega a ser lo mismo, de rodillas todos los días daré a Dios gracias.

Edelberto miró a Rosa con imponderable afecto.

—Dios te bendiga, hija querida—dijo, alargándole la mano encadenada—. Consérvate siempre tan buena, ruega con fervor a Dios y confía en que, sin duda, ayudará a tu padre y reserva para ti un gran gozo.

—Dios lo haga—dijo Rosa con voz alterada, y le dio un beso en la mano, dejando caer en ella sus ardientes lágrimas.

Ya era hora de que saliese el carcelero, pues si se hubiera prolongado más la estancia de Rosa allí, no habría podido contenerse ni decidirse a salir de la prisión. Volvió vacilante a recorrer el largo pasillo, teniendo que apoyarse en las paredes para no caer.

CAPÍTULO XI

ROSA SE DA A CONOCER A SU PADRE

Pasó Rosá muy triste el resto de la noche. La pálida figura de su amado padre, según le había visto cargado de cadenas en la horrenda prisión, vagaba de continuo por delante de sus ojos. Su miseria le penetró hasta el alma, y únicamente la próxima esperanza de descubrirse a él y aliviar su desgracia mitigaba algún tanto su dolor. Luego que, terminadas las faenas de todo el día, entró en su pequeño dormitorio, echóse de rodillas en el suelo, y con ardientes lágrimas rogó a Dios que la asistiera más adelante en la empresa, que hasta entonces había bendecido, de dar consuelo y alivio a su pobre y afligido padre. En seguida se acostó a dormir; pero casi hasta la media noche no pudo pegar los ojos.

Al cabo de una hora fue despertada por la portera para que aderezase una sopa al portero, que pensaba salir a las dos de la madrugada. Encendió fuego e hizo la sopa. El portero la comió, alabando el

tino de Rosa para guisar; prometió traerle alguna cosa si durante su ausencia desempeñaba bien sus quehaceres, montó a caballo y partió. Los rastrillos fueron nuevamente alzados, y entregadas por medio de un soldado las llaves de la puerta al caballero Cunrico, que siempre las guardaba de noche.

La portera fuese otra vez a dormir y Rosa se halló sola en la desierta habitación. Con tiento y despacio desató del manajo de llaves la de la prisión de su padre, en la cual se había fijado muy especialmente; tomó la linterna del carcelero, que estaba en un cajón al lado del manajo de llaves, y se fue con ella a su cuarto, donde permaneció todavía un rato. Entonces, habiéndose quedado todo nuevamente tranquilo y silencioso en el castillo, colocó su lamparilla en la linterna, tapándola con su delantal, y después de quitarse los zapatos escurrióse por el largo y horrendo pasadizo hasta la prisión de su padre, que abrió tan quedo como le fue posible.

Alumbró el interior de la prisión con la mustia linterna, más mortecina todavía a causa del mucho hollín, y vio a Edelberto con los brazos cruzados sentado en el escaño junto a la mesa. Admiróse éste cuando al pálido reflejo de la linterna creyó reconocer a la doncella del portero.

—¿Eres tú, buena niña?—preguntó—¿Qué quieres tan tarde, a esta hora de la noche, o más bien, tan de mañana? No hace gran rato que el reloj de la torre ha dado las dos.

—Perdonad—dijo Rosa en voz baja—; pero a lo que veo tampoco vos habéis dormido. Deseaba con ansia hablaros a solas, y por eso vengo a esta hora de la noche.

—¡Oh, niña mía!—dijo Edelberto—Esto es arriesgado y pudiera causarte mucho perjuicio. Una mocita de cordura no debe poner de noche los pies fuera de la puerta de su cuarto, sino más bien cerrarla con una barra mayor que la de mi prisión.

—No tengáis cuidado—dijo Rosa—; en el castillo todos, exceptuando el atalaya y el gallo, están en el más profundo sueño. No vengo aquí sin haber primero meditado y orado. Dios ha guiado mis pasos y está ciertamente conmigo. No deseaba deciros más que dos palabras. Vuestra pesadumbre por vuestra hija me llegó de tal modo al corazón, que no he podido dormir y vengo a daros noticias de ella.

—¿De mi Rosa?—preguntó vivamente—Si fuera así, me favorecerías como un ángel del Cielo que visitase mi prisión. ¡Ah! ¡Di, di! ¿La conoces tú, la has visto, has hablado con ella misma, está buena y a salvo? ¡Oh! Habla, habla. ¿Puedes decirme algo cierto de ella?

—Os puedo dar de ella las noticias más positivas—contestó Rosa—. Ved aquí: ¿reconocéis esta cadena y venera de oro?

Cuentos de Calleja

—¡Dios mío!—exclamó Edelberto, cogiéndolas con trémula mano—Ésta es, efectivamente, la condecoración de oro que yo para perpetua memoria di a mi Rosa en el momento de despedirnos. Yo le había prevenido muy encarecidamente que nunca se desprendiera de este precioso regalo. Tú, querida niña, debes de tener mucha intimidad con ella, y ella tenerte mucho afecto para confiarte la cadena. Sin duda, no lo hizo con otro fin que el de inspirarme más fe en ti, y seguramente las noticias que me traigas de ella serán importantísimas.

—No la entregó a manos ajenas, querido padre—dijo entonces Rosa—. Miradme, soy Rosa, vuestra hija.

—¡Tú!...—exclamó Edelberto—¡Ah! No me engañes. Mi hija era, como su nombre decía, una fresca rosa; y tú... no, no lo eres.

Rosa, antes de presentarse a su padre, había tenido cuidado de lavarse con agua de jabón el color moreno postizo de su rostro. A su tiempo sacó de la opaca linterna la clara lamparilla, y apareció su gracioso y suave semblante, más amable y bello que el que hasta entonces había visto su padre; blanco y encarnado como un tierno lirio teñido con la púrpura de la primera aurora. Sus oscuros rizos ondeaban anillados alrededor de su cabeza y las lágrimas relucían en sus ojos, aunque estaba sonriendo con la dulzura de un ángel.

—¡Tú, Rosa!—exclamó entonces el padre fuera de sí, y cayó de sus manos la cadena de oro—Tú aquí... ¡Ah! Ven a mis brazos. Y ahora que otra vez te hallo, nada importa que sobre mí se hunda esta gran fábrica de enormes piedras.

Dicho esto, la estrechó entre los brazos y con lágrimas regó el semblante de su hija, que también lloró largo rato sobre el cuello de su padre, no pudiendo pronunciar más palabras que las de «¡padre! ¡querido padre!»

—Pero explícame ahora, carísima Rosa—dijo el padre—, cómo has venido aquí: aclárame ese secreto. ¿Qué horrible fatalidad ha humillado a mi Rosa hasta ser la más vil criada, la criada del último criado de este castillo?

Rosa contó a su padre toda la historia, refiriéndole cuán amistosa-mente la había acogido en el bosque el honrado carbonero, la pesadumbre que había tenido por su padre, y cómo había concebido la idea de entrar a servir al carcelero vestida en traje de zagala de carbonero, para lograr ver nuevamente a su padre, y cuán amargamente había suspirado por aquel feliz momento de volver a verle.

—Oyó Dios—decía ella entre sollozos—mis oraciones y ha colmado mis entrañables deseos, proporcionándome ocasiones de veros, ¡oh carísimo padre!, de veros muy a menudo, de hablaros, partir con vos un alimento mejor y haceros todo género de servicios. ¡Ah! Yo soy

la hija más dichosa, y toda mi vida será una incesante acción de gracias.

El padre, llorando, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Oh! No eres la más dichosa, pero sí la mejor hija. ¡Yo sí soy el padre más dichoso! ¡Cuántas veces me lamentaba del cruel destino que me hizo trocar aquí la cadena de oro por las de hierro! Mas ahora te doy gracias, ¡oh Dios!, por este destino, pues sin él yo no hubiera sabido conocer el corazón de mi hija. Yo me figuré ser extraordinariamente dichoso cuando el Emperador me puso esta cadena de oro, y ahora, cargado con las de hierro que lastiman la antigua herida de mi brazo, soy más feliz; ya no la siento. No daría por todos los tesoros del mundo estos instantes en que te tengo entre mis brazos. Sí—dijo, echando una mirada de desprecio a la cadena de oro, que aún estaba en el suelo—. ¿Qué es el oro? Nada en comparación de la virtud y de la felicidad con que ella recompensa. Pero toma, yo hago un agravio a la condecoración—dijo y la cogió—. Es de sumo precio, no porque esté labrada de oro puro, sino porque nos conserva los bellos emblemas e inscripciones con la pureza de la verdad y el brillo del oro. Con efecto, querida Rosa, ahora mismo se están cumpliendo aquéllas en nosotros. El poder de Dios ha velado sobre ti escuchándote y devolviéndote a mis brazos inocente y buena. Aquel cuya mirada no tiene estorbos en las paredes miró a mi cárcel, se compadeció de la miseria mía, y en medio de tan horrenda prisión nos preparó esta entrevista celestial, porque Dios está de nuestra parte. El caballero de este castillo quiso ir contra nosotros, pero él no ha sido más que un instrumento en manos del Altísimo para prepararme este gozo. En la Cruz está la salvación, y por la pasión llegó Dios a los más nobles gozos; así lo siento yo ahora. Mientras Cunrico pasa las noches entre músicas estrepitosas, borracheras y danzas, me tiene, sin duda, por muy desgraciado; pero yo no me cambio por él cuando resuenan en mi prisión los ecos de la corneta y las algazaras de los ebrios, que a veces oigo a media noche. Aquí, viviendo sólo con pan y agua, soy más feliz que él arriba en los suntuosos salones del castillo, con sus exquisitos vinos servidos en copa de oro y peregrinos manjares en vajillas de plata. Aun no se ha forjado la cadena que sea capaz de amarrar el espíritu e impedirle que se arrobre con Dios, buscando y hallando a cada momento su felicidad. ¡Ah, Rosa mía! Dichosa tú que tan temprano experimentas lo que es la cruz y procuras emplear con tu mortificado padre en la cárcel las horas de la noche que otros pasan en el juego, los bailes y el bullicio. Con estos sufrimientos quedas preservada de los peligros del vicio y desde muy joven aprendes a conocer la hermosura de la virtud. ¡Oh Rosa! Consérvate buena en lo sucesivo, acógete a Dios, guarda

todos sus mandamientos como has guardado el cuarto, permanece fiel a Dios y a la virtud; con la fe en el Crucificado domina el vicio, desprecia los falsos goces del mundo, lleva con paciencia sus tormentos, y serás más feliz que si hubieses sido elevada al primer trono de Europa.

Íntimamente conmovida Rosa por aquel discurso de su padre, le dio la mano, apagó su lamparilla y fuese precipitadamente, porque en aquel momento la corneta del atalaya anunció el rayar del día.

CAPÍTULO XII

ROSA ALIVIA LA DESGRACIA DE SU PADRE

Transformado nuevamente el semblante de Rosa en el de una atezada carbonera, y acabando de sentarse a la mesa con la portera y los dos niños para tomar la sopa del almuerzo, entró inopinadamente en la sala el caballero Cunrico con mucha impetuosidad y precipitación, lo cual causó a Rosa grandes temores. En todo el tiempo que llevaba de servir en la portería nunca había visto allí al señor. ¿Qué podía imaginar ella sino que se le había hecho traición? Cunrico dijo en tono imperioso:

—En adelante no cuidaréis más que de la puerta del alcázar, que confiaré a cuatro de mis soldados, y vosotras dos pasad a la cocina para ayudar en lo que fuere menester, porque hoy y mañana tengo muchos huéspedes.

Respiró nuevamente Rosa, aunque Cunrico había notado perfectamente su espanto; pero creyó que su alteración procedía del sumo respeto que se le tenía. Sonrióse satisfecho y con gran contento la miró por primera vez desde que se hallaba en Fichtemburgo, pues de nada gustaba tanto como de que temblasen delante de él.

Rosa y la portera se dispusieron para la tarea ordenada. Al medio-día llegó un caballero vecino con gran séquito, y al día siguiente otro acompañado de muchos señores montados, y casi a cada hora llegaban a Fichtemburgo gentes de a pie y de a caballo. Además de las habitaciones interiores donde vivía el caballero Cunrico, quedaron también ocupadas por tropas todas las accesorias que había alrededor del espacioso patio del castillo, en el cual hicieron por la noche grandes hogueras para guisar y comieron y bebieron haciendo grande algazara. Rosa conoció muy bien todo lo que aquello significaba, y no se engañó, pues, efectivamente, mientras daba de cenar aquella misma noche a los dos niños, entró en la habitación la portera, pálida como una difunta, y con ambas manos sobre la cabeza exclamó:

—Hijos míos, rezad; hay guerra. Vuestro padre, que fue a convo-

car las tropas y acaba de llegar, tiene que marchar también. Mañana muy temprano saldrán.

Al día siguiente, antes de que rayase la aurora, se oyeron los clarines tocando a marcha. Ya estaba armado el portero, que era uno de los más valientes soldados del señor. Ceñidas la coraza y la espada, cubierto con el casco y con la alabarda en la mano, se despidió de su mujer y niños. Madre e hijos lloraban, y también Rosa lloró con ellos tan de veras como si fuera hija suya. Encargó a su mujer y niños que orasen por él todos los días.

—Tú también—dijo—, buena Rosa, ruega por mí para que pueda ver otra vez a mi mujer e hijos.

Los caballeros forasteros, todos lujosamente armados, la caballería y los infantes con sus largos chuzos, pasaron por la puerta y rastrillo, marchando en orden de formación. Cunrico era el último de la expedición, y cuando todos estuvieron fuera, entregó las llaves de la puerta al antiguo castellano y le dijo:

—Leal viejo, conserva en tu guarda día y noche estas llaves y no dejes entrar ni salir a nadie sin que tú mismo vayas acompañado, por lo menos, de dos soldados de la guarnición; de ello me respondes con tu encanecida cabeza.

Metió espuelas al caballo, pasó delante de los demás, y al punto, levantados los rastrillos, fueron cerradas las hojas de la puerta y pasadas las barras.

Rosa y la portera tuvieron todo el día que trabajar mucho en la cocina para limpiar la vajilla y poner todas las cosas en su sitio. Por la noche la portera dijo a Rosa:

—Mañana temprano quiero ir con mis niños a visitar a mi anciana madre, pues con el tumulto de las tropas tengo la cabeza enteramente atolondrada y partido el corazón con la despedida; pero esta visita me distraerá un poco. No vendré a casa hasta muy tarde, por ser el camino bastante largo para los niños; y tú también puedes descansar todo el día, no teniendo ya el cuidado de la puerta. Pero no te olvides de la comida para los presos, y además procura tenernos una buena cena para cuando volvamos a casa.

Por la mañana, al salir el sol, marchó la portera con sus niños.

Ahora, ¿quién había más feliz que Rosa? No pensó en descansar; y si por el mucho trabajo el día anterior no había podido ver a su padre más que unos instantes, en aquella ocasión podía consagrarle un día entero, lo cual colmaba sus más ardientes deseos. Ya desde mucho tiempo antes había pensado ella en prepararle todo cuanto pudiera aliviar su desgracia. Ante todo había pensado en proveerle de ropa blanca nueva, y con el lienzo que la mujer del carbonero le había regalado tenía hechas unas cuantas camisas para su padre, empleando

al efecto las pocas horas que le quedaban libres y sobrantes de su pesado servicio, y a veces cosiendo hasta media noche. Igualmente, con hilo trabajado por ella misma, le había hecho un par de calcetas. Fue corriendo a encontrar a su padre y llevar la camisa y las medias nuevas; entró en la prisión una gran jofaina con agua tibia, jabón y toalla, y le dio la llave con la cual podía soltar su cadena. Esto para el buen Edelberto, que amaba extraordinariamente la limpieza, fue un gran consuelo, por el cual en vano había suspirado mucho tiempo.

—Me siento como nacido de nuevo—dijo a Rosa cuando, al cabo de una hora, volvió para sacar el agua de la jofaina.

—Ahora, carísimo padre—dijo Rosa—, conviene que vengáis de nuevo a respirar el aire libre.

En la galería que conducía a la prisión había una estrecha portezuela que daba a un ameno huertecito cedido para su utilidad al carcelero, y que Rosa tenía cultivado con el mayor esmero, y allí llevó a su padre. La mañana era sumamente hermosa, el sol brillaba caliente y agradable. Al salir el buen caballero al aire libre y a la luz del sol, le pareció entrar en el Cielo.

—¡Dios mío!—decía—Si después de la muerte se encuentra uno tan alegre y complacido, debemos morir con gusto.

Rosa le llevó entonces para su almuerzo una confortable sopa que puso bajo una noguera situada en un rincón del huertecito, junto a una garita donde se hallaban colocados un banco y una mesa, y le dijo que allí podría pasar todo el día en libertad.

—Con mucho gusto—añadió—, queridísimo padre, quedaría yo con vos aquí todo el día, si no tuviera que hacer mucho y muy necesario; pero ahora os veré más a menudo.

Dicho esto salió presurosamente, y el padre anduvo toda aquella hermosa mañana de un lado a otro, disfrutando del esplendor del sol. Sus excitantes rayos le hicieron gran bien y le animaron hasta el punto de creerse renovado. Bañados los ojos en lágrimas, tributó gracias a Dios por el amor de su buena hija.

—El amor es el verdadero sol—decía—en el mundo de los espíritus, y todo lo calienta y anima; sin el amor, el mundo sería una triste y lóbrega prisión.

Rosa, después de haber servido a su padre una excelente comida y visitádole más de diez veces al día, aunque siempre por pocos momentos, volvió a la tarde con el corazón oprimido para llevarle otra vez a la cárcel. Grande fue el asombro del caballero al entrar en el calabozo. Creyó que Rosa se había equivocado y que, en vez de conducirlo a su prisión, le había llevado a un aposento del castillo. Las paredes y la bóveda, que de puro negruzcas parecían revestidas con cortezas de alcornoque, estaban limpias y blanqueadas, habiendo



Al salir el buen caballero al aire libre y a la luz del sol, le pareció
entrar en el Cielo.

Cuentos de Calleja

quedado enteramente secas con el calor del día. El sombrío pavimento había sido lavado y cubierto de arena seca, dándole un aspecto casi tan hermoso, decía Rosa, como una blanca flor. Las ventanas, desembarazadas por fuera de los escombros y ortigas y limpias, permitían ver al través de ellas el hermoso azul del cielo. La paja del jergón fue mudada, extendiendo sobre él una sábana blanca; también agregó una almohada, de que hasta entonces había carecido, y quedó destinada para cobertor una manta nueva más recia y de lana pura. Sobre la blanca cubierta de la mesa había un jarro lleno de hermosas y fragantes flores, que con su agradable aroma disiparon el denso aire de la prisión.

—¡Oh! ¡Cuántos goces me das! —dijo Edelberto— El amor filial puede esparcir flores por el camino de la vida de los padres; el amor puede convertir en un edén una lóbrega prisión. Pero—continuó al contemplar las blanqueadas paredes y bóvedas—a ti sola te sería imposible desempeñar esta tarea. ¿Quién en este castillo pudo ser tan generoso que haya consentido en ayudarte?

Rosa contestó:

—Hay en este castillo un anciano soldado que en su juventud fue albañil y aun se ocupa en su oficio. Hace algunas semanas que estuvo unos cuantos días enfermo, y la portera, a ruegos míos, le envió alimentos que fueron provechosos al enfermo. Yo se los llevaba, y siempre que tenía tiempo me sentaba junto a su cabecera a conversar con él. Una vez me habló, por supuesto, sin saber que yo fuese hija vuestra, con mucho respeto y sincera lástima de vos. Me dijo que también había peleado con vos y salido gravemente herido en aquella batalla que estuvo a punto de perderse por Cunrico, pero que fue ganada por vos. A no ser así, él hubiera perecido en el campo de batalla, de donde vos le recogisteis. Ayer tarde, con mucha vergüenza, le rogué que me ayudase a poner un poco mejor vuestra espantosa prisión. Yo creí que iba a poner dificultades; pero, muy al contrario, alabó mucho mi proyecto y tomó a su cargo con placer la mayor parte del trabajo. «Ningún cuidado, dijo, me daría que lo supiese Cunrico; no puede llevar a mal que yo honre a los caballeros.»

—Realmente, no me acuerdo de haber hecho bien a ese hombre—dijo Edelberto—; pero su gratitud me afecta en extremo. Ve aquí, cara Rosa, cómo el bien que desde mucho tiempo hemos olvidado todavía puede producir buenas consecuencias al cabo de largos años.

Rosa llevó entonces la cena y dijo:

—Volvamos hoy, carísimo padre, a comer juntos.

Había llevado consigo una silla y se sentó junto a él. La comida era parca, pero muy bien aderezada. Para Rosa fue una dicha servir a su padre sus platos favoritos: una sopa de cebada perlada, un par

de perdices asadas y con ensalada de endibia, y para postre **un plato** de cangrejos primorosamente adornados con verdes hojas de apio. También sirvió a su padre, que hasta entonces no había tenido más que agua y pan bazo, una botella de vino bueno juntamente con un pan blanco.

—Pero, por Dios, cara Rosa—dijo el padre mirando a la mesa y a la cama—, ¿de dónde sacas todo esto, a pesar de tu pobreza?

Rosa contestó que la mujer del carbonero le había regalado el lienzo blanco, y que Inés le había traído precisamente la víspera las perdices y cangrejos; que lo demás lo había costado con su salario y con la propina que los convidados le habían regalado por abrir la puerta. Pero la buena hija no dejó traslucir a su padre que le había cedido su propia almohada. El noble padre estaba sumamente complacido y decía:

—Algunas veces he comido a la mesa del Emperador; pero nunca en comida alguna experimenté alegría como ésta. Dios, carísima Rosa, premiará tu amor.

Rosa se hallaba aún más feliz, no habiendo disfrutado tampoco en su vida una dicha tal como la de aquellas horas en que podía departir con su padre. Ella experimentaba perfectamente cuánto *más gozoso es dar que tomar*.

—¡Ah!—decía—¡Qué felices pudieran ser los ricos si conociesen esto! ¡Qué felices podrían ser los hijos que son bastante ricos haciendo mucho bien a sus padres! Y en la tierra gozarían del Cielo.

Rosa tenía ya precisión de volver a su tarea para disponer la cena de la portera y de sus hijos, y después de dar las buenas noches a su padre salió velozmente de la prisión. La sensación de gozo en el padre por tener semejante hija le desveló mucho rato, y cuando al fin se durmió logró un sueño dulce y reparador cual nunca lo había disfrutado.

Rosa desde entonces proporcionó cada día a su padre un nuevo placer. Por la mañana le llevaba para almuerzo galleta con un vaso de leche fresca o un par de huevos pasados por agua, o manteca amarilla en una hoja de parra, todo lo cual hacía mucho bien al pobre preso. Cuantas veces le era posible esquivar la curiosidad llevaba a su padre la sustanciosa sopa de mediodía, prefiriendo quedarse ella con la sopa clara para sí. Frecuentemente se quedaba sin cenar y guardaba para su padre un pedacito de carne asada que lograba en los domingos, o los trozos que sólo en ciertos días le daban. De cuando en cuando ponía en la prisión flores frescas, de que él gustaba mucho, y le llevaba algunas frutas. Rosa hizo que el carbonero vendiera el único adorno que llevaba consigo al tiempo de prender a su padre, y consistía en un par de pendientes de oro con piedras preciosas, y con el

dinero obtenido pudo comprar para su padre muchas cosas necesarias, y especialmente buen vino, que claramente se veía que le hacía mucho bien. Rosa vivía sólo para él.

Un día, regresando de la campaña a su casa el carcelero a poco tiempo de su salida, para evacuar ciertos asuntos, fue a ver al preso y quedó muy asombrado cuando abrió la puerta de la prisión de Edelberto. Meneando la cabeza, decía:

—El caballero Cunrico no podría ver esto, pues si lo viera también me daría una celdita semejante con ventanilla enrejada, y a buen seguro que no sería tan alegre como ésta. No obstante, me agrada mucho. No hay cosa como la limpieza. Un par de puñados de cal y arena con un poco de fatiga y trabajo han transformado esta lóbrega prisión en un aposento limpio y claro, al paso que muchas personas, por su descuido y suciedad, hacen de sus aposentos tristes calabozos.

Pero al salir del pasillo dijo el portero muy seriamente a Rosa:

—Oye, Rosa, no te reprenderé por tu compasivo corazón para con este caballero, y aunque ya sospecho que todavía le harás mayor bien, te lo disimularé; pero ¡cuidado con que tu lástima llegue al punto de favorecer su fuga! Tampoco lo conseguiría, pues para eso están bien guardadas las puertas del alcázar con barras, cerrojos y puente levadizo; pero sólo la tentativa me haría infeliz, perdiendo el empleo y el sustento, siendo para siempre arrojado de este castillo con mujer e hijos. No hay duda: mi amo en su furia sería capaz de matarme, pues con mi cabeza le respondo de la buena custodia de los presos. Por tanto, no causes mi desgracia ni pongas mi vida en tamaño riesgo.

Rosa se lo prometió solemnemente, y el carcelero partió de nuevo.

CAPÍTULO XIII

ROSA ESCUCHA LAS AMONESTACIONES DE SU PADRE

Mientras Edelberto hallaba tanto consuelo en el amor de su hija, y Rosa en las cariñosas miradas de su padre, acaecían cosas muy diversas en Fichtemburgo. Hasta entonces el castillo del caballero Cunrico había sido el asiento del júbilo, mas ahora había tomado su residencia en aquellos suntuosos aposentos el pesar, que no halla estorbo en las puertas aherrojadas ni en los rastrillos. Cundían malas noticias acerca de la guerra que Cunrico había emprendido con arrogancia contra un caballero muy poderoso. Cunrico había sido herido, saqueado todo su bagaje y casi perdido. Su herida le tenía postrado en un castillo muy distante, y así como otras veces habían venido al

suyo carros cargados de botín, esta vez era preciso enviarle dinero y efectos. Su esposa no podía ir a visitarle una sola vez por hallarse sin tropas para hacer el viaje. No se atrevía a salir de las murallas y estaba muy convencida de que su marido conservaba los hombres a su partido solamente por miedo y de ninguna manera por amor. Además, los enemigos de Cunrico ejercían la mayor vigilancia y toda suerte de tropelías en las inmediaciones. Algunas veces se habían apoderado de los mejores víveres comprados en una aldea cercana y en camino para el castillo; de modo que la señora y sus hijos tenían que contentarse con alimentos ordinarios y sufrir muchas privaciones. Los niños contrajeron las viruelas, y por muchos días fue dudoso su restablecimiento. Al fin, la misma señora cayó enferma a consecuencia de pasar tantas penas y cuidados.

Por la locuaz portera, Rosa había sabido todo esto, y hasta las más menudas ocurrencias, pues ella rara vez, y solamente cuando se lo mandaban sin poderse excusar, subía a las habitaciones altas y corredores del castillo, que habitaban el señor y su familia. A cada escalón que pisaba crecía su repugnancia, y si le era posible bajaba otra vez precipitadamente la escalera de piedra. Cada vez que había visto al caballero o a cualquiera de su familia, le habían impresionado como un dardo metido en el corazón, y sin conocerlo bien ella misma alimentaba en su interior una aversión profunda, no sólo contra Cunrico, que tan horrendo ultraje había cometido en su padre, robándole hacienda y libertad, sino también contra la esposa e hijos de Cunrico.

Rosa contó a su padre todo lo que pasaba en el castillo, y una sonrisa apenas perceptible asomaba en su semblante al expresarse en estos términos:

—Ahora ellos también pueden experimentar lo que son desgracias y aprender a abatir su orgullo. Esta señora, que siempre vivía en esplendor y abundancia, vistiendo a sus hijos lujosamente, visitada de continuo por nobles amigas a quienes pagaba sus visitas, tiene ahora que vivir sola y en silencio como en una celda y familiarizarse con sus nuevas relaciones: las lágrimas y suspiros. El altivo y arrogante caballero que a nosotros y a muchos más ocasionó grandes pesares experimenta hoy la verdad de aquella sentencia: «Cada cual será tratado según trate a los demás».

Pero el magnánimo padre no aplaudió los sentimientos de su hija.

—¿Cómo es posible, Rosa mía, que hables tú así? ¿Cómo es posible que yo vea pintada en tu dulce y benigno rostro la sonrisa de una maligna alegría? ¡Ah, hija mía, de ninguna manera! ¡Esos sentimientos no son buenos! ¡Oh, no emponzoñe el odio tu noble corazón! Verdad es que ese caballero me ha tratado como no es justo; me aborrecía sin motivo y me ha causado mucho mal. Pero ¿de tal

modo has olvidado la doctrina y ejemplo de nuestro divino Redentor? ¿No estamos obligados a amar a los que nos aborrecen y hacer bien a los que nos hacen mal? ¿Por qué has de querer tú que del mal venido sobre nosotros por causa de Cunrico sufra la pena su esposa? Bastante habrá padecido de continuo con el áspero genio de su marido, y quizá no aprueba su comportamiento con nosotros. ¿Por ventura quisieras tú, por lo que el padre ha delinquido, vengarle en sus hijos, que son inocentes y nada saben de injurias ni de agravios? Rosa, cuida de que el amor a tu padre no te lleve al odio contra su enemigo. Para que veas, yo tampoco le odio. En verdad, Dios mío—continuó poniéndose la mano en el pecho y alzando los ojos al Cielo—, Tú sabes que cuando yo vi amenazada la vida de este caballero en lo más recio de la pelea, me precipité entre las espadas y lanzas enemigas para salvarle la vida y hasta hubiera sacrificado la mía. Y tú, Rosa, si volvieses a vivir en la prosperidad de antes, y hallándose en apuro y miseria la esposa e hijos de Cunrico viniesen a pedirte amparo, ¿les cerrarías el corazón y las puertas, y dejarías marchar sin socorro a perecer en la miseria a los pobres niños y a la afligida madre que ningún mal nos hicieron?

—Nunca—respondió Rosa, conmovida—, nunca haría yo eso, ni sería capaz de ello. De todo corazón partiría con ellos cuanto tuviese.

—Lo dudo—dijo el padre—, porque si tú nunca les diste una cosa tan pequeña cual es una mirada afable o una palabra buena, ¿cómo les darías una cosa mayor? Si tú siempre huiste hasta de la ocasión de verlos, ¿cómo podrías hallar la ocasión de hacerles bien? Desde ahora muda tu proceder con ellos, ve a su encuentro con afabilidad sincera, y sólo de esa suerte les harás mayor beneficio cuando se presente la ocasión. No te aconsejo esto por humano cálculo, para ganar la voluntad de nuestro enemigo, en cuyo poder estamos, ni a fin de que nos devuelva lo que nos ha usurpado. Si sólo por eso fuésemos afables con ellos, ningún mérito tendría la amabilidad y sería una miserable y rastrera hipocresía de que deberíamos avergonzarnos. No, querida hija; la verdadera caridad, flor celestial, no puede nacer ni prosperar en la sórdida raíz del interés, y tiene asiento únicamente en un corazón puro y benéfico; no es más que el reflejo del amor celestial que constituye la esencia de nuestra sacrosanta religión y debe ocupar todo corazón verdaderamente piadoso. Dios es el mismo amor y ama a los hombres como hijos propios. Envía sol, rocío y lluvia hasta para los que se han depravado, pues quiere que también éstos se hagan mejores y que un día vayan todos con Él al Cielo. Por salvarlos entregó su vida y derramó su sangre el Hijo de Dios. Así también es preciso que sea nuestro legítimo amor: amando a todos los hombres como hermanos nuestros, haciéndoles bien sin excluir de

nuestro amor a los enemigos ni a los perversos. Prontos debemos estar a dar hasta nuestra vida por ellos y amarlos como a nosotros mismos; porque nuestro amor debe remontarse de la tierra al Cielo. No sólo debemos amar sobre todas las cosas a Dios, que es amabilísimo sobre todo, sino también debemos aspirar a igualarle en amor. Únicamente este sacrosanto amor a Dios y a los hombres, y hasta para con los enemigos, nos hará capaces para ser admitidos algún día en el Cielo. Un espíritu humano sin amor, hasta en el Cielo sería desgraciado; el que odia no sirve para entrar allí. El amor es el manantial de toda bienaventuranza, y se forma únicamente para el Cielo. La misión de nuestra vida en la tierra es cultivar en nuestro corazón, como planta preciosa, este amor celestial, cuidarlo y elevarlo a la perfección. El amor a las cosas vanas, el falso honor, los placeres sensuales y bienes perecederos no permiten arraigar en el corazón del hombre el amor celestial, y en su germen lo ahogan como punzante abrojo. Para eso nos envía Dios los padecimientos, y a fin de que purifiquemos nuestra ánima del orgullo, el interés y los apetitos y deleites terrestres, nos despoja del lustre de nuestra condición y nuestros bienes temporales, que forman los placeres mundanos y las riquezas. Cree, pues, amada hija, que cuando Dios nos envía sufrimientos es porque algo nos quedaba que no puede purificarse sino padeciendo. Reconozcamos, querida Rosa, el inapreciable y paternal designio de Dios, sin desconcertarlo con el odio a nuestro ofensor ni desviarnos de la bendición que Dios nos prepara por medio de los sufrimientos.

Rosa escuchó atentamente a su padre, y mirándole afectuosamente con los ojos arrasados en lágrimas, dijo:

—Tenéis razón, querido padre. ¡Ah! ¡Cuán lejos estoy de merecer el Cielo! Desde ahora, Dios mediante, seré mejor. Yo aspiraré a amar a Dios sobre todas las cosas, como a mí misma a todos los hombres, y también a Cunrico, su esposa e hijos. Si el sufrimiento me puede hacer mejor y más amorosa, yo sufriré con gusto hasta que Dios quiera. ¿Qué es este corto tiempo pasado entre sufrimientos en comparación de una eterna bienaventuranza?

Rosa cumplió fielmente su palabra. Dejó de apartarse con intención de los hijos del caballero, que ya se habían puesto buenos y acompañados de su camarera solían bajar a jugar en el patio. Nunca volvió a fingir que no los veía. Los saludaba con afable sonrisa, trabando con ellos conversaciones y procurando demostrarles todo género de complacencias. Hizo que Inés le trajera el corzo domesticado y el par de tórtolas, y regaló el primero al niño del señor y las tórtolas a las dos pequeñas señoritas. Conoció que uno y otras eran niños muy amables, y se acusó a sí misma de haberse conducido hasta entonces con tanta esquivéz con aquellas criaturas.

—Yo misma—decía—me he privado de muchos goces, y mi falta fue a la vez mi castigo. ¡Ah! ¡Cuánta razón tiene mi padre! Mejor es estar amigos y reconciliados, que enemigos y deseosos de venganza.

Pero presto se le ofreció a Rosa ocasión de dar a la lección de su padre un extenso cumplimiento.

CAPÍTULO XIV HEROÍSMO DE ROSA

Después de copiosas lluvias amanecieron de nuevo días de esto hermosos y benignos sobremanera. Había salido el sol tan claro y penetraba tan agradablemente por entre las elevadas paredes del castillo, que todo parecía animarse con nueva vida. Los moradores del alcázar se habían aventurado a salir al campo para recoger los restos de los frutos y encerrarlos. La camarera, llamada Tecla, después de comer había bajado al patio del castillo con los tres niños de Cunrico. En medio del espacioso patio del castillo había un magnífico pozo, circuido de un hermoso brocal de mampostería con seis pilastras que sostenían en alto el cimborrio de piedra, adornado muy primorosamente, al estilo de las torres de las antiguas catedrales, con todo género de adornos. El pozo era de una profundidad extraordinaria, tanta, que casi se necesitaba un cuarto de hora para sacar sólo un gran cubo por medio de una especie de torno. Todos los forasteros que frecuentemente acudían a visitar el castillo admiraban el pozo como la obra más digna de atención de la fortaleza. Para darles una idea de la monstruosa hondura del pozo, se echaban piedrecitas, y ningún viajero había que no se pasmara del largo tiempo que tardaba en oírse arriba el sonido de la piedra echada. También se ponía en el cubo un cirio encendido, y al bajarle producía una vista maravillosísima la luz en las paredes del pozo, sobre las cuales crecían esparcidas entre las piedras muchas plantitas verdes. Iluminadas de aquel modo, se pintaban graciosamente en las gotas de las húmedas paredes, y al fin la luz parecía con sus rayos una rojiza estrella en lóbrega noche. Los albañiles, que a veces bajaban al pozo para hacer algún reparo o limpieza, se valían de una multitud de escalas que aseguraban debidamente en las paredes. Existía una vieja tradición de que metiéndose en el oscuro pozo antes que lo hubiesen cubierto se veían relucir en lo azul del cielo las estrellas en mitad del día. El pozo estaba rodeado por una extensa alfombra de césped que hacía muy buen efecto en el piso del patio, y de un cerco de serbales bravíos.

Jugaban los tres niños sobre la verde alfombra junto al pozo. Las jóvenes Ita y Emma se recreaban mirando las hermosas serbas, rojas como la escarlata y ya maduras. Tecla tuvo que cogerles algunos ra-



...extendió su bracito hacia el cubo.

Cuentos de Calleja

cimos, y ellas, muy afanosas, hicieron sartas con las serbas, que llamaron sus collares de coral; con cierta juvenil vanidad se los pusieron por adorno de cuello y brazos, y se mostraban muy satisfechas con aquel raro adorno.

Everardo, el niño, echaba guijarros al pozo por pasatiempo; buscaba siempre los más gordos que podía encontrar, poníase a escuchar con atención hasta que la piedra sonaba en el agua, y luego saltaba de contento. Cuando estuvo cansado de este juego y se desvió algún tanto del pozo, vino volando un pajarillo al cubo, en el cual solía quedar un poco de agua, y en él se metió el animalito a beber y bañarse. El niño, que vio colarse dentro al pajarillo, dijo con su infantil sencillez a una de sus hermanitas:

—Aguarda y verás qué pronto cojo al pajarito; ten mucho cuidado, porque nos servirá de linda diversión.

Brincó sobre el brocal del pozo, extendió su bracito hacia el cubo, y cuando advirtió que su brazo era demasiado corto para aquella distancia se atrevió a salir un poco más, perdió el equilibrio y cayó en la espantosa sima.

Las dos hermanitas, que se hallaban junto al pozo, dieron un terrible grito. Tecla, la camarera, que se había deslizado a golosinear en la cocina, acudió asustada. Con sorpresa oyó todavía quejarse y gritar al niño en el pozo y miró adentro. El niño había quedado a bastante hondura, colgando de una escarpia por el faldón de su vestido; pero Tecla no sabía qué hacer. La señora estaba aún enferma en cama, sin poder salir del aposento, y los demás moradores del castillo estaban en el campo. La doncella, trémula y pálida, levantaba sus manos al Cielo y a voz en grito clamaba pidiendo auxilio a Dios y a todos los santos.

Entonces presentóse repentinamente Rosa. Había tenido precisión de quedar en casa, porque la niña menor de la portera había enfermado la noche anterior, al parecer con viruelas.

—Pronto—dijo Rosa a Tecla—, ayúdame a subir el cubo para meterme en él, y después déjalo bajar con cuidado. Dios mediante, confío en salvar al niño.

Rosa dirigió al cielo una mirada llena de fe, se encomendó al amparo de Dios y trepó al cubo. Según iba descendiendo a mayor profundidad sentía escalofríos; la humedad del pozo se le hacía muy repugnante, el sol parecía apagarse y alrededor de ella crecía por momentos la lobreguez. Por último llegó cerca del niño y gritó:

—¡Para!

El cubo quedó quieto. Rosa puso entonces todo su cuidado en coger al niño por sus brazos y desenredarle de la escarpia, lo cual era muy arduo y arriesgado sobremanera. No podía valerse completamente

de ambos brazos, porque para librarse ella misma de caer en el abismo había de mantenerse constantemente asida por un brazo a la cadena. No salían bien sus intentos, y una indecible ansiedad se apoderaba de ella y hacía correr un sudor frío por su frente. Desde la oscura y horrorosa profundidad rogaba a Dios con fervorosos suspiros que no la abandonase en aquel apuro, y al cabo logró sus deseos. Cogió por un brazo al niño, que con ambas manecitas se le abrazó fuertemente al cuello, temiendo siempre soltarse, y cesó de llorar. Rosa gritó entonces:

— ¡Arriba, tira!

Tecla, llena de ansiedad, tanteó el considerable peso del cubo y empezó a izarlo.

La madre del niño había salido a la ventana al oír los lamentos difundidos por todo el castillo. Con un espanto que la hirió como un rayo oyó gritar en el patio: «Everardo ha caído en el pozo», palabras terribles que parecieron a la madre resonar como un trueno por todo el castillo. La desdichada señora, pálida como la cera, se apoyaba en el bastidor de la ventana, y aunque le flaqueaban las rodillas y le temblaban las manos, no podía separarse de aquel sitio, pues los latidos de su corazón parecían rasgar su pecho.

Tecla le gritó:

— ¡Everardo se ha quedado colgado y la criada del portero se ha echado a sacarle!

Un débil destello de esperanza iluminó entonces su corazón y se puso a orar. La voz le faltaba; pero desde lo más íntimo de su alma rogaba a Dios por la salvación de su hijo primogénito y único varón. Sus ojos miraban fijamente al pozo, en cuyo brocal apareció al fin Rosa asida con un brazo a la cadena y abrazando con el otro al niño, que agarrado firmemente a ella parecía dormitar sobre sus hombros. Luego que el cubo estuvo bastante elevado y Rosa oscilaba con el niño en el centro del gran brocal de piedra, Tecla aseguró el torno, subió a la orilla del pozo y con un garbato destinado a este uso tiró del cubo hacia sí, queriendo coger al niño entre sus brazos; pero a la endeble muchacha, siempre trémula y agitada, le faltaban las fuerzas y agilidad necesarias para tener firme el cubo y al mismo tiempo recibir el niño de los brazos de Rosa en los suyos. En balde se afanó mucho tiempo en este intento; para la madre era un espectáculo horroroso, creyendo a cada momento que todos tres se precipitaran en el pozo.

Rosa conoció que de aquel modo no saldría bien y mandó a Tecla soltar el cubo, queriendo entonces desde él alargarla el niño; pero por más que Tecla se inclinaba con los brazos extendidos, siempre le faltaba un poco para llegar. La madre desde la ventana no podía ya

contemplar aquel espectáculo, y su vista se oscurecía. Procuró gritar tan recio como le permitían sus agotadas fuerzas:

—¡Así no, así no!

Rosa no entendió sus palabras; pero al punto echó de ver que de aquel otro modo era más peligroso aún.

Rosa se mantuvo quieta un rato, miró al cielo, meditó y dijo en seguida:

—Tecla, empuja el cubo suavemente con el garabato para que balancee de un lado a otro del brocal.

Ella obedeció sin saber de qué serviría aquello.

—Ahora—dijo Rosa infundiendo ánimo con su sonrisa a la trémula Tecla,—ahora, cuando el cubo llegue junto a ti, coge prontamente y con fuerza al niño con ambos brazos; pero aguarda todavía hasta que yo te lo diga... ¡Ahora, ahora!

Tecla entonces, un poco más animada, cogió al niño en sus brazos y lo puso en el suelo. Ofreció a Rosa la mano para ayudarla a salir; pero ella le dijo:

—Empuja el cubo de modo que se acerque a las pilastras.

Tecla lo hizo así, y cuando el columpiado cubo se aproximó a una de las pilastras Rosa se abrazó a ella, puso los pies en el brocal del pozo y saltó al suelo. ¡Ah! ¡Cuál fue su alegría al sentir que pisaba otra vez tierra firme! Regocijose nuevamente con la clara luz del sol. Se hincó de rodillas y elevó sus ojos a Dios, que la había salvado a ella y al niño, y su primer pensamiento fue:

—¡Buen Dios, gracias te sean dadas! ¡Qué regocijo será para mi padre!—pensó en seguida—¡Qué satisfecho quedará de su Rosa!

Inmediatamente corrió a llevarle la grata noticia de la salvación del niño. Edelberto, con gran júbilo, la abrazó, y con las lágrimas más dulces que hayan vertido los ojos de un padre le dijo:

—Has ganado la más hermosa victoria; te has vencido a ti misma y has hecho bien al enemigo. Esa acción es más meritoria que la del valeroso caballero que vence sobre el campo al más fuerte enemigo: has salvado la vida a un semejante tuyo. Pero no te envanezcas por eso, querida Rosa; Dios es quien te ha dado ocasión y valor para ello; cede todo el honor a Él.

CAPÍTULO XV

MAGNANIMOS SENTIMIENTOS DE ROSA

Al mismo tiempo, Tecla llevó a la madre el niño salvado. Desde aquel instante la madre nada sentía ya de su enfermedad. Corrió hacia su hijo, le estrechó entre sus brazos, le regó con lágrimas de gozo y

le preguntó cien veces si algo le dolía. Ningún daño había recibido, y únicamente estaba muy pálido a consecuencia de la angustia y espanto. Teniendo el niño en sus brazos, hincóse de rodillas y exclamó llorando:

—¡Oh Dios! Tú me lo has regalado; lo criaré para Ti.

Se levantó y, hallándose muy fatigada, se sentó en la cama teniendo el niño en su regazo y exclamando:

—¡Ah, mal niño, qué susto me has dado! ¡Cuántas veces te he prohibido arrimarte al pozo, estar cerca de los caballos y trepar por los árboles! Has estado a punto de perder la vida por tu desobediencia. ¿Qué hubiera dicho tu padre si te hubiese perdido yo de esa manera? Sé, pues, en lo sucesivo más obediente. Has vuelto a mis brazos de milagro y da gracias a Dios que te ha salvado por medio de su santo ángel. Pero el ángel que te ha salvado—dijo mirando a su alrededor—es la pobre zagala del carbonero. ¿No está ella aquí, buen niño? Tecla, ve a buscarla; corre y hazla subir para que le dé las gracias: semejante acción no debe quedar sin recompensa.

Tecla bajó presurosa a la portería, donde ya estaba Rosa sentada otra vez junto a la cama de la niña enferma y haciendo media.

—Vamos—exclamó Tecla—, has de subir al momento a ver a la noble señora. Alégrate, que de seguro tendrás una buena propina.

Esto último ofendió la delicada sensibilidad de Rosa. Ningún gusto tenía en acompañar a Tecla, pues no quería recompensa alguna. No obstante, creyó que, si no aceptaba la invitación, pasaría por descortés y podría afligirse la regocijada madre. Fue, pues, y entró en el aposento turbada de modestia y con las mejillas encendidas. La noble señora, que se hallaba sobre el lecho junto al adormecido niño, salió presurosa a su encuentro y, sin cuidarse de diferencias de clase, estrechó tiernamente en sus brazos a la azorada muchacha.

—¡Oh, hija mía—dijo—, de cuántas gracias te soy deudora! ¡Qué noble acción la tuya, de qué interminable pena me has librado y qué imponderable gozo me has causado! Sin ti, mi niño, que tan dulcemente reposa ahora en el lecho, yacería frío y muerto en el abismo de aquel pozo. Has arrancado de la muerte a mi hijo y me lo has regalado. Desde ahora serás mirada como una hija mía, y en mí hallarás una verdadera madre. Quédate a mi lado para siempre. Y tú—dijo, volviéndose a Tecla con seriedad, aunque afablemente y sin arrebatos de cólera—, no puedes permanecer por más tiempo a mi servicio; has cumplido mal el facilísimo deber, que debiste desempeñar como sagrado, de no perder de vista al niño. En vez de cuidar del niño, por poco no has sido su asesino. Hoy mismo te mandaré pagar el salario y mañana saldrás de este castillo.

Tecla lloraba y gemía, implorando perdón y gracia. Se echó a los

pies de la señora, diciendo que, como pobre huérfana, no sabía adónde acogerse, y que se enmendaría de todas veras.

Pero la señora repuso:

—Eso lo has prometido muchas veces, y aun no lo has cumplido. Para nada puedo ya fiarme en ti; y aunque me cuesta sentimiento despedirte, yo no puedo, por complacerte, exponer a mis hijos a un continuo peligro de muerte. Vete, pues, y condúcete con más juicio.

Rosa replicó:

—Permitidme, noble señora, que diga una sola palabra en favor de Tecla, y no llevéis a mal mi atrevimiento. Es cierto y tenéis mucha razón en que Tecla ha faltado. Su distracción ha ocasionado a vuestro corazón maternal un doloroso golpe y por poco más hubiera costado la vida a vuestro hijo; pero Tecla, que por desgracia no lo pensó antes, recibirá como un aviso este terrible acontecimiento, y de seguro no volverá en toda su vida a obrar de ese modo. ¿No ha procurado repararlo eficazmente? ¿No ha trabajado juntamente conmigo, y hasta, como vos misma habéis presenciado, expuesto su vida para salvar a vuestro hijo? ¿Ha de hablarse solamente de su falta, y nada absolutamente se ha de decir de su ayuda? Después de habernos mostrado verdaderamente como una alma buena y leal en la salvación de vuestro hijo, ¿querriais sin compasión echarla de aquí y mandarla despedir llorando? Ved cómo Dios ha oído ahora mismo vuestra súplica. ¿Desdeñaríais en la misma hora las súplicas y ruegos de una desgraciada? Os ha mostrado Dios compasión; mostradla también con los demás. Dios os ha regalado vuestro caro hijo; no os sustraigáis ahora de ser la buena madre que cuide de esta pobre huérfana desamparada. Dios perdona al arrepentido que de corazón desea volverse mejor; perdonadla también vos. Dios os presenta una bella ocasión de acreditar prontamente con hechos las gracias de que le sois deudora, perdonando a la afligida Tecla y admitiéndola nuevamente en vuestra gracia. ¡Ah! ¡Cuánto nos hemos alegrado Tecla y yo por la feliz salvación del niño, vertiendo como vos lágrimas de regocijo! Vos, la más dichosa de nosotras, pues nos superáis en el regocijo de madre, ¿quisierais labrar una desdicha? ¿Seríais capaz, antes de enjugarse en vuestras mejillas las lágrimas de contento, de hacer brotar por los ojos de la pobre Tecla lágrimas de dolor, sin enjugarlas nuevamente con benigna mano? De ningún modo, noble señora, no seríais capaz de ello. Por lo que a mí toca, no acepto la plaza que se me ha ofrecido. Temería cometer un pecado con desalojar de su colocación a una pobre Concella y construir mi dicha sobre la ruina ajena.

La señora, con los ojos muy abiertos, miraba a la supuesta zagala del carbonero, y dijo:

—No sé verdaderamente si admire más tu heroísmo o tus magnáni-

mos sentimientos. ¿Quién sería capaz de resistir a semejante intercesora? Tecla no perderá su plaza; pero, sin embargo, tú estarás a mi lado, y ya no te apartarás de mí, joven a quien casi llamaría milagrosa. No me hallo ahora en estado de remunerarte cumplidamente, puesto que mi esposo está muy lejos y yo me veo encerrada en este castillo como una pobre cautiva; mas espero que presto amenezca el día en que mi esposo vuelva de la campaña y te recompense magníficamente. Entretanto, deja tu servicio en casa de la portera, y ven a ser mi hija, mi compañera y amiga. Te mandaré vestir de nuevo, pues tú has nacido para un estado mejor que el de criada.

Rosa quedó conmovida con el proceder de la benigna y afable señora, que con tanto cariño la trataba y con tal generosidad perdonaba también a Tecla arrepentida. Sintió una cordial estimación hacia la señora, y gustosa habría quedado a su lado. Pero se acordaba de su padre, a quien entonces no podría ver tan a menudo, ni confiarlo a manos ajenas, y vacilaba en descubrir el secreto de ser hija de Edelberto. Quiso primeramente pedir consejo a su padre, y con este objeto dijo:

—Perdonadme si tampoco puedo aceptar vuestras ofertas. Agradecida reconozco vuestros favores; pero cuando hemos hecho en la tierra algún bien con ayuda de Dios, mejor es que no admitamos ninguna gracia y la esperemos para después en el Cielo. Por otra parte, me hallo tan satisfecha y contenta en mi servicio, que no anhele otro puesto. El estado no desdora al hombre, sino la manera de cumplir sus deberes. Yo, como criada del carcelero, tengo ocasión de hacer algunos pequeños beneficios a los presos; con esto soy dichosa; no me hagáis desgraciada con vuestros favores.

—Criatura singular—dijo la señora—, no te comprendo. Cuanto dices de felicidad en tu lóbrega portería y de desgracia junto a mí. Me parece cosa muy rara. ¿Nada hay en que yo pueda serte útil? Pide lo que quieras, y yo te prometo por mi honor que, si es posible, lo tendrás.

—Pues bien—dijo Rosa—, recojo vuestra palabra; pero concededme todo el tiempo que necesite para pensar lo que os deba pedir. Creo que no tardará el momento en que podáis hacerme un gran favor; entretanto, dejadme en mi feliz oscuridad. Perdonad, por tanto, que me ausente ahora: no puedo dejar sola por más tiempo a la niña enferma de la portera.

Y bajó presurosamente a la portería.

CAPÍTULO XVI

DESCÚBRESE EL NOBLE NACIMIENTO DE ROSA

La señora, cuyo nombre era Hildegarda de Fichtemburgo, se distinguía tanto por su noble corazón como por su ingenio; supo estimar los nobles sentimientos de Rosa y sintió la más íntima benevolencia para con ella; pero no veía bien claro su proceder, y no sin fundamento creyó notar en todas sus maneras algo misterioso, y apoyada la mano en su cabeza se puso a meditar.

—¿Cómo esta pobre zagala de carbonero—decía la señora—ha adquirido tales sentimientos y tal manera de expresarlos? ¿De dónde le viene el continente con que ella entró en el aposento y los ademanes con que se condujo en todo? Habló conmigo con tanto desembarazo como si desde mucho tiempo estuviese familiarizada con los nobles y hubiera recibido la más esmerada educación. Todo esto me causa una extrañeza casi mayor que mi maravilla por su heroísmo, discreción y presencia de ánimo. ¿Cuál puede ser la causa que, sin duda, medie para no desear ella estar constantemente a mi lado, puesto que así se hallaría tan mejorada? Alguna cosa debe de ocultarse aquí. ¿Habrá cometido esta muchacha algún extravío, poseerá algún secreto de cuyo descubrimiento deba ruborizarse? No lo creo. Sin embargo, la examinaré más de cerca.

Dio inmediatamente comisión al viejo castellano de observar con cuidado todos los pasos y movimientos de Rosa. El hombre lo hizo y nada tenía que noticiar sino cosas sumamente loables. Pero una mañana, con el rostro sofocado vino a traer la nueva de que Rosa, a deshora de la noche, cuando todos estaban en el más profundo sueño, visitaba en la prisión al caballero enemigo y permanecía con él largas horas.

—El caso—dijo—me parece extraordinariamente delicado y peligroso, y esta muchacha pudiera acarrearos una gran calamidad si favoreciese la fuga del caballero, para lo cual no le falta valor a la decidida doncella. Yo, con todo, ignoro lo que ellos conciertan entre sí, pues habiendo escuchado con el mayor ahinco junto a la puerta de la prisión, no pude percibir más que un murmullo ininteligible.

Mas esto no procedía de que Edelberto y Rosa hablasen en voz baja, sino de que el viejo era medio sordo.

La señora de Fichtemburgo quedó no poco admirada y dijo:

—Edelberto es nuestro mayor enemigo, nuestro enemigo de muerte, lo cual me ha protestado muchas veces mi esposo cuando le rogaba

Rosa de Tanemburgo

que no atormentase tanto a este desgraciado caballero. Mi Cunrico me ha contado de Edelberto tantos agravios, que yo no puedo dudar de la gran enemistad que Edelberto nos ha guardado. No me place que esta joven forastera trate con tal confianza a nuestro más encarnizado enemigo: yo misma iré a oírlos un día.

Mandó al castellano que tuviese cuidado de avisarla si Rosa volvía a visitar al caballero, pero sin hablar de tal cosa con nadie en el castillo. Entretanto veía casi diariamente a Rosa, la trataba con especial bondad y hacía todo género de regalitos.

Al cabo de algunas días, el castellano vino por la noche a decir

—Ahora ha ido, señora.

Envolvióse ésta con un negro manto de seda y se fue corriendo junto a la puerta de la prisión.

—Seguramente—decía consigo mismo—no es loable lo que yo hago, y escuchar es cosa reprehensible. Sin embargo, lo hago porque sinceramente busco el bien de esta pobre muchacha, y al mismo tiempo no puedo descuidar la seguridad de los míos.

La puerta había quedado entornada solamente y había una luz en la prisión; podía oír palabra por palabra cuanto se hablaba. Así, pues, se colocó a escuchar lo que decían Edelberto y Rosa.

—Los melocotones son excelentes—dijo el caballero preso—y de la misma calidad que los daba en nuestro castillo aquel árbol criado junto a la torre. Siempre han sido mi fruta favorita; son agradables a la vista por su animado y suave color encarnado, confortantes para el olfato, jugosos y delicados al gusto.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Rosa—Se me saltan las lágrimas siempre que veo melocotones como éstos. Si algún día pudiera yo, amado padre, coger las lindas frutas de aquel árbol, y como en tiempos pasados llevarlas a vuestro aposento en una limpia cestita, cubierta con hojas de parra...

—Da gracias a Dios, querida hija—dijo Edelberto—, de que me las puedas traer aquí. Creo que me dijiste que este año apenas se han cogido diez en este castillo, y de ellos te ha dado tres la señora. Es muy buena, muy buena para contigo.

—Por eso—dijo Rosa—pienso de continuo en que debo decirle algún día que soy vuestra hija. Me parece que el secreto estará bien guardado en su pecho, y ella mejor que nadie podría implorar de Cunrico la gracia de ponerlos en libertad.

—Yo no lo creo así—dijo Edelberto—; no tienes la menor idea de cuánto me odia. El corazón de esta excelente señora puede ser blando y suave como la tierna y esponjosa carne de este melocotón; pero el corazón de Cunrico es duro como este hueso, que antes de partirlo te romperías los dientes.

Cuentos de Calleja

—Pero, sin embargo, me parece—dijo Rosa—que sabiendo Cunico que vuestra hija fue quien, con ayuda de Dios, salvó la vida a su hijo, no os dejará perecer en esta prisión. Si yo me arrojo a sus pies y se lo pido... ¡ah! seguramente no me desoír.

—No lo creas tan fácilmente—dijo Edelberto—; le conozco demasiado bien. Aunque juzgue muy bella tu acción por el beneficio que le produjo, y aunque piense mostrarse agradecido contigo, no podrá resolverse a apagar su odio contra mí, porque lo tiene muy arraigado; antes sacarías de cuajo una encina.

—Pero, querido padre—dijo Rosa—, si se le pudiera convencer de que vos, a quién él de todo ha despojado, le amáis, sin embargo, y bendecís, y gustoso le colmaríais de bienes; de que vos me habéis enseñado a amarle a él y a todos los suyos, a bendecirlos y hacerles bien; de que yo, sin vuestras amonestaciones, quizá no me hubiera apresurado con los gritos del niño a bajar al pozo ni a salvar a su hijo, y de que vos, por tanto, sois la causa primera de su salvación, ¿no desharía todo esto su duro corazón, como el templado aire de la primavera derrite las moles de hielo? ¿Sería absolutamente imposible ablandarle?

—Quizás—dijo pausadamente Edelberto—, quizás sea posible, mas para mí no es siquiera verosímil. Sea como fuera, por ahora nada hay que hacer, y he de estar en la prisión hasta que él venga; aunque la señora me diese la libertad, yo no la aceptaría sin su consentimiento, pues a ella le costaría muy cara; dejarme andar libre no más por el castillo sería bastante para atraer mil inquietudes sobre ella... Calla, pues, Rosa; yo, en nombre de Dios, continuaré preso, pues no quiero acarrear ningún pesar a esta magnánima señora. Dios, al fin, lo dispondrá bien todo, y puesto que esta conversación nos entenece a entrambos, dejémosla por hoy.

Edelberto y Rosa se pusieron a hablar de otros asuntos. Pero la señora ya había oído bastante, y a toda prisa regresó a su aposento.

En toda la noche no pudo conciliar el sueño, y constantemente se sucedieron en su corazón el pasmo, la admiración y el dolor.

—Luego la supuesta zagala de carbonero—decía—es una señorita noble, que por estar cerca de su padre ha elegido este ruin traje y abrazado tan penoso servicio. Se ha quitado de la boca, para dárselos a su padre, las frutas y regalos semejantes que le he hecho, y por amor a él rehusó la dicha que le ofrecí, prefiriendo soportar todo el peso de su actual miseria. ¡Qué corazón tiene esa niña! ¡Ah, qué dichosa sería su madre si aun viviese! ¡Y esa zagala, la hija de un padre a quien nosotros tenemos entre cadenas y ligaduras, ha salvado la vida a mi hijo! ¡Y ese padre enseñó a su hija a pensar y obrar de tal suerte! ¡Qué impulsos de generosidad abrigará su corazón!

Prorrumpió en lágrimas y continuó:

—Sí, sí, es preciso que quede libre ese excelente hombre. Debe recobrar su castillo y sus bienes, porque tan sublime padre y tan buena hija deben disfrutar toda la dicha que merecen. ¡Ah! ¡Ojalá estuviese en mi mano sacarle inmediatamente de la prisión y devolverle todo lo suyo! Esta misma noche saldría de su triste morada y mañana haría su entrada en Tanemburgo; pero esto es imposible. Este viejo y sordo castellano, siempre terco en sostener que las mujeres no entienden en cosas de gobierno o de guerra, no acataría mis órdenes ni soltaría a Edelberto, no ya fuera del alcázar, ni aun fuera de la prisión. Tampoco admitiría nuestro castellano la idea de volver a ver a Edelberto en Tanemburgo, y si mi esposo supiera no más que yo había deseado semejante cosa, no me lo perdonaría en toda la vida. Sin embargo, si las mujeres son demasiado débiles para ayudar por sí mismas, pueden también muchas veces proporcionar ayuda con su intercesión. Probaré un día, tan luego como vuelva mi esposo de campaña, lo que influyen en él las súplicas y las lágrimas, invocando para ello la bendición de Dios. Mas entretanto —pensaba ella consigo misma—, ¿cómo me conduciré con la señorita Rosa? ¿Le diré que la conozco? Si las hostilidades entre mi esposo y su padre nada tienen que ver con ella, ¿no debo yo tratarla en absoluta conformidad con su estado, vestirla como una noble señorita, hospedarla en un aposento del castillo y traerla a mi mesa? ¡Qué extrañeza produciría esto en todo el castillo! El viejo y terco castellano, sostenido por sus antiguos camaradas, nunca consentiría que Rosa hablara con su padre ni una sola palabra, la mandaría vigilar con sumo rigor, y no habría que pensar en un encierro más suave. En tal caso, yo no lograría más que aumentar las penas de la buena señorita. No, no; nadie por ahora puede saber en el castillo que Rosa es hija de Edelberto, ni aun a ella misma le diré que lo sé. Ella y su padre, ¿qué ganarían con esto? ¿En qué apuros me pondría yo? Lo mejor es que, sin llamar la atención, haga secretamente cuanto bien pueda a esa señorita, y por medio de ella a su padre, y confíe el descubrimiento del secreto a alguna feliz coyuntura que no puede tardar.

CAPÍTULO XVII

ROSA IMPLORA LA LIBERTAD DE SU PADRE

Al día siguiente, la señora de Fichtemburgo mandó llamar a Rosa y la trató con mucha mayor benevolencia que antes.

—Sé—le dijo—que tienes gran lástima del buen caballero que hay preso en nuestro castillo y que le haces mucho bien; esto me place sobremanera y te lo alabo; pero tú, hija mía, nada tienes para ti misma.

Yo contribuiré prudentemente a tu caridad con mi cocina y mi bodega. Desde ahora vendrás a buscar a mi mesa la comida y bebida para el caballero.

Diariamente daba para Edelberto a la regocijada Rosa los manjares más selectos de su propia mesa y el vino más exquisito, mejor que el que bebía la misma señora. Todo esto lo suministraba de modo que el castellano nada supiese, y tranquilizó perfectamente al viejo acerca de las sospechas que había concebido contra Rosa. Todos los días bajaba con sus niños a la habitación del portero para visitar, como decía, a la salvadora de su hijo, y por la distinción con que trataba a ésta y la autoridad que tenía sobre la portera consiguió aliviar el pesado servicio de Rosa, la cual, en las horas libres, tenía que subir a visitar a la señora en su aposento, pudiendo llevar consigo los niños de la portera, favor con el cual se envanecía ésta y se conceptuaba dichosa con tener una criada que había sabido simpatizar de aquella manera con la noble ama. Entretanto, la señora de Fichtemburgo aguardaba con doble ansia la vuelta de su esposo; y, a no recibir noticias de que se hallaba nuevamente en paz y de su pronto regreso, se habría determinado a partir para el teatro de la guerra. Al fin volvió el caballero Cunrico a Fichtemburgo con dos caballeros más y la mayor parte de las tropas que habían salido con él a campaña. Los soldados habían adornado sus yelmos y alabardas con hojas verdes de encina, y entraron por las puertas del alcázar con grande aparato al son de los clarines. Cunrico se apeó del caballo, saludó con gozo a su esposa e hijos, que se hallaban en el patio del castillo, pasando con ellos al salón de ceremonias, seguidos de los caballeros, escuderos y más valientes soldados. Luego que hubo pasado el estrepitoso júbilo de los primeros saludos, y mientras el caballero Cunrico miraba todavía sin cansarse a su hijo, que era un lindo y florido pimpollo, la madre le contó el lance de la caída del niño al pozo y su salvación debida a Rosa. Refirió el caso con tales pormenores y lo piztó tan a lo vivo, que estremeciéndose el caballero exclamó:

—¡Ah, querido Everardo, en qué poco estuvo ahogarte y perderte para siempre de mi vista! ¡Qué desgracia hubiera sido para mí y para tu madre! Sólo de pensarlo se hiela la sangre en mis venas. Niño, sé más juicioso.

La madre sacó el vestido que a la sazón llevaba el niño y que guardaba para memoria de aquel lance. Enseñó al padre el rasgón que había hecho la escarpia, y Cunrico, observándolo muy atento, dijo con espanto:

—El socorro llegó en el momento más preciso, y sólo con que se hubiesen rasgado unos pocos hilos más, Everardo estaba perdido. Esta



—¡ Salve, joven heroína !

pobre criada nos ha prestado un señalado servicio, y a fe mía que obró gallarda y noblemente. Hizo mucho para ser una zagala: fue una heroicidad. La veloz resolución y ánimo de la muchacha me complacen muy singularmente. ¿La has recompensado?

—Eso —dijo su esposa— lo dejo para ti. Todo cuanto hubiera podido darle me pareció poco, nada realmente, porque expuso su vida. Casi perdí el sentido cuando yo la vi en el cubo mecerse sobre el abismo, y esto no alcanzan a pagarlo algunos escudos de oro. Preferí aplazar para tu regreso su recompensa, y espero que no me dejarás avergonzada.

El caballero experimentó una emoción cual nunca había sentido en su vida, y a fuer de hombre impetuoso quiso al momento ver a la muchacha. Rosa fue llamada, y con modesto porte entró en el salón. El caballero la saludó con halagadoras exclamaciones:

—¡Salve, joven heroína, salvadora de mi hijo! Pero ahora recuerdo que ya nos conocemos. Sí, sí; yo te vi una vez en la habitación del portero; mas entonces no había notado en ti que encerrases semejante valor. Te soy, pues, deudor de las más eminentes gracias, porque sin ti sería un padre desgraciado, y este día se me habría convertido en el día del más amargo pesar. Pide lo que quieras y lo tendrás. Sí —exclamó altamente en el exceso de su gozo paternal y como hombre que nunca había aprendido a moderar sus ímpetus—, te juro bajo mi palabra de honor, como caballero, que si tú desearas uno de mis dos castillos de Fichtemburgo o Tanemburgo, te lo cedería.

Rosa, tranquila y con virginal modestia, dijo:

—Gran palabra habéis empeñado, señor, y bien lo han oído estos dos nobles caballeros. Yo os pudiera pedir un gran favor sin que os fuera posible negármelo; pero yo no deseo favor alguno, solamente os pido justicia. Devolvedme a mi padre y restituidnos lo que nos habéis quitado.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir eso? —preguntó Cunrico sorprendido— ¿Os he robado yo y saqueado? ¿Quién eres tú, quién es tu padre?

—Soy Rosa de Tanemburgo —contestó—, y Edelberto es mi padre. Soltadle de la prisión y restituidle sus bienes.

Los dos caballeros forasteros, todos los escuderos y soldados que se hallaban en el salón quedaron atónitos. Pero el caballero Cunrico retrocedió un paso y permaneció como una estatua. Tan profunda y vehemente como fue su emoción por la hazaña de la hija, se levantó brutal y violentamente su fuerte y envejecido encono contra el padre, y una espantosa lucha de sentimientos contrapuestos se agitaba en su corazón. Blanco estaba como la pared, miraba ferozmente con sus ojos negros en derredor de sí y murmuraba entre dientes:

—Gustoso daría uno de mis dos castillos si me hubiese hecho el favor cualquiera otra persona que no fuera la hija de ese hombre.

Todos los del salón se sobresaltaron con aquella repentina mudanza del caballero, y silenciosos se miraban unos a otros con ojos extraviados.

Entonces la esposa de Cunrico, hablando con dulce voz, dijo:

—Sólo desde hace muy pocos días sé que esta infeliz muchacha pobremente vestida es hija de Edelberto. En ese pobre traje, impulsada por el más acendrado amor a su padre, vino a nuestro alcázar para poder visitarle en la prisión, consolarle en su triste soledad, servirle y partir con su amado padre el alimento que se quitaba de la boca. Al efecto entró a servir al carcelero, y ha soportado con celestial paciencia todas las extravagancias de la carcelera, en cuya casa no había podido subsistir la más infeliz doncella de la comarca. Tomó a su cargo las más duras faenas, que para ella debían de ser cien veces más duras que para una muchacha cualquiera. El corazón se me partía siempre que desde mi ventana veía a Rosa, una señorita de nacimiento igual al nuestro, cómo llevaba sobre la cabeza un pesado cubo de agua, o cómo barría el patio del castillo, llevando una escoba lo mismo que la más inferior criada. No he dejado traslucir que estuviese yo enterada de su condición, porque sin aprobación tuya nada me atrevo a determinar sobre este asunto. Con ansia esperaba tu regreso; pero ahora, carísimo Cunrico, no causes por más tiempo la infelicidad de padre e hija. Aunque la señorita Rosa no hubiera librado de la muerte a tu hijo, solamente el encendido amor que profesa a su padre debería conmoverte y reconciliarte con el padre de semejante hija.

—Por mi espada—exclamó entonces Sigeberto, uno de los dos caballeros forasteros—, lo que la señorita ha hecho por su padre vale infinitamente más que cuanto aventuró por el niño. Para la salvación del niño bastaba un momento de valor, que también pueden tener a veces los corazones menos nobles; pero los prolongados y amargos padecimientos que con prodigiosa constancia ha soportado la señorita por amor a su padre revelan un alma grande; semejante amor, tan puro y tan fortalecido, es una verdadera joya. En tu lugar, Cunrico, yo no pensaría por más tiempo en lo que debiera hacer.

—Cunrico—dijo Teobaldo, el otro caballero—, si Edelberto se hubiera conducido torcidamente contigo, bastante daño podría haberte hecho. ¡Por Dios! Mientras con los enemigos exteriores peleabas ahora en el campo, aquel a quien tú tenías por tu mayor enemigo era el que en medio de tu castillo y con su hija tenía las llaves de su prisión. Mil ocasiones habrán tenido, si hubiesen querido aprovecharlas, de incendiar el castillo por la noche y escaparse con el tumulto.

Cunrico, Cunrico, ningún motivo legítimo tienes para ser enemigo del bizarro Edelberto.

Cunrico, con la vista inmóvil, permanecía como absorto. Alentaba con pena y se pasaba la mano por la ardorosa frente. Estaba como si nada entendiese de cuanto le decían su esposa y los dos caballeros.

Llenos de inquieta esperanza se hallaban clavados en él los ojos de todos. Rosa, suspirando, miraba al cielo, y en el salón reinaba un imponente silencio.

Entonces su esposa se acercó más a él y con gran ternura le dijo:

—Querido Cunrico, una sola cosa más te diré. ¡Ah! Dígnate oírme. Cunrico, tú crees que Edelberto es tu más furibundo enemigo; pero vives muy equivocado. ¡Ah! Si él lo fuese para contigo, ¿cómo habría de ser posible que yo, tu fiel consorte, intercediera por su libertad? Más bien te aconsejaría que le mandases vigilar en la prisión con mayor cuidado. Pero nada hay de lo que tú te has figurado, y presto te convenceré de ello. Atiende: yo he sido la única que descubrió que Rosa era hija de Edelberto, y hasta este momento en que ella misma se te ha dado a conocer, nadie sino yo lo ha sabido en todo el castillo. Las gentes a quienes tú confiaste el alcázar nunca lo han sospechado, ni tú mismo lo hubieras presumido. A no ser por mí, nadie, ni tu mismo leal castellano, habría sabido por qué Rosa visitaba por las noches al caballero preso. Quise conocer qué objeto tenían estas visitas, y (no puedo confesarlo sin rubor delante de ti y de estos insignes caballeros y escuderos) una noche bien tarde me puse a escuchar junto a la puerta cuando hablaban padre e hija en la prisión. Más solícita por ti y por tu castillo que por mí, di este paso que yo misma me afeaba; y hasta ese punto llegaron mis desvelos por ti. Yo quería saber por mis propios oídos si algún plan se tramaba contra ti. Ni el padre ni la hija pensaban ni podían pensar que yo escuchase sus palabras; pero ¡gran Dios! ¡Qué hube de oír! ¡Cuán avergonzada quedé! ¡Qué buenas, qué buenas son estas personas! El desdichado preso ningún rencor ni deseo de venganza siente respecto a ti. No sólo aplaudió la hazaña de su hija, sino que la excitó eficazmente a realizarla. Él fue quien paternalmente la amonestó para que nos amase y nos hiciera cuanto bien estuviese de su parte. Sin estas cordiales amonestaciones del padre, acaso Rosa no habría salvado a tu hijo. A él, al buen Edelberto, antes que a nadie, tienes que agradecer aquella salvación. ¿Podía ser él enemigo tuyo? ¡Ah! ¿Cómo has de ser tú capaz de irritarte nunca más contra él? Mas ¿cómo es que estás dudoso e irresoluto? ¡Ah, Cunrico! De ningún modo, tú no quieres ni puedes dejar a la señorita Rosa que sin ser oída se ausente de esta sala. ¡Por Dios, calma su corazón!

Cunrico dijo con voz oscura y entrecortada:

—Rosa puede volver a tomar posesión de Tanemburgo con todas sus pertenencias, y yo en nada me opongo; pero Edelberto debe permanecer donde está.

Ni una vez volvió a mirar a su esposa.

Ésta entonces se volvió a su hijo y conmovida íntimamente exclamó, anegada en llanto:

—Ven, Everardo, empuñate con tu padre en favor de tu salvadora, para que, no a medias, sino completamente oiga sus ruegos. Ponte de rodillas y eleva hacia él tus manecitas. Mira, yo delante de él me arrodillo contigo, yo te ayudaré a suplicar, yo te iré diciendo palabra por palabra; repite tú.

La encantadora criatura, viendo afligida a su madre y también a Rosa, a quien estimaba casi tanto como a su madre, ambas con además tan triste y corriendo las lágrimas de sus ojos, comenzó igualmente a llorar. El severo semblante de su padre le asustó, y comprendió perfectamente que importaba mucho amansar al encolerizado padre. Hincóse de rodillas en el suelo, trémulo alzó las manecitas, y con firme y clara voz que penetraba al corazón fue diciendo lo que la madre le dictaba:

—Querido padre: No seas rígido, no vaciles tanto en libertar al padre de Rosa. Rosa no vaciló nada en exponer su vida por mí. Mira a esta buena señorita que me sacó del pozo; libra tú ahora también de la cárcel al caballero Edelberto. Ella me libró de horrible muerte; no permitas tú que su padre sucumba en la prisión. Ella, carísimo padre, te hizo conmigo, hijo tuyo, un regalo; devuélvele tú también a ella, hija amadísima, su caro padre. ¡Oh, querido padre! No mires a un lado: mira no más que a mí, a tu hijo. Escucha: si no hubiese sido por la señorita Rosa, tú nunca más habrías visto este mi semblante, ni estos ojos míos que brotando lágrimas se elevan hacia ti. Estas manos que yo levanto hacia ti ahora estarían corrompidas en la tumba...

—Detente, ya es demasiado —exclamó entonces el caballero Cunico.

En vano se esforzó para reprimir las lágrimas que, en concepto suyo, no estaban bien vistas en un caballero. Habló dirigiéndose a Rosa:

—Vuestro padre, señorita Rosa, está libre y le devuelvo su castillo con todos los bienes: cometí con él una injusticia. Hombre que ha educado tal hija no puede ser malo.

—¡Ah, loado sea Dios! —exclamó entonces la noble Hildegarda, y vertiendo raudales de lágrimas echóse al cuello de su esposo y mandó a Everardo besar la mano de su padre. Rosa vio el cielo abierto, y ambos caballeros, sin poder contener sus lágrimas, presentaron a Cunico en estilo caballeresco su mano derecha.

Cuentos de Calleja

—Sois un verdadero noble—dijo el caballero Teobaldo—, y desde ahora os estimo doble que antes.

—Habéis obrado—díjole Sigeberto—cual convenía a un bizarro caballero. Ser justo es más que ser valiente, y vencerse a sí mismo vale más que vencer a los enemigos.

Los escuderos y demás soldados, muchos de los cuales enjugaron algunas lágrimas, gozosos susurraban entre sí, y en voz alta alabaron al caballero.

—Esto es hermoso, noble—decían unos tras otros, y al fin todos a una voz gritaron de todo corazón—: *¡Vivan Cunrico, Hildegarda y Everardito! ¡Vivan Edelberto y Rosa!*

CAPÍTULO XVIII

ROSA ANUNCIA A SU PADRE LA LIBERTAD

El caballero Cunrico, a consecuencia del ascendiente que desde aquel instante adquirieron en su corazón los sentimientos nobles, se hallaba como transformado en un hombre nuevo. La conciencia de haber vencido su pasión y escuchado la voz de la razón le llenaba de un sublime contento nunca experimentado; y del mismo modo que la calma viene después de la tempestad, nacieron en su pecho por la vez primera la paz y el sosiego. Su semblante se había alegrado y el júbilo asomaba a sus ojos. Hasta el pequeño Everardo advirtió esta feliz mudanza y dijo:

—Ahora, querido padre, miras tan afablemente como mi madre y la señorita Rosa: ahora puedo contemplarte con mucho gusto y tenerte mucho amor.

La señorita Rosa se acercó al caballero y le dio las gracias con muy encarecidas expresiones.

—Vamos, vamos—dijo Cunrico—, mi apreciable señorita, no deis tanto valor a mi resolución. Yo no merezco alabanzas ni gracias, y habría sido un inhumano en obrar de otra suerte. Dejad eso aparte y no lo recordéis más. Anhelamos ver a vuestro padre fuera de la prisión, y ya tendría por un crimen hacerle pasar ni un solo instante más en ella. Puesto que a vos tiene que agradecer su libertad, vos también se la debéis anunciar; pero al tiempo de realizarlo decidle también algo en mi favor para que me perdone la injusticia que le hice.

La señora Hildegarda hizo entonces una seña a su esposo y fuese con él a la ventana para hablar en secreto. Cunrico hizo con la cabeza dos alegres inclinaciones de aprobación a Hildegarda, y ésta dijo en seguida a Rosa:

—Venid primero conmigo, estimada señorita.



...adornó la caballera y el cuello de Rosa con aquellas perlas.

Cuentos de Calleja

Y la llevó a un suntuoso aposento, en el que ya desde algún tiempo antes estaban dispuestos los vestidos y joyas para el momento en que Rosa pudiera ser rehabilitada.

Rosa limpió el color moreno de su semblante, y la señora Hildegarda, después de haberle arreglado su abundante cabellera, le puso un lujoso vestido blanco con valona levantada y hecha de los más finos encajes. Rosa apareció entonces indeciblemente bella, y su florido rostro aventajaba al hechicero blanco y encarnado de una fresca flor de manzano; caíanle por sus espaldas los espirales rizos, y todo su continente y figura publicaba su nobleza nativa. La señora la miraba con la más placentera sonrisa, pero guardaba silencio, por creer indiscreto envanecer a una señorita con pomposos elogios de su hermosura.

La señora Hildegarda sacó en seguida un lindo cofrecito de lustroso ébano muy bonitamente esmaltado de oro.

—Ved aquí—dijo al abrir el cofrecito—, querida señorita, el aderezo de vuestra difunta madre. Mi marido, que lo estimaba como una rica presa, me lo había regalado; pero nunca llevé estas joyas, pues hubiera creído una ignominia engalanarme con alhajas robadas. El aderezo, como propiedad vuestra, ha sido sagrado para mí y siempre anhelé el momento de restituíroslo. Recibidlo ahora de mi mano: no le falta ni una sola piedra, ni una perla.

Rosa, con franco agradecimiento, tomó el aderezo. Contempló las hermosas piedras y perlas, pero no mostró un gozo tal como la señora Hildegarda esperaba, dada la juventud de Rosa.

—¡Oh, bienaventurada madre mía!—dijo Rosa, inundados sus ojos en lágrimas— ¡Qué vivo recuerdo tuyo son para mí estas piedras, que me son preciosas únicamente como una memoria tuya! ¡Ah, nobilísima señora—dijo a Hildegarda—, mirad este anillo de diamantes, que fue el de desposorio de mi buena madre; como regalo de boda recibió de la princesa este collar de perlas, y estos pendientes de diamantes fueron un regalo que mi padre le hizo el día de mi nacimiento! ¡Oh, Dios mío! Todavía me parece que estoy viendo a mi cara madre adornada con estas perlas y piedras. ¡Ah! ¡Qué caducas criaturas somos! Estas perlas y piedras aun brillan con inalterable esplendor, en tanto que la figura de aquella majestuosa señora ya se corrompió y es polvo. ¡Qué sería del hombre, la criatura más magnífica de Dios sobre la tierra, si no esperase en otra vida de más larga duración que estas centelleantes piedras!

La señora Hildegarda dijo:

—Querida señorita, esas lágrimas que relucen en vuestros ojos tienen más valor que todas estas perlas, y vuestros nobles sentimientos son de más estima que estas piedras preciosas. Cuando también se

hale convertido en polvo vuestro florido semblante y cuando el poder del tiempo haya igualmente desmoronado estos sólidos diamantes, aun serán vuestros nobles sentimientos el ornato de vuestro esclarecido espíritu y le darán gracias mayores que cuantas puede prestar a vuestro cuerpo este suntuoso aderezo.

La señora Hildegarda adornó la cabellera y cuello de Rosa con aquellas perlas de dulce esplendor, le puso los relumbrantes pendientes y le colocó en el dedo el rico anillo de diamantes; pero el anillo le venía demasiado ancho y Rosa dijo sonriendo:

—Podemos dejar el anillo, porque además no cuadra a mis pocos años, y sólo una señorita prometida puede llevar anillo.

Mas la señora Hildegarda contestó:

—Mirad; el anillo, que es demasiado ancho para el penúltimo dedo, ajusta perfectamente en el dedo índice; llevadlo, pues, en éste. La mano de la hija que tanto bien ha hecho por su padre, sin duda merece ir adornada con piedras preciosas.

La señora Hildegarda acompañó entonces a la señorita Rosa hasta la puerta de la prisión. Rosa abrió prontamente la puerta y al entrar exclamó:

—¡Loado sea Dios! ¡Querido padre, ya estáis libre!

Pero Rosa quedó en extremo sorprendida al ver a su padre vestido como otras veces en días feriados, con traje de caballero, de terciopelo negro, adornado con la cadena de oro de la cual pendía la condecoración, y puestos a su lado los dos caballeros Sigeberto y Teobaldo.

La señora Hildegarda, al hablar en secreto con su esposo, le había dicho que mientras ella vestía a Rosa como señorita, él también debía mandar vestir en traje de caballero a Edelberto, y que Sigeberto y Teobaldo podían entretanto preparar algo al buen Edelberto para evitarle la fuerte impresión de un goce inesperado, si bien no debían dejarle traslucir que estuviese tan próxima su libertad, a fin de no privar a la noble hija del júbilo de ser la primera en anunciársela. Los dos caballeros con mucho placer se encargaron de aquella comisión, y ellos mismos llevaron a Edelberto el traje y le ayudaron a vestirse.

Edelberto abrazó a su hija y le dijo:

—¡Ah, idolatrada Rosa mía! Tú, con ayuda de Dios, has alcanzado una victoria que un ejército entero no habría arrancado con espada en mano. La violencia de las armas hubiera podido demoler el alcázar del caballero Cunrico y triunfado solamente de su cuerpo; pero el suave poder de tu amor a tu padre y a todos los hombres ha conquistado el corazón de Cunrico, y de enemigo que era le ha convertido en amigo. Demos gracias a Dios. Él lo ha dirigido todo prodi-

giosamente; Él es quien bendijo tu amor filial y ha coronado tus esfuerzos con el éxito más dichoso.

Inmediatamente advirtió Edelberto cuán ricamente adornada venía Rosa con perlas y pedrería.

—Bien —dijo—; Dios no sólo ha concedido lo que tú tantas veces le pediste y dado la libertad a tu padre, sino que, además, te ha regalado nuevamente el aderezo de tu bienaventurada madre. Frecuentemente con el corazón enternecido he pensado en que por amor a mí vendiste tus pendientes, última joya que te había quedado de todo el esplendor de tu clase; y Dios, sin que tú lo esperases, ahora te da una copiosa recompensa. Dios es leal remunerador, y en sus recompensas tiene presente aquello en que nosotros nunca habíamos pensado.

Ambos caballeros, Sigeberto y Teobaldo, quedaron sumamente admirados de la hermosura de Rosa.

—Verdaderamente, graciosa señorita —dijo Teobaldo—, no habéis hecho a vuestro padre pequeño sacrificio ocultando ese hechicero rostro bajo el color atezado y desfigurando vuestro talle por medio de aquel pobre traje. Sois realmente bella como un ángel.

Rosa se ruborizó y tomó aquello por una lisonja que no merecía. Sigeberto, el otro caballero, dijo:

—La hermosura es la menor dote de esta señorita, y vale infinitamente más el acendrado amor a su padre. Como un ángel descendió a la prisión de éste para mitigar su quebranto, y hoy aparece como un ángel para anunciarle la libertad que ella misma le ha procurado.

Rosa manifestó los ruegos de Cunrico para que su padre le perdonase, y conmovido en extremo Edelberto, dijo:

—Tú ves mis lágrimas y sabes que hace mucho tiempo que le he perdonado.

En aquel instante en que así hablaba se abrió la puerta de la prisión y entraron el caballero Cunrico y su esposa, con el niño Everardo en medio. Edelberto y Cunrico se dieron las manos, a usanza de caballeros, y se abrazaron con la más intensa emoción. Desapareció todo odio; probaron la dicha de la reconciliación y solemnemente se prometieron amistad eterna.

El bondadoso Edelberto tuvo un particular gozo en ver a la encantadora criatura cuya vida había salvado Rosa. Fatigado por las impresiones precedentes, sentóse en el escaño de la prisión, tomó el niño en su regazo, mirándole tiernamente con ojos anegados en lágrimas, le dio su bendición y dijo:

—Cara y hermosa criatura, permita Dios, para gozo de tu padre y de tu madre, que crezcas y llegues a ser un gentil caballero.

—¡Ah, mi estimado caballero! —dijo la madre del niño— Dios haga que esta criatura nos ame tanto como a vos vuestra hija y que le iguale en nobles sentimientos. Entonces seremos los padres más felices de la tierra.

Acabó el día con una festiva cena en el salón de ceremonias, vistosamente alumbrado. Edelberto y Rosa fueron invitados a ocupar el puesto preferente en la mesa. Cunrico se sentó al lado del primero, e Hildegarda junto a Rosa. Todos los convidados estuvieron muy alegres, pero sobre todo Cunrico, a quien no se había visto en muchos años tan complacido. Él mismo lo encareció expresándose así:

—En mi vida estuve tan contento de ánimo como hoy me encuentro. Mi loca enemistad contra ti, querido Edelberto, envenenaba mis mejores deleites. ¡Qué puede haber más venturoso que la confianza y la paz! Bien conozco ahora que el rencor y la enemistad provienen del infierno, y del Cielo el amor y la amistad.

Cunrico mandó para aquel día sacar los grandes vasos de plata magníficamente dorados por dentro y llenarlos con los vinos más exquisitos y añejos que había en la bodega. Pero Edelberto tenía junto a sí la linda copa de plata con que solía beber en su propio castillo y que estimaba como un precioso recuerdo de su abuelo. Rosa inmediatamente reparó en la copa, y con sólo una mirada dio gracias por la atención a la señora Hildegarda.

Cunrico tomó antes que todos el vaso de plata y brindó por la salud de Edelberto y Rosa. Los dos caballeros Sigeberto y Teobaldo siguieron su ejemplo. Edelberto bebió también y dijo muy significativamente:

—Con este fuerte vino, señores caballeros, debemos tener mucho cuidado, pues sería capaz de echar al suelo a unos guerreros todavía no vencidos por enemigo alguno y que no temen los alfanjes turcos.

Rió Cunrico de la gracia con que le hizo el elogio de su vino, y al mismo tiempo, habiendo comprendido la indirecta, dijo a Edelberto:

—Tengo muy presente que, siendo pajes en la corte del Príncipe, tú siempre nos aconsejabas la templanza a mí y a nuestros camaradas de juegos; y, efectivamente, razón tenías para ello. Pero ahuyentemos los cuidados y alegrémonos hoy entre nosotros con todo placer hasta saciarnos. Lo haremos con orden, y cada cual antes de beber dirá un brindis. Tú, Hildegarda, y vos, señorita Rosa, debéis entrar asimismo en el brindis.

Hildegarda y Rosa brindaron también, aunque apenas tocaron con los labios aquellos ardientes vinos. Los brindis y saludos que obtuvieron más aplauso fueron:

El de Edelberto: «A que todos los alemanes vivan en paz e intimidad.»

Cuentos de Calleja

El de Teobaldo: «A que todas las señoras y señoritas igualen en sus amabilísimas virtudes a la señora Hildegarda, a la encantadora Rosa y a la bienaventurada Matilde.»

Y el de Sigeberto: «A que todos los padres eduquen a sus hijos como Edelberto y Matilde han educado a su hija, y a que todos los hijos reverencien y amen a sus padres como Rosa al suyo.»

Cunrico finalizó con estas palabras:

«Brindo para que todos los padres experimenten con sus hijos tantos goces como Edelberto los ha experimentado por causa de su hija.»

CAPÍTULO XIX

ROSA Y SU PADRE RECIBEN SUS BIENES

Al otro día, muy de mañana, Cunrico, vestido de viaje, calzado con botas y espuelas, fue al cuarto de Edelberto.

—Edelberto—gritó—, ya hace rato que he mandado a mis gentes tomar los arcabuces y ensillar. Quisiera a toda rienda partir contigo para Tanemburgo a restituirte tu fortaleza y tus bienes. Pero mi Hildegarda opina que, como un castillo en que se ha alojado por algún tiempo la soldadesca no podía ofrecer el mejor aspecto, era preciso arreglarle primero. En esto—añadió Cunrico sonriendo—tiene muchísima razón, y a mí no se me hubiera ocurrido. Quédate, pues, querido Edelberto, algún tiempo más cerca de mí con tu Rosa. Entre estas murallas has tenido días muy pesarosos: pasemos, por tanto, juntos algunos alegres.

Edelberto quedó muy satisfecho de la propuesta. Cunrico pasó con él al gran salón, adonde presto vinieron también Sigeberto y Teobaldo con sus escuderos, y todos reunidos sentáronse a la mesa para tomar el desayuno. En seguida los dos caballeros forasteros, que ansiaban volver a sus casas, se despidieron de Cunrico y Edelberto y partieron con sus tropas, que los aguardaban en el patio del castillo. Cunrico al momento dijo a Edelberto:

—Ante todo es menester que veas mi alcázar y después de comer saldremos a cazar. Primeramente observa los retratos de mis antepasados que adornan este salón.

Edelberto contempló los antiguos caballeros con sus armaduras, que estaban pintados, así como las señoras, en traje vetusto. En los más se detenía Cunrico largo tiempo a contar largas cosas de ellos. Después enseñó a Edelberto la armería, en la cual había armas de todo género conservadas con el mayor pulimento y esplendor, estando colocados con igual esmero, tanto los arneses completos para jinetes como también algunas armaduras para caballos. De allí pasaron a recorrer todo el alcázar, y Cunrico le hacía fijarse con particu-

Rosa de Tanemburgo

laridad en las abovedadas galerías adornadas con escenas de caza pintadas y primorosamente talladas, en las que había cabezas naturales de ciervos con astas en número de diez hasta veinte. También le enseñó los establos y los valerosos y bien mantenidos caballos. Igualmente hubo de bajar Edelberto a la bodega, admirar las grandes cubas y probar de los mejores vinos. Por último, visitaron el pozo del patio del castillo, y con cierta sensación de espanto miraron al fondo ambos caballeros. Edelberto se alegró de nuevo por la noble hazaña de su hija, y Cunrico, por la salvación de su hijo. Ambos padres se abrazaron junto al pozo y dieron gracias a Dios por la salvación lograda.

La señora Hildegarda, entretanto, había enseñado a la señorita todo su menaje de casa, sus arcas llenas de blanquísima lencería, sus más hermosos y ricos bordados, la gran batería de cocina, cuyas piezas relumbraban, y otras muchas cosas notables. Después de esto abrió algunas arcas colocadas en aposentos aparte, y en las cuales estaba guardado todo cuanto de telas finas, buenos vestidos y cosas semejantes había traído Cunrico de Tanemburgo a Fichtemburgo.

—Todo lo he conservado con el mayor esmero—dijo la noble señora—, y sin dilación lo mandaré conducir a vuestro castillo. Vuestra bienaventurada madre, según me han dicho, había trabajado con sus propias manos las más hermosas de estas prendas. Todavía atestiguan su infatigable aplicación y amor a vos, pues ya en aquel tiempo la cariñosa madre pensaba en vuestra dote. Ni una sola prenda, como muy bien me consta, se halla entre ella ilegítimamente adquirida. Por tanto, acompaña las una bendición y nunca podréis ser despojadas de ellas.

Rosa quiso entonces hacer una visita a la portería, y fue acompañada por la señora Hildegarda. Al llegar al patio del castillo se les agregaron Edelberto y Cunrico. En aquel momento el portero se había sentado en la gran poltrona de su habitación y descansaba del viaje. Pero luego que percibió la voz de Cunrico dejó la silla, y al abrir la puerta se le presentó Rosa.

—¡Oh, Rosa! —exclamo— Pero, perdonad, señorita Rosa, quise decir. ¡Cuánto, cuánto regocijo me dais! Entrad en la habitación con los nobilísimos señores. ¡Ah! Primero hubiera creído que se desplomaba el cielo que figurarme tener como mi criada a toda una señorita de Tanemburgo, y esto ha sido enteramente inesperado. Casi no puedo acabar de comprender cómo una noble señorita haya sido quien barriese el suelo que piso. Pero lo que más me aturde es mi torpeza en no haber advertido antes que erais vos la hija del caballero Edelberto. Hasta ayer tarde, cuando de pronto se espacion los estrepitosos rumores de esta rara historia por entre los

Cuentos de Calleja

habitantes del castillo y supe que erais vos su objeto, no distinguí una fuerte luz que me aclaró el motivo de vuestra compasión con el caballero preso. Ahora celebro vuestro amor filial, y según veo os lo han recompensado Dios y mi noble amo. En cuanto a mi Eduvigis, no es para dicho todo lo que demostró: casi perdió el juicio y por poco se rompe la cabeza. Ahora desea pedir os perdón de las injurias que os hizo.

Los dos niños del portero estaban como espantados en un rincón. Rosa fue hacia ellos y les habló con su afabilidad acostumbrada, y los niños recobraron el ánimo.

La Bertita dijo:

—Señorita Rosa, estás muy bien compuesta; todo lo que llevas es bonito y nuevo, hasta la cara.

—Este engaño me habría gustado—dijo el pequeño Omar—siempre que la señorita Rosa se quedara con nosotros, porque otra tan buena no volveremos a tener en nuestra vida.

Riéronse Cunrico y los demás: Rosa preguntó a los niños dónde estaba su madre, y la Bertita respondió:

—Ahora mismo estaba aquí cortando el pan para la sopa, y aun está el plato sobre la mesa.

—Sí, sí—dijo el pequeño Omar—; cuando oyó que venían los amos escapóse por aquella puerta como si huyera del lobo.

Rosa salió por la puerta que comunicaba aquella habitación con la cocina y trajo a la portera.

La pobre mujer quedó muy avergonzada cuando vio en su presencia magníficamente vestidos al caballero Edelberto y a la señorita Rosa, con sus amos el noble caballero Cunrico y la señora Hildegarda.

—En un ratonero—dijo—me hubiera metido para no ser vista de los nobles amos, pues muy bien sabrán qué lindas palabras uso yo y qué lindos dictados he dado muchas veces a la noble señorita. Pero si yo hubiese sabido de qué alto nacimiento era mi Rosa y qué grande honor había de alcanzar, me hubiera portado de otro modo con ella.

La señora de Fichtemburgo dijo:

—Mi buena portera, el último de los hombres es de nacimiento divino, que es la más alta nobleza, y con la cual ninguna otra puede compararse. El más pobre mendigo, si es honrado, alcanzará en el otro mundo una majestad a cuyo lado nada es todo el esplendor de este mundo. Hay, por tanto, una razón para que tratemos bien hasta al último de los hombres. Vos sentís arrepentimiento y vergüenza por haber sido áspera con vuestra anterior criada, que ahora, cambiada su figura, se os presenta como una noble señorita. Nosotros estaríamos atormentados por un arrepentimiento más cruel, y aun

tendríamos más vergüenza, si con orgullo y menosprecio tratásemos a los pobres en este mundo, y después en el otro quedásemos eclipsados por su majestad.

La portera se mostró muy persuadida de aquel razonamiento, y con muchas palabras y copiosas lágrimas pidió perdón a la señorita. Rosa le dijo:

—Mi querida Eduvigis, mucho os podría haber dicho; pero entonces no lo tuve por cuerdo y lo reservaba para un momento oportuno que ha llegado ya, y por tanto necesito ahora deciros cuatro palabras. Pero antes debo manifestaros delante de vuestros nobles amos y de mi padre que tenéis muchas buenas prendas. Sois buena esposa para vuestro marido, una buena madre para vuestros hijos y una excelente ama de casa. Sois incansable, aplicada, y en vuestro ajuar reinan el orden y la limpieza. Sois económica sin ser mezquina y hacéis mucho bien a los pobres. Sois servicial, afable y obsequiosa para con todos, como no se excite vuestra cólera; pero entonces, vos misma no sabéis reprimiros, diciendo y haciendo cosas que a nada bueno conducen. Esa ira vuestra llena de amargura vuestra vida y la de cuantos os rodean, y os ha dado una mala fama, como si fueseis mujer muy perversa. Efectivamente, no careciendo vos de talento, se afirma generalmente que tenéis muy poco, porque apenas os aprovecháis de él, y en vez de gobernaros por el entendimiento os dejáis subyugar por la cólera. Dominaos alguna vez a vos misma para haceros dueña de vuestra cólera, valeos de vuestro entendimiento, y creed que con mucha razón se ha dicho de la ira que es un pequeño ataque de delirio. Acordaos de que la paciencia y mansedumbre son deberes del cristiano, y tomad desde ahora la más seria resolución de mejorar en estas cualidades. Renovad esta resolución todas las mañanas y todas las noches, y aun más frecuentemente de día a la presencia de Dios, e implorad su auxilio. No os desaniméis si por el pronto no lo recibís, ni os canséis de renovar una y mil veces con la mayor seriedad vuestros propósitos. El árbol no se derriba al primer golpe. Perseverad, y al fin venceréis vuestra cólera, que, en efecto, es vuestro más cruel enemigo. Si volvéis a tener una criada que no carezca de buena voluntad, no exigiáis que al momento haga todas las cosas tan hábil y mañosamente como vos. Tomaos el trabajo de instruirla a vuestro modo, tened paciencia para enseñarle muchas veces todas las cosas; reprendedle con dulzura sus faltas, y ella aprenderá a acomodarse a vos, reverenciaros y amaros. Si vos deponéis estos vuestros ordinarios defectos, todo el mundo os estimará como una excelente mujer, y si yo no os estimase, no os habría dicho ni la mitad de estas cosas. Tomad mis consejos, y así tendréis honra, alegría, felicidad y contento.

—Eso se llamar hablar con talento y probidad —dijo Cunrico—. Ha sido una exhortación que deberían aprender de memoria muchos hombres y también muchas mujeres, exceptuando, sin embargo, a la mía. ¡Qué señorita tan instruída sois, mi estimada Rosa! Yo mismo me aplicaré una parte de vuestro discurso, pues cuanto acabáis de decir está de acuerdo con lo que me había dicho frecuentemente mi difunto padre, aunque regularmente me lo expresaba con una breve sentencia; «Cunrico, Cunrico, decía, más juicio y menos arrebató, y de este modo se vive mejor en el mundo.»

Al cabo de algunos días, el caballero Cunrico y su esposa partieron para Tanemburgo con Edelberto y la señorita Rosa, seguidos de un crecido acompañamiento de gente armada y de sirvientes galanamente vestidos. La fama de cuanto había ocurrido en Fichtemburgo estaba ya difundida por todas partes. En todas las aldeas y lugarcillos de Cunrico por donde pasaban, de cada casa y de cada choza salían con alegres semblantes que mostraban su contento por la intimidad de los caballeros; pero sobre todo querían ver a la señorita que había cuidado a su padre tan amorosamente y con su heroísmo sacado al niño del pozo. Cuando Edelberto llegó a su territorio, todo estaba muy tranquilo y los lugares parecían inhabitados, de lo cual se maravillaba e infería mil consecuencias, hasta que, entrando por la puerta de su alcázar, observó el patio lleno de gente. Todos sus dependientes se habían reunido y colocado allí en orden: a un lado estaban situadas en hileras las niñas, las doncellas y las casadas, todas vestidas como en días de fiesta. Burkhard, el carbonero, habló por los hombres, y su esposa Gertrudis a nombre de las mujeres. Burkhard se había hecho ejercitar por el viejo castellano en una larga y prolija arenga, empezando a relatarla en estos términos:

—Visto que, mientras que y a medida que ha sucedido, acontecido y acaecido... que... que..

Y aquí se perdió. Pero recobrándose dijo:

—Perdonad, carísimo y noble señor; en el momento de veros he olvidado todo el estudiado aparato de mi discurso, que hubiera sido muy hermoso, y ahora no sabré deciros más que una cosa: en este día me cabe tanto gozo, que sin pena moriría.

También la buena Gertrudis, en vez de las palabras aprendidas de memoria, saludó a su amo y señorita Rosa casi únicamente con lágrimas de gozo, pues era tan extremado el enternecimiento de todos los aldeanos, que entre sus llantos apenas podían percibirse más voces que las de «¡Viva, viva!» Los mismos Edelberto y Rosa, al ver aquellas hileras de contentísimas personas, se afectaron hasta derramar lágrimas. En un sitio elevado, y delante de la puerta interior del patio por donde se entraba a las viviendas del amo, se hallaban

los caballeros Sigeberto y Teobaldo, entre otros muchos, con sus esposas e hijos vestidos de gala y rodeados de una numerosa servidumbre. Delante de todos estaba Inés, la buena hija del carbonero, coronada de flores y vestida de blanco, teniendo en un cojín de púrpura las llaves de la fortaleza.

—Noble señorita —dijo—, vos, después de haber sacado de la cárcel a vuestro querido padre, con vuestro amor filial le habéis abierto nuevamente las puertas de su castillo; recibid estas llaves para entregarlas vos misma a vuestro padre.

Rosa presentó el cojín a su padre, quien tomó las llaves, dirigiendo una piadosa mirada al cielo. Acordóse de aquella espantosa noche en que se halló delante de aquella misma puerta en medio de la tempestad y de la lluvia echado en una carretilla y sacado de su alcázar al mismo tiempo que Rosa, gimiendo y llorando, le seguía. El grato recibimiento que había dispuesto la esposa de Cunrico le hizo singular impresión, y dijo:

—Antes de pisar las escaleras del castillo, pasemos a la capilla. Dios ha encaminado a lo mejor todo cuanto ha sucedido y transformado el pesar en júbilo. Cantemos de todo corazón alabanzas al Señor.

Todos los caballeros y damas le dieron su aplauso y siguieron a la capilla.

Después pasaron a la mesa, que estaba ya preparada en el gran salón. El pueblo fue obsequiado en el patio; mas Edelberto no pudo esperar hasta acabar de comer, sino que en medio del banquete bajó al patio del castillo y se colocó entre sus servidores tan complacido como un padre en medio de sus hijos. Antes que a nadie, buscó al honrado carbonero Burkhard y a su buena esposa.

—Tú —le dijo—, antiguo y leal servidor, que con tu buena mujer tan plenteramente acogiste en tu casa a mi hija; tú desde ahora nunca más dejarás esta mi fortaleza y para siempre habitarás aquí. Hágote desde luego mi caballerizo, para cuyo empleo eres más idóneo que para el de carbonero, puesto que desde joven serviste en caballería y todavía sabes montar a caballo con aire marcial. Tú, buena Gertrudis, que en mi prisión me surtiste de ropa blanca, serás desde ahora la guardiana de mi castillo. Pero la buena Inés, que en la desgracia sirvió de tan leal compañera a mi hija, ahora en la prosperidad también estará constantemente a su lado; es imposible que mi hija halle una servidora y amiga más fiel.

Edelberto en seguida recorrió todas las mesas y habló con todos los convidados uno por uno, teniendo siempre algo importante que decir a cada cual. Cunrico, que también había bajado y seguido al lado de Edelberto, dijo:

—Es cierto, pues, que los beneficios pueden más que la autoridad, y es mucho mejor ser amado que temido.

Edelberto añadió:

—Un soberano a quien temen los malos y aman los buenos, en mi concepto es el mejor.

CAPÍTULO XX

DESTINO ULTERIOR DE ROSA

Edelberto y Cunrico, Rosa e Hildegarda se visitaban muy a menudo. Cunrico en todas ocasiones tomaba para provecho suyo y de sus vasallos el consejo de su amigo Edelberto. Rosa veneraba a la noble Hildegarda como a una segunda madre, y siempre procuraba aprender algo de ella. La amistad que todos mutuamente se profesaban contribuía mucho a embellecer y realzar la vida de todos.

Pero llegó una temporada en que Cunrico dejó de venir a Tanemburgo y hasta excusaba con frívolos pretextos las visitas que Edelberto y Rosa le anunciaban. Un día, inesperadamente, se apeó de su caballo blanco en el patio del castillo e invitó a Edelberto y a la señorita Rosa a que sin dilación pasasen a Fichtemburgo. Bien conocieron que había ocurrido alguna novedad, mas no alcanzaban a penetrar el secreto. Partieron, no obstante, con él, y luego que hubieron llegado a Fichtemburgo, sin darles apenas tiempo Cunrico para saludar a su esposa, dijo:

—Edelberto, es preciso que vengas conmigo, y Rosa también.

Se dirigieron al lóbrego pasillo de la prisión de Edelberto.

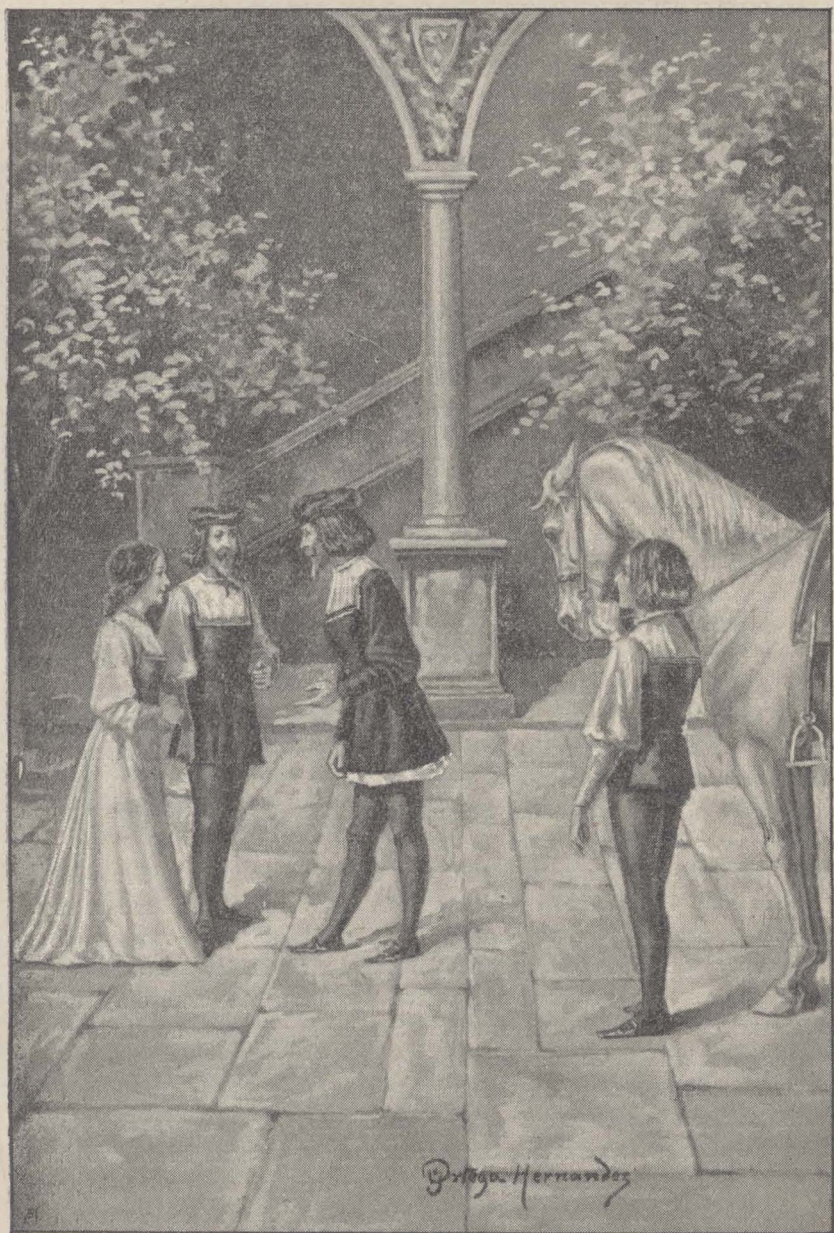
—¡Por Dios! —exclamó éste asombrado— ¿Adónde me llevas?

—Me horrorizo —decía Rosa—. ¿Para qué iremos a la triste prisión?

Cunrico guardaba silencio; abrió la puerta de la prisión y quedaron pasmados al entrar en una hermosísima capilla, magníficamente adornada al estilo de aquellos tiempos. Recibía la luz por unas cuantas claraboyas cerradas con vidrios de colores; la bóveda y paredes estaban pintadas de azul celeste y salpicadas con estrellas doradas; el altar brillaba ricamente con esculturas doradas.

Edelberto y Rosa manifestaron su admiración y aplauso.

—He creído —dijo Cunrico— que esta transformación os agradaría. Quise sorprenderos con ella, y al efecto me privé de vuestras visitas durante la construcción. ¿No es verdad que la capilla ha resultado muy hermosa? Pero este honor corresponde todo a mi piadosa Hildegarda. Ella ha sabido con mucha discreción inclinarme a que mandase erigir este pequeño templo.



...e invitó a Edelberto y a la señorita Rosa

—Y mañana —continuó la señora Hildegarda—, el abad Noberto, como obispo sufragáneo, vendrá a consagrar la capilla. Sigeberto, Teobaldo y otros muchos caballeros que nos profesan amor y estimación, concurrirán a esta festividad con sus señoras e hijos; pero nuestros más caros y estimados huéspedes sois vosotros, insigne Edelberto y amada Rosa mía. Nosotros estamos igualmente seguros de que tomaréis un interés especial en la consagración de esta capilla, que debe su existencia a vosotros. Ciertamente asistiréis con la más religiosa emoción a esta hermosa ceremonia.

La consagración de la capilla al culto divino fue, efectivamente, una función muy hermosa y solemne. Los caballeros invitados llegaron puntualmente con todos los suyos a la hora señalada. En traje de ceremonia, según estilo de aquellos tiempos, se colocaron los caballeros a un lado y otro del altar, cubiertos con yelmo y arnés y ceñida la espada. Las damas, según costumbre en las grandes fiestas de aquellos siglos, se presentaron vestidas de negro con adornos dorados, y las señoritas iban de blanco y coronadas de flores. Todos guardaban el más profundo acatamiento ante Dios. Everardito y sus dos hermanitas, con sus manos elevadas, estaban arrodillados delante del altar con tanto fervor, que parecían unos angelitos.

La capilla había sido adornada con elegancia y el altar con flores frescas; lucían hachas de cera pura y se levantaban nubes de incienso.

El venerable abad Noberto subió al altar con mitra y báculo y rodeado de muchos eclesiásticos que llevaban ricos ornamentos; se volvió hacia el concurso, cuya fervorosa actitud y continente admiró con piadoso regocijo, e hizo un pequeño sermón, cuyo sustancial contenido fue como sigue:

—Amados hijos míos en el Señor: El amor de unos buenos padres con su hijo, que fue salvado de un gran peligro, y el amor de una buena hija con su padre, a quien en este mismo lugar hizo mucho bien, han sido los motivos para que este lugar, antes espantoso, haya sido transformado en esta hermosa capilla y hoy sea consagrada a la adoración de Dios en agradecida memoria de los beneficios del Señor. La historia que ha ocasionado la fiesta de este día motiva igualmente el asunto de mi oración. Sin embargo, por no ofender la modestia de algunos de mis oyentes no mencionaré más el caso, harto sabido de todos. Recordaré únicamente varias máximas que con esta historia reciben un fuerte realce; y una vez que veo reunidos ante el altar a muchos reverenciados padres con sus caros hijos, no haré más que dirigirme brevemente a unos y otros. Ojalá todos los padres se esmeren en poner a la vista de sus hijos un fiel retrato del Sumo Bien; ojalá imiten a Dios, quien, además de darnos alimento, bebida y vestidos, atiende también por muchos medios a nuestra ins-

trucción, nos encamina al bien por medio de las recompensas y castigos, y en todo lo que dispone procura ennoblecer al hombre. Ojalá el amor de los padres a los hijos, como llama celestial, nunca fuese turbado ni oscurecido por el soplo de las pasiones terrestres, ni degenerase jamás en inclinación ciega que, disimulando las faltas, corrompe a los niños; y ojalá esta llama celestial, esta ternura de los padres para con sus hijos, nunca fuese apagada por el amor mundanal, por los placeres sensuales, por las disipaciones y deseos indómitos. Reconoced en las sabias disposiciones de Dios su amor y benevolencia para con vosotros. Honradle en vuestros padres, por cuya mano os envía tamaños beneficios. Amad a los padres que os ha dado Dios; sedles obedientes y seguid las indicaciones de ellos, pues que os aventajan tanto en entendimiento y meditan mucho bien para vosotros. Llene vuestro corazón el más tierno reconocimiento hacia ellos, y huya de vosotros la ingratitud filial, uno de los vicios más escandalosos. Tened confianza sincera en vuestros padres, y cuando hayáis cometido alguna falta evitad el engaño y el disimulo, que son los primeros pasos hacia una eterna corrupción. Procurad contentar a vuestros padres, y aunque nunca podáis pagarles del todo los innumerables beneficios que os hicieron, aspirad al menos a manifestaros agradecidos con ellos. Así como ellos en los desamparados días de vuestra niñez se interesaron por vosotros, de la misma suerte vosotros cuidad también de ellos en el tiempo venidero de la desvalida vejez, y dulcificadles los postreros momentos de su vida. Debéis contentaros con pan y agua y vestiros de más ordinario terliz antes que consentir que sufran penuria vuestros padres. Sólo así cumpliréis con el cuarto mandamiento y os irá bien en esta y en la otra vida. La bendición de Dios os acompañará hasta el sepulcro, y más allá el Señor partirá con vosotros su majestad. En todos los padres que cordial e íntimamente aman a sus hijos, este amor, destello del amor de Dios, Padre celestial, se extiende a todos los hombres. ¡Qué consuelo en todos los padecimientos será para un padre o una madre esta idea: *Dios me ama infinitamente más que yo a mis hijos!* ¿Cómo dejará de cuidarme, ni cómo podrá olvidarse de mí? También los hijos cuyo corazón haya sido formado en la veneración, amor, confianza y obediencia a los padres podrán de esta suerte con verdad y pecho conmovido apellidar a Dios *Padre*. Sólo hijos tales pueden lograr amar sobre todas las cosas a Dios, el mejor de los padres, en la tentación del mal mantenerse con firme obediencia a Dios, y ser verdaderos hombres de bien. Únicamente los hijos que hayan sido educados en su casa paterna con el amor de sus hermanos, y preservados del odio, de la envidia y de la discordia, pueden al entrar en el mundo amar a todos los hombres como hijos del único Padre

celestial y como hermanos. No más que estos hijos, en los muchos padecimientos de que no se halla libre la vida de nadie, hallarán un firme apoyo en la confianza en el Padre celestial, y cuando les sobrevenga la muerte no la temerán, pues Dios los lleva consigo a la casa paterna, donde los hijos hallan la felicidad. ¡Oh, Dios, buen Padre celestial! Concédenos que todos los hombres se amen como hermanos, a Ti sobre todas las cosas, que se interesen por los pobres huérfanos y viudas y se conserven libres de la corrupción del mundo, que destruye todo verdadero amor. Éste es para Ti el culto más agradable, y de esta suerte todas las familias de la tierra constituirían una sola familia de Dios, a la que Tú, Padre de los hombres, mirarías complacido. Tu voluntad es que a ello contribuya el culto para el cual hoy es consagrada esta capilla; ayúdanos Tú a conseguir esto mismo por medio de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Después de consagrada la capilla y celebrado en ella el primer oficio divino, pasaron todos a comer en el gran salón. Apenas se habían sentado a la mesa resonaron clarines en el patio del castillo. Muchos sirvientes se agolparon a la puerta de la casa y gritaron:

—¡El Príncipe!

Los caballeros quisieron presurosamente salir a recibirle: pero en el mismo instante entró en la sala acompañado de muchos caballeros. Era hombre de hermosa y alta estatura y de gentil presencia; sus cabellos eran ya algo canosos, pero sus ojos estaban llenos de fuego. Saludó primero a Edelberto, le presentó la mano derecha y dijo:

—He querido traeros la primera noticia de la paz gloriosamente ganada, daros las gracias de mi parte y de la del Emperador por los auxilios con que a ello habéis contribuido y devolveros en persona vuestras valientes tropas, que han ayudado a ganar la paz. Ayer noche llegué a Tanemburgo, donde supe que estabais en Fichtemburgo, y al romper el día he partido con mis guerreros, persuadido de que también hallaríamos en el caballero Cunrico un leal y fiel amigo. ¿No es verdad—dijo, volviéndose a Cunrico y presentándole la mano—que no esperabais semejante sorpresa? Os aseguro al mismo tiempo por expreso mandato del Emperador su gran satisfacción por vuestra reconciliación con el bizarro Edelberto, y os manifiesto igualmente mi complacencia por hallar aquí juntos en paz y concordia a tan denodados caballeros.

Cunrico estaba de gozo casi fuera de sí, pues la gracia del Emperador y del Príncipe obró en él los efectos de una embriaguez.

Reparó entonces en el piadoso abad, se dirigió a él, le manifestó su sincero gozo por encontrarle y sentóse junto a él.

—Mucho me alegro de encontraros aquí, porque esta dicha rara vez nos cabe a las gentes del mundo.

En seguida se volvió el Príncipe a la esposa de Cunrico y dijo:

—Confiado, noble señora, en vuestros generosos sentimientos, yo, sin ser llamado a la consagración de la iglesia, me convido por mí mismo a la mesa, y por mí, y a nombre de los caballeros que han venido conmigo, os saludo, amable huésped. Para vos, mi amabilísima señorita—dijo a Rosa—, tengo una misión particular, que sabréis después de comer. Ahora saludaré a todos estos señores caballeros, damas y señoritas aquí reunidos, para no diferir por más tiempo la comida y empezar con buen ejemplo; porque, a decir verdad, con el gran trote siento un fuerte apetito. Comamos un día juntos amistosamente y sin ceremonias. Desearía tener a mis dos lados a la señora de Fichtemburgo y a la señorita Rosa. Con mucho gusto desearía teneros enfrente a vos, respetabilísimo abad, entre los dos caballeros reconciliados. Desde antiguo ha sido vuestro cargo predilecto el procurar la paz, y, por tanto, ese lugar no puede menos de seros grato. Así también tendremos distribuidas alrededor nuestro las cuatro personas a quienes corresponde la parte principal de la historia que nos ha reunido aquí, y así podremos hablar con mayor intimidad. Los demás conocen sus puestos.

El Príncipe ocupó el primer lugar de la mesa, donde se le acababa de poner un cubierto nuevo y una copa de oro; los demás se sentaron como él lo había ordenado.

Luego que se hubo satisfecho el primer apetito de los huéspedes, habló el Príncipe:

—Aunque las hostilidades entre Edelberto y Cunrico, así como su reconciliación y cuanto para ello han hecho la señora Hildegarda y principalmente la señorita Rosa, ya se nos habían noticiado en el campamento imperial, la historia me ha excitado tal interés, que aun desearía saber algo de sus circunstancias.

Fue preguntando, ya por unas, ya por otras, y Edelberto y Rosa, Cunrico e Hildegarda se las referían alternativamente. El Príncipe escuchaba muy atento, y manifestó muchas veces su lástima al bizarro Edelberto y su aplauso a la gentil Rosa. También dispensó las merecidas alabanzas a la señora de Fichtemburgo, y por el actual procedor de Cunrico tuvo una satisfacción singular. Edelberto y Rosa, por respetos a Cunrico, querían callar en sus narraciones muchas cosas o tocarlas muy ligeramente, pero Cunrico las contaba por sí mismo con franqueza.

—Yo he obrado brutalmente—decía—; lo sé, y aunque la falta ya pasó, el ocultarla no basta para borrarla. Más recomendable es confesar francamente las faltas y repararlas cuanto sea posible, lo cual creo sinceramente haber hecho, y también aconsejo que hagan cuanto hayan faltado. Ningún mal sobrevendrá por esto, y por cual-

quier otro camino nunca entrará en el corazón el reposo y el contento.

Al acabarse la narración, el Príncipe, complacido, miró a todos y dijo:

—A esta apreciable señorita debemos agradecer el regocijo de hallarnos aquí reunidos. Sin su intervención ahora nos hallaríamos empuñados en rencoroso y sangriento combate, pues claro está que no habríamos dejado permanecer en la prisión al caballero Edelberto. Ya estaba determinado en el campamento imperial que, luego después de hecha la paz con los enemigos exteriores, yo, con la mayor parte de la fuerza, debía embestir el castillo de Cunrico para apoderarme de él. Cunrico, ciertamente, nos habría opuesto una resistencia muy tenaz, y bajo las murallas de esta fortaleza se habría derramado mucha sangre. Ensalzado sea Dios, que por medio de una interesante joven, de esta noble señorita, ha dispuesto las cosas de otra suerte.

La modestísima Rosa se avergonzó y dijo:

—¡Oh, poderosísimo señor, tanta honra no me corresponde! Dios únicamente lo ha dirigido. El pajarillo que revoloteó por el brocal del pozo ha tenido tanta parte como yo en el desenlace de las discordias entre el caballero Cunrico y mi padre. Por tanto, en el mismo instante de quedar Everardo junto al pozo, hallándose Tecla ausente, se evitó la guerra.

El abad Norberto, muy conmovido, habló en estos términos:

—La ingeniosa y delicada observación que ha hecho la señorita Rosa no es un oropel; como lo ha dicho, así es efectivamente. Todos los días acaecen en la vida mil pequeñas circunstancias de las cuales no hacemos aprecio, y que, siendo de importantísimas consecuencias, deciden a veces la suerte de muchos hombres; semejantes circunstancias se hallan muy repetidas en esta historia. ¿Quién creería, por ejemplo, que su suerte depende de si hoy llueve o hace sol? Con todo, si en aquel día en que tan oportunamente brilló para esta población un benigno sol de otoño, hubiera llovido, Everardito no habría bajado al patio del castillo, ni Rosa tenido ocasión de salvarle y enternecer el corazón de su padre, y quizá en el asedio hubieran perdido su vida más de cien valientes guerreros, causando a sus viudas y huérfanos interminable llanto. ¿Quién juzgaría posible que el tener esta o la otra especie de manjar en su mesa fuese capaz de introducir una gran mudanza en la historia de su vida? Con todo, si no hubiese quedado en la mesa del carbonero aquel plato lleno de hongos, no habría ocurrido a esta señorita buscar acomodo en casa de la portera. Aquellos hongos, por disposición divina, conjuraron la terrible desgracia que amenazaba a este castillo, y que tal vez, en lugar de la fiesta que hoy celebramos, habría moti-

vado un asalto y convertido esta fortaleza en un montón de escombros. Así es como campea la divina previsión en los varios sucesos de la vida humana. A la manera que un hábil músico sabe concordar mil tonos y hasta disonancias entre sí, de modo que resulte un armonioso concierto, de la misma suerte la omnipotencia y sabiduría divina conduce a un resultado perfectamente concorde los acontecimientos de nuestra vida, ora halagüeños, ora agradables. Si nosotros en este sentido examinásemos más frecuentemente nuestra vida, ¡cuántas ocasiones hallaríamos de alabar y ensalzar a Dios con alegre corazón por sus sabias y amorosas disposiciones!

Todos le aplaudieron, y el Príncipe, tomando entonces con entusiasmo la copa de oro, se levantó y dijo:

—¡A la salud del Emperador!

Todos, el abad, los caballeros, escuderos, damas y señoritas, se levantaron respetuosamente, repitieron en voz alta la proclamación y bebieron. En seguida el Príncipe puso la copa de oro en la mesa, se volvió a Rosa y le dijo:

—En este feliz momento voy a desempeñar, cara señorita mía, un mensaje del Emperador para vos. El Emperador ha sabido con suma complacencia el grande amor de vos para con vuestro padre, afecto que, después de dichosamente acabada la guerra exterior, nos ha librado de una sangrienta discordia intestina. Con su sabiduría ha dispuesto, estimable señorita, lo que a vos y a vuestro amado padre notificaré y haré saber.

El Príncipe hizo señá a uno de los caballeros que habían venido con él y era portador de una gran carta, escrita con muchos adornos en pergamino, guarnecida de terciopelo carmesí y de la cual pendía con cordones de seda y oro un gran sello imperial en caja de marfil. El Príncipe presentó la carta a la asombrada señorita y le dijo:

—Mi adorada señorita: Como, no teniendo vuestro padre hijo varón, Tanemburgo, en calidad de feudo masculino, recaería con todos sus bienes en el Emperador y en su reino, en vista del servicio que habéis prestado al Emperador y al reino, servicio quizás más importante que cuanto hubieran podido hacerles diez hijos varones, este feudo, como circunstanciadamente explica la carta, se os cede por el Emperador y Príncipe del reino. Ahora podéis, según vuestro corazón os dicte, elegir para esposo entre los más nobles herederos de Alemania, sin imponerle otra condición que la de tomar el título de Tanemburgo. ¡Ojalá el glorioso nombre de Tanemburgo se transmita a remotos descendientes y esta noble familia perpetúe por mucho tiempo su bendición sobre la tierra!

Edelberto quedó profundamente afectado por aquella singularísima gracia del Emperador, y Rosa, que no se creía digna de semejante

distinción, apenas pudo hallar palabras con que expresar su agradecimiento. Pero, en consecuencia de aquella gracia, el deseo del Príncipe fue completamente logrado. Muchos nobles y jóvenes caballeros aspiraron a la mano de Rosa; pero ella, entre todos los más nobles, escogió a Egberto, hijo menor del Príncipe, y con él vivió en el más dichoso consorcio, aunque esto tardó en suceder algunos años.

El Príncipe manifestó entonces que al levantarse de la mesa tendría gusto en visitar el pozo y la capilla. Hildegarda mandó inmediatamente que antes de bajar el cubo se le pusieran alrededor muchas de cera encendidas para iluminar la lóbrega profundidad del pozo.

A él se dirigió el Príncipe con toda la concurrencia, celebró aquella primorosa construcción, y al paso que observaba relumbrar cada vez más honda la rueda de resplandecientes luces, decía:

—Verdaderamente, mi estimadísima señorita, estoy pasmado de vuestro valor para aventuraros a bajar allí. Mientras exista este castillo se hablará de la denodada señorita de Tanemburgo, y en este pozo habéis erigido un monumento duradero.

—¡Oh, poderosísimo señor! —dijo la señorita— El pozo es más bien un monumento de la omnipotencia y misericordia de Dios. Harto experimento en este instante, mirando a lo hondo, que el valor de arriesgarme a bajar no estuvo en mí. Dios me inspiró el ánimo y salvó al niño; sólo a Él, todo misericordioso y de quien todo bien procede, dé las gracias, alabe y ensalce cualquiera que mire este pozo.

El Príncipe pasó entonces a la capilla, se arrodilló por algunos minutos en las gradas del altar, levantóse después y dijo:

—Puesto que en rigor el cariño de Rosa para con su padre preso ha convertido su cárcel en una capilla, debe ponerse sobre el altar con caracteres dorados esta inscripción: EN MEMORIA DEL AMOR FILIAL.

Pero Rosa, llena de modestia y rubor, contestó:

—¡Ah, no, no; eso sería demasiado honor para una criatura humana! Este altar y capilla queden consagrados sólo al Todopoderoso, que ha obrado en nosotros grandes cosas.

El respetable abad celebró la modestia de Rosa, y añadió:

—Sin embargo, en lugar de la inscripción que con razón ha desechado esta humilde señorita, yo propongo que con grandes caracteres dorados se escriban estas palabras: *Honra a tu padre y a tu madre, y así vivirás mucho tiempo feliz en la tierra.*

Hízose en estos mismos términos, y aun por mucho tiempo Rosa siguió cumpliendo con el divino precepto contenido en aquellas palabras.



GENOVEVA DE BRABANTE

CAPÍTULO PRIMERO

GENOVEVA SE CASA CON EL CONDE SIGFREDO

MUCHOS siglos ha, muy poco tiempo después que la aurora del Evangelio disipó las tinieblas del paganismo en Alemania, cuando ya las feroces costumbres de los bravos pobladores de aquel país se habían suavizado, y cuando el ingrato y estéril suelo había tomado un aspecto lisonjero bajo la mano afanosa de los primeros conocedores del cristianismo, convirtiéndose muchos de sus dilatados bosques en ricos campos de mieses y haciendo lugar a florecientes huertos, vivía en los Países Bajos un nobilísimo Duque, el de Brabante. Por su arrojado valor y suma intrepidez en los combates era universalmente admirado, y también universalmente venerado y querido por su sincero temor de Dios, su celoso amor a los hombres y su incorruptible justicia. Su esposa, la Duquesa, le igualaba en la perfección de tan nobles sentimientos, formando con él un solo corazón. Tenían por hija única a Genoveva, a quien amaban inefablemente y educaban con esmero.

Cuentos de Calleja

Ya desde niña mostró Genoveva un entendimiento claro, un corazón noble, y en todo su proceder una índole de paz y mansedumbre nada comunes. Si, conforme a la costumbre de aquellos tiempos, la Duquesa tomaba la rueca para hilar, su hija, de edad de cinco años, sentándose a su lado en un pequeño escabel, aprendía a coger bien el huso y a torcer muy delgados los hilos. Durante el hilado hacía toda suerte de preguntas inteligentes, a las cuales daba la madre respuestas agradables e instructivas, expresando cada palabra con dulzura, claridad y circunspección. La afable consejera miraba siempre con asombro a la niña, y no cesaba de repetir que con el tiempo debía de ser ésta una mujer extraordinaria. Todo el mundo creía ver en ella un querubín bajado del cielo. Cuando llegaba a la edad de diez a doce años, iba con sus esclarecidos padres a la iglesia, presentándose con un amable semblante inspirado de fervorosa devoción, floreciendo en sus mejillas el más puro e impecable rubor, yendo naturalmente adornada con sus largos y dorados rizos, sencillamente vestida de blanco, y se sentaba entre el padre y la madre en el banco de la iglesia, cubierto de paño carmesí. Con aquel continente se arrodillaba al pie del altar, levantaba al cielo sus claros y azules ojos, llenos de respeto, y en seguida, entregándose a la adoración, los bajaba al suelo. Como un verdadero ángel consolador aparecía en la cabaña del pobre junto al lecho de los enfermos. A los niños indigentes les daba prendas de vestir, que ella misma había trabajado, y repartía entre los desvalidos muchas medallas de oro que su padre le había regalado para su propio adorno. Sin ser vista por nadie y llevando un cesto al brazo, al salir y ponerse el sol, dirigíase presurosa a la cabecera de los dolientes para llevarles manjares reparadores y exquisitos frutos, raros aún en aquellos tiempos y países, alimentos que ella se había quitado de la boca. Hecha doncella, era un perfecto dechado de inocencia y hermosura, y todas las madres citaban a sus hijos a la *señorita* (que así denominaban entonces también a las princesas) como un ejemplo de piedad, de modestia, de aplicación, de mansedumbre y de todas las virtudes del sexo femenino.

El conde Sigfredo, caballero muy valeroso, de sentimientos y miras muy elevadas y nobles, salvó la vida al Duque en una batalla. El príncipe, que le llevaba consigo por la ciudad y por el campo, le cobró tanto cariño como a un hijo y le dio a su hija por esposa. El día que Genoveva debía partir con su esposo, nadie dejó de llorar en la corte del ducado ni en todo el país de su contorno. Genoveva, aunque amaba mucho a su esposo, casi se deshacía en llanto.

El padre la estrechó, por fin, entre sus brazos, la regó con sus lágrimas, y dijo:

—¡Así partes de aquí, hija mía! Tu madre y yo somos viejos:

Genoveva de Brabante

nosotros quedamos, y no sabemos si tú verás otra vez más nuestro semblante; pero Dios parte contigo, y dondequiera que tú estés Él estará contigo. Ten siempre a la vista y en el corazón cuanto has aprendido de tus padres, y jamás, ni un ápice a derecha o izquierda, te apartes de su camino. Así podremos estar sin pena por ti, y un día morir consolados.

En seguida la rodeó su madre entre los trémulos brazos, y en medio de su llanto y sollozos, apenas pudo pronunciar estas palabras:

—¡Pásalo bien, Genoveva, y Dios te acompañe! ¡Ah! ¡Yo no sé lo que sobre ti habrá destinado, y tengo el corazón oprimido con todo género de funestos presentimientos! Tú fuiste siempre una buena hija, nuestro mayor gozo en la tierra, y nunca nos afligiste. ¡Ah! Consérvate en lo sucesivo buena; no hagas jamás nada de que pudieras avergonzarte ante Dios y ante tus padres. Te repito que sigas siendo buena. De esta suerte, si Dios quiere, ya que nosotros nunca más hemos de vernos en la tierra, nos veremos otra vez, ciertamente, en el cielo.

Entonces ambos padres, volviéndose también al Conde, le dijeron:

—¡Hijo, ámala! Ella es nuestro precioso tesoro y premio tuyo. Guárdale amor, y sé tú ahora su padre y madre.

El conde Sigfredo así lo prometió, y puesto de rodillas con Genoveva, ambos recibieron la bendición paternal.

A este tiempo entró el obispo que había desposado a Genoveva con el conde Sigfredo. Llamábase Hildorfo, era un piadoso y venerable anciano de blancos cabellos, lozano todavía en sus rosadas mejillas; y alzando las manos, echó a los esposos su bendición, diciendo a Genoveva en particular:

—No llores, noble joven. Os ha destinado Dios una gran fortuna, pero muy diversa de la que aquí todos imaginan. Día vendrá en que todos los presentes daremos por ella a Dios las gracias con lágrimas de regocijo. Acordaos de estas mis palabras: presto os acontecerá algo extraordinario, y el Señor sea con vos.

En estas palabras del buen anciano vieron todos los circunstantes un presentimiento de aventuras próximas y extraordinarias, y la universal pesadumbre se cambió en atónita y confiada adoración a Dios y su santa Providencia. En una linda hacanea magníficamente adornada y dispuesta para Genoveva montó ésta ayudada por el Conde, que subió también velozmente a su caballo, y al punto partieron entre un numeroso séquito de caballeros.

CAPÍTULO II

EL CONDE SIGFREDO MARCHA A LA GUERRA

El castillo del Conde, llamado fortaleza de Sigfredo, había sido fundado sobre rocas entre los dos ríos Rhin y Mosela, en un paraje bello y hechicero. Cuando el Conde se acercó con su novia a las puertas del alcázar, ya estaban prontos a recibirlos todos sus sirvientes y vasallos, así hombres como mujeres, mozos, doncellas y niños, ataviados con sus mejores galas. La portada del castillo había sido adornada con verde follaje y guirnaldas, y también por el tránsito se habían arrojado plantas frescas y flores fragantes. Todas las miradas se dirigían a Genoveva, hallándose todos llenos de curiosidad para ver a su nueva señora. Luego que la contemplaron de cerca, a todos les dejó asombrados, pues como en el rostro de Genoveva destellaba el reflejo de una alma cándida, inocente, benéfica y de celestiales sentimientos, tenía realmente algo de divino su hermosura, superior a lo terrenal. Apeóse Genoveva y saludó a todos afable y afectuosamente, vertiendo expresiones tan graciosas como naturales, hablando con los ancianos muy reverentemente, y con las madres que en brazos y de la mano llevaban a sus hijos, empleando un tono tan cariñoso, informándose del nombre y de la edad de los niños y regalándoles tan profusamente, que todos quedaron encantados. Además, pidiendo primero al Conde su beneplácito, anunció a los soldados y sirvientes doble paga para aquel año, y a los pobres de solemnidad una rica dádiva en mieses y leña. Todos, en consecuencia, se entregaron al júbilo y derramaron copiosas lágrimas de contento: felicitáronse mutuamente y también al Conde, y elevaron al Cielo mil votos piadosos por los jóvenes consortes. Hasta los antiguos soldados del Conde, que para hacer honores a su señor estaban con serio semblante y sobre las armas, derramaron lágrimas abundantes que corrían por sus ásperas barbas.

Sigfredo y Genoveva vivían en la más venturosa concordia; pero esta ventura sólo duró pocas semanas. Al anochecer de un día, cuando ya habían dejado la mesa y acababan de encenderse luces, sentáronse ambos complacidos en la estancia de su morada común. Genoveva hablaba y cantaba y Sigfredo la acompañaba con el laúd, a tiempo que repentinamente oyeron resonar ante el castillo instrumentos musicales.

—¿Qué hay?—preguntó alarmado el Conde a su mayordomo, que al propio tiempo entraba presuroso.

—¡Guerra!—respondió—¡Los moros de España han hecho una



Genoveva hilaba y cantaba, y Sigfredo la acompañaba con el laud.

súbita irrupción dentro de Francia, y amenazan invadirlo todo a sangre y fuego! Dos caballeros están abajo con órdenes del Rey. Nosotros, si es posible, debemos romper la marcha esta misma noche, a fin de reunirnos sin dilación con el ejército del Rey.

El Conde bajó precipitadamente; hizo el debido recibimiento a los caballeros y en seguida los condujo al salón de ceremonias. La Condesa, atribulada, pasó prontamente a la cocina para hacer los preparativos del obsequio a los caballeros, pues en aquellos antiguos tiempos no se desdeñaban las condesas de acercarse a los fogones. El Conde pasó toda la noche en aprestos de campaña, despacho de mensajeros a sus tropas de la comarca y arreglos para el tiempo de su ausencia. Todos los caballeros de las cercanías fueron a juntarse en el castillo, que de arriba a abajo resonaba con el estruendo de las armas, las pisadas de los guerreros y el chischás de las espuelas. La Condesa estuvo ocupada igualmente toda la noche en agasajar a tanta gente y empaquetar las ropas y todo lo que al Conde podía serle necesario para el viaje. Al rayar la aurora todos los caballeros armados estaban en el salón, y en medio de ellos se presentó el Conde armado con coraza de pies a cabeza y con un ondeante plumaje sobre el yelmo.

Abajo los esperaban ya la caballería e infantería, formadas delante de las puertas en orden de batalla.

Genoveva entró entonces en el salón y, según estilo de caballería, presentó a su esposo la espada y la lanza.

—Emplea estas armas por Dios y por la patria, para la protección del inocente indefenso y terror de los arrogantes infieles.

Dicho esto cayó en los brazos de su esposo, pálida como el blanco pañuelo que tenía en las manos. Lleno estaba su corazón de funestos presentimientos, que, sin embargo, en aquel instante no sabía descifrar con claridad.

—¡Oh, Sigfredo!—suspiró—¡Quizás no vuelvas más!

Y se tapaba la cara con el pañuelo.

—Consuélate, Genoveva—dijo el Conde—. Nadie se afianza en la tierra contra la voluntad de Dios: bajo su mano estamos en todas partes, y tan próximos nos hallamos a la muerte en nuestra casa como en el campo de batalla; solamente la mano de Dios es la que de ella nos preserva a cada momento. Por su protección quedamos tan seguros en medio de los combates como en nuestro alcázar. Dios es el Señor de los ejércitos y la más sólida fortaleza. Quien teme a Dios, nada tiene que temer. Por tanto, no te aflijas, querida esposa, y queda tranquila en cuanto a mí. A mi fiel conserje, después de Dios, he confiado el cuidado de ti, del castillo y del condado. Desde ahora se constituye castellano y gobernante de mis posesiones, y a ti te recomiendo al amparo del Altísimo. Pásalo bien, tenme en la memoria y ora por mí.

Genoveva bajó para acompañarlo hasta la escalera principal, y siguieron todos los caballeros. Luego que llegaron fuera de las puertas del castillo, sonaron los clarines, y al reflejo del sol saliente relucieron las espadas desenvainadas para saludar al Conde. Él, para ocultar sus lágrimas, saltó veloz sobre su corcel, picó adelante, y con un estrépito comparable al trueno, caballeros y escuderos aguijaron también sus alazanes, dejando en breve tras sí el trémulo puente levadizo del castillo. Genoveva, desde el torreón, siguió con la vista aquella comitiva hasta que se le desapareció, encerróse después en su aposento a llorar, y pasó el resto del día sin probar bocado.

CAPÍTULO III

GENOVEVA, INOCENTE, ES ACUSADA

Después de la partida del Conde, vivía Genoveva en su castillo en la más profunda tranquilidad. Cuando la sonrosada aurora aparecía por entre los pinares ya la encontraba puesta a trabajar junto a su ventana, y a la manera del rocío, derramaba amargas lágrimas sobre las flores que bordaba. En el punto de sonar el esquilón de la hora de misa, corría a la capilla del castillo, y allí, con fervor, rogaba por la salud de su esposo. Durante el oficio divino jamás se vio desocupado su banco en la iglesia, y en el mismo sitio pasaba sola muchas horas de la media noche. Reunía cerca de sí las mozas de la aldea contigua al castillo, les enseñaba a hilar y coser, y entre los ratos de labor les refería muchas cosas buenas. Como desde la niñez había sido tan amiga de los pobres y enfermos, allí les servía de verdadera madre. No había menesteroso alguno a quien no diese trabajo, y apenas alguien caía enfermo lo visitaba en su misma choza, y con amabilidad y afectuosa persuasión les servía ella misma los alimentos y las medicinas. En las veladas hilaba en rueda con las muchachas, y a veces, después de muy entrada la noche, si aparecía la luna por la ventana, sentábase en su solitario cuarto a tocar el laúd, y con él se acompañaba algún cántico sagrado. En todo observaba la mayor compostura y depuradas costumbres, sin hacer sufrir a sus vasallos ninguna injusticia.

El conserje, a quien el Conde había confiado todos sus bienes, se llamaba Golo. Era un sujeto fino, bien educado, y que con sus halagüeñas palabras y maneras complacientes sabía simpatizar con todo el mundo; pero al mismo tiempo, hombre sin conciencia ni temor de

Dios, guiándose en todo por su provecho y gusto. No se paraba en si era bueno y justo lo que hacía, sino que miraba únicamente si le traía utilidad o agrado. Inmediatamente que partió el Conde, empezó a echarla de señor dominante. Vistióse más lujosamente que él, daba grandes banquetes, concertaba para cada día una diversión diferente, y así expendía los bienes de su amo. Por la inversa, trataba a los antiguos y leales servidores del Conde cometiéndole con ellos mil insolencias, escatimando la merecida recompensa a los más inferiores jornaleros y no consintiendo ceder a los pobres ni siquiera un bocado de pan. Sólo para con Genoveva había manifestado hasta entonces la más humilde veneración, y no tenían límites su agrado y oficiosidad para con ella. Genoveva le trató siempre con gravedad y decoro, jamás entró con él en conversación, y por este medio le hacía tener presente siempre su deber. Al principio aparentó obedecerla, y procuraba con el mayor ahinco tenerle ocultas sus faltas; pero poco a poco iba ejercitando su osadía, y por último fue tan descarado, que hizo a Genoveva las proposiciones más malvadas que pueden hacerse a una señora o doncella honesta. Ella las desechó con toda la repugnancia y aversión que merecía; pero él, desde entonces, comenzó a odiarla y resolvió perderla.

Genoveva, que nada bueno presentía, escribió al Conde, le pintó a Golo enteramente conforme a la verdad, y terminaba con la reverente súplica de que alejase aquel hombre peligroso. El cocinero del Conde, que era muy hombre de bien, resistía en cuanto estaba en su mano los malos procederes de Golo. Draco, que así se llamaba, se encargó de enviar secretamente al Conde, por medio de una persona de entera confianza, la carta de la Condesa. Más para el astuto Golo no quedó esto ignorado. En el momento de entregar la carta Genoveva en su cuarto a Draco por la mañana temprano, entró Golo repentinamente con la espada desnuda, pasó de una estocada al pobre inocente Draco a la vista de Genoveva y dio un espantoso grito. Toda la gente del castillo corrió precipitadamente allá y vieron a la Condesa, desfigurada y sin habla por el susto, caída en una silla y Draco a sus pies, revolcado en su sangre, mientras Golo profería contra la Condesa vergonzosas mentiras que ruborizaron a todos los criados y demás servidumbre del castillo allí presentes. Acto continuo despachó al Conde un mensajero con cartas mentirosas por el mismo estilo y llenas de calumnias, acusando a Genoveva como esposa desleal y deshonorada, y la mandó llevar al calabozo más profundo del castillo.

Golo conocía bastante el genio de su amo; le constaba que el Conde era recto, compasivo y generoso; pero que en medio de estas excelentes prendas no sabía refrenar su propensión a una ira súbita y atropellada por el resentimiento y los celos.

—Y esta sola propensión —decía el malvado—, indómita en un hombre por otra parte tan bueno, viene a ser lo mismo que el anillo en la nariz del oso. Así puede llevarse adonde se quiera.

Golo, en consecuencia, tuvo por seguro que en el primer arrebatado de ira el Conde daría orden terminante de matar a la Condesa.

CAPÍTULO IV

GENOVEVA EN LA PRISIÓN

El calabozo destinado para encierro de los malhechores y al que la gente del pueblo no daba otro nombre que calabozo de los pobres penitentes, era la prisión más horrorosa de todas las del castillo. Genoveva jamás pudo pasar por junto a él sin un terror secreto y la más cordial compasión en favor de los miserables presos, y, sin embargo, ella misma era metida en lo más profundo de aquella prisión; era ésta tan fría, lóbrega y espantosa como un sepulcro. Las paredes estaban negruzcas y con la humedad se había enmohecido de verde. El piso era losado con ladrillos encarnados. Jamás penetraban allí el sol ni la gozosa luna. La escasa claridad del día que llegaba hasta Genoveva por medio de un pequeño y negro enrejado de hierro no servía más que para hacerle perceptible la pálida blancura de su vestido y el horror de aquel sitio. Día y noche pasaba sentada sobre un poco de paja. Junto a sí tenía un cántaro de barro con agua, y un poco de pan negro era todo su alimento. Del mucho llorar, sus ojos y mejillas se habían ido escoriando.

Luego que se hubo recobrado del primer aturdimiento y reprimido su dolor, cruzó las manos con fervorosa devoción, levantó los ojos hacia el cielo y oró en estos términos:

—¡Oh tú, Padre celestial, desde este hondo lugar de la tierra en que me hallo, miro a Ti; yo estoy ahora enteramente abandonada y a nadie tengo más que a Ti! Ningún ojo compasivo ve mi desdicha, mi voz no llega a los oídos de hombre alguno; pero Tú ves mis lágrimas, Tú oyes mis suspiros, Tú estás también en este lóbrego sitio. Ni mi padre ni mi madre saben nada de mí, y mi esposo está de aquí muy lejos; no puede ayudarme la amorosa mano de ninguno de mis amigos; pero tu brazo no está contraído, Tú puedes abrir la puerta de mi cárcel. ¡Oh, Padre celestial, compadécete de mí!

Incorporóse otra vez de nuevo, embargada absolutamente de dolor, atónita ya y con los ojos enjutos.

—¡Ah! —exclamaba— ¡Cuán dichosos son en comparación mía los hombres más indigentes! Ellos aun pueden ver el hermoso azul del

cielo y el gracioso color verde de la tierra. ¡Ojalá fuese yo una pobre pastorcilla en vez de ser una princesa, o una infeliz mendiga en lugar de una condesa! ¡Qué bien estaría entonces! ¡Ah! Todo me lo han quitado y ya nada más me queda. Hasta el sol, que alumbra para todos, ya no existe para mí. Todavía—prosiguió, y se anegaba otra vez en llanto—, ¡oh, Dios, Tú aún eres mío! Sé Tú, pues, mi sol. Sí; al punto que yo de Ti me acuerdo, se aclara nuevamente mi alma, y mi corazón, encogido por el quebranto como por el hielo, se deshace otra vez en lágrimas.

Ocurriéronle entonces las palabras del venerable obispo.

—¿Conque ésta es—exclamaba mirando en torno de su prisión— la dicha que tú, santo varón, me predijiste? Tras un pensil de flores me aguardaba este oscuro calabozo; mas puesto que Tú, ¡oh Dios!, has permitido que yo baje a esta prisión, será porque me convenga. Sí, Tú por amor no más envías los quebrantos que son beneficios disfrazados; bajo la desgracia están ocultas la gran dicha y bendición, a la manera que tu mano encerró dentro de la amarga corteza de muchos frutos un dulce meollo. Así, pues, me consolaré en estas penas venidas de tu paternal mano. Sólo en Ti pensaré, sin culpar a mis perseguidores. Tú así lo quieres; pues, Señor, aquí me tienes: haz conmigo lo que quieras: todo es merced tuya, y contra tu voluntad ni un cabello se me torcerá.

Después de haber orado en esta forma sintió un grande alivio. Parecía que una voz en su interior le decía:

—Ten buen ánimo, Genoveva: tú sin duda padecerás todavía, mas el Señor te salvará de todos tus tormentos. Es verdad que ahora pasas por delincuente a los ojos de los hombres, pero tu inocencia resplandecerá un día más clara que el sol.

Y en seguida se entregó a un sueño ligero, aunque reparador.

CAPÍTULO V

GENOVEVA ES MADRE EN LA PRISIÓN

Genoveva continuó muchos meses en la prisión, en cuyo largo transcurso no vio más hombre que Golo, quien sin cesar le repetía sus atrevidas proposiciones y sólo a este precio le prometía la reparación pública de su honor y ponerla en libertad. Pero Genoveva le contestaba:

—Prefiero parecer deshonorada ante los hombres a serlo de hecho. Más bien quiero consumirme en el abismo de este calabozo que alzarme por un crimen hasta un trono real.

Acrecentóse aún más su pena. Poco tiempo después de la partida



Rebujó al niño con su delantal.

Cuentos de Calleja

de su esposo había experimentado la encantadora certidumbre de ser madre, y este momento llegó por fin, dando a luz un niño.

—¡Oh, tú!—exclamaba estrechándole entre sus trémulos brazos— De este modo te hallas aquí y en tan espantoso lugar sales al mundo. ¡Ay! Ven a mi seno para que yo te abrigue: tu pobre madre no tiene ni unos pañales con que envolverte. No hay una persona que te traiga una cucharada de sopa caliente. ¡Ay! ¿Cómo te puede alimentar tu madre, enferma y extenuada? En esta horrible morada no hay absolutamente para poderte acostar más sitio que el frío y duro suelo. Bajo esta oscura y mojada bóveda, en que incesantemente destila el agua, habrás tú de perecer de humedad y frío. ¿Por qué vosotras, elevadas piedras, regáis a mi caro hijo con esas gotas? ¿Sois también desapiadadas como los hombres? Mas no, perdonadme; vosotras, mudas paredes, tenéis más sensibilidad que ellos; no podéis presenciar la desdicha mía y la de mi hijo sin entristeceros y llorar conmigo.

Alzó entonces los ojos al cielo, levantó su niño con trémulos brazos y decía llorando:

—¡Oh, Dios, Tú me has regalado este niño, Tú le has dado la vida: siendo dádiva tuya, a Ti te pertenece y a Ti también debe ser enteramente consagrado! Sí, mi primera acción sea dedicártelo. Yo no puedo enviártelo a tu santo templo: pero también estás aquí presente, y donde tú estás, allí se halla tu templo. Aquí ninguna mano afectuosa hay que lo tenga para bautizarle, ningún sacerdote que al padre y padrino recuerde sus deberes. Así, pues, yo haré las veces de madrina, padre y sacerdote a un tiempo. Solemnemente, ¡oh, Dios!, te prometo que si todavía nos dejas vivir a mí y a mi hijo, educaré a este niño con la santa fe en Ti, ¡oh, Dios Padre! Le enseñaré a conocerte, le inspiraré el santo amor a Ti y a todos los hombres, a fin de que, como preciosa joya, pueda preservarse de la maldad y yo restituirlo algún día puro, sin mancha de pecado ni vicio, y justificarme en mi estrecha cuenta contigo.

Oró entonces largo rato en silencio, asió el jarro de agua, bautizó al niño con el nombre de *Desdichado* y dijo:

—Con calamidades y lágrimas viniste al mundo: *Desdichado* debe ser tu nombre de pila, y el llanto de tu madre será tu envoltura.

Rebujó al niño con su delantal, y poniéndole sobre sus faldas, decía así:

—Este mi regazo será tu cuna.

Después, echando una mirada lastimera hacia el pequeño trozo de pan duro y negro que al lado tenía, dijo:

—Éste, pobre niño, éste será también tu sustento en adelante. Muy duro y tosco es y bastante apenas para mí; pero consuélate con que lo

Genoveva de Brabante

ablandarán las lágrimas de tu madre y que, bendecido por el Señor, será suficiente para mí y para ti.

Mascó entonces un poco de pan duro y con él dio de comer al niño. Una vez, mientras el niño dormía dulcemente en sus faldas, ella se reclinó sobre la criatura y dijo suspirando:

—¡Oh, Dios, contempla este pobre niño aquí en mi regazo! ¡Ah! En esta oscura y fría bóveda, sin luz del sol ni calor, sin ventilación, presto se volverá pálido y marchito. ¡Ah! ¿Cómo prevalecerá aquí esta tierna planta? ¡Oh, Dios, no la dejes morir tan miserablemente! ¡Oh! ¡Cuánto la amo, con que gusto daría yo mi vida por ella! Pero Tú la amas todavía más que yo. Tú me amas a mí y a todos los hombres más que una madre a su hijo. Sí—dijo tomando un tono más alto y conmovido—, Tú mismo has dicho: «Y aunque una madre sea capaz de olvidar a su hijo, yo no me olvidaré de ti.»

Al hablar tan alto Genoveva despertó la criatura, y por primera vez sonrió alegremente a su madre. Genoveva también sonrió por la primera vez en su prisión.

—¿Tú sonríes, caro hijo?—decía ella estrechándole contra su corazón—¿Y tú no reparas en el horror de este lugar? Sí, no hagas más que sonreír; tu risa me dice más que millares de palabras. He creído que me querías decir: «Mamá, no llores, y ponte contenta: tú eres muy pobre, pero Dios es rico; tú estás desamparada, pero Dios nos ama a ti y a mí todavía más.» Sí, ríe solamente, querido hijo, ríe. Mientras tú rías ya no puede llorar tu madre.

Pasados algunos días, volvió Golo, presentándose a ella con brutal y azorado semblante.

—Ya—dijo—he condescendido bastante. Si vos queréis continuar como una loca y sin renunciar a vuestra fantástica virtud, compadeceos, al menos, de vuestro hijo. Eá, pues, si no queréis sujetaros a mi voluntad... os lo juro... así moriréis vos y vuestro hijo.

Genoveva, tranquila y sin miedo, contestó:

—Mil veces preferiré morir antes que consentir en nada que hubiera de avergonzarme ante Dios, ante mis caros padres, mi esposo y todos los hombres de bien.

Golo le arrojó una mirada furiosa, le volvió la espalda enteramente blanco de cólera, y tras sí cerró la puerta de hierro con tal ímpetu que parecían estremecerse los cimientos del calabozo, y el atronador ruido se estuvo repitiendo largo rato sobre la bóveda.

CAPÍTULO VI

GENOVEVA RECIBE EL ANUNCIO DE SU PRÓXIMA MUERTE

Una vez, a la media noche, llamaron quedo a la ventanilla de la prisión. Una voz débil y llorosa se oyó que decía:

—¿Estáis despierta, querida Condesa? ¡Ah! ¡Cómo os lo diré! ¡Ay, Dios! De llanto casi no puedo hablar. Ese impío Golo... Castigue Dios y arroje a los profundos infiernos a tan gran malvado.

—Y ¿quién eres tú?—preguntó Genoveva, levantándose y yendo hasta el enrejado.

—La hija del atalaya de la torre—contestó la voz—. Reconoced a Berta, enferma desde tanto tiempo, a quien durante su mal habéis hecho muchísimo bien. ¡Ah! Grande amor os tengo y ¡ojalá hubiera podido mostraros mi agradecimiento como deseaba! Mas ¡ay! que os traigo una espantosa nueva. Esta noche misma debéis morir, y es voluntad del Conde, quien realmente os cree una infame adúltera; os tiene por lo que Golo os ha hecho pasar. Así lo ha escrito a Golo; ya está dada la orden a los verdugos que os han de cortar la cabeza. Esto es indudable, pues yo misma he oído a Golo cómo se ponía de acuerdo con aquéllos. Y ¡oh desdicha!, vuestro hijo también debe morir, porque el Conde no lo quiere reconocer por suyo. ¡Oh! La congoja no me permite respirar, y en todo lo que va de noche yo no he podido pegar los ojos. Luego que todos se durmieron he dejado el lecho en que me tiene postrado el mal, y procurado venir arrastrándome hasta vos; porque yo no habría podido vivir más si una vez siquiera no hablaba con vos, ni no me despedía de vos y no os daba las gracias por vuestro amor para conmigo. Si aun tenéis algo que mandarme, o alguna cosa en el corazón reservada, confiádmela para que no todos vuestros secretos vayan a sepultarse con vos en la tierra, y quizá yo algún día pueda patentizar vuestra inocencia.

Genoveva se sobrecogió violentamente y en largo rato no pudo hablar. Al fin dijo:

—Amable criatura, ya que eres tan buena, tráeme luz, papel y tintero.

La doncella se lo trajo y Genoveva se puso a escribir, y como no había silla ni mesa, sobre el suelo escribió la siguiente carta:

«Carísimo esposo: Echada sobre el frío pavimento de mi prisión te escribo por última vez. Cuando tú leas este papel ya estará de mucho tiempo mi cuerpo corrompido en el sepulcro. Dentro de pocas horas comparezco ante el tribunal de Dios. Estoy sentenciada y

Genoveva de Brabante

muerte como una delincuente, pero Dios sabe que muero inocente. Júrotelo a la sagrada faz de Dios y estando a las puertas de la eternidad; créeme: yo sin mentira alguna salgo del mundo.

» ¡Ah, querido esposo mío, sólo por ti sufro! Yo sé que tú, a no haber sido horriblemente engañado, no podías ordenar la muerte de tu Genoveva y de tu hijo. Pero si algún día descubres el engaño, ¡ah!, no te aflijas jamás. Tú me amaste siempre y tú no eres culpable de mi muerte. Tal es la disposición de Dios. Ahora pido a Dios perdón por la precipitación tuya. A nadie más sentencias sin haberle oído. Sea ésta, pues, tu última sentencia precipitada; y aunque tú tienes una mínima parte en esta mala acción, repárala con otras mil buenas y generosas. Esto es lo mejor que puedes hacer. El afligirnos y desesperarnos para nada sirve. Además, yo creo que hay un Cielo; allí verás otra vez a tu Genoveva, conocerás su inocencia y fidelidad; allí verás también por primera vez a tu hijo, a quien jamás viste aquí, y allá no volverán a separarnos los hombres malos. Pocos instantes de vida me quedan sobre la tierra: he llenado mi deber postrero y mostrádote la inocencia mía.

»Yo todavía te agradezco todo el amor que en mejores días me mostraste: yo llevo el amor a ti conmigo hasta la tumba. Hazte cargo de mis buenos padres, sé para con ellos un buen hijo, consuélalos en su dolor. ¡Ah! Yo ya no les puedo escribir, pues mi hora se acerca; pero diles que su Genoveva no fue delincuente, que murió inocente; que yo en la hora de mi muerte aun pensé en ellos; que yo les agradecía de corazón todo, todo cuanto por mí habían hecho.

»A Golo, al infeliz loco alucinado, no le mates en tu ira. Perdónale como yo le perdono. ¿Oyes? Yo te lo pido. No quiero llevar a la eternidad conmigo ningún rencor, y por mí no se verterá ni una gota de sangre. Tampoco cargues con odio a los que me hayan cortado la cabeza porque me matan inocente, sino que a ellos y a los suyos has de hacer mucho bien, pues absolutamente nada de esto saben, y seguramente lo hacen contra su gusto.

»El buen Draco, asesinado sin culpa, fue uno de tus más honrados sirvientes: cuida de su viuda y sirve de padre a sus pobrecitos huérfanos. Esto te toca de obligación, pues su lealtad a ti fue propiamente el origen de su muerte: murió por ti. No te olvides tampoco de vindicarle pública y solemnemente como no culpado.

»Recompensa a la buena criatura que te da esta carta. Ella sola me ha sido fiel donde todo me ha sido contrario, o más bien donde, por temor a Golo, nadie ha osado interesarse por mí.

»Sé para con tus vasallos un señor más benigno. No les impongas cargas demasiado fuertes. Cuida de que tengan justos administradores, buenos párrocos y médicos peritos. Escucha a todos los que

Cuentos de Calleja

tuvieren alguna queja que manifestarte o apelar a ti en cualquier necesidad. Sé caritativo, especialmente con los pobres. ¡Ay! Yo pensaba ser la madre de tus vasallos y hacerles mucho bien: hazlo tú ahora. Tienes desde este momento la doble obligación de ser su padre.

»Ya te he dicho mi última voluntad. ¡Ah! Querido esposo, no te aflijas demasiado por mí; yo muero gustosa... porque esta vida es corta y llena de amargura... y aunque soy una pecadora, de todas las cosas que Golo me acumula muero tan inocente como mi Redentor. Él con su santa gracia acogerá mi espíritu. Por última vez, adiós. Escribo con ánimo reconciliado y lleno de amor, siendo todavía en la muerte tu fiel esposa Genoveva.»

Genoveva escribió esta carta en medio de un torrente de lágrimas, corriendo a la par el llanto y la tinta, de modo que apenas se podía leer el escrito. Diolo a la muchacha, diciéndole:

—Guarda esta carta como una joya y no la enseñes a nadie, y cuando mi esposo vuelva de la guerra, pon la carta en sus manos.

Cogió entonces Genoveva de su garganta su collar de perlas y añadió:

—Querida niña, toma estas perlas por tus fieles y compasivas lágrimas. Fueron mi regalo de novia, y desde que yo las recibí de manos de mi esposo, jamás se habían separado de mi cuello. Ahora serán tu dote: valen muchos miles de escudos; mas no porque tú ya seas rica te has de apegar a nada terrestre. Acuérdate de que tu Condesa llevó estas perlas en el cuello que va a ser presto cortado por la cuchilla. Aprende de mí que no se puede una fiar ni aun del mejor hombre. ¡Ah! No me imaginaba yo que aquel mismo que me dio estas perlas para adorno del cuello mandase cortar este cuello. Por tanto, fía sólo en Dios; y ahora vete. Sé siempre piadosa y buena. Yo ya debo convertir mi corazón hacia Dios y disponerme para la eternidad. Adiós.

CAPÍTULO VII

GENOVEVA ES LLEVADA A EJECUTAR

Apenas había marchado la doncella, crujió la puerta de hierro de la prisión, abrióse rechinando y entraron dos hombres armados. El uno tenía en la mano un hacha ardiendo, y el otro traía debajo del brazo un espadón desenvainado. A la luz del hacha vieron ambos hombres a la Condesa puesta de rodillas.

—Levántate, Genoveva—dijo uno de ellos, el que traía la espada y hacía de verdugo, y con voz más desapacible continuó—: Toma tu niño contigo y síguenos.



...toma estas perlas por tus fieles y compasi vas lágrimas.

Cuentos de Calleja

Genoveva exclamó:

—Gracias a Dios que ya estoy en sus manos.

Avanzó v, vacilando, fue tras ellos. El camino iba por un tránsito largo y subterráneo. El hombre del hacha iba delante, el del espada detrás de ella, y también los acompañaba un perrazo lanudo. Llegaron por fin a una gran puerta de hierro. El hombre que iba delante llamó a la cerradura y apagó el hacha. Abrióse la puerta y salieron al descampado, inmediato a un gran bosque. Hacia una clara noche de otoño, el cielo estaba estrellado y la luna se dirigía a tramontar, el viento soplaba frío, y ninguno de los dos hombres decía una palabra. Condujeron a Genoveva bien lejos, internándose mucho en el bosque, y llegaron a un paraje abierto que por todas partes estaba rodeado de altos y negros abetos, de silenciosos olmos y altos temblones. Al arribar allí, el hombre de la espada dijo austestamente:

—Detente ahí, Genoveva, e híncate de rodillas en tierra. Ahora suelta tu niño, y tú, Enrique, véndale los ojos.

Adelantóse a coger al niño del brazo y alzó la espada. Pero Genoveva lo apretaba firme entre sus brazos, elevó los ojos al cielo y a voces gritaba:

—¡Oh, Dios, dejadme que muera y salvad únicamente a mi hijo!

—No hagas resistencia ninguna— dijo el hombre rudo—; lo que ha de ser será; cede, pues.

Mas Genoveva, llorando y lamentándose, seguía diciendo:

—¡Oh, vosotros! ¿Seréis capaces de asesinar a esta pobre inocente criatura? ¿En qué ha delinquido? ¿A quién ha hecho mal? Matadme a mí: yo moriré gustosa; ved aquí mi cuello desnudo; dejad solamente a mi hijo con vida; llevadlo a mis padres, o si vosotros no os atrevéis, dejadme vivir, no por mí, sino por amor de mi hijo. Yo no saldré más en toda mi vida de este bosque, y nunca me presentaré a los hombres. ¡Ah! Miradme a mí, vuestra Condesa, puesta de rodillas ante vosotros, y llorando abrazar vuestras rodillas. Si yo algún mal os hice, matadme; si yo he cometido un delito, acabad conmigo. Pero vosotros sabéis que yo soy inocente. ¡Ah! Os remorderá la conciencia si ahora no hacéis caso de mis lágrimas: sed compasivos conmigo, y así Dios lo será con vosotros. No os dejéis por temporales recompensas arrastrar a malas acciones, porque vuestro castigo es eterno. Temed a Dios todavía más que a los hombres. ¿O quisierais acatar más a ese Golo que a Dios? No vertáis la sangre inocente, porque la sangre del inocente clama al cielo por venganza, y un asesino jamás vuelve a tener reposo.

—Yo—dijo el hombre de la espada—nada hago sino lo que me han mandado. Si es o no justo, Golo y el Conde responderán.

Genoveva de Brabante

Mas Genoveva prosiguió rogando y gimiendo:

—¡Ah! Mirad al cielo. ¿Veis allí la luna? Reparad cuál se esconde tras de los abetos, como para no ver la acción que intentáis. Mirad cómo traspone bermeja de color de sangre. ¡Ah! Siempre que la veais ponerse de esta suerte os acusará de la sangre inocente vertida. Sí, también cuando esté en la mitad del cielo, apareciendo clara y limpia a todos los hombres, a vosotros se os presentará bermeja y de color de sangre. ¡Oh! Escuchad, escuchad; levántase viento. ¿No oís qué terriblemente se estremecen los árboles y cuán recio se agitan las hojas? La naturaleza toda se espanta de la muerte de un inocente. ¡Oh! Cualquiera hoja trémula os sobrecogerá en adelante. Mirad allí arriba las estrellas; mirad con cuántos millares de ojos el cielo os está contemplando. ¿Podéis, debajo del cielo de Dios, ejecutar semejante atentado? Acordaos de que allí sobre las estrellas hay un Dios, ante cuyo tribunal debéis comparecer un día. ¡Oh, tú, Padre de las viudas y de los huérfanos, ablanda desde lo alto el corazón de estos hombres, que también tienen esposas e hijos, y detenes el brazo para que perdonen a una pobre madre y a su desventurado niño, y a fin de que no carguen sobre sí con este grave asesinato!

El hombre que siempre había guardado silencio dejó escapar una lágrima y dijo al otro:

—Esto me parte el corazón: dejémosla vivir; si quieres derramar sangre, descarga más bien tu espada contra el pecho de Golo. Él es el culpable, y ella en su vida no ha hecho más que bien. Acuérdate de todo cuanto en tu última enfermedad hizo por ti.

—Es preciso que muera—dijo Conrado—. Lo que dices no viene al caso, querido Enrique. También es muy fuerte cosa para mi pobre ánimo el matarla; pero si la dejamos con vida, moriremos nosotros dos, y de nada le servirá esto a ella. Golo también la sabrá encontrar. A más, nos es forzoso llevarle los ojos de ella en prueba de que la hemos muerto.

—Con todo, dejémosla vivir—dijo Enrique—. Podemos hacer lo siguiente: para que no seamos vendidos, mandémosle jurar que permanecerá siempre en este bosque, y llevemos a Golo los ojos de tu perro. Yo apuesto a que la dañada conciencia no le dejará conocer el engaño. ¿Mas por ventura te es sensible matar a tu perro? ¿No crees, Conrado, que al fin nuestra amable Condesa y nuestro joven Conde, esta madre desdichada y su inocente hijo, deben ser más apreciables, Dios me perdone, que tu perro? Conrado, no seas tan inhumano.

—No lo soy—dijo Conrado—. Bien sabe Dios que jamás se me hizo tan penoso mi oficio; pero Golo está furioso, si...

Cuentos de Calleja

—Basta de Golo—dijo Enrique—. Dispensar la vida es evidente-
mente cosa buena, y el hombre por hacer bien no debe temer nada,
sino al contrario, aventurarse un poco. Si nosotros ahora evitamos
una desgracia, ¿qué ha de sobrevenir? Tarde o temprano acarreará
también sus buenos frutos.

—Así sea—dijo Conrado—. Aventurémoslo.

Inmediatamente dictó a Genoveva, haciéndole repetir, palabra por
palabra, un terrible juramento de no apartarse de aquel bosque ja-
más en toda su vida. También Enrique hubo de jurar sobre la es-
pada no proferir ante hombre alguno una expresión sobre ella, ni
venirla nunca a visitar en el desierto. Conrado, para ir más asegu-
rado, internó a la Condesa muchas millas por la espesura del mon-
tañoso bosque de aquel terrible país inhabitado, y adonde jamás se
habían dirigido pasos humanos: allí la dejó caer debajo de un chopo,
agotadas sus fuerzas y sin poderse valer. Los hombres le mandaron
quedarse y ellos volvieron a su camino. Todavía uno de ellos, en-
ternecido y con los ojos lagrimosos, mirando alrededor, dijo:

—El Señor se compadezca de ella, y en adelante cuide de ella y
de su pobre niño, pues si Dios no fuera más misericordioso que los
hombres, quedara perdida.

Cuando regresaron al castillo, Golo estaba como desesperado, sen-
tado en su aposento, con la cabeza sostenida por una mano.

—Ahí os traemos los ojos—dijo Conrado, mientras, quedándose
de pie en la puerta, le mostraba los ojos del perro en la mano.

—No los quiero ver—gritó Golo espantosamente; levantóse y
e~~ch~~ó mano a la espada—, y si alguno me volviese a mentar el nom-
bre de la desgraciada, tiro de mi espada y lo dejo en el sitio. Quí-
tate pronto de mi vista y jamás vuelvas a ponerte delante.

—Esto es muy singular—dijo él para sí—. Antes me parecía tan
dulce la venganza de Genoveva y ahora la encuentro tan espantosa-
mente amarga que daría un dedo de la mano si pudiera deshacer lo
hecho. ¡Ah! Quien sigue su pasión, al fin se halla siempre en-
gañado.

CAPÍTULO VIII

UNA CIERVA LIBRA DE MORIR DE HAMBRE A GENOVEVA Y SU NIÑO

Genoveva estuvo largo rato desmayada al pie del árbol, hasta
que, volviendo en sí, yiose con su niño sola en el desamparado bos-
que. Todo el cielo se había ya cubierto de nubes, y habiendo pasado
mucho tiempo después de haberse puesto la luna, reinaba una grande
oscuridad. Un espantoso huracán sacudía los árboles; en el inme-
diato a ella silbaba un mochuelo y no lejos aullaba un lobo. Hor-
rorizóse de terror.

—¡Oh Dios, oh Dios!—exclamó—¡Qué terror se apodera de mí! También estás Tú aquí conmigo; para Ti es la noche clara y Tú me ves. Donde ningún hombre hay, Tú estás. Tú jamás abandonas a los que confían en Ti. Infinitas gracias te sean dadas por habernos salvado a mí y a mi hijo de las manos de los hombres. Tú no me dejarás perecer por las bestias feroces, en Ti confiaré.

Sentada debajo del árbol permaneció con su niño en las faldas, se asió con las manos juntas a sus rodillas y con serenas lágrimas, clavados los ojos en el cielo, esperó a que amaneciera. Mas el cielo le envió nuevas lástimas. Hacía una mañana triste y nublada de otoño. Todo el sitio que la rodeaba era escabroso, baldío y de terrible aspecto; por todas partes no se veían más que rocas peladas, negros abetos, matas de enebros y abrojos. El aura cortaba, de tan fría como venía, y al cabo empezó a llover de recio y a nevar. Genoveva temblaba de frío, y su caro niño rompió en recio llanto por el frío, la humedad y el hambre. Por dondequiera que miraba buscando el hueco de un árbol o la concavidad de una piedra en que albergarse, o hallar algunas frutas silvestres para alimento, no veía sino árido suelo, ni tampoco más que algunas bayas en plantas medio deshojadas. Con sus tiernos dedos escarbó en la tierra dura y enteramente helada para sacar unas pocas raíces, y la nieve se tiñó en su sangre. Mascó estas raíces y las dio a su niño. Entonces, pasmada y sin fuerzas como estaba, salió con su niño en brazos en medio de la nieve y lluvia a caminar por el bosque terrible sin saber adónde; mas, al trepar por una peña, descubrió abajo entre las piedras toscas un pequeño y reducido valle. Descendió hasta él, y bajo las colgantes ramas de los abetos que encubrían una roca vio una pequeña abertura. Ésta conducía hasta una cueva, que era espaciosa suficientemente para dar cabida en apuro a dos o tres personas. Allí junto manaba de la misma roca una fuentecilla clara como el cristal. Una mata enredadera de cierta especie de calabaza circuía la roca; pero sus hojas estaban secas y sus frutos medio podridos rodaban por el suelo sin poderse aprovechar.

Genoveva se metió con su niño en la caverna, donde, aunque resguardada del viento y de la lluvia, temblaba todavía y estremecíase de frío. Ya era mediodía; la necesidad la atormentaba espantosamente y su niño también comenzó de nuevo a gritar y llorar de hambre. Arrodillada en la cueva, puso al niño por delante en el suelo; por la abertura miraba hacia el cielo, y juntando las manos oró:

—¡Oh, Tú, buen Padre celestial, mira aquí una madre llorando y su hijo desmayado! Tú en el crudo tiempo del año también sustentas a los cuervos que revolotean por las altas peñas; Tú tampoco te olvidas del gusanillo que aquí se arrastra por las piedras y en invierno

Cuentos de Calleja

también halla hebritas de verde musgo. Tú en este desierto puedes también mantenerme a mí y a mi hijo y convertir en pan las piedras. Nunca, Padre, puedes dejarnos, ni nos dejarás desfallecer. Tú ya me acabas de hacer hallar una morada; también cuidarás del sustento.

En aquel punto viéronse esparcir las nubes y el sol parecía entrar benigno y caliente en la cueva. Se oyó un ruido como de caer de hojas, y de repente se presentó una cierva delante de la cueva. Como jamás había sido perseguida de los hombres, no quedó espantada.

Se acercó a la cueva, que era morada suya ordinaria, entró sin asombro y quedó parada enfrente de Genoveva. Al principio asustóse del animal, pero poco a poco fue cobrando ánimo y le pasó la mano. El animal no se mostró insensible a tal caricia, y entonces ocurrió el pensamiento a Genoveva de sustentarse ella y su hijo con la leche de aquel animal.

—¡Oh, Dios! ¡Hasta dónde obliga la necesidad de una pobre madre!—dijo, y puso al niño a mamar de la cierva.

Ésta, que, por haberle un lobo devorado su cervatillo, estaba sobrada de leche y atormentada de rebosarle, se dejó mamar muy gustosa. Genoveva, con una porción de sus desgarrados vestidos envolvió entonces al niño, que luego calló y quiso dormir, y puso la criatura en un rincón de la cueva, donde había un pequeño espacio muy cómodo al efecto. Después que Genoveva hubo procurado por su hijo, pensó en cuidar también de sí. Salió de la cueva, juntó las calabazas esparcidas, las partió en dos trozos iguales, les sacó la carne, y lavándolas en el manantial, las dejó limpias y lustrosas. Cuando volvió a la cueva, el animal ya se había tendido. Genoveva le presentó unas hierbas verdes y frescas que halló en la fuente, y al punto la cierva se levantó, se las comió a la mano y la lamió como queriendo mostrarle su agradecimiento. Entonces Genoveva trató de ordeñar al animal, y la cierva, sufriendolo con paciencia, proporcionó a Genoveva llenar de leche muchas calabazas. Genoveva se arrodilló en tierra, alzó con ambas manos al cielo una dorada copa llena de la más pura y clara leche y oró llorando:

—¡Oh, Dios mío! Recibe mis lágrimas en agradecimiento a esta tu benigna dádiva. Sí, presente tuyo es esta leche. Tú de en medio de esta tosca peña has mandado brotar un manantial de sustento. Tú dispusiste que alguna avecilla soltase quizá en este desierto la pepita de calabaza para que no careciese de vaso en que recoger tu dádiva. Tú guiaste mis pasos a esta cueva, vivienda de este buen animal. Ahora no temo, no, que mi hijo desfalezca; tranquila y consolada, llena de confianza en Ti, veo ya encima el frío y lóbrego invierno.

Bebió entonces, y sus lágrimass de gratitud caían dentro de la leche.

—¡Ah! ¡Qué preciosa bebida!—dijo—Ningún manjar me había



...arrancó de las rocas y troncos musgo tierno y seco...

sabido tan bien como éste en mi vida. ¡Oh, Dios! ¡Cuán poco sabía yo en la espléndida mesa de mi padre apreciar tus dones! ¡Ah! Perdóname que yo no te lo agradeciese mejor; perdóname que yo no haya hecho más bien al desvalido. ¡Ah! Yo nunca supe lo que el hambre atormentaba. ¡Ah! ¡A cuántos menesterosos hubiera yo podido a poca costa aliviar de una carga enorme!

Después de haberse reparado bastante con la leche y dado nuevamente gracias al Señor, salió otra vez de la caverna, arrancó de las rocas y troncos viejos inmediatos musgo tierno y seco, lo fue juntando, llenó con él muchas veces el delantal, y arregló en la cueva para sí y para su hijo una blanda yacija. Después dobló las ramas fuertes y gruesas de los abetos que pendían sobre la entrada de la cueva y las bajó más todavía, a fin de que resguardasen mejor del viento. Al pie de un tronco de abeto había hallado una estaquita seca cubierta de tierno musgo blanco, amarillo y verde: la partió en dos trozos desiguales, ató después con fuertes tiras de corteza el trozo chico sobre el mayor, de modo que hicieran cruz, y la puso clavada en el mejor sitio de la cueva. Concluido todo esto, echóse cansada en el suelo. Las ramas de los árboles que tapaban la entrada de la cueva como una verde cortina enviaban dentro de su hueco una exhalación agradable, y con el aliento del animal la cueva quedaba muy gustosamente abrigada. Sentada Genoveva, sintió a la vez en su corazón un alivio y ligereza extraordinarios. Daba interiormente a Dios las gracias por haberla librado de la lóbrega prisión y proporcionádole un seguro lugar de refugio contra Golo. No desconocía lo mucho que también allí tendría que padecer; pero fijando los ojos en la cruz oraba de esta suerte:

—¡Oh, divino Redentor mío, Tú, que por amor de mí viniste a morir en la cruz, siempre tendré a la vista esa tu señal y siempre me recordará tu amor! Contigo en este desierto, empezaré yo ahora una vida de ermitaña; mi tormento es ahora mi cruz; yo, a ejemplo tuyo, la tomaré sufrida sobre mí, y siempre oraré como Tú: *Padre, hágase tu voluntad y no la mía*. Algún día también tendrá esto fin, y llegará el momento en que yo pueda decirte: *Cumplido está*.

Después que hubo orado, cerró por primera vez desde mucho tiempo sus ojos un dulcísimo sueño. El niño dormía junto a su seno, y a los pies descansaba la leal cierva, que ya nunca jamás la dejó.

CAPÍTULO IX

SOLITARIA VIDA DE GENOVEVA EN EL DESIERTO

Desde entonces vivió Genoveva en aquel desierto, como una verdadera ermitaña. Pasó el invierno, vino el estío, dejó lugar otra vez al invierno, y así continuó sin que nada de particular sobreviniese.

Cuando durante el verano, en el fuerte calor del mediodía, se sentaba entre las mudas rocas y árboles, nada más oía que el graznido de los cuervos o el escarboteo del ave-pico; cuando en las crueles noches de otoño la fría luna se alzaba en mitad del cielo, el valle entre las rocas aparecía solitario; y si en invierno, desde su cueva, tendía la vista por inmensos montones de nieve, no descubría en ellos más huellas que de animales silvestres; allí suspiraba muy fervorosamente y de todo corazón por ver otra vez siquiera el rostro de sus padres, de su esposo, de sus amigos, o el de un hombre, fuere cual fuese.

—¡Ah!—solía decir sollozando—¡Cuán dichosos son los hombres que viven juntos, hablan entre sí y pueden comunicarse sus padecimientos y sus goces! ¡Y qué locura la de aquellos que a veces desprecian enteramente este dulce género de vida, y unos a otros de mil maneras se la hacen tan amarga!

Pero después se reanimaba otra vez y decía:

—¡Oh, Dios! La dicha de poder conversar contigo es infinitamente más dulce que el trato con los hombres. Si nosotros estamos retirados de los hombres, Tú siempre te hallas cerca de nosotros, en el inhabitado desierto y durante la callada noche. ¡Qué ventura la de poder hablar contigo en todos los instantes, contigo, que eres el amigo más íntimo de nuestro espíritu!

Así se acostumbró a tratar siempre con Dios y hablar con Él de corazón, en términos de pasar horas como instantes en aquellas afectuosas y familiares conversaciones.

Aunque el escarbo de raíces y la recolección de frutos silvestres le daban mucha tarea, había también de sentarse muchas horas, durante las cuales nada absolutamente sabía que hacerse. Entonces solía decir:

—¡Ay! Si yo tuviese al menos unas agujas de hacer media e hilo, ¡qué agradablemente pasaría estas largas horas, con qué gusto me iría vistiendo a mí y a mi niño! Los hombres se suelen quejar de su trabajo; pero sin él la vida es triste y fastidiosa, y el más rudo trabajo es dulce comparado con la ociosidad.

Muchas veces tenía el más apasionado deseo de un libro.

—¡Cuántas horas—decía—pudiera yo pasar recreada e instruyéndome! También tus obras, Dios amado, que me rodean, son un libro que Tú mismo has escrito.

Entonces empezó a contemplar las obras de Dios con mucha más atención, y la menor florecilla, el menor escarabajo o culebrilla, contemplando en ellos las huellas de la sabiduría y bondad divinas, le causaban un placer indecible. De extraordinario gozo y consue'lo le servía que Jesucristo hubiese tomado muchas de sus bellas parábolas de aquellos objetos que a ella le rodeaban en el desierto. Cuando el sol, por la



primavera parecía entrar nuevamente con cariño y obsequio en la cueva, decía ella muy alegre:

—Dios amado, tu sol es para mí una bella imagen de tu benevolencia y amor paterno. Jesús, tu Hijo, habló así: «El Padre celestial manda a su sol salir para buenos y malos.» Mi amor a los hombres iguala a tu sol. También haría yo gustosa bien a mis enemigos, si pudiera.

En una hermosa mañana, al oír el majestuoso canto de las aves, exclamó:

—Vosotros, pequeños y festivos seres, estando alegres y libres de cuidados, cantáis así jovialmente. ¿No debo yo también estar alegre y cantar como vosotros? Jesús lo quiere así y nos lo dijo: «Mirad las aves por los aires. Ellas no siembran, no plantan, ni guardan en los trojes, y, sin embargo, vuestro Padre celestial las sustenta.» Sí, Dios mío, Tú me amas mucho más que a todas estas aves; yo debiera estar por ello mucho más contenta que todas ellas, y no apesadumbrarme ahora porque no se haya sembrado ninguna simiente para mí, ni plantado ningún tallo, ni llevado gavilla alguna al hórreo.

Si consideraba las flores del desierto, que esmaltaban su corto vallecito con colores variados y graciosos, decía:

—También vosotras sois para mí afectuosas prendas; sois como una prueba *siempre viva* de que Dios me ama. A ciertas flores aludía Jesús cuando dijo: «Contemplad las flores de los campos. Ellas no trabajan ni hilan, y, no obstante, os digo yo: Ni Salomón, con toda su magnificencia, estuvo tan hermosamente vestido como cualquiera de aquellas flores. Si, pues, Dios viste tan bonitamente la hierba del campo, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?» Yo siempre tendré ahora más fe y valor, y aunque no hilo ni coso, no me atormentaré ya con el cuidado de mi vestido.

En el estío, cuando abrasaba el calor aquel prado, y sedienta iba a su manantial, cogía agua fresca y bebía, expresándose así muchas veces:

—Lo que hace esta agua con mis labios ardorosos, eso mismo, Señor, es para mi alma tu doctrina e inspiración. Tú ya lo dijiste: «El que tuviere sed, venga a Mí y beba. El agua que Yo le dé le servirá de manantial que le conduzca al de la vida eterna.» Sí, sólo este interior manantial de mi vida me proporciona consuelo y me embriaga de contento, ahora que aquí me he quedado sin ningún consuelo de fuera y han huído todos los goces de la vida social.

Frecuentemente, al contemplar los vastos peñascos que cerraban su valle y que impasibles ya desde siglos prevalecían contra las borrascas y temporales, se acordaba de aquellas expresiones de Jesús:

«A quien mis palabras oye y las cumple, le comparo al hombre prudente que edifica su casa sobre peña.»

—En tu palabra—dijo ella—fundaré yo mi felicidad, y estará firme como la peña.

Hasta los abrojos y cardos le eran instructivos.

—Si de vosotros—decía—, espinosos vegetales, se pudieran coger uvas y otros frutos exquisitos, estaría yo muy gustosa y me fijaría muy contenta en este desierto; pero es lo que decía Jesús: «De los abrojos no se pueden obtener racimos, y ni de los cardos se pueden coger higos. Todo árbol bueno da buen fruto, y un árbol malo lo da malo.» Yo seré un árbol bueno y haré cuanto bien pueda. Nunca me pareceré a los abrojos y cardos, que no dan sino espinas o frutos malos.

De esta suerte, el sol, las aves, los árboles, el manantial, las rocas, los abrojos y cardos eran para ella fuertes indicios que traían a su memoria las palabras de Jesús y le daban motivo suficiente de pensar.

‘Más amable que el sol de primavera, más halagüeña que la estación de las flores y de los pájaros, más instructiva que cuanto podía verse en el desierto, era para ella una mirada de su niño. En los días libres de frío, lo sacaba de la cueva al raso bajo un hermoso y azul cielo. Entonces, mientras la cierva un poco distante pacía, ella, con su hijo en brazos, por delante de la cueva iba y venía de un lado a otro, y aunque el niño nada comprendía aún, ella le hablaba con afectuosa expresión. Si en aquel punto la criaturita le alargaba sus bracitos y reía, se le figuraba que semejante risa hermozeaba todo el desierto y que cuanto le rodeaba adquiriría un aspecto dorado. A veces, en el mismo paraje en que estaba se ponía de rodillas en tierra, estrechaba al niño contra su seno, lo contemplaba después con dulce y afable sonrisa de ternura maternal, y decía:

—¡Oh, Dios! ¿Cómo puedo yo darte bastantes gracias de haberme dejado también este querido hijo? ¡Qué gozo, qué consuelo, qué recreativa ocupación me has guardado para esta cruel morada! ¡Oh, Tú, Padre del Cielo, envía también tu bendición sobre este hijo mío, déjale crecer más y en adelante protégelo!

Como el niño ponía los ojos más animados y alegres, ella continuaba:

—¡Qué puras y despojadas de toda pasión están todavía la frente, adornada de rizos, y las encantadoras mejillas! ¡Qué descuidado reposa él aquí en mi seno! ¡Ah! Con muchísima razón dijo el divino Redentor: «Si vosotros no sois como los niños, no podéis entrar en el reino de los cielos.» ¡Ah! Ojalá todos los hombres por espontánea voluntad y reflexión fuesen almas sin ningún orgullo, envidia,

odio ni otras malas pasiones, estuvieran como este niño todavía en su inocencia y en la más dichosa ignorancia. Entonces nosotros tendríamos en nuestro corazón el reino de los cielos; entonces nosotros, en este mundo, podríamos vivir tan alegres como este niño en el regazo de su madre, pues descansaríamos con igual satisfacción y ventura que en el paternal corazón de Dios.

Muy a menudo nacía en ella el vivísimo deseo de volver a visitar una iglesia.

—¡Qué felicidad—decía—la de juntarse a miles arrodillados ante Si yo otra vez siquiera oyese una campana, creo que me aligeraría la Divinidad, escuchar la palabra del Señor, los cánticos de alabanza que reverentemente eleva la muchedumbre de fieles al cielo! ¡Ah! más el corazón. Pero—repetía entonces como antes—toda la Naturaleza, el cielo que me cobija, la tierra que me circunda, es también, ¡oh, Señor!, tu templo, y el corazón que lata en el desierto y suspire por Ti es también tu altar. Sea, pues, tu templo este vallecito entre las rocas que por Ti está santificado, y mi corazón tu altar.

CAPÍTULO X

REGOCIJOS MATERNALES DE GENOVEVA EN EL DESIERTO

A la manera que entre las malezas y abrojos suele crecer en el desierto una hermosa flor purpurina, así florecía para Genoveva en medio de su soledad el más bello de los goces afortunados. Su caro hijo se había ya formado mucho, y era una hermosa criatura que pasmaba y podía ir a todas partes. Lo había vestido con la linda pielecita de colores varios de un corzito cazado por un zorro, y al que Genoveva una vez se lo quitó en el desierto. Aunque el niño nada comía, sino hierbas y raíces, leche y agua, ofrecía una vitalidad perfectamente lozana. Despertóse la inteligencia en el precioso niño, empezó a tener conocimiento de sí mismo, a distinguir las cosas que le rodeaban, comprender y pronunciar las palabras. Genoveva, que en tanto tiempo ninguna palabra había oído de humanos labios, experimentó un gozo indecible al percibir el primer sonido inteligible de boca del niño. Mayor júbilo sintió aún cuando por la vez primera, graciosa y claramente, pronunció la dulce palabra de madre. Acaeció esto al principio del invierno, de modo que pasaba largas horas con él en su lóbrega caverna, enseñándole los nombres de cuanto se veía en la cueva y en el vallecito, desde el sol hasta los guijarros, desde los abetos hasta el musgo, y presto pudo entablar con él pequeñas conversaciones. Los primeros rayos de inteligencia naciente, los primeros destellos de amor filial que advirtió en él le produjeron un placer indecible, y para ella cada día fue más rico en goces maternos, pues brillaba para ella, en medio del invierno, la más hermosa primavera.

Al fin del invierno el niño estuvo gravemente enfermo, y en una temporada no pudo salir de la cueva; pero pasados los primeros días de la primavera, púsose otra vez bueno, y lucía tan bello como una rosa. Entonces Genoveva, en una hermosa mañana de primavera, le cogió de la mano y le sacó por primera vez fuera de la oscura caverna por el florido valle abajo. La magnificencia de la estación, que ya el niño contemplaba a la luz de su percepción, le hizo la impresión más viva. Enteramente atónito, se quedó parado y con los ojos muy abiertos miraba a todo.

—Mamá—exclamó—, ¿qué es esto? Ahora todo es muy diferente de antes; todo está mucho más bonito. Ya no está el valle blanco de nieve; ahora está de un hermoso verde, al contrario de los abetos, que están negros. Las matas y los árboles, que antes estaban secos y pelados, sin más que algunas hojas amarillas y secas, ahora están llenos de hojitas tiernas y verdecitas. ¡Qué gusto da y cómo calienta el sol ahora, y qué azul tan bonito tiene el cielo! Y mira el suelo: ¡qué cositas hay tan preciosas, tan chiquitas y limpias! ¡Mira, mira, qué dorado, azul y blanco más hermosos!

—Esas son flores, querido—le dijo Genoveva—. Mira cómo cojo algunas para ti. Esas son velloritas y caléndulas. Mira qué amarillo tan bonito tienen por dentro, y alrededor qué hojitas blancas con hermosas puntas de púrpura. Estas doradas son parietarias. Huélelas también. Ésta de aquí azul es una violeta, que también huele muy agradablemente. Tómalas todas, todas son tuyas, y además, coge cuantas quieras.

Y cogió tantas, que con sus manecitas no las podía abarcar.

Genoveva le condujo después al extremo del vallecillo, debajo de una verde enramada.

—Ahora, escucha—dijo—. ¿No oyes?

El niño escuchó por primera vez el canto de mil aves gorjeando y que, no turbadas allí por manos aviesas, anidaban en bandadas innumerables.

—¡Oh!—exclamó—Qué es lo que suena ahí tan bonito? En todos los árboles y matas suenan muchísimas vocécitas agradables por todas partes. Veamos qué es esto. Vamos.

Genoveva se sentó en un trozo de piedra musgosa a que daban sombra dos matitas, tomó el niño en su regazo y, según había solido hacer en el invierno y durante los primeros días de la primavera, roció sobre la piedra unas cuantas semillas de los frutos silvestres, y llamó los pájaros. Una multitud de avecillas acudió; el interesante petirrojo, el verdoso canario, el pardillo con su coronilla y pechera de magnífica púrpura, el jilguero variegado, todos afanosos picoteaban las semillas.

Cuentos de Calleja

—Mira—decía ella—. ¡Qué bien cantan estos pajarillos!
El niño estaba fuera de sí de contento.

—¡Oh, vosotros—decía él—, queridos y limpios animalitos, que tan lindamente cantáis; vosotros lo sabéis hacer mejor que los grajos que tan feamente solían graznar en el invierno, y sois también mucho más hermosos que ellos. Pero, dime, mamá, ¿cómo es que todo ahora está tan bello? ¿de dónde han venido todas estas cosas lindas? Porque tú no has podido componer nuestro vallecito tan magníficamente mientras yo estaba malo. Tú entonces casi siempre estabas conmigo en la cueva, y tampoco te entretenías en esto.

—Querido hijo—decía Genoveva—, ya te dije que tenemos un Padre muy bueno en el Cielo, el Dios amado, quien hizo el sol, la luna y las estrellas. Pues, mira, Éste ha hecho todas las cosas que nos pueden dar tanto regocijo.

—¡Ay, el amado buen Dios!—dijo el niño—¡Qué guapo y hábil es!

Genoveva se rió de aquella infantil sencillez.

—Bien—dijo para sí misma—; si te hubiera oído hablar de esa suerte cualquier niño mayor que tú, te habría llamado tonto y reídose de ti; pero sería porque olvidase que él mismo habló así alguna vez, y que solamente poco a poco, como a todos nos pasa, llegó al debido conocimiento.

A la mañana siguiente despertóse el niño temprano y dijo:

—Ea, mamá, levántate también y ven conmigo. Vamos a ver otra vez todo lo bonito que ha hecho el amado Dios.

Genoveva sonrió alegremente y lo condujo a un verde césped entre las rocas, donde el sol brillante calentaba bien y donde muchos días antes había visto algunas fresas. Efectivamente, había ya muchas maduras, más encarnadas que la grana

—¿Son flores también?—preguntó el niño

—No—respondió Genoveva—, que son fresas

Se hincó de rodillas, cogió algunas de las hermosas y dijo:

—Ea, abre la boca y gústalas por primera vez.

El niño se las comió; apretaba las manos contra su pecho y decía:

—¡Y qué buenas son! ¿Me dejas arrancar más?

—Bien—dijo Genoveva—, pero sólo aquellas que están muy bonitas y encarnadas.

Al momento alargó sus manecitas y empezó a arrancar y comer.

—¡Ah! ¡Qué bueno—dijo—es el amado Dios, que nos regala cosas tan buenas!

—Ahora—dijo Genoveva—dale también gracias.

El niño miró con ojos risueños al hermoso cielo azul, besó sus manecitas, tiró el beso al Cielo y exclamó tan recio como pudo:

Genoveva de Brabante

—Dios amado, te doy las gracias por las fresas.

Entonces preguntó él a su madre:

—¿Dios habrá oído también esto?

Genoveva le apretó contra su corazón y le dijo sonriendo:

—Bien, muy bien. Sin decir una palabra, Dios también lo hubiera oído. Dios ve, oye y lo sabe todo.

Desdichado quería ver todos los días cosas nuevas que hubiese hecho el Dios amado, y Genoveva le dijo:

—Pero tú debes ahora poner gran cuidado, repasar y contarme luego todo lo que has descubierto. Mira; allí mismo, a la sombra de esa elevada roca, en el lado más frío del vallecito, donde hace pocos días se deritió la nieve, hay unos abrojos negros y espinosos: son endrinas; ahora están con unas bolitas muy diminutas, verdes y blancas, que se llaman yemas de las flores. Vé allá. Al otro lado, por la parte menos fría del vallecito, hay arbustos con espinas muy chiquitas; llevan el nombre de escaramujos, y sus yemas son un poco larguitas. Allá, en lo alto del vallecito, mira qué par de árboles grandes: uno es un manguillo y el otro un peral silvestre. Contéplalos bien. Tú no verás otra cosa que ramitas, cuajadas todas, todas de yemas; ahora míralos bien todos los días, a ver lo que les pasa, y después cuéntamelo tú.

Aquella noche cayó una suave y templada lluvia de primavera, que hizo brotar hojas y flores. Desdichado vino saltando y lleno de gozo a decir:

—Mamá, las bolitas verdes de las endrinas están ya hechas unas florecitas limpias y blancas como la nieve; los demás espinos están llenos de hojitas verdecitas, y también los árboles están llenos de flores blancas y encarnadas. ¡Ay, qué gozo! ¡Qué bueno es Dios! Ven, ven y verás.

Genoveva fue allá.

—¿Lo ves? —le dijo—Y mira también los escaramujos cómo se cubren de hermosas flores encarnadas; pero todavía no están hechas. Mira el rojo de la yemecita, que no más empieza a asomar.

—Y el Dios amado, ¿en esta noche lo ha concluído todo?

—¡Oh, niño! —dijo Genoveva—Ningún trabajo le ha costado a Dios hacer eso; el Señor pudo todo en un abrir y cerrar de ojos, porque es Todopoderoso.

Pero el niño proseguía:

—¿Cómo puede Dios, con la oscuridad de la noche, hacer todo esto?

Genoveva le dijo que Dios veía tan perfectamente por el día como por la noche, y Desdichado quedó asombrado de esto. Una mañana vino Desdichado lleno de contento y saltando hasta su madre.

Cuentos de Calleja

—Mamá, he hallado otra cosa muy bonita. ¡Ah! Ven y verás lo que es.

Llevóla por la mano a unas endrinas y dijo:

—Allí dentro, mira, entre los espinos. ¿No lo ves?

—Hijo querido—respondió Genoveva—, es un nido de pájaros, un nido de pardillo. Así como nosotros tenemos una cueva, también las aves tienen sus nidos. Mira allá dentro el pájaro. ¡Qué alegre nos está mirando! Ahora se echa a volar; mira el nido solo; pero no te pinches con las espinas. Mira, por fuera está formado con hebras de hierbas secas y desblanquecidas, y por dentro está primorosamente hecho con pelusa suave. Regístralo bien por dentro—decía ella, levantando al niño en brazos.

—¡Ah, qué hermoso!—decía él—Pero, ¿qué son aquellas cinco cositas que están allí tan lindas?

—Son los huevecitos—contestó Genoveva—; mira qué color verde bajo tienen tan bello y qué rayitas encarnadas tan hermosas.

—¿Y qué hace el pájaro con los huevecitos?—preguntó el niño.

—Ya lo verás; ven todos los días a mirar no más, con tiento y cariño, sin tocarlos jamás.

A los dos días se empeñó Desdichado en llevar otra vez de la mano a su madre al nido; en lugar de los huevecitos había ya pajarillos.

—¡Oh, mira!—decía Genoveva—Mira qué tiernos y chiquititos están. Repara en que todavía están ciegos y aun no tienen plumas; todavía no pueden volar, ni siquiera saltar fuera del nido.

—¡Ah! Los graciosos loquillos, chiquillos, pobrecitos desnudos—decía el niño—. Pero ¿y no se morirán de frío y hambre?

—No, querido hijo—le respondió Genoveva—. El Dios amado ya cuida de eso. El nido por dentro es blando y cubierto de pelusa tierna, sobre la cual están ellos cómodos y calientes. Ya es redondo para que no puedan topar, ni hacerse daño por ninguna parte. Todo este bonito nido lo han hecho los padres mismos. ¿No es verdad que está muy primoroso? Nosotros, querido hijo, no seríamos capaces de hacerlo. El buen Dios ha enseñado a los pájaros grandes el tierno cariño con que cuidan a los pájaros chiquitos. Mira cómo las hojitas verdes y redondas del rededor de los espinos les hacen sombra agradable ahora, mientras el sol enardece, y también los defienden de la humedad si llueve. Por la noche, mañana y tarde, no más que haga un poco de frío, acude allí el padre, y con las alas extendidas se pone cuidadoso encima de ellos, a fin de que estén tapados con aquel abrigo y no tengan frío. Repara también cómo alrededor está todo cercado de fuertes espinos, y si no, los malos cuervos se comerían los pajaritos. Las puntas de las espinas los desvían del nido, y pinchan a los que quieren hacer algún mal a los pajaritos; y los

pajaritos padres, como son muy chicos, se escurren muy ligeros al través de las espinas, sin hacerse daño ninguno. Mira cómo en todas las cosas, hasta en los espinos, se echa de ver el cariño y tiernos cuidados paternos de Dios.

Mientras Genoveva hablaba de esta suerte, vino allí volando a la orilla del nido la madre de los pajarillos, y todos piando alargaban para arriba las cabecitas, abrían tamiñas boquitas, y la madre les daba de comer. Desdichado estaba todo absorto.

—¡Oh! ¡Qué bonito!—exclamaba—¡Qué precioso es esto!

Y brincaba de júbilo.

—Mira—decía Genoveva—cómo, no pudiendo todavía los animalitos salir en busca de comida, la madre se la trae. Las semillas serían todavía demasiado duras para ellos, y la madre se las parte primero con el pico, las traga para que se ablanden antes en su buche, y luego se las da. ¿No lo ha ordenado esto muy bien el Señor? Mira cuán amorosamente cuida Dios de todas sus criaturas, y hasta de los más pequeños pajarillos; con igual cariño cuida también de nosotros... Sí, querido hijo—continuó—, hasta ahora el Señor ha cuidado de ti y seguirá haciéndolo en adelante.

—Sí, sí—dijo el niño—; el buen Dios, el Dios amado, ha cuidado de mí, y Él me ha dado a ti, querida mamá. Tú también me amas mucho, más que la pájara ésta a sus hijuelos. Sin ti yo me hubiera muerto hace tiempo.

De esta suerte hablaba y echábase al cuello de su madre.

Desdichado tuvo para cada día algo nuevo que referir a su madre, mostrándoselo o trayéndoselo. Como ella se ocupaba solamente con él, no teniendo tampoco la criatura ningún camarada que lo pervirtiera ni juegos pueriles que lo distrajesen, desarrollábase más y más su inteligencia. Amaba sobre todo a su madre, y cualquiera belleza de las obras de Dios hacía en su corazón inocente la más honda mella. Todas las mañanas traía a su madre las flores más hermosas, y llenos de las maduras fresas los lindos cestitos que ella le había entretejido con juncos. Otras veces, en lugar de fresas, venía con frutos de arándano, y más tarde, con frambuesas y zarzamoras. Adornó la tosca cueva con caracoles del más vistoso rayado y conchas lustrosas, con musgos raros y tiras brillantes, dándole así un aspecto muy agradable y gracioso. Diariamente contaba a su madre cómo se iban haciendo más grandes los pequeños y verdes pajaritos que había entre las flores de las endrinas, al paso que iban creciendo las bolitas verdes y redondas de los agavanzos, y cómo iban también los pajaritos echando plumas al mismo tiempo que se hacían mayores, hasta que al fin las endrinas relucían todas con los más negros frutos, los agavanzos estaban cua-



Todas las mañanas llevaba a su madre las flores más hermosas...

jados de escaramujos encarnados como una escarlata, y todos los pájaros se habían ido volando.

La primera vez que vio el hermoso y claro lucero del alba, cuando por entre los opacos y negros abetos reparó una vez en los arreboles de la tarde, que eran más raros y resplandecientes, con más hermosura de la común, y al primer arco iris que vio, vino corriendo y lleno de gozo a contarle a su madre, quien, pasmada de tales espectáculos, le hacía dar gracias juntamente con ella a Dios, por haber hecho cosas tan magníficas. Por este orden el niño proporcionaba a su madre mil contentos. Genoveva, observando el regocijo del niño, solía elevar al Cielo sus ojos, arrasados en lágrimas de alegría, y decía:

—¡Oh, Dios, y cómo puede un corazón inocente hasta en el desierto hallar un paraíso!!

La solícita madre no se olvidó tampoco de precaver al niño de los venenos que, rodeados de una terrible hermosura, había en el desierto. Le mostró las negras y lustrosas cerezas de la belladona, las encarnadas y brillantes bayas de la hierba mora, el fruto verde oscuro del estramonio, las raíces lechosas de la cicuta y las setas muy bermejas, salpicadas con manchas como perlas.

—Por Dios, no las comas—le dijo—; ni tampoco has de comer de ninguna otra cosa sin que primero me la enseñes; si no, te pondrás malo, muy malo.

Igualmente la buena y entendida madre le precavió cuidadosamente sobre la desobediencia, el empueramiento, las golosinas y otros defectos de los niños.

—Esas faltas—decía ella—son todavía mucho peores que los venenos de las plantas. ¡Ah! El pecado suele ser como estas engañosas cerezas encarnadas, que a la vista se presentan hermosas y atractivas; pero, en lugar de hacer provecho, dan la muerte. Sí, lo malo a veces es bonito, y a los ojos gusta más que lo bueno, como la seta venenosa, que en la hermosura de los colores vale mucho más que la seta de color pardo sencillo, inocente y de buen comer.

CAPÍTULO XI

GENOVEVA OBTIENE POR MEDIO DE UN LOBO UN VESTIDO DE ABRIGO

Entre muchos inocentes goces pasaron Genoveva y su hijo la primavera y el estío. Llegó el otoño, y el sol, además de tener poca fuerza, salía más tarde y se ponía más temprano; el puro y azul cielo estaba casi siempre oscurecido por las nubes sombrías y negruzcas; la tierra no producía nada de nuevo; las aves habían enmudecido en su dulce canto, y las más de ellas emigrado a otras regiones. Todas las flores habían quedado marchitas y secas, el follaje de árbo-

les y matas se volvía amarillo y dorado, y el que no había caído era estremecido y derribado por los fríos y deshechos vientos. Con el corazón oprimido por los cuidados del invierno, sentóse Genoveva en la entrada de la cueva y con ojos lagrimosos miraba en rededor a todo el desierto. Entonces dijo Desdichado:

—Mamá, ¿no nos ama ya Dios y todo nos lo quita, o se muere el mundo?

—No, no, querido hijo mío —respondió Genoveva—; mientras seamos piadosos y buenos, Dios siempre nos querrá: solamente que aquí en la tierra todo es mudable y pasajero; pero el buen Dios para con nosotros es siempre inmutable y eterno. Ahora no hay más sino que llega el invierno; pero tras el invierno siempre viene otra vez la hermosa primavera, y así es todos los años. Por lo mismo, pues, que se acerca el invierno, alégrate para la primavera.

Genoveva se ocupaba por entonces todo el día en juntar para el invierno maguillos y peras silvestres, endrinas y escaramujos, hayucos y avellanas y cuantos frutos encontraba de provecho. También escarbaba la tierra para sacar raíces en gran número, a cuyo trabajo le ayudaba eficazmente Desdichado. Ya desde mucho antes había pensado en guardar heno para la cierva. Más cuidado que el alimento le daba el vestido para el invierno. Su vestido único, que ya de algunos años día y noche llevaba encima, estaba enteramente inservible y destrozado. Llorando sentóse a la entrada de la cueva, y procuraba componer y pegar unos en otros, por medio de hebras fuertes de vegetales y agujones de espinos, los guñapos sueltos de su vestido, pero ya no podían sostenerse.

—¡Ah! —suspiró ella quedito para sí misma— ¡Cuánto daría yo ahora por una aguja y algunos pedazos de lienzo! ¡De cuántos beneficios disfrutan los hombres reunidos en sociedad, sin ocurrirles en la vida una vez dar a Dios gracias por ello!

Desdichado advirtió el silencioso pesar de su madre y le dijo:

—Mamá, ¿te acuerdas de lo que dijiste cuando yo te preguntaba por qué se le caían los pelos a nuestra cierva? Tú decías: Dios le regala cada estío un vestido rojo prieto, más fino y ligero, y luego en invierno otro nuevo, pardusco y más caliente. Conque así, alégrate: Dios también de seguro te regalará uno. A mí me parece que el Señor tendrá para ti más estimación que para la cierva.

Genoveva, sonriendo, abrazó al niño y dijo:

—Tú tienes razón, caro hijo; yo estaré tranquila; Dios cuidará de nosotros. El que viste a los animales y flores también me vestirá.

Al cabo de dos días mandó al niño que no se apartara de la cueva, tomó por bastón un fuerte garrote, se colgó al lado una calabaza con leche y salió alrededor del desierto para buscar todavía más árboles

cuyos frutos fuesen de provecho. En la pendiente de una elevada montaña que se proponía trepar, sentóse para reposar. En aquel momento venía por la cuesta abajo un espantoso lobo trayendo una oveja en la boca. Quedóse parado, mirando a Genoveva con ojos furiosos y centellantes. Genoveva temblaba de espanto; mas prontamente se recobró, empuñó el garrote que llevaba consigo, se abalanzó sobre el lobo, y con todas sus fuerzas le sacudió un palo en la cabeza para salvar de su boca al pobre animal. El lobo soltó la oveja, atontado dio una vuelta, cayendo algunos pasos más allá rodando por la montaña abajo, echando a huir y poniéndose luego a dar aullidos mientras se iba alejando. Genoveva se echó de rodillas en tierra junto a la oveja, le vertió en la boca un poco de leche de su calabaza y trató de restituir el animal a la vida, pero en balde, porque estaba muerto.

La vista del pobre animalito excitó en el corazón de Genoveva muchos pesarosos sentimientos.

—¡Oh, buen animal! —decía ella— Tú también has sido sacado de aquel dichoso país en que yo tengo casa. Nada más he visto ni he oído de él en mucho tiempo. ¡Ojalá tú vivieses! ¡Cómo te cuidaría yo y daría de comer! Cómo se regocijaría contigo mi Desdichado! Quizás seas tú de los muchos ganados de mi esposo y de los míos. ¡Oh, Dios! —dijo, lanzando un grito— Sin duda perteneces a ellos, pues llevas la marca nuestra. ¡Ay! Si tú estuvieses vivo todavía y entendieras la lengua humana, yo te preguntaría: ¿Ha vuelto de la guerra mi esposo? ¿Se acuerda todavía de su Genoveva? ¿Está indignado de mí, o me reconoce por inocente? ¡Ah! Él nada en la abundancia y yo aquí falezco de penuria y miseria.

Moderóse repentinamente, y asaltado su espíritu con otros recuerdos empezó a discurrir diversamente:

—Yo ya debo recobrar mi cara patria; de otra suerte no vendría hasta aquí este animal. ¿Qué sucedería si yo con mi niño volviese allá?

El más ardiente deseo de regresar a la patria se agitó en su corazón, y lágrimas copiosas corrían por sus mejillas. Largo rato estuvo meditando, y por fin dijo:

—No; yo más bien quedaré aquí, pues me liga un solemne juramento. Fácilmente pudiera alegar que me fue arrancado en las ansias de la muerte; pero no sería justo quebrantarlo, y ¿quién sabe si tal vez este temerario intento costaría la vida a los dos hombres que me la regalaron? No, jamás; yo permaneceré aquí hasta que Dios disponga. Si quiere sacarme de este desierto, ya encaminará algún día hasta mí los pasos de un hombre compasivo. Mejor es también sufrir cualquier desgracia que dañarse la conciencia.

Buscó entonces en el arroyuelo que se desprendía del monte una

pequeña laja de filo, y con ella degolló la gorda y lanuda piel de la oveja. En seguida lavóla en la cristalina corriente para quitarle el polvo y sangre, púsola a secar al sol y luego se vistió con ella. En esta conformidad pudo volver, aunque tarde y casi de noche, otra vez a la cueva del vallecito.

Desdichado, desde muy lejos, le salió al encuentro, viniendo hasta ella saltando y exclamando:

—¡Ay, mamá, que ya estás aquí! Me has hecho pasar mucho cuidado por ti. ¿Dónde has estado tanto tiempo?

Mas de repente se quedó parado y sobrecogido. La zalea, con motivo de la escasa claridad del crepúsculo, hizo que ya no conociese a su madre, y retrocedió apresuradamente para esconderse en la cueva. Pero cuando él oyó la dulce voz de su madre que le decía:

—No tengas miedo, querido hijo; soy yo.

Volvió a salir y exclamó:

—Gracias a Dios que en verdad eres tú. ¡Oh, qué gozo! Pero dime, ¿qué es lo que traes? Tú ahora vienes a estar vestida como yo. ¿Cómo has hecho para tener ese vestido?

—El Dios amado me ha hecho este regalo—dijo Genoveva.

—¿Ves cómo ha salido lo que yo te decía—exclamó entonces el niño, saltando de alegría—: que Dios te regalaría un vestido nuevo y caliente para el invierno?

El lo palpaba y decía:

—¡Qué hermoso, qué blanco y espeso es, qué blanco tan bonito. Es lo mismo de suave, espeso y blanco que las nubecillas de primavera. Sí, sí, ya se conoce que es don del Cielo.

Ambos entraron en la cueva. Desdichado trajo a su madre una media calabaza llena de leche y una cestita de frutos, y Genoveva le contó cómo se había hecho con el vestido de lana.

El crudo invierno encerró nuevamente a Genoveva y a Desdichado dentro de la caverna. Sólo en ciertos días templados salían un poco alrededor del vallecito.

—Mira, querido hijo—decía entonces Genoveva—, también debemos contemplar en el invierno la benevolencia de Dios. ¡Qué claro, limpio y blanco está todo ahora! Todos los árboles y plantas están ahora mucho más brillantes que si estuvieran cuajados de flores. Mira allí donde el sol pega cómo brilla la nieve con tan pasmoso encarnado y azul, y cómo parece salpicada de chispas resplandecientes. Aunque todos los árboles están despojados, Dios deja, sin embargo, a los siempre verdes abetos sus hojuelas como agujas, para que debajo de éstas hallen refugio los animales de las selvas. Los toscos enebros dan en invierno también bayas azules frescas, a fin de que las aves hallen en ellas su alimento. Nuestros manantiales jamás se hielan,

para que muchos animales puedan beber en ellos y sustentarse con las hierbas que siempre nacen y se mantienen frescas a su alrededor. Así también durante la cruel estación Dios cuida de sus criaturas, mostrándose igualmente bondadoso.

Cuando hacía alguna tempestad o mucho viento, los lebratos se hacían tan mansos que comían el heno seco en la mano del niño, y los cervatillos llegaron a tener tal confianza en él, que le dejaban jugar con ellos y triscaban juntos por el desierto.

De esta suerte, Genoveva tuvo muchos contentos en aquel invierno; pero también pasó muchas penas. Desdichado dormía profundamente, y en toda la noche ni una sola vez despertaba. Sola y despierta había de pasar muchas horas en la lóbrega cueva.

—¡Ah!—solía suspirar—Si yo tuviese ahora no más que una lamparilla, alumbraría gozosamente esta oscura cueva. ¡Qué beneficio de Dios sería éste! Y si además tuviera un buen libro o lino y rueca, ¡qué dichosamente me ocuparía! Las más ínfimas criadas y la más pobre zagala de mi condado lo pasan mejor que yo. Ellas a estas horas se sientan a hilar junto a su lamparilla en cuartos abrigados, y entre alegres conversaciones se les pasan las veladas.

Luego convertía otra vez su corazón hacia Dios y decía:

—¡Oh Dios amado! Sin Ti yo nadie tendría con quien poder hablar, y sin Ti en esta cueva tiempo ha que yo habría sucumbido de tedio y desconsuelo, pues en cualquiera condición de la vida nos reservas siempre el más abundante consuelo.

CAPÍTULO XII

GENOVEVA CAE ENFERMA EN EL DESIERTO

Del mismo modo que los transcurridos veranos e inviernos pasó Genoveva con su hijo otros varios en el desierto, hallándose ya en el séptimo. Los anteriores inviernos no habían sido excesivamente fríos; pero al que hizo siete de su morada en el desierto hubo un frío espantoso. Una horrorosa cantidad de nieve cubrió la montaña y valle, y bajo su peso troncháronse las más fuertes ramas de encinas y hayas. Así, por más que la buena Genoveva resguardaba la entrada de la cueva de las penetrantes nieves, los fríos vientos furiosos y deshechos siempre metían mucha; y por más que procuró librarse del hielo, envolviéndose con abundante musgo en la yacija, la nieve caló y enfrió todo el musgo. La entrada de la cueva y el emparrado de las ramas de abetos estaban siempre blancos de escarcha, y las paredes de la caverna se hallaban tapizadas de hielo como carámbanos. El calor natural de la fiel cierva no era ya capaz de mitigar el terrible frío de aquel paisaje. Las zorras aullaban con la helada, y de noche resonaba pavorosamente por el desierto el aullido de los lobos. Genoveva en noches

enteras no pegaba los ojos con el gran frío y le hacía temblar frecuentemente el temor de ser despedazada con su hijo por los lobos. Desdichado, que desde la niñez había sido acostumbrado a los manjares bastos y a un género de vida dura, se halló bien, a pesar del frío; pero Genoveva, la tierna princesa, que había sido criada en aposentos cuyo piso estaba cubierto de alfombras, no podía habitar por más tiempo bajo la fría bóveda de aquellos peñascos.

—¡Oh!—decía llorando, y mientras sus propias lágrimas al caer se helaban—Una sola brasa, ¡qué presente del cielo sería para mí! Pero yo en medio de la leña me habré de helar. Pues, Señor, hágase tu voluntad.

Su amable e interesante rostro se había mudado; el suave y débil bermejo de sus mejillas estaba marchito y pálidas éstas como después de la muerte; sus ojos amorosos habían perdido su brillo y hundídose en las cuencas: estaba muy flaca y hecha un conjunto de lástimas.

—¡Ah, querida madre!—dijo Desdichado con los ojos anegados en llanto—¿Qué pareces ahora? Casi no te conozco. ¡Oh Dios! ¿Qué es eso?

—Hijo querido—dijo Genoveva—, yo estoy muy mala; seguramente me moriré.

—¿Morirte?—dijo el niño—¿Y qué viene a ser eso? Porque yo aun no había oído en mi vida decir nada semejante.

—Yo me dormiré—dijo Genoveva con voz muy débil—y nunca más me despertaré. Este cuerpo se quedará frío y tieso, tendido en el suelo, y ni un dedo podré ya mover otra vez. Al fin se corromperá enteramente y se volverá tierra.

En esto echóse al cuello de ella, llorando descompasadamente y repitiendo sin cesar estas palabras:

—Madre, madre, no te mueras todavía. Yo te ruego que no te mueras.

Genoveva decía:

—No llores, carísimo hijo; no está en mí el que yo me muera o no; es Dios quien por fin lo quiere así.

—¿Dios?—exclamó admirado el niño—Pero tú siempre me has dicho que Dios era muy bueno. ¿Cómo puede consentir que suceda esto? Mira, yo no sería capaz de matar un pajarito, mucho menos a tí.

Genoveva respondió:

—Tienes razón, amado hijo. Tú a mí no me podrías dejar perecer ni matarme, y mucho menos lo podría Dios; pero el Señor, que vive eternamente, nos da también una vida eterna. Debo aún explicarte esto. ¿Te acuerdas, querido hijo, cómo yo me desnudé de mi vestido viejo y lo arrojé, porque ya de nada me servía, y Dios me regaló otro mejor? Pues así yo también me despojaré de este cuerpo y lo

abandonaré. Le pasará como aquel vestido viejo; pero yo me voy con Dios, nuestro caro Padre del Cielo, quien me vestirá luego también con otro cuerpo más hermoso y magnífico, en lugar de éste que ahora tengo. ¡Oh! Allí en el cielo estaré bien; no temblaré de frío, ni volveré a caer enferma, ni a llorar ni suspirar jamás en toda la eternidad, y en vez de penas tendré gran contento. Así como la primavera es más bella que el invierno, el Cielo es más hermoso que la tierra; y todavía la amenísima y templada primavera es sólo una cruel y lóbrega noche en comparación de la hermosura y serenidad del Cielo. Todos los que son buenos y piadosos suben allí algún día.

—Madre—decía Desdichado—, yo quiero ir contigo; no me puedo quedar solo entre estos fieros animales, que nunca me responden si les hablo. Yo también me moriré, y soltaré este vestido de carne.

—No, querido hijo—decía Genoveva—; tú debes permanecer todavía en la tierra. Tú, si vives religiosamente, vendrás algún día sin falta conmigo al Cielo, porque algún día morirás también infaliblemente. Mas ahora escucha lo que aun tengo que decirte. Si yo dejo de hablar, si el aliento se me para, si mis ojos se quedan sin lustre, mis manos tías y frías, estate aquí todavía tres días más. Al cabo de ellos, cuando tú estés cierto de que yo estoy muerta, vete al desierto, andando siempre hacia donde sale el sol ahora. Después de caminar un día o dos, verás una gran llanura muy hermosa, donde habitan muchos miles de hombres.

—¿Muchos miles de hombres?—exclamó Desdichado, lleno de asombro—Yo siempre creí que éramos nosotros dos solos en el mundo. ¿Y por qué no me lo habías dicho tú antes? ¡Ah! Si no te tuvieses que marchar nos iríamos luego allá.

—¡Oh, hijo mío!—dijo Genoveva—Esos mismos hombres nos han echado a vivir en este desierto. Nos quieren matar a mí y a ti.

—Pues entonces no deseo irme con ellos—dijo el niño—. Yo había pensado, mamá, que serían tan buenos como tú. Pero estos hombres, ¿no han de morir también?

—Indudablemente—dijo Genoveva—; todos los hombres han de morir.

—¡Ah! No sabrán eso, como tampoco yo lo sabía hasta ahora—dijo el niño—. Yo ahora los llamaré y les diré: Todos vosotros habéis de morir; sed buenos, porque si no, no iréis al Cielo. Y ellos seguramente me creerán.

—¡Oh, niño!—dijo Genoveva—Ellos desde mucho tiempo saben eso, y, sin embargo, no se hacen mejores. Viven en la abundancia; la tierra les produce los más hermosos frutos, como los cuales ninguno se ve aquí en el desierto. Tienen mejores comidas y bebidas; llevan vestidos de todos los colores de las flores, y los principales suelen

poner en los vestidos cosas tan preciosas, que relumbran lo mismo que las estrellas. Sus viviendas son tan magníficas que yo no te las puedo pintar. También tienen para el invierno en sus habitaciones una cosa lo mismo que el sol, de modo que allí nunca hace frío, y de noche saben poner sus viviendas casi tan claras como por el día. Pero la mayor parte de ellos ni una vez dan las gracias a Dios por estos beneficios, ni gustan de pensar nunca en el Señor; se odian, mortifican y atormentan unos a otros, a veces con cuanta maldad pueden. Casi todos los días mueren algunos, desapareciendo de entre ellos; pero absolutamente ningún cuidado da esto a los demás, quienes siguen viviendo como si eternamente hubiesen de estar en la tierra.

—Ahora —dijo Desdichado— deseo todavía menos ir con ellos, pues los hombres son tan malos como el lobo y más bárbaros que nuestra cierva, la cual nada entiende de cuanto hablamos. Yo no apetezco los manjares de esos hombres, y prefiero comer entre los animales. Estos, exceptuando el perverso lobo solitario, viven contentos unos con otros, y tranquilos se sustentan de la hierba y de las plantas. Me quedo con los animales y no voy con los hombres.

—No obstante, querido niño, tú debes ir con ellos—dijo Genoveva—. A ti no te harán mal; pero escucha. Yo, hasta ahora, no te había hablado más que de tu Padre del Cielo; pero también debo decirte que tienes un padre en la tierra, lo mismo que una madre.

—¡En la tierra—dijo gozoso el niño—, un padre a quien yo pueda ver como a ti, y tomarle la mano como a ti, y que no es invisible como el Padre del Cielo?

—Sí, querido niño—dijo la madre—; tú le verás y hablarás con él.

—¿Verle y hablar con él?—exclamó el niño, y sus ojos se avivaban de contento—Pero—continuó muy pensativo—¿cómo es que no viene aquí, y por qué nos deja tan solos en este desierto? ¿Será él también quizá uno de esos hombres malos?

—No, querido hijo—repuso Genoveva—. Es un hombre más bueno. Él ignora que estamos aquí en este desierto, y ni siquiera sabe que vivamos. Piensa que a los dos nos mataron, y se figura que yo era la madre más mala que darse podía en el mundo. Los hombres le engañaron con esa mentira.

—¿Qué es eso de mentira?—interrumpió el niño—Yo no lo entiendo.

—Mentir—dijo la madre—es decir una cosa diferente de lo que se piensa. Los hombres se dicen unos a otros, por ejemplo, que se tienen mucha estimación, y, sin embargo, no pueden verse unos a otros. Esto se llama una mentira.

—¿Y eso pasa así?—dijo el niño—A mí nunca me hubiera gus-

tado. ¡Oh, hombres; oh, hombres!—exclamaba meneando la cabeza—Sois, pues, unas criaturas muy raras.

—Pues de esta suerte—dijo Genoveva—ha sido engañado tu padre.

Entonces refirió de su historia al niño lo que podía entender, y después continuó:

—Mira este anillo de oro que tengo en mi dedo; tu padre me lo dio.

—¿Es de mi padre?—exclamó el niño, rebotando de júbilo—¡Ah! Déjame contemplar bien este anillo. De mi Padre del Cielo, ya he visto yo muchas cosas: el sol, la luna, las estrellas y flores; pero de mi padre de la tierra, en mi vida había visto nada.

Genoveva se sacó el anillo del dedo y lo dio al niño.

—¡Ay, qué hermoso es!—dijo Desdichado—Si mi padre tiene muchas cosas bonitas como ésta, ¿me regalará también alguna?

—Bien, querido hijo—respondió Genoveva, y púsose otra vez el anillo—. Si yo me muriese, sácame este anillo del dedo; pero antes no quiero dejarlo, sino hasta morir conservarlo puesto, así como yo he guardado a tu padre hasta morir amor y fidelidad. ¡Oh! Ciertamente mi amor para con él ha sido puro como el oro de este anillo, y mi fidelidad eterna como la redondez del mismo anillo, que por no tener fin es imagen de la eternidad. Cuando tú después vayas con los hombres, pregunta por el conde Sigfredo, que así se llama tu padre. Ruega a los hombres que te conduzcan a él; pero a nadie digas quién eres tú, de dónde vienes, ni para qué quieres al Conde. Tampoco dejes ver a ninguno el anillo. Cuando tú te presentes delante del Conde, tu padre, dale el anillo y dile: «Padre, este anillo te envía mi madre en prueba de que yo soy tu hijo. Ha muerto hace pocos días; te saluda, sin embargo, una vez más, y te dice, por mi medio, que ella fue inocente y que te perdona. En el cielo espera verte otra vez, no habiendo podido ser nunca más en este mundo. Vivirás santamente, te consolarás, no llorarás por ella y cuidarás de mí.» No te olvides, caro hijo, en esencial, de que yo era inocente, y le fui leal, que yo te declaré esto estando a la muerte, y que en seguida yo fallecí. Pero esto lo has de decir con toda certeza. Dile también que a la hora de la muerte todavía le amaba, como te amo a ti. Cuéntale después cómo he vivido yo aquí y muerto. Yo le suplico también que mande sacar mi cadáver de esta cueva y enterrarlo en el panteón de mis mayores, pues yo no he sido indigna de ellos, aunque los hombres me hayan tenido por una pecadora e infame. Y aun tengo para decirte una cosa que tú no sabes. Así como tú tienes en la tierra un padre y una madre, yo también los tengo. ¡Ay, Dios! Yo no sé si habrán podido sobrevivir al dolor que inocentemente les causé. Pero si todavía están con vida, ruega a tu padre que te lleve inmediatamente a ellos. ¡Oh! Tendrán

un gran gozo si te ven a ti, y con tal gozo olvidarán las penas de estos siete años pasados. Luego, ¡ah!—iba a continuar cuando la interrumpió un torrente de lágrimas—¡ah! Tú, mi buen padre, tú ciertamente te has enternecido mucho por mí. Y tú, mi cara madre, seguramente has llorado mucho por tu Genoveva. ¡Ah, mis amados padres! ¡Cuánto desearía ver vuestro semblante una sola vez antes de morir! ¡Ah! Vosotros, sin duda, os consumirías por verme también una sola vez si supieseis que yo vivo todavía. Mas ¡ah!, vosotros creéis que mi cadáver ya desde mucho tiempo se ha corrompido en cualquier paraje abandonado del desierto. ¡Oh! ¡Qué venturosa es la esperanza de veros otra vez en la Gloria! Sin este consuelo, los pesares de la tierra serían demasidado graves y por fuerza nos desesperaríamos nosotros, pobres criaturas humanas. ¿Lloras tú, caro niño? Perdona que te haya oprimido así el corazón. Atiende: aunque tú ahora pierdas a tu madre, también Dios en lugar de mí te regalará un buen padre. No llores por eso, hijo querido; ciertamente tu padre te profesará mucho amor, te besará, te tomará en brazos, te pondrá sobre las rodillas, te apretará contra su corazón, te llamará hijo suyo, se preguntará mucho por mí, por mis sufrimientos y goces, cuando vea en ti a su caro niño.

Genoveva de llanto no pudo hablar más, y agotadas todas sus fuerzas cayó en su yacija de musgo, y de tan débil le fue imposible en mucho tiempo expresar ninguna palabra.

CAPÍTULO XIII

GENOVEVA SE PREPARA A LA MUERTE

Cedió el espantoso frío del invierno; empezó a soplar un airecillo templado y benigno; apareció el sol de mediodía otra vez claro y agradable dentro de la cueva, y sus graciosos rayos daban ya bastante calor. Las escarchas de su entrada y los hielos de las paredes interiores se iban deritiendo y caían a gotas gordas. Pero la enfermedad de Genoveva empeoraba cada día, y ante su vista no se ofrecía más que una cercana muerte. Bajó la cruz a su lecho y se dispuso a morir.

—¡Ah!—decía—En mi agonía estoy privada del consuelo de ver un sacerdote que con sus palabras me anime y me dispense la gracia de la Eucaristía, para fortificarme en el largo viaje a la eternidad; pero Tú, Señor, eterno y altísimo sacerdote, aquí también estás conmigo; Tú estás íntimamente unido con todos los que poseen un alma combatida y sumisa. Tú te dignas visitar y consolar a todo corazón humano que padece y suspira por Ti. Tú mismo dijiste: «Yo llego delante de la puerta y llamo. Así cualquiera podrá oír mi voz, y abriéndome la puerta yo entraré en su casa, pasaré la noche con él y él la pasará conmigo.»

Genoveva de Brabante

De esta suerte habló y después oró largo rato en silencio con las manos fuertemente cruzadas y los ojos hundidos.

Desdichado pasaba constantemente todo el día y las largas noches del invierno, sin luz, sentado junto a ella, y el buen niño nada apetecía de comer ni de beber. Él la cuidó con el más fervoroso amor. Tomaba entre sus manecitas puñados de musgo, y hasta donde alcanzaban sus bracitos enjugaba las húmedas paredes de la cueva, a fin de que el agua no gotease sobre su madre enferma. Recogía de los peñascos y árboles de alrededor el musgo seco para disponerle una mejor yacija en lugar de la mojada. Ora traía de la fuente una media calabaza llena de agua fresca, y decía a su madre:

—¿No querías beber, mamá? Tienes mucho ardor y los labios enteramente secos.

Ora le presentaba una calabaza llena de excelente leche, y le decía:

—Bébetela, querida mamá. Está muy buena y la acabo de ordeñar.

Después echábase llorando al cuello de su madre, y sollozando le decía:

—¡Ay, madre, madre querida, si yo pudiera estar malo o morir por tí!

Una mañana, después de dos horas de tranquilo y dulce sueño, despertó Genoveva mucho más acalorada y fuerte. Durmiendo se le había caído la crucecita de madera que siempre tenía en la mano; la buscaba, y Desdichado, que al punto advirtió lo que ella quería, se la puso nuevamente en la mano.

—Pero, querida mamá—dijo él entonces—, ¿qué haces tú con esos palos siempre en la mano?

—Querido hijo—respondió—, yo creí vivir más tiempo, y por eso no te había dicho antes lo que es esto; pero ahora conozco que no se debe retardar lo bueno. Ya te había contado que el Padre del Cielo tiene un Hijo que es igual a Él en todo: pero aun no había podido repetirte todo cuanto ha hecho por nosotros. Nada absolutamente de eso hubieras entendido, porque tú, hasta ahora, has crecido en el desierto, alejado de todo el mundo. Una vez que ahora ya sabes que hay más hombres en la tierra y cómo se ocupan estos hombres; puesto que tú ya me has oído y aun tú mismo, en parte, puedes conocer que yo me voy a morir, procuraré explicarte lo más notable de la historia del Hijo de Dios. Entonces comprenderás también qué significación tiene esta madera que guardo aquí entre mis manos. Escucha, pues, atento lo que te referiré, y conserva bien en la memoria las palabras de tu madre: Sabe que el amado Padre del Cielo se dolía de que los hombres fueran tan perversos, haciéndose por esto mismo tan desdichados, que después de morir no los podía dejar entrar en el Cielo. Entonces envió a los hombres a su querido Hijo, que bajó

del Cielo a la tierra, y debía ser admitido entre aquéllos a fin de poderlos mejorar. Su santo nombre es Jesucristo. Este su querido Hijo era tan poderoso y amabilísimo como el Padre. Siendo el Hijo niño todavía, y aun más pequeño que tú, estuvo también con su querida Madre en cierta cueva, que era, como ésta, habitación de bestias. Luego que se hizo grande, vivió también algún tiempo en un desierto, mucho más espantoso que éste. Continuamente oraba para que no fuese en vano cuanto quería decir a los hombres y hacer por su salud. Entonces fue a los hombres, y les contó que el Padre del Cielo lo había enviado a ellos; que el Padre del Cielo era muy bueno y lo quería mucho; que todos los hombres eran hijos de este buen Padre, y que, por tanto, ellos se hiciesen buenos y amasen mucho a este buen Padre, y ellos se amasen unos a otros. Quien oiga, les decía, al Hijo y se haga mejor, vendrá un día también al Cielo, y allí tendrá muchos goces. Pero el que no le oiga ni le siga, nunca entrará en el Cielo, sino que irá a un lugar muy espantoso. Mas los hombres no quisieron creer al Hijo que él fuese Hijo del Padre del Cielo, ni que el Padre del Cielo se le hubiese enviado, a pesar de que les mostró a la vista que él era tan poderoso como su Padre. Una madre como yo, pero algo mayor, estaba en cierta ocasión así, tan enferma, y tenía una calentura tan mala como la mía. Nadie había capaz de aliviarla. Pero Jesucristo le tomó la mano, como yo ahora te cojo la tuya, y al momento se quedó buena, y se puso tan bella y encarnada como antes. Otra vez, había muerto un hijo, algo mayor que tú, y era el único de su madre, como tú eres el único mío. Ya puedes figurarte cómo iría la madre llorando a Jesucristo. Pero el Hijo de Dios dijo cariñosamente a la madre: «No llores», y al cuerpo del muerto: «Levántate», y al punto revivió y se levantó. El Hijo de Dios lo condujo a su madre, y ésta se alegró indeciblemente. Pero los hombres ni así creían tampoco que fuera el Hijo de Dios, ni que el Padre del Cielo lo hubiese enviado al mundo. No podían sufrir que continuamente les dijese que eran malos y que debían hacerse buenos. Entonces juntaron unos grandes maderos en la misma forma que estos chiquitos que yo tengo en mi mano, y que se llaman una Cruz; después con clavos, que vienen a ser como los agujones, pero mucho más gordos y recios, agujerearon al Hijo de Dios las manos y los pies y, con los brazos extendidos, le clavaron en la cruz. Manando su sangre por las heridas había de morir. Pero aun se rieron de Él y le hicieron escarnio, sin embargo de que a ningún hombre había hecho mal, sino estimado y favorecido a cuantos quisieron valerse de Él.

—¡Oh, hombres perversos y detestables!—exclamó Desdichado—¿Y todo eso les sufrió el Padre del Cielo y no les lanzó sus rayos? Yo, en su lugar, a todos los hubiera muerto a golpes.

—Hijo querido—respondió la madre—, el Hijo pidió por ellos al Padre. «Padre, dijo, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» Sí; Él murió por amor a los mismos hombres, por amor de aquellos perversos. Era preciso que así fuese, amado hijo; de lo contrario, ningún hombre hubiera entrado en el Cielo, ni tú, ni yo tampoco; y así también, por amor de nosotros dos, Jesucristo dio allí la vida.

El buen niño quedó entonces sentado e inmóvil, escuchando muy atento, mientras por sus encendidas mejillas corrían cristalinas lágrimas, pues como por la primera vez oía todo aquello, le afectaba indeciblemente.

—¡Oh, buen Hijo de Dios!—decía él al mismo tiempo que se enjugaba las lágrimas en la piel de corzo que tenía—¿Pero ahora también está en el Cielo?

—Sí, querido hijo—respondió la madre—. Su cuerpo quedó entonces muerto; fue depositado en una cueva de piedra, que venía a ser como ésta que habitamos, y cerraron la entrada de la cueva con un gran peñasco; pero cree firmemente que antes de pasar tres días salió vivo otra vez fuera de la cueva. Unos cuantos hombres hubo, sin embargo, que no fueron tan malos como los demás, le oyeron y se mejoraron. Éstos le habían cobrado gran amor y lloraron mucho por su muerte. A ellos fuese entonces y tuvieron un gran contento al verle otra vez. Mas Él les dijo que partía nuevamente para el Cielo con su Padre; de lo cual todos se entristecieron mucho; pero Él les dijo: «No lloréis, ni os oprimáis el corazón. Mirad: allá arriba, donde mora mi Padre, hay bastante sitio para vosotros. Allá voy yo ahora para disponeros entretanto un lugar; haced solamente lo que os he dicho, y después todos vendréis un día también allí donde Yo estoy. Volveré a veros, y entonces vuestro gozo será perfecto y nadie podrá quitároslo. Pero, aunque no me veáis lo mismo que ahora, yo permaneceré, no obstante, invisible en la tierra, siempre cerca de vosotros hasta el fin del mundo.» Bendíjolos entonces, y a la vista de ellos se alzó cada vez más alto hacia el Cielo, hasta que últimamente una nube dorada le ocultó a sus miradas.

—¡Ah, qué hermoso debió ser eso!—dijo el niño—. Pero ¿Él sabe ahora también algo de nosotros? ¿Sabe que vivimos aquí, en este desierto, y algún día le veremos en el Cielo también?

—Mucho—dijo la madre—. Él nos ve por todas partes, y donde nosotros estamos, con nosotros se halla; nos ama, nos da buenas inclinaciones en el corazón y nos ayuda para que podamos ser del todo buenos. Hijo amado, tú ahora eres un buen niño, y ya me has dado gran contento; pero todavía no eres mucho y enteramente bueno. Si tú pones no más que un poco de cuidado, puedes advertir esto a cada instante. Mira, tú seguramente no habrías orado como el Hijo de

Dios por los hombres si ellos te hubiesen muerto. En aquel primer ímpetu dijiste que a todos habrías muerto a golpes, si hubieses tenido bastante poder para ello. Pues ya ves ahora cómo no has sido tan bueno ni capaz de tanto amor como el Hijo de Dios; pero debemos ser buenos de este modo, y poseídos de semejante amor, si queremos agradar a su Padre celestial y a Él y entrar algún día en el Cielo, por cuanto quiere ayudarnos para que seamos tan amorosos como Él. Para esto vino al mundo y murió por nosotros en la cruz. Y ahora, caro hijo mío, ¿comprendes tú bien por qué tengo siempre en la mano esta pequeña cruz? Nos recuerda el amor de Aquel que padeció y murió por nosotros en la cruz; nos avisa que igualmente nosotros, mediante el padecer y morir, que también se llama una cruz, debemos ir al Cielo, y, por lo tanto, esta simple señal no es de tanto amor y precio. ¡Ah, carísimo hijo!—continuó, y le miraba con ojos llorosos—. Yo nada tengo que te pueda servir de recuerdo sino este pobre madero. Pero si yo ahora me muriese, sácalo de entre mis frías y tías manos y guárdalo. No te avergüences, querido hijo, cuando tú algún día seas grande y rico, de poner este pobre recuerdo de tu madre en el mejor sitio de tu magnífica morada. Siempre que lo veas, piensa en Aquel que por amor de ti murió en una cruz, y en tu madre, que ahora muere con esta cruz en la mano. Aplícate constantemente a ser bueno y piadoso; a vivir puro e inocente, a amar a los hombres, a hacerles bien, y hasta a entregar la vida por ellos, si les fuere útil, y también deberás contar de antemano con que nunca te lo agradecerán. Si por la vista de esta cruz, además de proponerte todo esto, lo practicares también, entonces este pobre legado de tu madre será más precioso que todas las heredades que puedes esperar de tu padre.

Con el largo discurso, Genoveva quedó tan débil que tuvo necesidad otra vez de reposar y guardar silencio por largo rato.

—¡Ah! —comenzó de nuevo al cabo de algún tiempo— ¡Si tuvieras la dicha de ir con tu padre! Mas el camino hasta allá, por medio del terrible desierto, al través de un bosque denso e impenetrable, trepando rocas empinadas y descendiendo profundos barrancos, para ti, pobre y endeble criatura, es sumamente cruel, largo y peligroso. Sin embargo, Dios te ayudará para que llegues felizmente a la casa de tu padre, del que te dio aquí en la tierra, guiándote del modo que nos auxilia a todos al atravesar los vastos y arriesgados desiertos del mundo, a fin de llegar también algún día a su misma casa, a la del verdadero y único Padre de todos nosotros, para conseguir la dicha de ver el rostro de nuestro Padre celestial. No te olvides de llevar contigo un par de calabazas llenas de leche para que no te desmayes por el camino. Toma también aquel palo para defenderte de los animales

feroces. ¡Oh, pobre niño! Tú eres muy débil; pero Dios, con cuya protección yo, débil mujer, vencí al cruel lobo, también será tu protector contra las bestias feroces. Quien confíe en Él andará con ánimo entre las serpientes y áspides, y hollará a sus plantas los leones y dragones.

Luego que anocheció aumentó mucho la debilidad de Genoveva, y respiraba con tanto trabajo que le vino un sudor ardiente.

Recogió ella todas sus fuerzas, sentóse en su lecho de musgo, con grave y apesarado semblante miró al niño, que tenía a su lado, y con voz extrañamente conmovida y solemne, que asustó a la criatura, le dijo:

—Desdichado, híncale de rodillas para que yo te bendiga, así como también mi madre me bendijo antes de separarme de ella. Yo creo que mi fin no está ya lejos.

El pobre niño se arrodilló gimiendo, inclinó su afligido rostro a la tierra, y con fervor puso en elevación sus trémulas manecitas. Genoveva le aplicó su mano en la cabeza, naturalmente adornada de rizos, y le dijo con voz afectada:

—Dios te bendiga, hijo mío, y Jesucristo sea contigo, y el Espíritu Santo te gué y dirija, para que tú seas hombre de bien; nunca, nunca hagas mal, y yo pueda verte otra vez en el Cielo.

Le persignó entonces también con la cruz, lo rodeó con su brazo, lo besó y aun le dijo más:

—¡Oh, hijo mío! Si tú vas ahora con los hombres y ves su mal ejemplo, no por eso te vuelvas malo. Y si algún día vivieres en esplendor y riqueza, no te olvides de tu pobre madre. ¡Ay! Si tú fueses capaz de olvidar este amor mío, estas maternas lágrimas y estas mis últimas expresiones, las expresiones de tu madre moribunda, quedarías separado de mí en aquel mundo eterno.

No pudo hablar más; cayó abatida otra vez en su lecho, cerró los ojos. Desdichado no sabía si dormitaba solamente o si estaba realmente muerta. De rodillas junto a ella, se puso a llorar y sollozar y estaba siempre en esta oración:

—¡Oh, Dios, no permitas que muera! ¡Oh, Jesucristo, despiértala otra vez!

CAPÍTULO XIV

PESADUMBRE DEL CONDE SIGFREDO POR SU ESPOSA GENOVEVA

Poco después que el Conde Sigfredo, en virtud de la acusación de Golo, hubo firmado y expedido en el primer arrebato de cólera la desdichada sentencia de muerte contra Genoveva, de resultas de una herida que recibió quedó postrado en su tienda de campaña. Su antiguo



...y entró en la tienda del Conde para informarse del estado de su señor...

escudero y mayordomo, llamado Wolfio, se hallaba en aquel lance distante muchas leguas, ocupando con la caballería el estrecho paso de unas montañas. Cuando fue relevado, volvió y entró en la tienda del Conde para informarse del estado de su señor, quien al punto le refirió todo cuanto había pasado en aquel intermedio. El antiguo y honrado sirviente se estremeció, perdió el color y dijo:

—¡Ay, querido amo! ¿Qué habéis hecho? Vuestra esposa, de seguro, es inocente, y respondo de ella con mi anciana y encanecida cabeza. Un alma tan piadosa, una hija tan perfectamente educada, no se vuelve mala tan presto. Creedme; yo tengo experiencia. Vuestro Golo es un vil y malvado. Disimulad esta palabra en un antiguo sirviente. Me consta sobrado que él con sus lisonjas constantes se ha insinuado hondamente en vuestro corazón; pero, creedme también, el que siempre os alabe y os dé la razón en todo, ése es vuestro enemigo. Él en su interior os desprecia, y sólo busca su provecho particular. Mas por la inversa, quien os diga la verdad, aquel a quien no os plazca oír, ése es vuestro amigo. Dadme oídos, caro amo mío, revocad inmediatamente vuestra precipitada sentencia. Santo Dios, ¿qué es esto que ha sucedido a mi buen amo? Habríais reputado la más grave falta sentenciar al último de vuestros vasallos sin oírle, y sin oírle habéis ahora sentenciado a vuestra buena esposa. ¡Oh! Sed alguna vez dueño de vuestra infausta y rápida ira. ¡Cuántas veces habéis tenido que arrepentiros de ella! Pero esta vez... temo... temo que os acarree una desgracia.

El Conde confesó que se había precipitado; pero todavía dudaba quién sería el reo, si su esposa Genoveva o su favorito Golo, pues la carta de Golo era un tejido de mentiras tan ingeniosamente urdidas, y el mensajero despachado por Golo para esta misión era un embustero tan ejercitado, sabiéndolo todo revestir con cierto colorido de verosimilitud, que el celosísimo Conde quedó enteramente deslumbrado. No obstante, en la misma hora envió un segundo mensajero a Golo con la orden terminante de guardar a Genoveva en el aposento de ella hasta el regreso del Conde; pero encargando, sin embargo, que le evitara todo mal y que no la dejara salir a ninguna parte. Dio al mensajero su mejor caballo y le rogó de corazón que fuera siempre tan de prisa como pudiese. También le prometió una gran suma de oro si llegaba a la fortaleza a tiempo oportuno y le traía de vuelta una contestación propicia.

Mientras el mensajero hacía su viaje, el Conde se desanimaba cada día más. A ratos se le figuraba que Genoveva era inocente y a ratos volvía a pensar que no cabía en Golo, a quien tanto bien había hecho, una mentira tan tremenda; de modo que su corazón estaba siempre atormentado por la incertidumbre y ponzoñosas dudas. Diez

veces al día enviaba a su fiel Wolfio para ver si ya regresaba el mensajero, y en toda la noche sus ojos no podían conciliar el sueño. Al fin llegó el mensajero y trajo la noticia de que Genoveva con su hijo habían sido secretamente ejecutadas en el bosque por la noche, según había ordenado el Conde. El buen Conde quedó como si hubiesen pronunciado su propia sentencia de muerte y cayó en un mudo pesar. El anciano y leal Wolfio salió lamentándose a gritos, y los caballeros del Conde, que habían venido todos a juntarse delante de su tienda de campaña, corrieron a jurar que en cuanto volviesen a su patria harían tajadas a Golo.

El Conde prosiguió enfermo de su herida más de un año, pues el desasosiego y un roedor gusano en su corazón atrasaban la cura. Inmediatamente que estuvo restablecido, pidió licencia para partir, y como ya los sarracenos habían sido ahuyentados de la capital, no dando apenas que temer, el Rey se la concedió. El Conde marchó al punto con su leal Wolfio y sus valientes soldados, encaminándose a su amada patria.

Un día, bien tarde, llegó a la primera aldea de su condado. Aquellas buenas gentes, así hombres como mujeres y niños, le salieron todos al encuentro, dejando inmediatamente sus cabañas, y doliéndose amargamente, le decían:

—¡Ay, buen señor! ¡Qué terrible desgracia! ¡Ay, la buena Condesa! ¡Ah, impío Golo!

El Conde se apeó, saludó a todos afablemente, les alargó la mano y a todos preguntó qué había pasado en casa durante el tiempo en que había estado en la guerra; y nada entonces sino bueno oía decir de la Condesa, así como todos le hablaban mal de Golo. Afligido y con el corazón atribulado, montó nuevamente a caballo para llegar aquella misma noche a la fortaleza. Desde gran distancia vio luz por todas las ventanas del castillo y, al aproximarse, cuando ya trepaba la cuesta del alcázar, oyó una música estrepitosa. Golo daba un festín a sus allegados, pues tenía por seguro que el Conde moriría de sus graves heridas. Ya se creía señor de todo el condado, y con algaraza y sonadas diversiones procuraba imponer silencio a su dañada conciencia. Pero cuando se sentaba a la cabecera de la mesa, suntuosamente puesta, muchos de los criados que servían los manjares se decían unos a otros:

—Si nuestro buen Conde muere, el sagaz Golo, en estos tiempos revueltos, se apodera de todo seguramente y se hace amo nuestro. Yo, sin embargo, no quisiera estar en lugar suyo.

—¿No ves qué consumido parece?

—Tienes razón—contestaban otros—. Él carece de un verdadero contento y nada le complace. Allí está sentado lo mismo que un pobre

reo en su última comida con el verdugo. Yo no me quisiera encontrar en su pellejo ni partir con él el pago que tiene merecido en el otro mundo.

Al llegar el Conde a las puertas del castillo mandó al trompeta dar la señal de su arribo. El atalaya del capitel contestó con su trompeta. Golo y todos sus convidados se levantaron de la mesa, y los gritos de: «el Conde, el Conde» resonaban por todo el castillo. Golo, que hubiera esperado la muerte más bien que al Conde, bajó precipitadamente y con toda humildad tomó el caballo al Conde, que aun no se había apeado. El Conde muy serio y fijamente le miró largo rato sin hablar palabra, y Golo quedó tan pálido y trémulo como un reo ante su juez. Su dañada conciencia se traslucía claramente en sus espantados ojos, y la historia entera del desdichado lance estaba como escrita en su cara en grandes caracteres. Con vagos e inciertos pasos iba delante de su señor por la escalera arriba, y su trémula mano apenas podía tener el hacha encendida. El Conde en todo el castillo nada descubría sino disipación y buen trato, desorden y confusión; por todas partes se le presentaban caras espantadas y extrañas, y los pocos sirvientes antiguos que aún quedaban le saludaron con lágrimas en los ojos. Dirigióse al salón de las armas, puso el yelmo y espada sobre la mesa, exigió a Golo todas las llaves de la fortaleza, encargó a su fiel Wolfio que mandase vigilar todas las puertas, ordenó a los sirvientes que cuidasen bien a sus cansadas tropas y después hizo seña con la mano para que todos se retirasen.

Los primeros pasos del Conde se dirigieron al aposento de su esposa. Golo, inmediatamente después de la prisión de ésta, lo cerró, porque su dañada conciencia no le permitía entrar en él. Todo, por tanto se hallaba lo mismo que la mañana en que se separó de Genoveva. Aun estaba un bordado de una inscripción a medio acabar, ceñida por una corona de hojas de laurel entretejidas de perlas, y que decía: «A Sigfredo, volviendo triunfante, su fiel esposa Genoveva». También estaba el laúd sobre un libro lleno de inocentes y sagradas canciones, muchas de las cuales había compuesto ella misma en la ausencia de su esposo. Halló muchos borradores de cartas a él, llenas de piadosos y nobles sentimientos, rebosando amor y lealtad para con él, ninguna de las cuales había llegado a sus manos. En ellas decía que diariamente oraba por él para que Dios lo sacara sano y salvo de los sangrientos combates; expresábase cuánto se alegraría si le salía a recibir con un niño o niña en los brazos, cuánto se apesadumbraba y lloraba por él, y qué noches tan desveladas le hacía pasar su continuado silencio; pues así como Golo no había enviado al Conde ninguna de las cartas de ella, también le había interceptado todas las de aquél. Asombrado el Conde, se había sentado con los

brazos cruzados, oprimido por un dolor mudo, y siendo ya media noche, ni siquiera había advertido que la vela estaba para apagarse. A esto vino Berta, la fiel doncella, entró, le dio la carta que Genoveva había escrito en la prisión, le mostró el collar de perlas que él reconoció al punto, y le refirió todo en medio de un copioso llanto: el mucho bien que Genoveva le había dispensado en su enfermedad, cuanto la había dicho aquella noche antes de ser sacada a la ejecución y lo demás que sabía de su historia. Entonces estalló el mudo dolor del Conde. Todo aquello, y en particular la carta, fue para él un testimonio que pregonaba la inocencia de Genoveva. Tan copiosamente corrían sus lágrimas por el rostro, que pusieron empapada la carta de Genoveva. No hacía más que clamar de continuo:

—¡Oh, Dios, Dios! ¡Oh Genoveva!... ¡Y a ti, a ti, a ti pude yo matar! ¡A ti y a mi hijo! ¡Ah! Soy el más desventurado de los hombres.

Y en vano procuraba consolarle su fiel Wolfio, que había comparecido a sus gritos.

Después que el Conde hubo mucho y amargamente llorado, se levantó repentinamente, buscó su espada y quería matar a Golo. Wolfio le contuvo otra vez y le hizo presente que no se decidiera tampoco a sentenciar a Golo sin oírle. Entonces mandó el Conde prender a Golo en aquella misma noche, cargarlo de ligaduras y grillos y meterlo en el propio calabozo en que Genoveva se había consumido tanto tiempo. También mandó poner en seguridad a todos aquellos que se habían adherido a Golo, todo lo cual hicieron los soldados con mucho gusto. A la mañana siguiente mandó el Conde que le trajesen a Golo a su presencia. Mientras se lo traían leyó nuevamente la carta de Genoveva, y estas palabras: «Perdónale como yo le perdono; por mí no se verterá ni una gota de sangre», penetraron hondamente en su corazón. Cuando Golo llegó a presencia del Conde, le miró éste con sus ojos llorosos, y apesarado le dijo en el tono más benigno:

—Golo, ¿qué te hice yo para que trajeras sobre mí esta calamidad? ¿Qué te hizo mi esposa, qué te hizo mi hijo, para que los matases? Tú viniste como un niño desvalido a este castillo, y en él no has disfrutado más que bien. ¿Cómo es que me pagas así?

Golo había creído que el Conde estaría arrebatado y furioso; pero esta inesperada dulzura le partió el corazón. Comenzó a llorar y exclamar con fuertes gritos:

—¡Ah! Una pasión sacrílega me cegó. Vuestra esposa es inocente como un ángel del cielo; yo fui el demonio que la quiso seducir. Como no prestó oídos, yo, delirante, traté de vengarme de ella y asegurar mi propia vida. Temí que si ella os decía la verdad yo sería condenado a muerte. Por eso me anticipé y acuséla en falso a vos.

Al Conde, no obstante, le sirvió por lo menos de gran consuelo que el mismo Golo patentizase la inocencia de Genoveva, e hizo seña para que se lo llevasen a su prisión.

Desde aquel momento el Conde fue debilitándose cada vez más, y llegaron a desesperar de su vida. Su dolor rayaba a veces en frenesí. Todos los caballeros comarcanos, que eran sus amigos, vinieron juntos a consolarle; mas el conde permaneció en el mismo paraje, sin querer admitir ningún consuelo. Siempre se mantuvo en el aposento de Genoveva y no salía de él más que para ir a la capilla del castillo. Una de sus mayores solicitudes fue mandar buscar la sepultura de Genoveva para poder llorar en ella y disponer las correspondientes honras a su cadáver; pero nadie supo encontrar la sepultura, porque los dos hombres que la llevaron a ejecutar desaparecieron poco después, y ninguno había que pudiera decir dónde pararían. El Conde mandó celebrar por la muerte de Genoveva un solemne aniversario, en la iglesia del alcázar, al cual concurrieron toda la servidumbre, todos los caballeros del contorno, acompañados de sus señoras, unos y otros poseídos del más profundo pesar, lo mismo que un inmenso gentío de aquellos pueblos, de los cuales apenas pudo caber en la iglesia una décima parte. Mandó también el Conde repartir entre los pobres abundantes limosnas, y erigir a su esposa en la iglesia un monumento con letreros de oro que transmitiese a la posteridad su triste historia.

CAPÍTULO XV

EL CONDE SIGFREDO HALLA NUEVAMENTE A SU ESPOSA

Pasaron años antes que el Conde pudiese ser reducido a salir tan solamente del castillo, y aun después sus amigos los caballeros y el fiel Wolfio habían de esforzarse con ruegos para alegrarle un poco. El uno daba grandes banquetes en que se oía tocar excelentes arpas y cantares de consuelo; otro proponía toda suerte de torneos, juegos de sortijas, etcétera; otro, en fin, le invitaba a una partida de caza. Esta última especie de recreo, de que había gustado el Conde mucho en su juventud, parecía la más adecuada para distraer su pesadumbre, y como los caballeros notaron esto, cazaban más a menudo, ya ciervos y jabalíes, ya lobos y osos, que en aquellos tiempos abundaban mucho por los bosques, proporcionaban al Conde la ocupación continua de la caza. A exhortación de Wolfio, emprendió una vez una gran expedición, y rogó a todos los caballeros que concurriesen. Era ya fin de invierno y fue concertada un día de noche templada, en que hubiese caído nieve recientemente. Llegó este día, y al romper la aurora, partió el Conde acompañado de todos los nobles caballeros del país circunvecino y un gran tren de criados. Todos iban montados, y también



...reparó con admiración una figura humana...

los seguía una multitud de peones con acémilas, caballos, mulos y perros de caza. Resonaron por el bosque alegre y fuertemente las cornetas, y fueron levantados una turba de corzos y jabalíes. Presto se emboscó también el Conde por la espesura, persiguiendo a caballo una cierva; el animal trepó, volando por los escarpados peñascos, y al través de malezas y arbustos se escondió, al fin, en la caverna de Genoveva, pues era precisamente la leal cierva con cuya leche por tanto tiempo se habían sustentado Genoveva y su hijo. El Conde se apeó, ató el caballo a un abeto, siguió la pista del animal por la nieve reciente y llegó a la cueva. La ojeó por dentro y reparó con admiración una figura humana consumida y de mortal semblante, alojada en la honda lobreguez de la cueva. Era Genoveva, quien, ciertamente, había vencido su grave enfermedad, pero quedando tan agotada y sin fuerzas, que en semejante conformidad estaba esperando la muerte de una semana a otra.

—Si eres persona humana —gritó hacia dentro el Conde—, sal a la claridad del día.

Genoveva salió rebujada en la zalea, cubiertas sus espaldas con los largos y rubios cabellos, desnudos brazos y piernas, temblando de frío y pálida como una muerta.

—¿Quién eres tú —exclamó el Conde, mientras, espantado, retrocedía algunos pasos— y cómo viniste hasta aquí?

El no la conocía ya, pero ella lo conoció al punto y a la primera mirada.

—Sigfredo —dijo ella con voz apagada—, yo soy tu esposa Genoveva, a quien tú sentenciaste a muerte; pero Dios lo sabe, inocente soy.

Esto fue para el Conde lo mismo que si le hubiese caído un rayo; no sabía si soñaba o estaba despierto. Como a veces, por efecto de su pesadumbre, perdía el conocimiento y en aquel instante veíase muy alejado de todas sus gentes en las soledades espantosas de aquel retirado y desierto valle, se figuró estar viendo el ánima de Genoveva.

—¡Oh! —exclamó con voz penetrante— Tú, alma difunta de mi esposa, ¿por qué vuelves del otro mundo para acusarme del sangriento crimen? ¿Fue consumado en este suelo el espantoso asesinato, y en esa cueva dieron sepultura a tu inanimado cadáver? Así será, y tu cuerpo se levanta del hoyo para que yo pise la tierra que he teñido con tu sangre; y tu espíritu aparece indignado para que tu asesino se acerque al pacífico lugar de tu sepultura. ¡Ah! Vuélvete, vuélvete, alma bendita. Ya me atormenta bastante mi conciencia. Vuélvete a la morada de la paz, y ruega por mí... por un desdichado que ya no tiene reposo en la tierra. No te presentes tan lastimera, aparécete como un esclarecido ángel a decir que me perdonas.

Cuentos de Calleja

—Sigfredo —dijo llorando Genoveva—, carísimo esposo, no soy ningún alma, soy en realidad tu Genoveva, tu esposa. Vivo todavía; los buenos hombres que me debían ejecutar me salvaron.

Mas el Conde, todavía con el susto y la conmoción, seguía como atónito. La vista se le turbaba, y no comprendía las palabras, y mirábala con ojos cada vez más desencajados.

Genoveva le tomó cariñosamente la mano; pero él la retiró y exclamó con voz agitada:

—¡Ah! Déjame. Tu mano está fría como el hielo: llévame, pues, con esa fría mano de muerta contigo a la sepultura, porque la vida es para mí una carga.

Genoveva repitió:

—Sigfredo, mi muy amado y buen esposo—y le miraba entonces tan amable y cariñosamente como un ángel del Cielo—. ¿Conque no conoces a tu esposa? Mirame, soy la misma. Mirame bien otra vez; palpa mi mano, el anillo que todavía tengo tuyo en mi dedo. ¡Oh! Vuelve en tí. ¡Ay Dios! Líbrale tú de esta terrible ceguera.

Al fin, recobróse del espanto y volvió en sí como quien se despierta de un sueño.

—Sí, eres tú —exclamó, y cayó como anonadado a los pies de Genoveva.

Clavó los ojos largo rato en el demudado rostro de su esposa, y en mucho tiempo no pudo proferir una sílaba, hasta que por último, prorrumpiendo en una mar de lágrimas, exclamó:

—¿Conque tú, tú eres Genoveva? ¡A esta miseria, y por mí, a esta miseria te hallas reducida! ¡Ah! Yo no soy digno de que me sostenga la tierra y no me atrevo a levantar los ojos hacia ti. ¿Y puedes tú perdonarme?

Genoveva dijo llorando:

—Carísimo Sigfredo, yo jamás me irrité contra ti; te amé siempre: sabía, sí, que tú eras engañado. ¡Ah! Levántate y ven a mis brazos. Mira cómo lloro de contento de volverte a ver.

Pero el Conde apenas osaba mirarla y le dijo:

—¿Y tú no me haces ninguna reconvencción? ¿No me diriges ni una sola expresión dura? ¡Oh, tú, ángel del Cielo, tú, alma dulce y celestial, cuánto te he hecho padecer!

—Tranquilízate, Sigfredo —díjole Genoveva—; tómallo todo como enviado de Dios, que así lo ha dispuesto. Me convendría venir a este desierto. Quizás las riquezas y el esplendor me hubieran pervertido; pero en el desierto he hallado a Dios y el Cielo.

Mientras conversaban todavía de esta suerte, vino Desdichado. Sobre su cuerpo nada más llevaba que la piel de corzo, y con los pies desnudos chapoteaba por la nieve, que en algunos parajes de aquel

estrecho valle cerrado de peñascos aun tenía mucho espesor. Debajo del brazo traía unas pocas plantas frescas y chorreando que acababa de coger del manantial, y tenía en la mano una raíz de la cual justamente venía comiendo. Cuando el niño distinguió al Conde, suntuosamente vestido de caballero, con alto yelmo y plumaje ondeante, se asustó, quedó parado y se puso a gritar:

—¡Madre! ¿Quién es ése? ¿Es también algún hombre malo y te quiere matar? No llores.

Así exclamaba mientras saltando venía hasta su madre.

—Yo no debo tocarte; primero me matará él a mí que hacerte ningún mal.

Genoveva le dijo afablemente:

—¡Oh, querido hijo! No temas: vé y bésale la mano; es tu amado y buen padre. Mira cómo llora nuestra miseria. Dios le ha enviado hasta aquí para que nos salve y consigo nos lleve a casa.

Volvióse el niño y miraba. En sus espesos y negros rizos, en la noble frente, grandes y vivos ojos, en la hermosa nariz arqueada y en la boca perfectamente hecha era un vivo retrato del Conde. Cuando éste vio al precioso y florido niño en aquella pobre condición lloraba todavía más ardientemente y no podía decir más que:

—¡Oh, hijo mío, hijo mío!

✦ Miraba en seguida profundamente conmovido al Cielo, rodeaba con el otro brazo a Genoveva, y desde lo hondo de su alma exclamaba:

—¡Oh, Dios! Esta es demasiada ventura para mi pobre corazón; contra toda esperanza y pensamiento, ¡ver a un tiempo aquí por primera vez a mi caro hijo y encontrar nuevamente a mi cara esposa como devuelta de entre los muertos!

Y Genoveva, cruzando fuertemente las manos, miraba al Cielo y decía:

—Sí, ¡oh, Dios! Tú eres infinitamente rico en dones, y sabes recompensar profusamente al corazón humano con muchos buenos años por un instante de dolor. ¡Gracias te sean dadas!

Y el afectuoso niño, que veía orar tan conmovidos a sus padres, alzó espontáneamente las manecitas al Cielo también y repitió las palabras de la madre:

—¡Dios amado, gracias te sean dadas!

Aun permanecieron todos tres en silencio e inmóviles largo rato en aquel lugar, y solamente sus corazones hablaban a Dios lo que sus lenguas no podían proferir. Al fin rompió Genoveva en estos términos:

—¿Viven mis padres todavía? ¿Pasan buena vejez? ¿Saben que soy yo inocente? ¡Ah! Siete años hace que me lloran como muerta, y siete años que nada he sabido de ellos.

El Conde respondió:

Cuentos de Calleja

—Viven, están buenos y saben tu inocencia, y tan luego como sea posible les enviaré un mensajero a caballo con la feliz nueva de que tú has sido hallada.

Genoveva levantó nuevamente sus manos cruzadas al Cielo, mirando con gozosa emoción, y rebotando sus ojos en lágrimas de gratitud, exclamó:

—Ahora seas alabado, Señor. Tú has oído mi plegaria, llenado los más recónditos deseos de mi corazón, y también me has guardado lo que yo apenas osaba desear. Tú sacaste a mi esposo de la guerra, pusiste mi inocencia en claro, me has salvado de todas las penas, de la prisión y muerte, me has regalado el precioso momento de presentar mi caro hijo a su padre, y ahora también me dejarás ver a mis ancianos padres; Tú eres el más puro amor.

En seguida Genoveva condujo a su esposo a la cueva, porque con los pies descalzos no podía de frío permanecer más tiempo en la nieve. Inclinado entró el Conde en la cueva. Contemplaba las toscas paredes, la crucecita musgosa, la piedra sobresaliente que había delante, y que por servir a Genoveva como pie de altar estaba lustrosa y gastada por sus rodillas. Observó el lecho de musgo, las calabazas que servían de copas y botellas y los cestos de junco, que componían todo el menaje de aquella vivienda. Conmovido con semejante aspecto, tendióse al lado de Genoveva, tomó al niño en su regazo, y por la abertura de la cueva miraba a los escarpados peñascos y negros abetos que aún retenían mucha nieve pendiente, y sus lágrimas corrieron de nuevo a torrentes.

—¡Oh, Genoveva! —exclamó— ¡Qué prodigio del Omnipotente haberte conservado en este horrible desierto! ¿Qué ángel del Cielo te ha enviado Dios para que te alimente? ¡Ah! ¡Siete años pasados... sin un bocado de pan, sin fuego en invierno, sin una cama, sin vestido correspondiente, y con los pies descalzos sumiéndose en la profunda nieve del invierno!... ¡Y una hija de Príncipe que comía en vajilla de oro y plata, que se crió entre púrpura y seda, que apenas había experimentado el soplo de un vientecillo molesto! Y con todo, acabada por la pena y sufrimientos ¡aún me amas, alma buena y leal! ¡Ah! ¿Qué más se puede hacer por un buen marido?

Genoveva le interrumpió, sonriéndose con un júbilo de un ángel en su pálido semblante, y dijo:

—Calla y no hablemos más de eso, esposo querido. Dios lo sabe; en este desierto he disfrutado también muchos goces. ¿No hay penas también en los palacios, y acaso has sufrido tú menos que yo? Dejémoslo estar—continuó, procurando dar otro giro a las ideas del Conde—. Contempla ahí a tu hijo, mira cómo brillan sus mejillas de carmín. Con alimentos sin artificiosos aderezos y el aire puro de Dios,

se ha mantenido sano y hecho fuerte. En nuestro castillo quizá le hubieran mimado, puesto pálido y desmejorado, como los niños de muchos nobles. Por tanto, alegrémonos y demos gracias al Señor.

Entonces comenzó a referir de qué manera Dios portentoso la había sustentado a ella y a su hijo, desde el momento en que la cierva vino primeramente a la cueva hasta el instante en que, perseguido el animal por el Conde, vino a refugiarse allí. Estuvo el Conde muy atento a ella, y conmovido al fin exclamó:

—Estupendo es Dios en sus disposiciones e infinitamente rico en medios de salvar a los hombres. ¡Oh, hijo mío! No olvides jamás que siendo tú niño pequeñito y abandonado por tu padre, y no pudiéndote socorrer tu madre, Dios, a ti y a ella, os libró de morir de hambre por medio de este buen animal. Acuérdate siempre de que el apuro de tu madre llegó al extremo de estar para morir, y que tú también, pobre criatura, hubieras después necesariamente muerto al dirigirte por este horrible desierto, lleno de fieras, en busca del camino de mi habitación, si este mismo animal no me hubiera servido de guía hasta vuestra morada, de la que no podía informarme boca de hombre alguno. Con esta facilidad y maravilla sabe Dios ayudar en tiempo más oportuno. Confía, por tanto, en Él toda tu vida.

CAPÍTULO XVI

ENTRADA DE GENOVEVA EN EL ALCÁZAR DE SIGFREDO

Padre, madre e hijo salieron entonces de la cueva, estando aún todos con lágrimas de emoción en los ojos. El Conde, para llamar su gente, tomó de su espalda la corneta de plata, y tocóla con tal ímpetu, que cien ecos resonaron por las rocas. El niño, que nunca en su vida había oído cosa semejante, quedó sumamente regocijado por el admirable sonido, y al punto quiso también soplar, e hizo reír a su cariñosa madre, a pesar de no haberse todavía enjugado su llanto. Al toque de la corneta vinieron hasta allí de todos lados, a caballo y a pie, los caballeros y criados del Conde. Todos quedaron asombrados al ver la descolorida y flaca señora que el Conde traía de la mano y el hermoso y amable niño que tenía en el otro brazo.

Todos corrieron a él, le cercaron y permanecieron en silencio, guardando el mayor respeto, porque observaron llorosos los ojos del Conde, de la señora y del niño. Entonces, con voz entrecortada, habló el Conde:

—Nobles caballeros y leales sirvientes míos: Ved en ésta a Genoveva, mi esposa, y en éste a mi hijo, de nombre Desdichado.

A tales palabras, todos profirieron en gritos de asombro y terror,

cada cual a su manera, y dirigiéndose mutuamente mil exclamaciones y preguntas:

—¡Oh, Dios de los Cielos! ¿Cómo ha de ser nuestra señora? ¿No la habían degollado? ¿Se ha levantado de entre los muertos? De ningún modo, no es posible. Pero, sí; ella es. ¡Ay, Dios! ¡En qué miseria! Mirad qué descolorida está. ¡Ah! Nuestro amable Condesito, ¡qué bella y afectuosa criatura!

Llenos todos de alegría y lástima, de asombro y curiosidad, apenas podían a la vez escuchar, exclamar, preguntar, compadecer y regocijarse altamente.

El Conde les refirió en pocas palabras lo sustancial de toda la historia, y en seguida distribuyó los oportunos mandatos entre sus gentes. Dos de sus caballeros debían regresar al punto al castillo a buscar vestidos para Genoveva, mandar traer una litera y dar otras disposiciones para su recibimiento. A varios mozos ordenó que trajesen inmediatamente hasta allí los caballos y mulas, y a otros les rogó que entretanto recogiesen leña para que, bajo alguna roca inclinada, se hiciese una grande hoguera y dispusiesen la comida. El mismo Conde abrió una maleta, extendió varias alfombras por los peñascos y suelo próximos a la hoguera, y envolvió a su esposa con su capa de grana forrada de piel negra, dándole también un gran pañuelo fino para que se cubriera la cabeza, y colocándola después sobre las alfombras que había extendido. Allí vinieron, unos tras otros, todos los caballeros, a quienes ella conoció perfectamente, y la saludaron llenos de veneración, mostrándole profundamente conmovidos su lástima y regocijo. Pero adelantóse a todos sus criados el honrado Wolfio, quien apenas tuvo paciencia para aguardar a que hubiesen cumplimentado los caballeros a la Condesa.

—Nobilísima señora —dijo, regándole con su llanto la mano—, desde luego me alegré de que los moros no me hubiesen cortado esta encanecida cabeza y de vivir todavía; pero ahora ya moriré contento.

En seguida cogió al niño en brazos, le besó en ambas mejillas y dijo:

—Yo te saludo, querido niño. Tú eres el más vivo retrato de tu padre; sé valiente y generoso como tu padre, afable y benigno como tu madre, y piadoso y bueno como ambos.

Desdichado, al principio, estaba como aturdido y receloso con la muchedumbre de personas con quienes de golpe se encontraba; mas poco a poco entró en confianza y en conversación. Como por la primera vez de su vida veía una multitud de cosas, tenía siempre algo que preguntar, y todos, pero en especial el anciano Wolfio, dilataban su ánimo con las inteligentes preguntas y reparos de la vivísima criatura, que a las veces tenían visos de muy agudas y bufonadas. De

los caballeros fue de lo que más se admiró al principio, sucediéndole lo mismo que a aquellas naciones que vieron por primera vez caballería, y las cuales creyeron que jinete y caballo formaban juntos un mismo ser.

—Papá—dijo—, ¿hay también hombres con cuatro pies?

Cuando los caballeros se apearon y le presentaron el caballo, preguntó:

—Papá, ¿dónde has cogido estos animales? Entre nosotros no los hay así en el desierto.

Entonces examinó más de cerca el caballo, y notando en su boca el freno de plata ricamente sobredorado, exclamó:

—¡Hola! ¿Comen estos animales oro y plata?

Al ver levantarse las llamas, quedó nuevamente admirado, y exclamaba:

—Mamá, ¿han hecho bajar los hombres el resplandor de las nubes, o lo ha enviado a ellos el Dios amado? ¡Ah! —continuaba mientras contemplaba el hermoso reflejo de las llamas y sentía su benéfico calor— ¡Qué hermoso presente del Cielo es éste! ¿No es verdad, mamá, que si nosotros hubiéramos sabido esto, también se lo habríamos pedido en oración al Dios amado? Bien lo habríamos empleado en este invierno.

En la comida, entre todas las demás cosas, llamaron extraordinariamente su atención las frutas que le sirvieron. Cogió inmediatamente una hermosa manzana dorada con rayas encarnadas, y exclamó:

—Papá, ¿es posible que tú nos traigas en invierno frutas tan bellas y frescas? ¡Ah! debe ser muy bueno vivir contigo.

Apenas se atrevió a comer de la hermosa fruta, diciendo:

—Sin remedio, me haría daño.

Largo rato y con atención contempló un vaso, sin osar tocarlo apenas; tomólo después con mucho tiento en la mano, y, por último, exclamó admirado:

—¡Pues no se derrite! ¿No está hecho de hielo?

Después que hubo comprendido cuál era su composición, exclamó:

—¡Oh! ¡Cuántas cosas bellas y admirables ha criado Dios y de las cuales yo nada sabía!

Y no le causó poco placer poder mirar al través del cristal a su madre y a todos los que se hallaban presentes en la comida. Luego que el criado le presentó un plato de plata clara como un espejo, y vio en él su imagen, se asustó mucho, y al pronto se desvió atrás; mas después cogió el plato con cierta reserva para ir a tentar por detrás al niño que él creía ver. Esto se le hacía incomprensible; pero lo que particularmente le admiraba y sacaba de tino era que si él po-

nía la cara seria, el niño también se la hacía, y si él sonreía, también al niño le asomaba la risa.

De esta suerte, los convidados tuvieron todos con el amable niño mil contentos; vertiéronse muchas lágrimas; padre y madre refan de corazón, causando igualmente grande alegría a caballeros y escuderos.

Apenas se hubo concluído la comida, regresaron los de a caballo con los vestidos de Genoveva. Ésta pasó a la cueva, arrodillándose primeramente para dar gracias a Dios por su maravillosa salvación, y se vistió después en aquel mismo retiro. Tomó consigo la crucecita de madera en memoria de sus padecimientos, y en seguida salió vestida de Condesa fuera de la cueva. Durante la comida, los criados, con fuertes ramas de abetos, habían armado unas angarillas, porque la litera no podía llegar hasta allí con motivo de los grandes rodeos. El Conde extendió sobre aquéllas las alfombras, colocó encima a Genoveva y a Desdichado, y en esta conformidad partieron para casa. A la mitad del camino encontraron la litera, que fue más cómoda para Genoveva, y en ella se metió con su hijo.

Luego que salieron de los pasos del desierto, ya se les aparecieron una multitud de gentes, pues la noticia de haber sido nuevamente hallada Genoveva se esparció inmediatamente por todo el condado y por todas las regiones vecinas de aquellos dilatados contornos. Los labradores por todas partes estaban parados; los trillos habían sido colgados y las ruecas dejadas quietas; aldeas enteras manifestaban su júbilo, y nadie quedaba sin salir al tránsito, sino los enfermos y los que los asistían; todos sacaban sus mejores vestidos, y apresurábanse a ver a su nueva Condesa. Reinaba una fiesta universal por todo el país. Cuanto más se acercaba Genoveva a su castillo, mayor era la aglomeración de gentes que acudían al camino a saludarla, con lágrimas y aclamaciones de regocijo.

Entre los hombres que salieron al encuentro aparecieron también dos peregrinos con largos bordones (que así se denominan los palos que suelen llevar), conchas en los sombreros y mantos de romería. Llegaron ambos a los lados de la litera y echáronse a los pies de Genoveva: eran los dos hombres que la debían haber degollado. Los dos, y especialmente Conrado, pidieron perdón a Genoveva de que, por temor a Golo, la hubiesen abandonado a toda suerte de desgracias en el desierto, en vez de conducirla más bien con sus padres al Brabante.

Refirieron entonces que muy pronto juzgaron poco segura su vida cerca de Golo, y determinaron hacer una peregrinación a Tierra Santa; que, habiendo regresado pocos días antes de que el Conde hallase a Genoveva, habían errado secretamente, y sin descubrirse a nadie más que a los suyos, por todo el condado; mas viendo que desde hacía mucho tiempo todos tenían a Genoveva por muerta, habían con-



...aparecieron también dos peregrinos...

venido entre sí callarlo todo a fin de no entristecer nuevamente al Conde con el recuerdo de su sentencia.

—¡Ay! ¿Cómo es posible, nobilísima señora —decían—, que no hayáis perecido de frío y hambre o despedazada por las fieras? Nosotros presumimos que vos y vuestro caro hijo habríais perecido.

Genoveva les mandó levantarse, les alargó cariñosamente la mano fuera de la litera, y les dijo:

—Buenos hombres, a vosotros, después de Dios, tengo yo que agradecer mi vida. Tú, querido hijo —añadió, dirigiéndose a Desdichado—, dales también las gracias. Mira, son los hombres que debieron haberte muerto, pero que obedecieron a Dios más que al hombre. ¿No es verdad —prosiguió, dirigiéndose a ellos, que con lágrimas se sonreían— que ahora no estáis arrepentidos de habernos salvado entonces?

—¡Oh, Dios! —dijeron ambos— Entonces juzgábamos asombroso cuanto hicimos para dejaros con vida; pero ahora conocemos que no fue así, y que debimos haber aventurado nuestra propia vida para libraros y conducirlos a casa de vuestros padres.

Los hombres en seguida se echaron también a los pies del Conde; pidiéronle igualmente perdón y le dieron las gracias por la caridad que había ejercido con sus esposas e hijos, pues ellos habían sabido con pasmo que la noble Genoveva, en su postrera carta, los había recomendado a su esposo, y que el paternal Conde había cuidado de cumplir con las mujeres e hijos los piadosos ruegos de su esposa.

El Conde les dijo:

—Yo no sabía que vosotros os habíais compadecido de mi esposa e hijo y regaládoles la vida; pero, compadeciéndome de vuestras mujeres e hijos, di, sin saberlo, cumplimiento a las palabras del Señor: «El que es misericordioso, también alcanzará misericordia». Id, pues; yo, de aquí en adelante, cuidaré de vosotros, de vuestras esposas e hijos.

Ambos se levantaron, acompañaron la litera, y Enrique dijo a Conrado:

—¿Ves tú ahora cómo es cierto lo que te decía? De hacer bien jamás debemos recelar, aunque nos parezca muchas veces peligroso, pues a la corta o a la larga nos trae buenos resultados.

En aquel momento, saliendo Genoveva de un soto que atravesaba el camino, vio delante de sí la fortaleza de Sigfredo, en la que resonaban a la vez todas sus campanas altamente, y todavía con más profusión corrían las lágrimas de los ojos de todos sus habitantes. El pueblo lo había así dispuesto sin que nadie se lo hubiese ordenado, y empezó a ejecutarlo en cuanto se descubrió desde muy lejos a Genoveva. Junto

al alcázar, la turba de hombres se perdía de vista y el bullicio era infinito.

La gente del pueblo se había subido a los árboles por ambos lados del camino, y estaban llenas de espectadores todas las ventanas de la población y hasta los tejados de las casas por donde habían de pasar los Condes, pues todos querían ver lo más cerca posible a su adorada señora, que por tanto tiempo había sido creída muerta.

Al llegar a aquel punto fue abierta la litera, que conducían dos mulas, y así todos pudieron ver a la Condesa. En ella se fijaban las miradas de todos, y el pueblo en masa dio un solemne grito de júbilo, que por un instante ofuscó casi el estruendo de todas las campanas repicadas a la vez. Mas ella, que iba sentada y humilde como la misma modestia, bajó la vista, ruborizándose por el honor que se le dispensaba. Tenía a su hijo en las faldas, que todavía llevaba su piel de corzo y tenía en la mano la crucecita de la cueva. A la derecha de la litera venía montado a caballo el Conde y a la izquierda su fiel Wolfio. Ambos peregrinos los acompañaban, y tras ellos corría la cierva como un perro doméstico. Parte de los caballeros y sirvientes del Conde precedían montados a la litera, y el resto seguía en pos de ésta.

Mientras pasaba el séquito por entre aquella muchedumbre de gentes, se decían unos a otros:

—¡Oh, cara y nobilísima señora! ¡Qué descolorida y santificada viene! En esa misma conformidad debió estar María al pie de la cruz.

Otros decían:

—Reparad en el hermoso niño: con su piecita de corzo y con la cruz en la mano, parece idéntico a como pintan a San Juan en el desierto.

Otros exclamaban:

—¿Y no veis también la cierva? Hasta los animales irracionales aman a nuestra piadosa y buena Condesa.

Muchas madres decían a sus niños, que tenían en sus brazos, al enseñarles la noble señora:

—Mira, ésta es aquella que yo tan a menudo lloraba y de quien tantas cosas te contaba: cuando nos la quitaron, tú aun no habías venido al mundo.

Muchos padres tenían a sus niños algo mayores levantados en alto y les decían:

—¿La ves ahora? Pues mira, ella te hizo bien cuando estabas todavía en la cuna.

Algunos ancianos, que trabajosamente habían venido apoyados en sus báculos, sollozaban de contento, de modo que, trémulos sus brazos

y rodillas, vacilaban y tenían todo el cuerpo conmovido por aquellos sentimientos.

Al llegar Genoveva al patio del castillo, vio delante de las puertas interiores a todas las señoras y señoritas de toda la nobleza circunvecina. Cada cual, sin saberlo, se halló con los demás concurrentes a cumplimentar a la Condesa por su bienvenida. Todas habían quedado prendadísimas de la inocencia de Genoveva, y ahora se regocijaban con su portentosa salvación. Todas igualmente experimentaban un particular gozo en que, sin citarse, hubiesen venido a reunirse allí sin faltar una.

Reputaron este día como uno de triunfo para la virtud mujeril y como una celebridad universal de honra y contento para todas las señoras y señoritas. Todas traían sus más bellas galas como para un día de fiesta, y la primera que aparecía delante era una linda doncella vestida de blanco de pies a cabeza, con una gargantilla de hermosas perlas de mucho precio alrededor del cuello, y que presentó a Genoveva una corona de arrayanes siempre verdes y de frescas flores blancas como la nieve, en afectuoso testimonio de su *inocencia y lealtad*.

—Aceptad —dijo la doncella, que de sollozar apenas podía articular palabra—, aceptad esta corona en nombre de todas nosotras. Dios en el Cielo os tiene reservada otra corona triunfal más hermosa.

Genoveva no conoció a la joven, y las damas le dijeron que era la muchacha que la había ido a visitar en el calabozo, y que a la sazón tenía sólo catorce años.

—Noble señora —dijeron aquéllas—, ésta fue la única que se interesó por vos en vuestra inocencia y adversidad; sea también la primera que tome parte en vuestra honra y regocijo.

Cuando Genoveva miró a la joven y reparó en las muy conocidas perlas que rodeaban su cuello, trájole Berta al pensamiento aquella espantosa noche última de la prisión.

—¡Oh, Dios! —exclamó con los ojos alzados al Cielo— ¡Quién había de pensar que yo, sacada entonces de entre aquellas paredes como una miserable delincuente, con mi niño en brazos, había de ser algún día restituída aquí! Sólo tú, ¡oh Dios!, lo sabías ya entonces, y ya tenías en la mente para mí este gozo. ¡Oh, Dios! —continuó, mientras dulcemente ruborizada tomaba la corona de manos de la doncella— Si Tú de esta suerte honras y alegras a la inocencia en la tierra, ¡qué será un día allá en el Cielo!

—Tienes razón, nobilísima señora —dijo Wolfio—. No siempre es verdaderamente honrada la inocencia en la tierra, y rara vez obtiene una festividad como ésta. Dios, sin embargo, lo hace de cuando en

cuando para darnos anticipadamente a probar un poco de lo que hará en el Cielo.

Se volvió en seguida hacia su amo y dijo:

—Señor, hace ochenta años que fui echado a rodar por este mundo, entrando muchas veces victorioso en este castillo; pero aun no había experimentado un día de triunfo como el que alcanza hoy esta señora.

—Wolfio —dijo el Conde—, es así, porque Dios mismo ha preparado este triunfo: es muy majestuoso el triunfo de la virtud sobre el vicio.

Al acabar el Conde, todos los caballeros y señoras le tributaron universal aplauso. Las jóvenes en particular determinaron que el siempre verde arrayán, con las flores blancas, desde luego fuesen destinadas para las guirnalda nupciales, como símbolo de la inocencia virginal y de la fidelidad conyugal, costumbre que hasta nuestros días se conserva en muchos países de Alemania.

El júbilo de aquel día, el mucho llorar y hablar de tal modo habían sobrecogido a Genoveva, que estaba enteramente desvanecida. Sin dilación fue llevada a su aposento, que en tantos años no había pisado, después de lo cual dio gracias a Dios por su admirable salvación, y no se entregó al reposo, en la cama preparada, hasta después de haber hablado algunos instantes con la viuda y huérfanos de Draco, a quienes aseguró su protección. La fiel doncella permaneció desde entonces constantemente cerca de Genoveva, quien ya nunca consintió en ser servida por otra que ella.

CAPÍTULO XVII

GENOVEVA VE OTRA VEZ A SUS ANCIANOS PADRES

Mientras en la fortaleza de Sigfredo todo rebotaba el más dilatado contento, reinaba el más profundo pesar en el ducal palacio de Brabante. El viejo Wolfio se ofreció a llevar a los padres de Genoveva la plausible noticia de acabar de hallarla; pero el Conde le dijo:

—Caro y antiguo amigo, quédate aquí y renuncia ese arduo viaje en un hombre más joven. Tú sabes muy bien que cuando venías conmigo en nuestro regreso de las tierras de los moros, por el camino solías decirme que aquélla era tu última cabalgada.

Wolfio respondió:

—El hombre propone y Dios dispone. Después de tantos sangrientos combates, el Señor, finalmente, me ha destinado a una expedición de honor y alegría, y de la cual yo no me dejo privar. Creedme, señor, y permitidme que vuele allá.

—Pero reflexiona en tu vejez —dijo el Conde—, en el largo camino y en la cruda estación, querido Wolfio.

—No hagáis caso —dijo Wolfio—; yo, desde que tenemos aquí otra vez a la amable y nobilísima señora, me siento remozado con diez años menos, y yo creo que no puedo cerrar mi profesión de caballería con una cabalgada más bella que ésta. Si ésta sale con bien, gustoso me entregaré luego al descanso. Después me tenderé, cargado de años, y dormiré hasta el día del juicio.

—Sea, pues —dijo afectado el Conde—. Parte, querido y leal compañero de armas; toma el mejor caballo de mi establo, escoge doce de los más bizarros jinetes para escolta. Di a mis caros suegros lo que tu corazón te dicte. Dios te sirva de guía y restituya otra vez salvo a mis brazos.

También Genoveva le mandó llamar a última hora, a fin de encomendarle para sus caros padres todo cuanto podía inspirarle su encendido amor y veneración.

Wolfio no descansó en toda la noche, y antes de rayar la aurora del día siguiente, ya estaba perfectamente equipado.

Despertó a los de la escolta; ayudó él mismo a echar pienso y ensillar los caballos; montó a caballo, y emprendió la marcha con los soldados escogidos. Siempre iba delante, y más de cien veces al día les gritaba:

—¡Ánimo, camaradas! ¡Adelante, avanzad!

Así pasaba un día y otro, desde por la mañana temprano hasta entrada la noche. Si los soldados le preguntaban:

—Señor mayordomo, ¿por qué vais así, tan precipitadamente?

Él les decía:

—Pensad en la pesadumbre que vamos a quitar a los padres. Cuando un valiente puede ahorrar al que padece no más que algunas horas de tormento, no deben dolerle incomodidades, ni ha de contemplar sus propios huesos. Muchas veces hemos montado a caballo para dar lanzadas y causar lágrimas; corred también alguna vez para curar heridas y enjugar lágrimas. ¡Ah! Yo quisiera que este corcel tuviese alas como el que, ya no sé dónde, vi una vez pintado, y que me pareció muy maravilloso —y en esto apretaba otra vez las espuelas a su caballo.

Un anciano caballero, en cuyo castillo pernoctó Wolfio con sus soldados, le notició que el piadoso obispo que había desposado a Genoveva con Sigfredo se hallaba justamente sólo algunas horas apartado del camino, dedicando un templo recién construido.

—Pues corramos allá a rienda suelta —dijo Wolfio—. Este santo varón debe saber también nuestro gozoso mensaje, y como es tan prudente e instruido le pediré un buen consejo sobre cómo podré anunciar mejor mi encargo al Duque y a la Duquesa. Mucho he pen-

sado acerca de esto por el camino, y nada me ocurre discreto. A la parienta le grité yo desde lejos luego que la vi en la puerta de casa: «Genoveva ha sido nuevamente hallada. ¡Vive!» Pero por poco se cae. Yo soy un soldado veterano, y hasta ahora no supe, más que por oídas, lo que era espanto; y, ¡cosa rara!, me ha espantado esta palabra: «La Condesa vive». Me afectó de tal suerte que yo temblaba, y ahora todavía siento el espanto en todos los miembros de mi cuerpo. Nunca hubiera creído que la alegría pudiera espantar a uno en tales términos, y si esto sucede así también con los demás hombres, sería posible que este espanto de alegría matase súbitamente a los padres como una flecha disparada que hiere en medio del corazón. Comunicarles poco a poco el asunto, ir midiendo las palabras, torcer con maña la conversación... nada de esto entiendo yo. Cualquiera de nosotros sabe manejar solamente la espada, pero no la lengua. El venerable señor dará sobre ello consejo, pues sabe, por principios, tratar con dulces palabras los corazones.

Wolfio, inmediatamente que llegó, contó al obispo todo lo sucedido, y presentó en seguida sus dificultades.

El obispo se regocijó mucho, alabó a Dios en voz alta y dijo después a Wolfio:

—Tranquilizaos, buen anciano. Dios lo ordena muy bien todo, hasta las circunstancias insignificantes. Yo justamente me preparaba a partir para ver a los entristecidos padres. Partamos luego juntos.

El honrado Wolfio quedó con esto muy complacido, sirviéndole de contento y satisfacción poder acompañar con su caballería al obispo.

El Duque y la Duquesa habían hecho anualmente en la iglesia de su castillo, entre plegarias y llantos, una solemne conmemoración de aquel terrible día en que recibieron la noticia de la ejecución de Genoveva.

Entonces llegaba precisamente aquel día, y en la mañana del mismo estaban sentados juntos en su aposento, poseídos ambos del más grave pesar. Mucho habían envejecido en aquel intermedio, y sus cabellos estaban encanecidos antes de tiempo. Ambos iban envueltos con trajes de hilo, y desde entonces la Duquesa jamás había dejado el color negro.

El castillo ducal se hallaba tan silencioso como si todo hubiese perecido, porque los señores evitaban cuanto podían el trato de la sociedad. Adelantada estaba ya la hora del oficio divino, y los Duques no esperaban más que la llegada del obispo, a quien encargaban todos los años la celebración del oficio de difuntos, en el mismo altar en que él había desposado a Genoveva con el Conde.

El Duque callaba, enmudecido por su pena, y decía entre sí:

—También es terrible hado que tamaña desgracia haya caído sobre

nuestra casa ducal y que de esta suerte deba extinguirse nuestra familia. Con todo, Señor, hágase tu voluntad.

La Duquesa suspiraba y decía:

—Es también demasiado terrible perder, a manos de verdugo, la hija única y tan amable criatura. ¡Oh, Genoveva! Nosotros pensábamos que tú asistirías como un ángel a nuestra agonía, que cerrarías dulcemente nuestros ojos, y ahora no será así. Sin embargo —añadía también—, cúmplase tu voluntad, Señor.

Apenas habían dicho esto, entró el reverendísimo obispo. Celestial gozo iluminaba su semblante.

—Deponed la tristeza y alegraos en el Señor.

Así dijo, y comenzó a hablar de los pasmosos caminos de la Providencia con elevado entusiasmo y viva emoción. Aplicó al pesar de ellos el pesar de Jacob, cuando le fue arrebatado su hijo. Pintó en seguida el gozo de Jacob cuando halló nuevamente a José, y el espíritu con que habló el obispo y el suave fuego de su elocuencia les impresionó eficazmente. La idea del amor convertido para con Dios y del paternal júbilo de Jacob llenó todo su corazón de alegría y expelió del mismo toda tristeza.

—¡Ah! De semejante gozo —decía la Duquesa cruzando las manos— si nos tocase una parte, ¿cuál sería ésta?

Y el Duque decía:

—Nunca más en esta vida; pero sí ciertamente allá en el Cielo.

—También en esta vida —replicó entonces el obispo—. El Señor hace todavía cosas grandes. Él causa las heridas, y también las cura; lleva las criaturas dentro del sepulcro, y las saca otra vez. Él, aquel Dios de Jacob y de José, vive todavía. El que fortaleció vuestro corazón para que no se rasgara de pesar, fortifíquelo ahora también para que no sucumba a la alegría. En vez de los cánticos lúgubres que en este momento queríamos entonar en la iglesia, cantemos uno alegre: «Alabado seas, Señor, pues Genoveva vive y vosotros la veréis.»

Ambos padres se miraron atónitos, y un frío temblor los embargó con las enérgicas palabras del santo varón. La esperanza y el temor luchaban en sus corazones, y no podían creer lo que les decía.

En aquel momento el obispo abrió la puerta, llamó a Wolfio, que con el corazón palpitando estaba en la antecámara con los criados del Duque, y el mismo prelado dijo:

—Aquí tenéis al hombre que os dirá más.

Wolfio entró y exclamó:

—Vive, es muy cierto; yo la he visto con estos mis ojos, con estos oídos he percibido su voz y con esta mano he cogido la suya.

Estas palabras de «Genoveva vive» se habían difundido instantáneamente entre todos los del palacio.

Los sirvientes del Duque y las criadas de la Duquesa, pasmados, atónitos y casi fuera de sí, vinieron en tropel al aposento. Wolfio permaneció allí refiriendo toda la maravillosa historia, en cuya narración las lágrimas pendían de sus encanecidas pestañas, y muchas veces de emoción se le ahogaba la voz. Todos en pie le rodeaban agitados, llorando y sollozando, mientras el Duque y la Duquesa se habían sentado, sin saber casi lo que les pasaba.

Por último, no pudiendo ya dudar, pues los hombres que acompañaban a Wolfio confirmaban una por una las palabras de éste, y él mismo les decía los recados que Genoveva y el Conde le habían encomendado, quedaron los padres como despertando de soñar penosamente. Reanimáronse nuevamente, y exclamaban:

—Bastante hemos vivido, puesto que aun vive nuestra hija Genoveva. Antes de morir, nosotros queremos ir a verla.

Luego que en su templo hubieron dado solemnemente gracias a Dios, sin dilación pusiéronse en camino, acompañados del venerable obispo y honrado Wolfio, con el séquito de éste y un numeroso tren de criados.

Genoveva entretanto se había notablemente restablecido con la más tierna asistencia y amorosísimos cuidados, y en sus mejillas nuevamente aparecía un carmín suave, apenas perceptible.

El único deseo que alimentaba ella en el mundo era ver nuevamente a sus padres amados, quienes llegaron de sorpresa, y mucho más pronto de lo que hubiera ella esperado, a la fortaleza de Sigfredo.

Saludaron a Genoveva con ardientes lágrimas, y mientras la abrazaba, el respetable padre decía con una sensación como la de Simeón en otro tiempo:

—¡Ahora, Señor, deja morir en paz a tu siervo, una vez que mis ojos han visto ya esta dicha!

Y la piadosa madre, abrazándola con una emoción como la de Jacob, decía:

—¡Ya moriré contenta, sólo porque tú vives todavía y tu inocencia salió a luz!

Y ambos ancianos lloraron largo rato abrazados al cuello de su hija.

En seguida contemplaron al precioso niño, y los dos, llenos de encanto, exclamaron:

—¿Conque tú eres mi nieto? ¡Ah! ¡Ven, ven a mis brazos!

—¡Dios te bendiga, hijo mío! —dijo el abuelo, mientras le tenía en brazos y le besaba.

—¡Dios te bendiga, caro y dulce hijo! —repitió la abuela cuando de los brazos del abuelo tomó en los suyos al niño y él la colmaba de besos y lágrimas.

Ambos entonces dijeron casi a una voz y poseídos de emoción:

—¡Qué prodigioso, qué prodigioso es Dios! ¡Por muerta te hemos llorado, querida hija! ¡Creímos no ver más en la tierra tu semblante, y ahora Dios también nos permite ver a tu hijo!

Se acercó entonces el venerable obispo, que al entrar no había sido observado por Genoveva ni por Sigfredo, entregados a sus alegrías. Genoveva, cuando de pronto reparó en él, creyó ver un enviado del Cielo por Dios. El apostólico varón miró primeramente a Genoveva y a Sigfredo, luego al Duque y a la Duquesa, los bendijo sucesivamente, y extendiendo las manos dijo:

—Ahora el Señor ha cumplido lo que dejó vislumbrar a mi espíritu. Hija mía, Dios ha preparado a ti y a todos vosotros una gran dicha; pero, a fuer de dicha terrenal, empezó con grandes padecimientos, como es forzoso que empiece toda verdadera dicha en la tierra. Lo ha hecho muy diferentemente de lo que pensábamos; pero con majestad mayor que cuanta podíamos imaginar todos nosotros. Así como entonces estuvimos juntos, ahora portentosamente y contra toda esperanza nos ha reunido aquí otra vez, y hoy ha sido el día en que, tributándole gracias con lágrimas de regocijo, ninguno falta de los que éramos entonces: aun ha sido aumentado el número con este amable niño, porque Dios en todo hace más de lo que promete. ¡Bienaventurado el que prevalece contra la prueba, pues, habiendo salido salvo después de ella, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a cuantos le tienen amor! Esta corona también os está reservada.

CAPITULO XVIII

LOS PADECIMIENTOS DE GENOVEVA TRAEN LA PROSPERIDAD A TODO EL PAÍS

Tan luego como se supo que Genoveva se hallaba mucho mejor y restablecida de sus quebrantos, todos los días llegaban gentes que deseaban verla. Wolfio, bajo la palabra de caballero, tuvo que prometer a Genoveva no despedir ni al más ínfimo vasallo; de modo que, siendo grande la afluencia, siempre había muchos juntos en aquella estancia; mas aquellas gentes guardaban tal silencio y recogimiento, que apenas se atrevían a respirar ni a pasar adelante, sino que permanecían en pie a la puerta. Los hombres estaban allí como en la iglesia, y hasta los niños pequeñitos, en brazos de las madres, levantaban en alto sus manitas. Genoveva comúnmente reposaba en su cama, o vestida de blanco sentábase en su silla poltrona, presentando el hermoso y pálido rostro tan piadoso y celestial, tan dulce y benigno, tan amoroso y jovial, que lo creían rodeado de ráfagas de luz. Ella siempre es decía algunas palabras que jamás olvidaron en su vida.

—¡Oh, queridas y buenas gentes!—les decía con voz afable y cariñosa—Me alegro de que vengáis a visitarme, y os doy las gracias por

el amor con que tomáis parte en mis pesares y contentos. ¡Ah! Ya me hago cargo de las muchas penas que también tenéis vosotros, y sé que los más habéis sido en este mundo en gran manera atormentados; pero amad constantemente a Dios, confiad en Él, y nunca desmayaréis: a los que le aman, Él los saca de todos los apuros, y cuando todo parece perdido, aun puede ayudar, pues cuando mayor es la aflicción, más próximo está el socorro. Al fin todo lo pone bien. ¿No es verdad? ¿No lo estáis viendo patente en mi propia historia? Vivid contentos con lo que tengáis, y satisfaced con poco. También puede uno deleitarse con poco, y esto lo he aprendido en el desierto. Por pobres que seáis, siempre tendréis más que yo ~~en mi~~. Vosotros ya poseéis una choza, un vestido, una cama, un fuego ~~encendido~~ en el invierno y una sopa caliente. Y, en efecto, nada más ~~precioso~~ el hombre. No apeguéis, por tanto, vuestro corazón a lo ~~terrenal~~, no os abandonéis al dinero muerto sino al Dios vivo. Dios ~~prontamente~~ puede hacer al más rico tan pobre como al más necesitado, y otra vez rico al más pobre: ya lo veis en mí. Manteneos firmes en Dios, orad de buena voluntad y conservad limpia vuestra conciencia. Quien está con Dios una vez y le rinde su corazón, tiene en su corazón el Cielo. La oración da fuerzas para obrar bien y aliento para sufrir; penetra hasta las nubes y jamás queda desoída. Una buena conciencia es una dulce almohada en todas las aflicciones, en prisión, enfermedad o muerte. Aprended esto como yo lo he aprendido. Cuando os acuse vuestra conciencia, aunque jamás sea con un pecado como el que se me culpó, procurad lo primero reconciliaros con Dios, y para ello refugiaos en Jesucristo, su amado Hijo. A Él encomendó el Padre Eterno la salvación de este mundo pecador; Él es la expiación de nuestros pecados, y derramó su sangre para el perdón de éstos. Si decimos que no tenemos ningún pecado, nos engañamos nosotros mismos; pero si reconocemos nuestras culpas, Dios, leal y justo, nos las perdona y nos purifica de todo lo malo. Oíd siempre con gusto el Evangelio, y en él os instruiréis mejor todavía que con cuanto yo pueda deciros. Con el libro de los Evangelios en una mano y una cruz en la otra vinieron hasta vosotros los primeros predicadores de la palabra divina. Os repito, pues, que oigáis el Evangelio, lo retengáis en el corazón y lo sigáis, porque es palabra de Dios, y en sí tiene fuerza para hacer felices a todos los que en Él creyeren. Acordaos también siempre de que en la cruz está la salvación. Por la cruz, por la pasión y muerte, llegó Jesucristo a su majestad; por la cruz, penas y tribulaciones también debemos nosotros llegar al reino de Dios. ¿No es verdad que por este mismo camino quisiéramos ir juntos?

Al acabar ofreció a todos la mano, y sobre ella uno tras otro le prometieron cumplir cuanto les había encargado.

Cuentos de Calleja

A los casados y padres los arengó además en particular.

Aconsejó a los primeros la mutua consideración y amor, y los previó a todos contra los celos.

—Jamás deis oídos a las falsas lenguas que pretendan turbar vuestra estimación y cariño.

Y añadía que por sí misma había experimentado cuántos pesares pueden acarrear las malas lenguas, hasta sobre los mejores matrimonios.

A los padres les aconsejó que criasen a sus hijos piadosamente y como buenos cristianos.

—Atended—dijo a muchas madres que tenía delante con sus hijos en brazos—: no está escrito en la frente del caro hijo todo lo que en este mundo le amenaza. Si gozosamente sonríe al entrar en el mundo, día vendrá en que también ha de entristecerse y llorar, como todos los que vienen al mundo. Por lo mismo, educadlos bien, a fin de que adquieran fuerzas con que recorrer esta vida combatiendo. Cuando, siendo yo así, mi madre me tenía en brazos, distaba mucho de pensar ella en los grandes pesares que habían de sobrevenirme; pero si no me hubiese exhortado a la virtud, al santo temor de Dios y a la confianza de todo corazón en el Señor, yo habría sucumbido a mis penas, desesperádome en el desierto y atentado hasta contra mi propia vida, y ahora no existiría. Sin la fe segura en Dios, en Jesucristo y en la vida eterna, sería enojosa y desconsolada la vida en la Tierra. ¡Inculcad desde muy temprano esta fe en vuestros hijos!

Acabadas estas pláticas, Desdichado debía regalar alguna cosa bonita a cada niño y a ninguno dejar nunca sin obsequio. Estas bonidades y la afabilidad y exhortaciones de la nobilísima Condesa animaban mucho a aquellas gentes, y hasta los hombres más insensibles solían llorar lo mismo que niños chiquitos. La piedad de Genoveva, sus penas, su paciencia, sus discursos y su ejemplo fueron una gran bendición para todo el país. En una dilatada extensión de aquel territorio mejoraron visiblemente los hombres, hiciéronse más religiosos, y en muchas cabañas donde antes reinaban las desavenencias domésticas rigió desde entonces una era nueva de aprecio y de amor, de paz y de contento. El venerable obispo decía frecuentemente:

—Cuando Dios quiere hacer un bien al hombre, envíale recios padecimientos, y ésta es también la más santa bendición que Dios mismo nos echa. ¡Vuestras palabras, Genoveva, hacen más provecho que mis sermones!

CAPÍTULO XIX

FATAL DESTINO DE GOLO

Cuando las gentes salían y bajaban del aposento de la Condesa, querían ver también a Golo. Un tribunal del crimen le había senten-

ciado a muerte por calumniador, criado infiel y triple asesino, y debía ser descoyuntado por cuatro bueyes. Mas el Conde, cediendo a las súplicas ardientes de su piadosísima esposa, había perdonado a Golo el castigo de muerte; pero librarle de prisión perpetua no estaba en poder del Conde. El alcaide de la cárcel, que debía enseñar a Golo a las gentes, casi no tenía hora de reposo; pero hacíalo de muy buena gana.

—¡Venid!—les decía—Si allá en el aposento de la Condesa habéis visto un retrato de la inocencia y de la virtud, en el calabozo de Golo podéis ver la estampa del delito y del vicio.

Con la linterna y un grueso manajo de llaves iba delante por los estrechos caracoles de piedra abajo hasta unos profundos subterráneos. El abrir las pesadas puertas de hierro estremecía a las gentes; y aun quedaron más espantadas cuando, alumbrado por la linterna el calabozo, vieron allí a Golo. Su aspecto era horrible: pendíanle los cabellos desgredados y sueltos sobre la frente, una larga barba medio tapaba su cara blanca como una pared, y con sus negros ojos miraba furiosa y horriblemente. Su dañada conciencia le atormentaba a veces de tal suerte que solía ponerse enteramente frenético, aullaba espantosamente, sacudía con estrépito sus cadenas, y se daba de cabezadas contra la pared. También cuando volvía en sí dirigía a los circunstantes los más extraños discursos, que penetraban hasta las entrañas.

—¡Ay, qué loco, qué rematado de loco estaba yo!—solía gritar—¡Oh; ay de aquel que se aparta de Dios, abre su corazón a los malos deseos y desoye la voz de su conciencia! Al principio puede disfrutar algunos goces fastidiosos, ruines y engañosos; pero su fin es el dolor y la miseria. Pasea entre flores; pero de repente se sume en un abismo que le arrebatada de la vista las flores. ¡Infeliz, infeliz del que aspira a los goces ilícitos! Figúrase que se aproxima a un rosal florido: alarga la mano para coger una rosa, y de pronto salta de entre las rosas una ponzoñosa serpiente silbando, que le aprisiona en sus redobladas roscas, y sin oírle le ahoga, y con venenosos bocados le despedaza y se lo engulle.

Muy a menudo preguntaba, aunque ya repetidas veces se lo habían dicho:

—Hombres, ¿es verdad que han hallado nuevamente a la Condesa y a su hijo? ¿Es así, o no más lo he soñado? ¡No, no; no lo he soñado! Así es, efectivamente; yo lo creo. ¡Escuchad más!—continuaba con voz lastimera—¡Dios es un vengador terrible! Salvó a ellos de esta prisión, y en la misma me arrojó a mí. ¡Sí, sí; aquí estuvo sentada ella!—decía Golo al mismo tiempo que pegaba con su puño sobre las encarnadas losas del pavimento—¡Aquí, en este suelo donde yazgo ahora yo! ¿Creeréis ya que Dios es justo?

Cuentos de Calleja

Otras veces clamaba :

—¡Alabado sea Dios! ¿Venís ya a buscarme? ¡Conducidme, pues, al suplicio : voy gustoso!—decía, y se levantaba—Yo maté a una madre inculpable y a un pobre niño; por tanto, se me debe cortar la cabeza. Yo he vertido sangre inocente. ¡Mirad mis manos, todavía chorreando sangre! ¡Ved qué color tan subido de sangre! ¡Reparad cómo ya no puede volvérmelas blancas ni el arroyo de lágrimas que corre de mis ojos! Por eso ha de brotar mi sangre sobre el patíbulo; pero allá voy de buena gana. ¡Prefiero morir bajo la cuchilla del verdugo a sufrir por más tiempo los tormentos que sufro aquí, aquí dentro!—y señalábase al pecho.

Había ocasiones en que, al punto de abrirse la puerta, se asombraba de las personas, reía después horribilmente y decía :

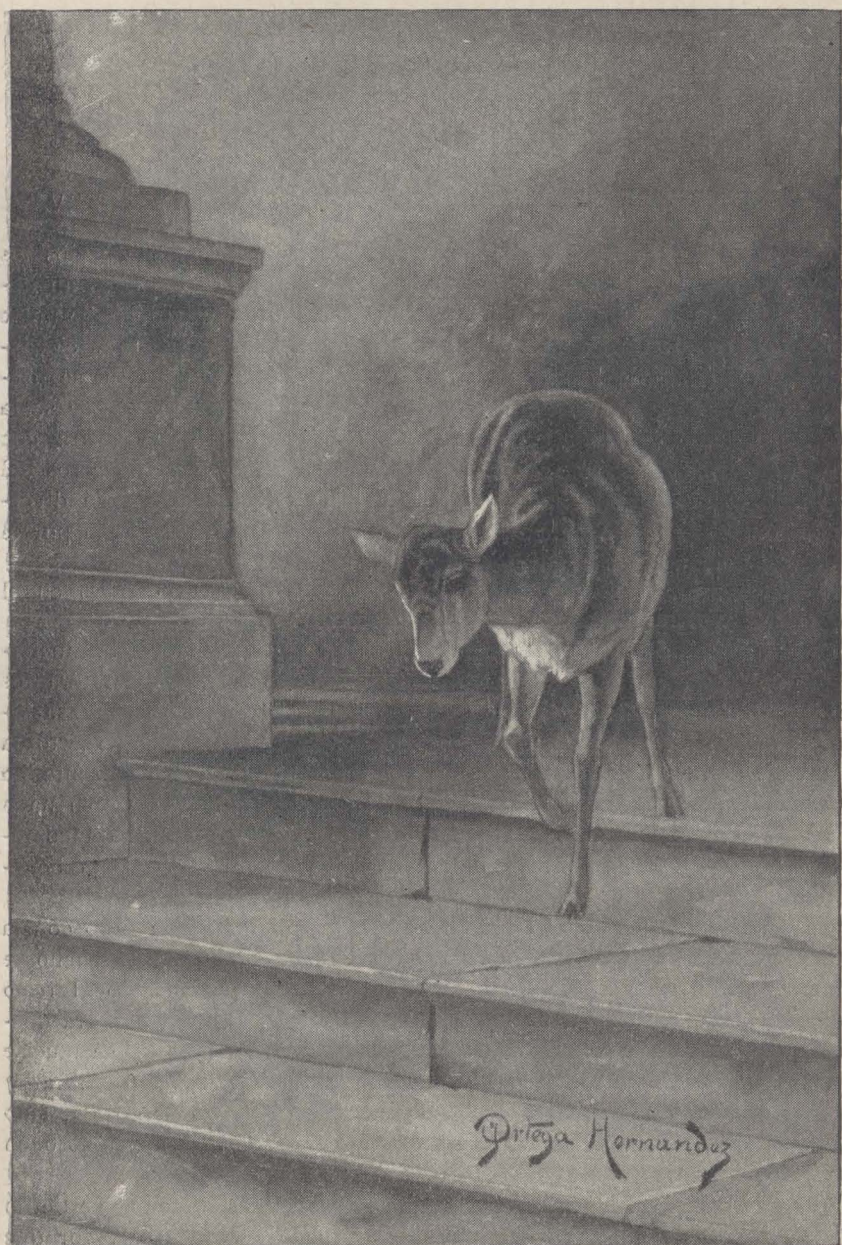
—¿Cómo venís aquí vosotros? ¿No es verdad que también os habéis dejado engañar por la concupiscencia de los malos y que además habéis seducido al inocente? ¡Sí; dejadme que vea vuestras manos, por si tienen todavía pendientes las lágrimas de alguna desgraciada madre, o pegada la sangre de algún pobre niño! ¿No me lo decís? ¿No os atrevéis a enseñármelas? ¡Ya lo sé!—gritaba entonces terriblemente—¡Es cierto : vuestras manos están empapadas en lágrimas y sangre como las mías! ¡Sois delincuentes como yo! ¡Llegad hasta mí! ¡Ved ahí—proseguía, haciéndose a un lado—, ved ahí el sitio que tendréis! ¡Todos esos delincuentes de aquí dentro son como yo!

Los niños, asustados, comenzaban entonces a dar grandes gritos, y sus madres con el vestido se tapaban la cara; todos los mozos y doncellas se proponían solemnemente mantener su corazón libre de semejantes pecados, que al fin precipitan a tal miseria, y muchos maridos y esposas decían en alta voz :

—¡Más vale comer raíces y hierbas en el desierto y ser inculpable como Genoveva, que vivir cual Golo en la abundancia de un palacio y, teniendo dañada la conciencia, venir a parar en semejante fin!

—¡Tenéis razón!—decía el alcaide mientras cerraba las puertas de hierro—Y si la vida del vicioso ya en este mundo tiene siempre un fin tan malo, seguramente lo tendrá peor todavía en el otro mundo.

En aquella desesperada situación vivió Golo muchos años, y se ignora si su muerte fue más consoladora. Decíase que nunca más tuvo reposo, hasta que por fin se le aplicó la última sentencia.



...y los más de los días brincaba por las escaleras...

CAPÍTULO XX

CONCLUSIÓN. UNA PALABRA MÁS SOBRE LA CIERVA

Después de haber visto a Genoveva, Desdichado y Golo, todos los niños querían ver también a la cierva, como en el día lo hubieran deseado los nuestros. El Conde le había mandado formar un hermoso establo propio. Corría la cierva suelta por el patio y por todo el castillo, y los más de los días brincaba por las escaleras arriba, se presentaba en el aposento de Genoveva, y no era sacada hasta que se la había dejado dentro algunos instantes. Era muy familiar para con todo género de personas, comía a la mano, y ni siquiera los perros del palacio del castillo le hacían daño. Los niños tenían una gran diversión con el hermoso animal, le daban pan, le pasaban la mano por el lomo y decían a sus madres:

—Dios mío, si no fuera por este animal, hubieran perecido en el desierto nuestra querida Condesa y nuestro amado Condesito.

—Por eso no se debe atormentar a ningún animal—decía la muchacha que tenía la fiel bestia a su cuidado—. Si nosotros no tuviéramos bueyes que uncir al arado ni vacas que nos dieran leche, lo pasaríamos tan mal como lo hubiera pasado sin la cierva en el desierto la querida Condesa, y el mundo sin los animales sería propiamente un desierto para nosotros. Pocos campos se verían labrados, y con nada nos auxiliarían las más hermosas praderas. Conque así, no incomodéis a las bestias, y demos gracias a Dios también por estos beneficios.

No se sabe a punto fijo cuánto tiempo vivió Genoveva; pero consta muy bien que mientras vivió estuvo contenta, e hizo todavía muchos e inexplicables bienes, y fue tranquilo y dichoso su fin. Todo el resto de su vida se asemejó a una hermosa y serena tarde de primavera después de una fuerte borrasca, de que dichosamente escapó, y su muerte fue el bello e interesante ocaso del sol, que, después de alumbrar y esparcir prosperidad hasta con sus últimos rayos, no se apaga, sino que sólo se oculta a nuestra vista para amanecer más majestuoso en el otro mundo.

A sus exequias asistieron innumerables personas, y todos vertieron sobre su tumba lágrimas copiosas, aunque nadie con más fervor que Sigfredo y Desdichado. La fiel cierva se estableció en el sepulcro de Genoveva, y nunca más se partió de él. No hacía caso del pasto que se

Genoveva de Brabante

le presentaba, y así continuó hasta que un día amaneció muerta sobre la tumba. El Conde mandó erigir a Genoveva un magnífico sepulcro de mármol blanco, debajo del cual fue también puesta la cierva en relieve de piedra. A instancias de Genoveva, el Conde había mandado fundar una ermita en el desierto. A la derecha, junto a la caverna de Genoveva, estaba la capilla. El obispo Hildolfo la dedicó, y el pueblo la llamó iglesia de la *Señora*. La historia de Genoveva fue primorosa y lindamente pintada en las paredes, y la crucecita de madera, que tan caros recuerdos evocaba, fue engarzada en oro después de la muerte de Desdichado y colocada en el altar. Al otro lado de la cueva había una celdita, y contiguo a ella un bello huertecito por el cual pasaba un arroyuelo del manantial. Venían de continuo muchas gentes, y el bondadoso ermitaño les enseñaba todo: la crucecita, las pinturas, la cueva, la piedra en que se arrodillaba Genoveva, el manantial en que había bebido; les contaba su historia, y a grandes y chicos aconsejaba seguir aquel hermoso ejemplo.

El pueblo veneró a Genoveva como a santa, y todavía un siglo después de aquellos acaecimientos se gloriaban los ancianos diciendo: —Siendo yo aun niño, vi a Genoveva.

Y a sus nietos que los escuchaban, les referían lo que les había dicho.

El alcázar o solar de Sigfredo, donde vivió éste con su esposa, fue demolido con el tiempo, y hoy sólo se ven algunas ruinas con el nombre de *Altsimmern*, no lejos de Coblenza; pero la veneración y amor hacia Genoveva no se extinguieron en el corazón de los hombres. Consagráronse a su memoria muchos suntuosos templos, y en piadoso recuerdo muchas señoras y señoritas llevan aún el nombre de *Genoveva*.



FRIDOLÍN EL BUENO Y THIERRY EL MALO

CAPÍTULO PRIMERO LOS CAZADORES FURTIVOS

FRIDOLÍN era un niño precioso, que tenía un corazón excelente y estaba siempre de muy buen humor. Un día encaminóse muy temprano al bosque a recoger ramas secas. Él fue quien el verano anterior, a pesar de sus pocos años, llevó auestas a la choza casi toda la leña que había de servirles para calentarse durante el invierno. Gozoso de poder ayudar a sus padres en sus penosas tareas, se dirigió aquel día al cercano bosque y empezó a trabajar. Recogió cuantas ramas secas pudo encontrar, y no descansó hasta que hubo reunido mucha leña, tanta como sus débiles fuerzas le permitían llevar.

Cargado con el pesado haz, se encaminó a su casa. Al salir del umbrío bosque entró en un delicioso valle, al cual daban luz y calor los ardientes rayos del sol. Por entre la hierba, cuajada de flores, deslizábase un riachuelo, junto al cual crecían diversas plantas y espinosas zarzas. Fridolín le remontó hasta su nacimiento, donde el agua límpida y cristalina brotaba de una roca a la cual daba sombra una corpulenta encina. A poca distancia vio las primeras fresas del año; cogió muchas, y luego se sentó al pie del árbol para comer su modesto

almuerzo, que consistía en un pedazo de pan moreno. Bebió el agua fresca y clara del manantial, y las rojas fresas le sirvieron de postre.

Pero antes de empezar a comer se quitó la gorra, cruzó sus manitas, y elevando el alma a Dios, rezó con ese infantil candor que rara vez se encuentra entre los ricos, los cuales se sientan ante mesas cubiertas con preciosas vajillas y llenas de diversos manjares, sin tomarse el trabajo de bendecir al Autor de todas estas mercedes. En cuanto a Fridolín, la alegría y el apetito sazonzaban su frugal almuerzo.

— ¡Oh! — pensaba — ¡Cuán feliz debo considerarme, porque puedo venir a comer a la sombra de este árbol tan hermoso! ¡Qué bien sabe el pan cuando se lo gana uno con su trabajo! ¡Vos, oh, Dios mío, me dais todos los días pan, salud y apetito! ¡Cuánto os lo agradezco! ¡Qué fresca y qué agradable es esta sombra! ¡Ni el mismo rey puede almorzar tan ricamente! Verdad es que mi mesa es tan suntuosa como la suya: los ricos tienen blancos manteles; el mío es de color verde brillante, y está cuajado de flores silvestres tan lindas, que no podría hacerlas más bonitas la más hábil bordadora. Mi postre — añadió sonriendo y mirando las fresas — ha sido preparado por alguien cuyo poder es superior al del mejor confitero de la ciudad: por el mismo Dios. No estoy rodeado de guardias; pero los árboles me ofrecen su deliciosa sombra, y vosotros, queridos pajarillos, que revoloteáis de rama en rama, me obsequiáis con una música que vale tanto como otra cualquiera.

En tanto que Fridolín hablaba de esta suerte consigo mismo, vio salir de un espeso bosquecillo, situado en la cima de la colina, una corza seguida de su cría.

El animalito permaneció inmóvil durante un segundo, miró tímidamente en torno suyo enderezando las orejas, y luego bajó al valle, levantando con delicadeza sus finas patitas para saltar por encima de los setos y de los troncos; el corzo brincaba junto a su madre. Esta, después de beber en el manantial, se puso a pastar, en tanto que su cría saltaba alegremente por el prado.

Ante aquel espectáculo, completamente nuevo para él, Fridolín permanecía inmóvil; apenas se atrevía a respirar. Su corazón latía de contento.

— ¡Qué animales tan lindos! — pensaba — ¡Qué formas tan graciosas y qué vivacidad! ¡Cuánto me alegro de haber venido hoy al bosque! ¡Todos los días admira uno algo nuevo!

En aquel momento oyóse una detonación que retumbó en el bosque como un trueno. Fridolín se asustó tanto, que por poco rueda hasta el pie del cerrillo en que se había sentado; el pobre niño temblaba de miedo. Aquei ruido era el disparo de un arma de fuego. La corza,

Cuentos de Calleja

tendida en el suelo, agitábase en las convulsiones de la muerte, lanzando angustiosos quejidos; a su lado, su hijito parecía compartir su dolor.

Pocos instantes después salió de entre unos matorrales un muchacho de tez pálida y con el traje destrozado. Llevaba en la mano una escopeta, y precipitándose sobre el animal, al cual acababa de herir, le remató a culatazos.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Esta vez no erré el tiro! ¡Por fin caíste en mi poder!—decía.

Un individuo mal encarado, con el pelo sucio y enmarañado, la barba revuelta y cubierto de andrajos, apareció en aquel momento con una escopeta mohosa bajo el brazo. Aquel hombre cogió la corza que había matado el muchacho, se la echó al hombro, y al ver a Fridolín huyó velozmente.

Más animoso el niño, detúvose un instante, miró fijamente al bueno de Fridolín, y escapó como su compañero.

Fridolín, que aun no se había repuesto del susto, estaba estupefacto.

—Son cazadores furtivos—se dijo—. ¡Parece mentira que tengan valor para matar a un animalito delante de su cría, que queda expuesta a morir de hambre! ¡Se conoce que no tienen la conciencia muy tranquila, cuando al ver a un débil niño como yo tiemblan y huyen despavoridos! ¡Ah! ¡Esta mala acción no les traerá buena suerte!

En aquel instante salió el corzo de entre las matas en que se había escondido cuando aparecieron los cazadores. El pobre animalito iba de aquí para allá buscando a su madre. Fridolín se acercó muy despacio al corzo, que se acurrucó entre la hierba al pie de una encina, y empezó a acariciarle, diciendo:

—¡Ah! ¡Pobre animalito, cuán digno eres de lástima! Ya no tienes madre, y vas a morir de hambre; porque, por lo que veo, aun no tienes dientes para comer hierba. ¡Pobrecito! ¡Cuánto te compadezco!

Entretanto, Mauricio, el guarda, que a la sazón prestaba servicio en el bosque, acudió al sitio donde había oído el disparo. Desde lejos vio a Fridolín arrodillado junto a un matorral y acariciando a un corzo, y tuvo el capricho de esconderse detrás de un árbol para escuchar y observar al niño.

Fridolín seguía acariciando y contemplando al animal con extraordinaria complacencia.

—¡Qué bonito eres!—decía—¡Qué manso pareces! ¡Cómo me miras con tus ojazos negros! ¡Cómo contrasta tu pelo oscuro junto a la blancura de tu pecho! ¡Y qué bien te sienta esa manchita negra

que tienes en el hocico! ¡Cuánto me gustaría llevarte a casa, y cuidarte y criarte! Pero no me atrevo; no me perteneces: perteneces al guardabosque. Voy a llevarte a su casa. ¡Con tal que no te mates! ¡No, no te matará; se lo rogaré tanto, que te dejará vivir! Es más, tal vez encuentre el medio de criarte.

Mauricio, que de árbol en árbol se había deslizado sin ser visto hasta esconderse tras la corpulenta encina, oyó al niño. Sonreía satisfecho mientras se acariciaba la barbilla. Cuando Fridolín se levantó para marcharse, llevando en brazos al corzo, vio al guardabosque, y se asustó mucho; pero el excelente Mauricio le dijo con bondadoso acento:

—¡No tengas miedo, hijito; no te haré ningún daño! He oído todo lo que has dicho a este pobre animalito, y sé que tenías la intención de entregármelo. Pues bien; si quieres te lo regalo: llévatelo a tu casa. Te será fácil criarle con un poco de leche de vaca mezclada con agua. Cuando sea un poco más grande y tenga dientes, comerá hierba y se alimentará por sí solo.

Loco de alegría, dio Fridolín las gracias a Mauricio, y con el haz de leña en la cabeza y el corzo bajo el brazo se dispuso a regresar a su casa.

—¡Adiós, amiguito!—díjole el guarda—¡Sé siempre probo y honrado, y seguramente serás dichoso!

CAPÍTULO II

EL CORZO

Al llegar a su casa, Fridolín dejó su haz de leña en un rincón y se apresuró a buscar a su madre para enseñarle su corzo.

—¡Desgraciado!—exclamó—¿Qué has hecho? ¡Has cogido este corzo en el bosque! Es como si le hubieses robado. Si el guarda lo supiera, no te dejaría volver a poner allí los pies, y este invierno te morirías de frío, porque ¿adónde iríamos por leña para calentarnos? ¡Quién sabe si te meterán en la cárcel para castigarte por haber robado! Y aun cuando este robo quede oculto a los ojos de los hombres, ¿crees que Dios lo ignora y que no piensa en castigarlo más adelante? ¿Cómo te has atrevido a cometer semejante acción delante de Aquel que todo lo ve? Mira, Fridolín: te mando que lleves inmediatamente este corzo al bosque, al mismo sitio donde le has cogido, para que este pobre animalito pueda encontrar a su madre. Al mismo sitio, ¿lo oyes?, y corriendo.

—¡Pero, mamá—respondió Fridolín—, escuchadme dos palabras antes de enfadaros!



Fridolín se levantó para marcharse, llevando en brazos al corzo.

Fridolín el bueno y Thierry el malo

Entonces le contó lo que había sucedido en el bosque, y le explicó cómo el guarda le había regalado el lindo corzo.

—¡Muy bien! —dijo la madre— ¡Eso ya es otra cosa! Pero ¿cómo te arreglarás para criar y dar de comer a este animalito? Por la mañana sólo tomas un tazón de leche, un pedazo de pan moreno y unas patatas; ¿y todavía quieres partir tu almuerzo con tu corzo?

—¡Ah! ¿Y por qué no? —replicó alegremente Fridolín— ¿No debemos sacrificar gustosos parte de lo que poseemos para socorrer a los necesitados? ¿No debemos ser misericordiosos hasta con los animales? Sería una infamia dejar morir de hambre a este animalito. Vos misma me habéis dicho muchas veces que a los ojos de Dios no hay limosna más meritoria que la que un pobre da a otro pobre. Si me dais permiso para que me quede con este pobre corzo, lo que le dé para criarle será también una especie de limosna, y estoy seguro de que Dios me recompensará por ello algún día.

Sonrió la bondadosa madre y ya no opuso ningún reparo. Fridolín crió al corzo dándole la mitad de la leche que a él le daban, le preparó en un rincón de la casa una blanda cama de paja, y le cuidó con el mayor esmero.

Al poco tiempo el animalito se dio cuenta de los cuidados de su amo: conocía su voz, salía a recibirle cuando el niño entraba en la casa, y, por último, se acostumbró a seguirle a todas partes, hasta al bosque. Fridolín no tenía que tener el menor temor de que su fiel cervatillo se le escapara. Muchas veces, cuando se ocupaba en coger leña o en buscar fresas, el corzo se alejaba para pastar durante unos segundos; pero cuando Fridolín, cansado del trabajo, se sentaba al pie de un árbol con objeto de reposar, el animalito se acercaba a su amo y se acostaba junto a él para descansar también.

Todo el mundo admiraba la belleza de aquel animal. Al principio, cuando Fridolín volvía a su casa con el haz de leña en la cabeza y seguido de su corzo, que le obedecía con la inteligencia y la docilidad de un perro, casi siempre le acompañaba hasta la puerta de su casa un tropel de alborotadores chiquillos que le contemplaban con admiración.

El hijo de un rico propietario del pueblo fue un día a visitar a los padres de Fridolín, y quiso comprar el corzo; pero Fridolín le contestó que no lo vendería aunque le dieran doscientos francos.

—¡Bah! —exclamó su madre— ¡No pensarás siempre lo mismo! Tomó entonces el padre la palabra, y dijo a su mujer:

—Deja que nuestro hijo disfrute tranquilamente de lo que constituye su única alegría. Fridolín nos enseña que hasta el más pobre puede encontrar en este mundo alegrías y goces que no le cuesten un cuarto, y a los que no renuncia aunque le ofrezcan un imperio. Tú

te entretienes con tu jardincito, te complaces en ver tus judías con sus flores color de fuego y tu lindo rosal; yo nunca estoy más contento que cuando me ocupo en cuidar los dos manzanos que yo mismo he plantado delante de nuestra puerta, y el contemplar las frondosas ramas del peral que da sombra a nuestra choza me produce singular satisfacción. Pues bien; Fridolín cifra toda su alegría en su corzo.

El que se conmueve al ver las bellezas de la Naturaleza, se complace en contemplar las innumerables obras hechas por la mano de Dios y sabe atribuirlo todo a la gloria del Eterno, ése, por pobre que sea, se considera siempre rico, porque en todas partes hallará objetos que le interesen y placeres puros e inocentes, infinitamente superiores a las fútiles y peligrosas diversiones del mundo.

CAPÍTULO III

LOS PADRES DE FRIDOLÍN

Nicolás y Margarita, los padres de Fridolín, vivían a la salida de la aldea de Haselbach. Su choza, techada con bálago, parecía tan antigua como el peral centenario que le daba sombra. Una espesa capa de musgo cubría el tejado, y contrastaba por su verdor con el color grisáceo de las paredes. Junto a la casa había un huertecillo que no ocupaba mayor espacio, y que estaba rodeado por un seto de espinos. Al ver una choza tan pobre y un huerto tan pequeño, los transeuntes no podían menos de decir:

—Los habitantes de esa cabaña deben de ser bien pobres.

Y, sin embargo, aquella pobreza no era obstáculo para que Nicolás fuese el hombre más alegre de toda la comarca. Los ricos agricultores en cuyas tierras trabajaba en las faenas de la siega o de la trilla envidiaban su carácter, siempre jovial, y solían decirle:

—¿Cómo puedes estar siempre tan tranquilo y tan alegre, siendo, como eres, más pobre que Job?

—Os equivocáis—respondió Nicolás—; no soy pobre como creéis. Tengo un padre inmensamente rico, que nunca me deja carecer de lo necesario: el Padre Eterno. Y además—añadía riendo—, bajo los harapos que me cubren guardo un tesoro que no daría por cien mil francos: este tesoro es una conciencia pura. Por otra parte, tengo salud, gracias a Dios, y dos buenos brazos para ganar mi pan y el de mi mujer y de mi hijo. ¿Por qué he de estar triste?

Margarita no siempre podía compartir la constante serenidad de su marido: muchas veces oíanla lamentarse de ser pobre.

—¡Qué poco juicio tienes!—dijo a su marido una tarde que éste silbaba una canción mientras afilaba la hoz para ir a segar al día siguiente— ¡Qué poco juicio tienes! ¡Nunca piensas en nada!



Procuremos educar a nuestro hijo en los principios de la piedad y de la virtud.

Cuentos de Calleja

—¿En nada? —contestó Nicolás riendo— ¡Pues me gusta! ¡Estaría bueno! ¿No ves que estoy afilando la hoz para que mañana corte mejor? ¿En qué quieres que piense además?

—No tenemos un cuarto en casa. ¿Qué sería de nosotros si nos sucediese una desgracia?

—¡Ah! Si tuviésemos que tener dinero guardado para remediar todas las desgracias que pueden ocurrirnos, necesitaríamos una cantidad enorme. ¿Crees que hay en el mundo alguien que tenga el dinero suficiente para evitar todos los males que puedan sobrevenirle?

—¡Ay! Demasiado sabes que hay en la comarca una epidemia, y que también nosotros podemos enfermar.

—¡Claro que podemos enfermar! Pero ¿a qué atormentarnos por adelantado? Las preocupaciones y las penas no son nada a propósito para conservar la vida; por el contrario, son muy malas para la salud. Si cayésemos malos y no pudiésemos trabajar, Dios nos ayudaría; Él sabe mejor que tú lo que nos conviene. Su protección nos será provechosa, en tanto que tus preocupaciones no sirven para nada.

—Siempre dices lo mismo; pero la verdad es que si muriésemos no le dejaríamos nada a nuestro Fridolín.

—¿Nada? —exclamó Nicolás levantándose y dejando su hoz— Te equivocas, Margarita. Yo, por el contrario, creo que le dejamos algo que vale más que una talega de dinero: una sólida instrucción cristiana y una buena educación. ¿Hay en el mundo tesoro más precioso que el temor de Dios, el amor al trabajo, la modestia en los deseos y el horror al pecado? ¿Crees que semejante tesoro es una herencia despreciable? ¿No te parece que podemos considerar asegurada la felicidad de Fridolín mejor que si le dejásemos una gran fortuna? Procuremos educar a nuestro hijo en los principios de la piedad y de la virtud, y no nos preocupemos de su porvenir. Aunque pobre, siempre estará alegre y satisfecho como yo. Un corazón alegre y libre de penas; ¿qué más podemos desear en este mundo? ¿De qué sirve el dinero cuando esto falta? ¡Confíemos en Dios, querida; seamos buenos, estemos alegres, y siempre seremos felices!

CAPÍTULO IV

EL HERIDO

Nicolás consiguió por fin comunicar a su mujer su confianza en Dios y su alegría. Vivían felices y satisfechos, consagrados a la religión y a la virtud. Su hijo, cuyo corazón iban formando con su ejemplo, más bien que con sus prudentes consejos, respiraba a su lado la honradez y la piedad, como se respira el aire. Los imitaba, y los tres vivían en la más dulce intimidad.

Pero una terrible desgracia sumió en la desesperación a esta simpática familia.

Hallábase un día Nicolás en el bosque haciendo provisión de leña, en tanto que otros leñadores, a pocos pasos de distancia, derribaban una corpulenta encina.

Por imprevisión, el árbol cayó repentinamente hacia el lado donde trabajaba Nicolás. Los leñadores dieron grandes gritos para avisarle; pero no pudo huir con la ligereza necesaria, y una rama muy grande le alcanzó y le tiró al suelo. Se hizo varias heridas; entre otras, una muy grave en el brazo derecho. Acudieron todos los obreros a socorrerle; le vendaron con sus pañuelos, y, haciendo inmediatamente una especie de camilla, le llevaron a su casa.

Fridolín y su madre se asustaron mucho al oír los gritos de la multitud que se había reunido en la calle; pero ¡cuál no sería su espanto cuando desde la ventana vieron al pobre Nicolás en la camilla, más pálido que un muerto! Bajaron apresuradamente, derramando un torrente de lágrimas.

—¡No os desesperéis de ese modo!—les dijo el herido— ¡Dios es quien nos envía esta desgracia! No se mueve una hoja sin que él lo disponga: ha permitido que un árbol me alcanzase al caer. ¡Aceptemos sin murmurar los sufrimientos que se digne enviarnos, y Él sabrá hacer que redunden en provecho nuestro! Todo lo que Dios hace está bien hecho; esta dulce convicción basta para dulcificar las amarguras de nuestra situación.

Fridolín corrió a buscar un médico. Este, cuando hubo examinado la herida del brazo, dijo que le parecía muy grave, pero que confiaba en curarla. Sin embargo, la herida, en lugar de mejorar, tenía aspecto cada vez más alarmante, y un día, al levantar el apósito, dijo el médico moviendo la cabeza que tal vez fuese necesario cortar el brazo. ¡Figúrense nuestros lectores el terror de la madre y del niño!

Cuentos de Calleja

Margarita, consternada, tomó inmediatamente el partido de ir al pueblo inmediato para rogar a un médico muy célebre que allí vivía que fuera a asistir a su marido. El doctor era muy hábil, efectivamente; pero, por desgracia, era también muy interesado, y en cuanto supo que iban a buscarle para asistir a un jornalero, no quiso molestarse en hacer una caminata de tres leguas. Limitóse, pues, a prescribir las plantas que debían aplicar en compresas sobre la herida, asegurando que aquello bastaría para curarla. Margarita, temiendo que estas palabras fueran un vano consuelo, le suplicó de rodillas que fuese a ver a su marido; pero no pudo conseguirlo.

Desesperada y con los ojos encarnados de tanto llorar, regresó a su casa, y apenas hubo dado cuenta a su marido del mal resultado de su viaje, añadió:

—¡Ah! ¡Ahora sí que estoy convencida de que el ser pobre es una gran desgracia!

Pero el prudente Nicolás le respondió:

—No te aflijas de ese modo, Margarita, y guárdate de tener más confianza en un despreciable metal que en Dios vivo. Los médicos me abandonan. Pues bien: el Señor nos ayudará. Él sabrá derramar un bálsamo bienhechor en mis heridas, y sanaré, si es su voluntad. Tranquilízate. Él sabe que somos muy pobres y no nos abandonará.

El pobre Fridolín no cesaba de llorar. Estaba muy pálido, y su alegría había desaparecido; apenas hacía caso de su corzo, al que tanto quería, y siempre estaba rezando para que Dios curase a su padre.

—¡Señor—decía—, tened compasión de nosotros; ayudadnos antes de que sea tarde; dignaos cumplir vuestra promesa, Dios misericordioso y amantísimo, porque nos habéis dicho: «Invócame en la desgracia, y yo te ayudaré, y tú me glorificarás!»

CAPÍTULO V

EL SOCORRO DEL CIELO

A una legua de la aldea de Haselbach, al otro lado del bosque, alzabase el castillo del conde de Finkenstein. Un día, después de almorzar este señor, que era muy aficionado a la caza, se dirigió al bosque acompañado del hermano de su mujer, comandante del ejército, el cual había ido a pasar unos días en su casa. Federico, el hijo del señor de Finkenstein, había obtenido permiso para ser de la partida. Mauricio, el guarda, los acompañaba también. Después de recorrer el bosque sin encontrar una sola pieza, Mauricio, deseoso



...penetró en el bosque con un excelente perro de caza.

Cuentos de Calleja

de proporcionar al hijo de su amo el placer de disparar por lo menos un tiro, dijo a Federico:

—¿Veis ese prado de trébol junto a ese grupo de avellanos? Aposaría cualquier cosa a que ahí hay alguna liebre escondida. Vamos a verlo; pero mucho cuidado, no vayáis a errar el tiro.

En cuanto Mauricio hubo indicado a Federico el mejor sitio, y no bien los otros dos cazadores se hubieron puesto también en acecho, penetró en el bosquecillo con un excelente perro de caza y lo recorrió en todos sentidos. De pronto ladró el perro; el lindo corzo de Fridolín salió de entre unos matorrales, y se quedó parado a unos treinta pasos del sitio donde se encontraba Federico. Apuntó éste, salió el tiro, y el corzo, asustado, echó a correr. Afortunadamente, el lindo animalito no estaba herido, y Federico le siguió con los ojos, algo contrariado.

Se quedó mudo de asombro al ver que el corzo corría velozmente hacia la aldea, cruzaba con extraordinaria rapidez el estrecho tablón que hacía las veces de puente en el arroyo del molino, y se metía después resueltamente y como el que entra en su casa en la primera choza del lugar.

El Conde y el Comandante se acercaron a Federico y le preguntaron si había matado algo. El niño les respondió que había tirado a un corzo; pero que había errado el tiro, y que el corzo se había refugiado en una choza a la entrada de la aldea, metiéndose en ella sin la menor vacilación. Federico ignoraba que se pudiera domesticar a los corzos. Lo supo por Mauricio, el cual le contó la historia del lindo animal que en otro tiempo regalara a Fridolín. El Condesito, deseoso de ver de cerca al precioso corzo, pidió permiso para dirigirse a la choza. Concediéronsele, y con toda la ligereza propia de su edad corrió a la cabaña, en tanto que su padre, su tío y Mauricio le seguían lentamente.

Cuando penetró en la habitación, más que modesta, pero muy limpia, donde el pobre Nicolás yacía en su lecho, vio Federico a Fridolín sentado en un banco, partiendo su pan con el corzo, que de pie ante su amo cogía los pedazos de su misma mano. El que más comía era el corzo, porque en aquel momento de amargura el pobre Fridolín no tenía apetito. Federico no hizo gran caso del enfermo: no tenía ojos más que para contemplar al precioso animalito. Estaba entusiasmado por verle tan manso, tan sociable, y poder acariar-le sin que se espantase.

Entretanto llegaron a la choza de Nicolás los dos caballeros y Mauricio. Entonces dijo el Comandante a su cuñado:

—Puesto que este pueblecillo te pertenece, voy a recorrerle, por-

que no le conozco todavía. Espérame en esa choza con Federico. No tardaré en volver.

Alejóse el Comandante con el guarda, y el Conde entró en la cabaña. Al ver al enfermo mostró gran interés, y le interrogó bondadosamente por la causa de sus sufrimientos. En aquel momento llamó Federico a su padre, y le dijo en voz baja que preguntase si querían venderle el corzo.

—Le dejaré correr por el parque del castillo—dijo—, y os aseguro, papá, que disfrutaré mucho viendo constantemente a este lindo animalito.

Fridolín adivinó inmediatamente el deseo del Condesito, y acercándose le dijo:

—Hace mucho tiempo me ofrecieron una cantidad bastante grande por mi corzo, y la rehusé porque no quería venderle; pero en este momento le vendería con mucho gusto, porque el dinero que me dieran por él serviría para pagar al cirujano de la ciudad, que de este modo vendría a curar a mi padre.

El señor de Finkenstein, conmovido al ver el amor filial de aquel excelente hijo y la angustiada situación del padre, dio tres escudos de seis francos a Fridolín, el cual, como nunca había visto tanto dinero junto, se creyó inmensamente rico. Al aristócrata no le parecía tan grave el estado del herido, por lo cual iba a retirarse, limitándose por el momento a esta limosna. Pero en la angustiada situación en que se hallaba, aquellos diez y ocho francos no le hubieran servido de mucho al pobre Nicolás, si Dios, cuya sabiduría y cuya bondad son admirables, no hubiese hecho que su enfermedad, y hasta sus dolores, fueran para él una fortuna. Así, pues, en aquella circunstancia el Todopoderoso mostró toda su bondad, como aquel que sabe preparar anticipadamente y enviar en el momento más propicio el auxilio que necesita el hombre en momentos de angustia.

CAPÍTULO VI

EL ENCUENTRO

En tanto que conversaban el Conde, su hijo y Fridolín, el Comandante, que venía a reunirse con sus parientes, entraba en la habitación. Era un buen mozo, de elevada estatura, y tuvo que quitarse su sombrero, adornado con una pluma, para no tropezar con el techo. Se sentó cerca de la cama del enfermo, pareció interesarse mucho por él, le interrogó sobre su posición, y, entre otras cosas, le preguntó si no tenía en la aldea algunos parientes o amigos que estuviesen en disposición de ayudarle.

Cuentos de Calleja

Respondió Nicolás que no había nacido en aquella aldea y que no tenía en ella ningún pariente.

—Entonces, ¿de dónde sois?—preguntó el Comandante.

—He nacido en Grunval, un pueblecito que está a treinta leguas de aquí.

—¡Ah! ¡Sois de Grunval! Conozco mucho ese pueblo, y me acordaré de él mientras viva, porque allí me vi comprometido en una aventura que hubiese podido tener para mí funestas consecuencias a no ser por la oportuna intervención de un tal Nicolás Warner, que me salvó de un peligro inminente.

—Ése es mi nombre—dijo el enfermo—; yo me llamo Nicolás Warner.

—¡Cómo! ¡Os llamáis Nicolás Warner! ¡Sois de Grunval!—exclamó fuera de sí el Comandante, cogiendo por una mano al enfermo y contemplándole atentamente sin añadir una palabra.

Por último dijo:

—¡Sí; sois vos, efectivamente! Aunque no os he visto más que una vez en mi vida, jamás olvidaré vuestras facciones. ¡Habéis cambiado mucho! Entonces estabais radiante de juventud, y vuestro cutis era terso, fresco; hoy vuelvo a veros pálido y tostado por el sol. Pero esos ojos negros, tan dulces y tan expresivos al mismo tiempo, siguen siendo los mismos, y los reconozco perfectamente.

—Me parece que me tomáis por otro: no recuerdo haberos visto jamás.

—¡Oh! ¡Sí; estoy seguro de que me habéis visto! Y puesto que, según parece, lo habéis olvidado, voy a recordaros el sitio y las circunstancias en que se verificó nuestro encuentro. Escuchadme: es una aventura de mi juventud. Un día, tenía yo entonces diez y ocho años, atravesaba a caballo el bosque que hay cerca de Grunval, y me dirigía a casa de un discípulo con el cual iba a pasar las vacaciones. Mi traje era lujoso, y mi maletín, sujeto a la grupa, estaba muy bien provisto. Iba a ponerse el sol, y yo seguía tranquilamente mi camino a través del bosque, cuando de repente una voz terrible me gritó desde unos matorrales: «¡Alto! ¡Detente!» Mi caballo salió al galope. Inmediatamente me hicieron fuego; sentí silbar la bala. Un instante después resonó otro disparo en el bosque, y la bala penetró en mi maletín, donde la encontré después. Todavía la conservo como recuerdo. Al mismo tiempo oí los pasos de los ladrones, que me perseguían gritando: «¡Párate, párate, o eres muerto!» Mi caballo volaba, y yo tenía la seguridad de librarme de ellos. Desgraciadamente, el camino era malo y en cuesta, y mi caballo cayó al suelo y me cogió debajo. Como no me hice ningún daño, no pensé más que en levantarme rápidamente; pero en el momento en que

iba a volver a montar me alcanzó uno de los bandidos y se abalanzó a mí sable en mano: iba a abrirme la cabeza de un sablazo. En aquel instante salió del bosque un joven robusto, con un haz de leña al hombro y un garrote en la mano. Verme en tan peligrosa situación, tirar la leña al suelo, volar en mi socorro y dar al bandido un vigoroso golpe en el brazo, fue para el generoso joven cosa de un segundo. Mi agresor dejó caer el sable, y desapareció por entre los árboles lanzando espantosos alaridos. Yo recogí inmediatamente el arma que había caído a mis pies, y me hallé en disposición de defenderme contra el otro malhechor, que me había alcanzado y me atacaba impetuosamente. Era un hombre de gigantesca estatura y de imponente aspecto; manejaba el sable con más habilidad que el maestro de esgrima que me daba lecciones, y seguramente hubiese yo acabado por sucumbir en lucha tan desigual, si el joven no le hubiera dado con su nudoso garrote dos palos tan terribles en la espalda, que el bandoleiro, viéndose perdido, aprovechó un momento oportuno, franqueó de un salto la cuesta del camino y desapareció en el bosque. Pues bien—añadió el Comandante dirigiéndose al Conde—; el valeroso joven que fue mi ángel guardián, el que me salvó la vida, es el pobre Nicolás. Decid, amigo mío: ¿no fuisteis vos?

—Sí, señor, yo fui; todavía recuerdo que aquel día llevabais una casaca verde bordada en oro y un sombrero adornado con una pluma blanca. Vuestro caballo alazán tenía una mancha blanca en la frente, y apenas podía andar, porque al caer al suelo se había lastimado las patas delanteras. Tuvisteis que llevarle del diestro y hacer el resto de la jornada a pie; yo os acompañé. Pero ahora no me hubiera sido posible reconocer en este caballero de marcial continente al jovencito esbelto y de tez delicada que conocí en aquella época.

El Comandante, muy conmovido, estrechóle la mano y le dijo:

—Os debo eterna gratitud, y os ruego que me perdonéis el haber tardado tanto en pagar esta deuda sagrada. No olvidaba vuestro nombre; pero en aquella época no era más que un muchacho muy aturdido. Rara vez tenía dinero a mi disposición, y poco tiempo después abracé la carrera militar. Luego la guerra, obligándome a trasladarme de un punto a otro, me hizo perder de vista esta aventura. Pero os aseguro que he pensado mil veces en vos. Ahora me felicito de haberos encontrado, y doy por ello gracias a Dios.

Nicolás, que ignoraba su parentesco con el Conde de Finkenstein y que no sabía que le hubiese acompañado a la aldea, le preguntó por qué casualidad había descubierto su vivienda.

—Ese corzo—respondió el Comandante—es el que me ha traído a vuestra casa y me ha enseñado el camino. Evidentemente, todo esto lo ha dispuesto la Providencia, porque me parece que mi presencia

«en estos lugares podrá seros de alguna utilidad, sobre todo en estos momentos.

El Comandante se informó entonces de la situación del enfermo, que quiso conocer hasta en sus menores detalles. Examinó la herida; y como en sus campañas con muchísima frecuencia había tenido ocasión de apreciar la gravedad de esta clase de accidentes, inmediatamente comprendió el peligro en que se hallaba Nicolás, y le dijo:

—En efecto; necesitáis que inmediatamente os vea un médico, porque de lo contrario puede sobrevenir la gangrena. Pero no desesperemos, y sobre todo no perdamos un instante; vos me salvasteis la vida, y confío en ser bastante afortunado para pagaros en la misma moneda.

CAPÍTULO VII

LA CARIDAD DE LOS NOBLES

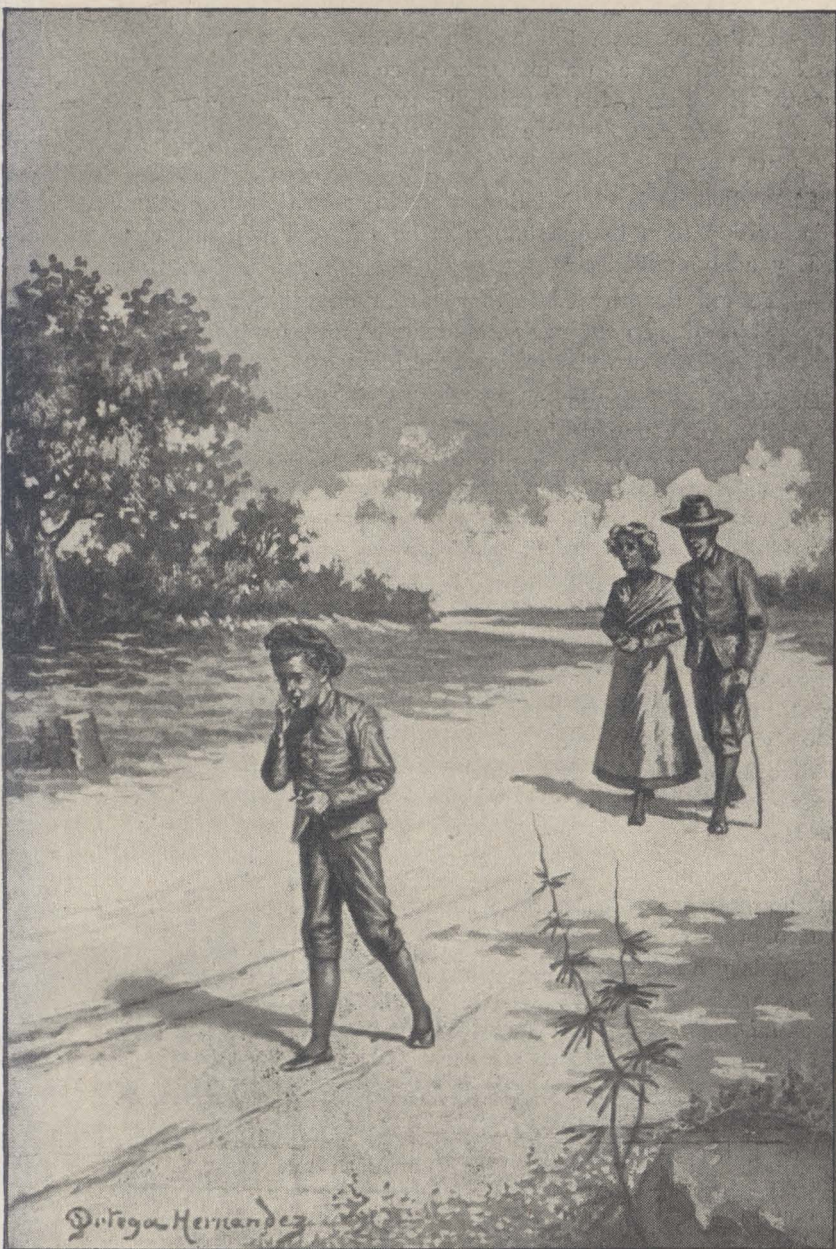
Después de conversar de esta suerte con el enfermo levantóse el Comandante, y le anunció que iba a regresar al castillo de su cuñado y a enviar inmediatamente un propio a la ciudad con orden de traerse a la aldea aquel cirujano más hábil que desinteresado.

—Le prometeremos una buena recompensa por su asistencia —añadió—. En cuanto a las medicinas y los demás gastos que se originen para atenderos a vos y a vuestra familia, corren de mi cuenta. Así, pues, ¡valor, amigo mío! Todo se arreglará perfectamente, y pronto estaréis tan bien como yo.

En el momento en que iba a retirarse, llegó Margarita, con el delantal lleno de una porción de plantas que había cogido en el campo, siguiendo los consejos del médico. Estaba triste y abatida, y se sorprendió no poco al encontrar a su marido en compañía de aquellos caballeros tan distinguidos. Pero cuando supo lo que había pasado y lo que el Comandante se proponía hacer, experimentó tan grande alegría y una emoción tan intensa, que no pudo contenerse, y echándose a llorar y cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Oh, gracias, gracias, Señor misericordioso, Dios de bondad! ¡Nos envías socorros en el momento en que nos hallábamos sin recursos y en que todo parecía perdido! ¡Sí; en los instantes de amargura los pobres y los desgraciados encuentran en Vos un amigo fiel! ¡Jamás abandonáis a los que tienen fe en Vos! ¡Aceptad benigno las humildes palabras con que os demostramos nuestra gratitud, ¡oh, Dios de bondad, Padre mío amantísimo!

La sincera piedad de la buena mujer conmovió profundamente a todos los presentes. También Federico estaba entusiasmado con cuanto acababa de ver y de oír. Pero una cosa le preocupaba: ¿cómo se lle-



Fridolín, Margarita y el convaleciente se encaminaron al castillo.

varía el corzo al castillo? Ya era demasiado grande para poder llevarle en brazos hasta Finkenstein, y seguramente no sería mucho más fácil conducirlo atado a una cuerda, como el que lleva una res al matadero. En efecto, fue preciso rogar a Fridolín que los acompañase al castillo, llevándose de este modo al dócil animalito, que le seguía como un perro.

El médico de la ciudad llegó aquella misma noche. Examinó la herida, criticó todo lo que había hecho el ignorante cirujano de la aldea, y acabó por decir:

—¡Ya era tiempo! Si llego a tardar en venir medio día más, hubiera sido preciso amputar el brazo. Ahora os prometo que dentro de seis semanas estará curada la herida.

Desde aquel instante el Doctor, en un caballo del Comandante y acompañado de uno de los criados del Conde, fue todos los días a la choza del pobre jornalero mientras duró la gravedad, y después dos o tres veces por semana. Prodigaron a Nicolás toda clase de cuidados, y seis semanas después Fridolín, Margarita y el convaleciente se encaminaron al castillo de Finkenstein para dar las gracias al caritativo Comandante por todo lo que le debían. El bondadoso oficial, que era muy rico y que sabía por el médico que Nicolás, a pesar de la completa curación de su herida, no podría volver a manejar bien el brazo, y, por lo tanto, tenía que renunciar a todo trabajo penoso, les señaló una pensión, prometiéndoles que la aumentaría conforme Nicolás y Margarita fueran haciéndose viejos. Al pagar la cuenta del médico le aconsejó gravemente que en lo sucesivo se mostrase más compasivo con los pobres, y que no les negase los auxilios de la ciencia.

El corzo, por su parte, hallábase muy a gusto en el parque del castillo, y entretenía mucho al Condesito, con el cual se familiarizó pronto, mostrándole tanto cariño como a Fridolín. Cada vez estaba más grande y más bonito; al año siguiente era ya un magnífico corzo, arrogante y precioso. Sólo era arisco con los extraños, y a veces mostrábase agresivo cuando se le acercaba algún desconocido sin ir acompañado por algún habitante del castillo; pero cuando se ponía furioso era cuando se encontraba con los aldeanitos que solían meterse en el huerto para robar fruta. Apenas veía uno, arrojábase sobre él, le tiraba al suelo, y ejercía de este modo las funciones de guarda de la finca. Pero con todos aquellos a quienes conocía, y hasta con los extraños que se acercaban a verle acompañados de alguno de los criados de la casa, el inteligente animal mostrábase extraordinariamente manso. En verano, cuando el Conde y su familia iban a tomar el té a la sombra de un cenador, inmediatamente acudía el

Fridolín el bueno y Thierry el malo

precioso corzo, de formas elegantes, y rondaba alrededor de la mesa, pidiendo a cada uno de los presentes un pedacito de pan.

Fridolín, que se había separado de su querido corzo no sin experimentar cierta pena, tenía permiso para ir a verle y entrar en el castillo siempre que quisiese. Aprovechó el niño el permiso yendo todos los domingos después de misa. Los Condes estaban generalmente en el jardín, y se completaban en ver a Federico y a Fridolín entregados a los juegos y a los ejercicios propios de su edad. Entretanto observaban cuidadosamente al hijo del leñador. Su inteligencia, su modestia y su inalterable alegría agradaban mucho al Conde y a su esposa. Sentían que aquel chiquillo tan simpático estuviese destinado a ser un simple leñador, porque su pobre padre no tenía medios para darle otro oficio, por lo cual resolvieron que Fridolín se quedase a vivir con ellos para que acompañase a su hijo y estudiase al mismo tiempo que Federico, dejando para más adelante decidir lo que habían de hacer con el niño, con arreglo a sus inclinaciones y a la conducta que observase.

—Porque lo mejor que podemos hacer con nuestra fortuna—decían los Condes—es consagrar parte de ella a sostener a los hijos de los pobres, y la más hermosa obra de caridad consiste en dar a esos niños una educación que les permita ser dichosos y dignos de estimación.

Fridolín fue, pues, a vivir al castillo de Finkenstein, y compartió con el Condesito los beneficios de la instrucción, por lo cual el pobre niño y sus padres mostrábase profundamente agradecidos a los Condes. Éstos le vistieron convenientemente, y nuestro amiguito estaba muy guapo con su nuevo traje. Pero lo esencial era que sabía merecer los beneficios de sus nobles protectores por sus atenciones, su cortesía, su carácter alegre y afectuoso, y sobre todo por su fidelidad a toda prueba. Así, pues, todo el mundo le quería y le mimaba.

Mauricio estaba muy satisfecho, porque, según decía, Fridolín le debía a él en primer lugar su felicidad.

—Es un muchacho excelente—solía decir—; todos los que son como él merecen la protección de Dios y la estimación de los hombres.

CAPÍTULO VIII

LA EDUCACIÓN DE THIERRY

A unas cuantas leguas del castillo de Finkenstein, en Waldon, vivía en aquella época un hombre honrado y muy digno, llamado Juan Mai, maestro de obras muy hábil, o mejor decir, arquitecto peritísimo. Magdalena, su mujer, pertenecía a una distinguida familia de la clase media. Estaba en posición muy desahogada, y su casa, edificada por

él mismo en la plaza, cerca de la iglesia, era una de las mejores del pueblo.

Los esposos amaban tiernamente a su único hijo, precioso chiquillo, listo y gracioso como él solo, y no pensaban más que en educarle bien. Pero, desgraciadamente, los padres tomaron dos caminos opuestos. Deseaba el padre hacer de su hijo un buen cristiano, un ciudadano honrado, en tanto que la madre quería que llegase a ser un día el hombre más dichoso y más considerado de la comarca.

—Mira, Magdalena—decíale su marido—: procuremos en primer lugar que sea un hombre honrado; la felicidad y la consideración vendrán después por sí solas.

Pensaba el padre, con razón, que la buena educación debe empezar desde la cuna, y que conviene acudir con tiempo para dominar el egoísmo natural y las violentas pasiones de la infancia.

Magdalena, por el contrario, no se preocupaba más que de lo exterior, de vestir muy bien a su Thierry, enseñándole principalmente a estar muy derecho, a andar con garbo y a saludar con mucha gracia, y cerrando los ojos a todos los demás defectos que su marido se esforzaba inútilmente en reprimir.

La madre no quería oír hablar de semejante severidad; nunca pudo imponer el menor castigo a su hijo. Cuando el pequeñuelo empezaba, según tenía por costumbre, a gritar y a llorar, o a hacer como que lloraba para conseguir alguna cosa, apresurábase a satisfacer sus menores deseos. Su amor maternal le impedía corregirle y acostumbrarle a la obediencia. No tardó en advertir las funestas consecuencias de su debilidad, y pronto le fue imposible dominarle.

Desgraciadamente, Juan Mai tenía que trabajar siempre fuera de su casa. Habíase encargado de varias obras, no sólo en el pueblo, sino en las aldeas inmediatas. Tenía que irse a trabajar en cuanto amanecía, y no volvía a su casa hasta la hora de comer o por la noche; a veces se marchaba el lunes, y no regresaba hasta el domingo siguiente. La educación de Thierry quedaba, pues, a cargo de la madre, que no cesaba de mirarle. Muchas veces le decía su marido:

—Magdalena, trata con más severidad a este niño, que no nos obedece. Sigue mi ejemplo: es necesario que nos ayudemos mutuamente. Si tú deshaces cuanto yo hago, ¿cómo podré llevar a cabo mi obra?

Aunque Magdalena no carecía de inteligencia, su cariño la cegaba hasta tal punto que parecía no advertir los mayores defectos de su hijo, o, si los advertía, no le castigaba por ellos.

Aun era Thierry muy pequeño, y ya se permitía levantar la mano a su madre. Ésta, en vez de reprenderle, contentábase con decirle:

—¡Ten más juicio, tunantuelo; mira que no voy a quererte!

Un día atrevióse el niño a pegar a su padre, que quería quitarle de

las manos un cuchillo recién afilado. Juan Mai cogió inmediatamente una varita, y le dio con ella unos cuantos buenos golpes en los dedos.

—Pero ¿acaso un niño tan pequeño como Thierry se da cuenta del daño que puede hacer a los demás o a sí mismo? —exclamó la madre.

—Pues precisamente porque no lo sabe es necesario hacérselo comprender —replicó el padre—. Ciertamente, no apruebo la costumbre de pegar a los niños. Si bastasen las amonestaciones, no emplearía otros medios; pero los gérmenes del vicio deben extirparse cuanto antes.

Un día entró Juan en el cuarto de Thierry para coger unos dibujos y unos planos, y en el fondo de un armario encontró dos hermosas manzanas, que aun no estaban maduras. Preguntó a su hijo quién se las había dado, y el niño respondió:

—Me las dio Francisco, el hijo del boticario.

Mai interrogó a Francisco, que no sabía una palabra de tales manzanas; y Thierry, viendo descubierta su mentira, tuvo que confesar que las había visto a través de la verja de un huerto cercano, y que con ayuda de un palo en cuya punta había atado un clavo en forma de gancho había conseguido cogerlas.

Magdalena estuvo a punto de soltar la carcajada, admirando la diablura del chico y su extraordinaria inventiva; pero su marido dijo con severidad:

—¡Esta acción es propia de un ladrón!

Y castigó a su hijo con inusitado rigór. Magdalena, desesperada, exclamó:

—¡Parece mentira! ¡Castigar con tanta crueldad a esta pobre criatura por dos tristes manzanas que no valen cinco céntimos!

—No le castigo por lo que valgan las manzanas —replicó su marido—, sino porque no ha escuchado la voz de su conciencia y no ha consultado más que su glotonería y sus apetitos. En vez de acatar las leyes de la justicia y de la bondad, no ha obedecido más que a sus caprichos; ha violado los preceptos de Dios, y se ha dejado arrastrar como un irracional por sus malas inclinaciones: ya ha dado el primer paso en el camino de la perversidad. El Paraíso se perdió por una manzana, y si no castigásemos al niño por esta falta, se aficionaría al robo, se atrevería a sustraer otras cosas, y nuestro Thierry acabaría por ser criminal e impío, se olvidaría de Dios y sería el más desgraciado de los hombres.

Apelando a otros muchos medios procuró Juan hacer comprender a su hijo la gravedad de la falta que había cometido. A la hora de la comida le dijo:

Cuentos de Calleja

—¡Un ladrón y un embustero no pueden sentarse a la mesa de personas honradas!

Puso de rodillas a Thierry en un rincón del cuarto, y para castigar su glotonería, que le había inducido a robar, no le dio por toda comida sino pan y agua. Pero Magdalena guardó disimuladamente a su tesoro, como llamaba al niño, un pedazo de carne y algunos dulces, y al darle de comer le dijo acariciándole:

—¡Come, ángel mío, y no llores! Tu padre es demasiado severo contigo; pero no lo tomes muy a pecho, no te aflijas. Mañana estará todo el día fuera de casa, y entonces podrás jugar y divertirme cuanto quieras.

De esta suerte, el ciego cariño de la madre destruía el efecto de la prudente severidad del padre. Desde aquel día Magdalena llegó hasta ocultar a su marido todas las faltas que cometía Thierry mientras él estaba fuera. No tardó el niño en advertirlo, y a consecuencia de ello tornóse más desobediente y más díscolo.

Aunque su padre era muy severo, Thierry le tenía un respeto verdaderamente filial; y este respeto era mucho más sincero que el cariño que mostraba a su madre. Chocábale esto a Magdalena, porque no reflexionaba que Thierry estimaba a su padre y la despreciaba a ella en el fondo, y que no puede haber cariño filial cuando no hay respeto. Juan solía decirle:

—Magdalena, tu hijo debe aprender en primer lugar a temer a sus padres: el cariño se desarrollará más tarde. Con estos principios pasa como con el amor y el temor de Dios: *El temor de Dios es el fundamento de la virtud*; el amor es la recompensa.

Así, pues, el padre, para inspirar a su hijo saludable temor, le hablaba mucho de Dios con la mayor veneración y procuraba inculcarle los piadosos sentimientos que albergaba su corazón y en los cuales cifraba su dicha. Esforzábale al mismo tiempo en inspirar a aquella tierna alma profundo aborrecimiento al pecado, y le enseñó una porción de bellísimas oraciones para impetrar la protección del Señor.

Por desgracia, el niño se quedó demasiado pronto sin su excelente padre. Juan Mai estaba haciendo un pozo muy profundo. Bajó a él un día, y apenas hacía unos minutos que estaba en el fondo, cuando sintió un frío repentino. Volvió a su casa y se acostó; pero su indisposición tomó muy pronto alarmantes caracteres. Comprendiendo que no se restablecería, apresuróse a poner en orden sus asuntos temporales y espirituales, y después de recibir el Santo Viático con ejemplar devoción, quiso aprovechar sus últimos momentos para exhortar a su mujer a educar a su hijo en los saludables principios del cristianismo, y mientras que se lo permitieron las fuerzas estuvo dándole exce-

lentes consejos. Llamó también a su hijo, y le encargó que fuese siempre hombre honrado y buen cristiano.

Apenas terminó su paternal exhortación, cuando sintió que nuevamente le abandonaban las fuerzas. Extendió sus manos, ya heladas, bendijo a su hijo y a su mujer, y murió llorado de todos. La inconsolable viuda y el desgraciado huerfanito cubrieron de lágrimas el cuerpo de aquel excelente padre y lloraron amargamente al pie de su tumba.

CAPÍTULO IX

EL PILLETE

Al perder a su querido padre experimentó Thierry sincera aflicción; pero pronto se alegró de verse libre de una vigilancia severísima y de ser en lo sucesivo dueño de sus acciones, porque sabía embaucar con tanto arte a su madre, que ésta daba crédito a sus mentiras y le concedía cuanto deseaba.

El padre de Thierry había tenido buen cuidado de enviarle todos los días a la escuela, y mientras vivió el buen hombre su hijo se distinguió por sus constantes progresos. Todas las noches tenía que enseñar a su padre sus libros y repetirle cuanto había aprendido durante el día. Juan Mai solía también ir a ver al maestro para saber qué conducta observaba su hijo en clase; y si el profesor se quejaba, castigaba severamente a Thierry, por lo cual éste temía más los castigos de casa que los de la escuela.

Pero pronto advirtió Thierry que su madre, que era a la sazón la única persona encargada de educarle, le dejaba hacer cuanto quería. Aun le obligaba a leer en su librito; pero, lejos de reprenderle cuando se equivocaba, colmábale de caricias y de elogios; sus planas, aunque muy mal hechas, parecíanle siempre admirables, y todo cuanto hacía su Thierry era para ella una maravilla. El niño supo sacar gran partido de esta debilidad de su madre. Cada día tenía menos afán por aprender. Más deseoso de divertirse en la escuela que de instruirse y adelantar, su mayor placer era enredar en clase, distraer a sus discípulos y no dejarlos estudiar. Cuando le castigaban iba llorando a quejarse a su madre y le contaba una porción de mentiras, hasta que la pobre mujer se ponía furiosa con el maestro. Magdalena era muy buena y nunca había reñido con nadie; pero cuando reprendían o castigaban a su hijo perdía la cabeza. En un momento de arrebató se marchó un día a la escuela; delante de todos los alumnos se encaró con el maestro, y con la mayor insolencia le echó en cara su severidad. Luego se volvió a su casa, y una vez en ella siguió criticando y po-

niendo en ridículo al profesor; de suerte que desde aquel instante Thierry le perdió el respeto.

Cuando el cura del pueblo se enteró de lo ocurrido entre la madre de Thierry y el maestro llamó a Magdalena para amonestarla y explicarle la falta que había cometido molestando a un hombre que no había hecho más que cumplir con su deber.

Después le habló de los muchos defectos de Thierry, de la conducta que observaba en la escuela, y le contó sus trastadas, que denotaban sus malos instintos. Magdalena respondió con vehemencia:

—Señor cura, mi hijo no es tan malo como creéis; todas las cosas que acabáis de contarme no son más que travesuras, chiquilladas, diabluras propias de su edad, y de las que no hay que hablar, porque a un niño de diez años se le debe tolerar algún defecto. No hay nadie perfecto en este mundo.

—Ya lo sé, Magdalena —replicó el cura—; pero todos debemos procurar serlo; solamente una madre que esté ciega puede disculpar los vicios que debía corregir cuidadosamente. Porque los defectos de los niños no son tan pequeños, tan insignificantes como sus padres se imaginan. Empleando una comparación muy conocida, diré que crecen insensiblemente con la edad, como las letras que se graban en un arbolillo aumentan de tamaño a medida que el tronco se desarrolla. Los defectos de Thierry son ya muy graves. Ingrato y rebelde, no obedece a su maestro, a quien debía respetar como a un segundo padre. Ve con malos ojos que sus condiscípulos sean mejores y más instruídos que él, y los molesta y atormenta de mil maneras. Si no queréis que vuestro hijo sea un miserable capaz de pisotear algún día las leyes divinas y humanas, apresuraos a poner remedio a estas cosas y a mostrar más severidad, porque, de lo contrario, se convertirá en azote de la sociedad, labrando al mismo tiempo su desgracia.

El digno sacerdote fue también a la escuela, y delante de sus compañeros amonestó a Thierry tan paternalmente, que todos los niños se conmovieron. Hasta el mismo Thierry pareció algo impresionado. Pero, cuando regresó a su casa, su madre destruyó el efecto de los prudentes consejos del cura. Censuró al sacerdote, diciendo que los tenía entre ojos a ella y a su hijo sin saber por qué, y, para vengarse en cierto modo, empezó a burlarse de su modo de andar y de su peluca, cosa que regocijó extraordinariamente a Thierry. De esta suerte borró la buena impresión que habían hecho en el corazón de su hijo las prudentes palabras del anciano. Thierry dejó de respetar al cura, y aquella madre imprudente siguió preparando la desgracia de su hijo.

Thierry no se conducía mucho mejor en la iglesia que en la escuela: entraba en el templo sin el menor recogimiento, y se mostraba tan irreverente, que escandalizaba a todo el mundo. En lugar de rezar

distraía a los demás niños en sus oraciones, y hacía tan poco caso del sermón y de la explicación del catolicismo que salía de la iglesia sin sacar el menor provecho. Si su madre, como tenía el deber de hacerlo, le hubiese hecho algunas preguntas sobre lo que acababa de oír, no habría podido responderle.

Magdalena cometió otras muchas faltas por lo que respecta a la educación de su hijo. Siempre que salía le compraba alguna golosina, de modo que el chico no tenía gana a la hora de comer, y los manjares corrientes no eran ya de su agrado. Tenía suficiente maña para sacar a su madre todos los días unos cuartos, con los cuales compraba lo que se le antojaba; pero como sus peticiones eran muy frecuentes y Magdalena no tenía ya tanto dinero como cuando su marido vivía, se vio obligada a disminuir algo sus gastos, y el granujilla empezó a robar a su madre cubiertos o algunas alhajas, que vendía por la tercera o cuarta parte de su valor a ciertas personas de mala conducta con quienes había sabido relacionarse.

Las sospechas de su madre recaían en los extraños unas veces, y otras en la criada. Llegó hasta a despedir a una porque se atrevió a insinuar que tal vez fuese Thierry el autor de aquellos robos.

A pesar de los prudentes consejos que le dio su marido, Magdalena casi no vigilaba a su hijo y le dejaba ir adonde quería. Aprovechó Thierry esta libertad para vivir como un vagabundo, peleándose con los pilluelos de su edad, tirando piedras a los transeuntes, martirizando a los animales, robando la fruta de los huertos, destruyendo los nidos y gozándose en matar a los pobres pajarillos. En fin, no estaba contento sino cuando se hallaba entre gente maleante, cuyas groseras diversiones y cuya depravación compartió en breve.

No tardó su persona en resentirse de la corrupción de sus costumbres. Un color pálido y lívido reemplazó a las frescas rosas de sus mejillas, y su fisonomía tomó una expresión descarada y repulsiva. Siempre llevaba las ropas en desorden y sucias; y aunque su madre no omitía ningún gasto para llevarle tan bien vestido como los niños de las familias mejor acomodadas de la localidad, a pesar de sus súplicas nunca pudo conseguir que fuese limpio y aseado.

Muchas veces volvía a su casa con el traje roto y lleno de barro, con la cara y las manos ensangrentadas. Todo el mundo decía que Thierry era un granuja, un pillete; en el pueblo no le llamaban más que «Thierry el malo», y todos aseguraban que acabaría mal.

Magdalena, que hasta entonces había sabido captarse la general estimación por sus buenas cualidades, por su piedad, por su honradez, por su caridad y por el orden que reinaba en su casa, perdió gran parte de la consideración de que había gozado. Llamábanla generalmente «mala madre», y solían decir que ella había pervertido a su hijo.



...sacó diez escudos y una cadenita de oro...

Fridolín el bueno y Thierry el malo

Cuando Thierry tuvo edad de aprender un oficio; su madre le sacó de la escuela y habló a varios maestros; pero ninguno quiso admitirle en su taller. Esto le dolió mucho a Magdalena, y entonces empezó a preguntarse si tendrían razón en llamar granuja a su hijo, y se arrepintió amargamente de no haberle vigilado y de haberle dejado demasiada libertad. Lloró su error, y se propuso ser menos indulgente en lo sucesivo: hasta habló a su hijo varias veces con mucha severidad; pero ya era demasiado tarde.

—¡Ah! —exclamaba la pobre mujer— ¡Cuán cierto es que el árbol debe enderezarse desde pequeño, y que cuando alcanza su completo desarrollo es imposible modificar su inclinación!

Por fin encontró un honrado cerrajero, antiguo amigo de su marido, que, compadecido de la apurada situación de la pobre madre, consintió en tomar a Thierry de aprendiz. El buen hombre trabajó cuanto pudo por reparar los daños de su mala educación y enseñarle bien su oficio. Tuvo mucha paciencia con el chico; pero aunque las intenciones del cerrajero eran muy buenas, Thierry seguía siendo díscolo y desobediente. Acostumbrado desde muy niño a estarse todo el día correteando, no podía resignarse a trabajar, porque era indolente y perezoso hasta dejarlo de sobra. Hacíasele muy cuesta arriba no comer más que a las horas de las comidas; y como no tenía bastante dinero para comprar golosinas como otras veces, no pensaba más que en el medio de proporcionárselo. Por esta razón, lo que con más gusto aprendía en su oficio de cerrajero era el modo de hacer ganzúas y llaves maestras para abrir todas las cerraduras. Hizo secretamente algunos de estos instrumentos, y siempre los llevaba consigo.

Un día que el cerrajero y su mujer fueron a una boda quedóse solo Thierry en la casa y resolvió probar su destreza abriendo los cajones de una cómoda de su maestra, de los que sacó diez escudos y una cadenita de oro que estaba allí guardada. Al día siguiente, cuando la mujer del cerrajero abrió la cómoda para guardar en ella sus alhajas y sus ropas de los días de fiesta, advirtió que había desaparecido la cadenita. Quedó consternada y se lo dijo confidencialmente a su marido. Este subió con ella a sus habitaciones, examinó la cerradura del mueble y vio que había sido forzada. Inmediatamente sospecharon de Thierry. Registraron su cuarto, y encontraron en él, escondidos en el jergón, la cadenita de oro y los diez escudos, y además un reloj de oro, un cubierto de plata y varias golosinas.

Al ver todos aquellos objetos, el honrado cerrajero se estremeció de horror. Pocos días antes había trabajado en casa de un opulento comerciante, y le había acompañado Thierry. En esa casa habían robado recientemente un reloj que estaba sobre la chimenea del cuarto

Cuentos de Calleja

de un dependiente del comerciante, a pesar de que la puerta del cuarto estaba cerrada con llave. El reloj que el cerrajero acababa de encontrar era el que habían robado: lo reconocía por las señas que de él le habían dado. El cubierto de plata pertenecía al boticario, a cuya casa había ido Thierry ocho días antes a presentar una factura: en el cubierto estaban grabadas las iniciales del nombre y apellido del boticario.

El cerrajero bajó consternado a la tienda para interrogar a Thierry. Éste recurrió a las mentiras y a las zalamerías que tan excelentes resultados le daban con su madre, y prorrumpiendo en llanto y protestando de su inocencia, aseguró que algún envidioso había ocultado aquellos objetos en su jergón para arrebatarse al pobre huérfano la estimación de unos amos a quienes veneraba. Indignada al ver semejante descaro, montó en cólera la mujer del cerrajero y le colmó de insultos, cosa que, por lo demás, tenía bien merecida. A los gritos acudieron los vecinos, y al saber de qué se trataba, unieron sus maldiciones a las de aquella mujer tan justamente irritada. El cerrajero era el único que no decía nada: pensaba tristemente en el partido que debía tomar.

—Por respeto a la memoria de su excelente padre, me limitaría a echarle de mi casa—pensaba—; pero el tunante no se ha contentado con robarme a mí: todo el mundo sabe que ha robado a otras personas, y hasta que ha robado en las casas en que trabajaba por encargo mío. Si no le entrego a la justicia, perderé la reputación, y nadie querrá fiarse de mí: tanto valdría cerrar inmediatamente la tienda, porque para ejercer mi profesión es preciso ser muy honrado e inspirar confianza al público. Puesto que no hay otro remedio, denunciaré a este aprendiz, que no ha tenido el menor reparo en exponerme a la ruina y a la deshonra.

Después de dejar a Thierry bien encerrado en su cuarto, fue a buscar al comisario. Cuando volvió con la policía vieron que el ladronzuelo se había escapado descolgándose por la ventana con la ayuda de las sábanas de su cama a una callejuela por la que transitaba poca gente, y desde la cual había salido fácilmente al campo.

Cuando le dieron la terrible noticia, Magdalena estuvo a punto de desmayarse. Avergonzada, abochornada, no se atrevía a salir ni a recibir a nadie. Hubiera hecho cualquiera sacrificio, por doloroso que fuese, por echar tierra a aquel malhadado asunto; pero aunque su hijo consiguiese eludir el castigo de las leyes, su nombre quedaría deshonrado, y no había en el mundo nada que pudiese borrar esta mancha. No le fue posible cerrar los ojos en toda la noche. Rugía la tormenta, caía a torrentes la lluvia, y la desgraciada madre preguntábase con angustia dónde se hallaría aquel hijo tan querido y tan

perverso. ¿Tendría pan? ¿Estaría bajo techado? ¡Cuánto se arrepentía en aquel momento de no haberle educado mejor!

Como las personas que secretamente envió en busca de su hijo volvieron sin haberle encontrado, creyó que en un acceso de desesperación se habría arrojado al río, y solamente el pensarlo le ocasionó una grave y larga enfermedad. Cuando se restableció, no tuvo valor para salir a la calle. Al ver a un hombre honrado enrojecía y se ponía a temblar: le parecía que todas las miradas se fijaban en ella y le decían: «Creías amar a tu hijo, y no le amabas. Tu excesiva indulgencia no se parecía en nada al prudente y verdadero amor maternal; tu intempestiva ternura le ha perdido; es muy justo que su perdición sea el castigo de tu exagerada condescendencia. Ahora llora, avergüénzate y gime, y que tu ejemplo enseñe a las madres débiles como tú lo que les sucede a los niños mimados y a los padres que los miman.»

—¡Ah!—murmuraba la pobre llorando durante las interminables y angustiosas noches de insomnio— ¿Por qué no habré seguido los consejos de mi marido? Verdad es que la ternura maternal debe atenuar la severidad del padre: así lo dispone la divina sabiduría; pero, para que no perjudique a los niños, la indulgencia de la madre debe ir unida a cierta firmeza.

CAPÍTULO X

LOS BANDIDOS

Al escaparse del pueblo se refugió Thierry en el bosque cercano. Este extenso bosque estaba tan poblado de arboleda, que era casi intransitable. Thierry se extravió: estuvo todo el día corriendo de acá para allá sin encontrar una salida. Llovía a torrentes, y un viento impetuoso agitaba de cuando en cuando las ramas de los árboles, calando al desgraciado hasta los huesos. Aproximábase la noche, y el bosque estaba cada vez más oscuro. Thierry tenía hambre y temblaba de frío. Tuvo miedo de morir en aquel bosque, y empezó a llorar amargamente. Arrepentíase de su mala conducta, y se proponía no volver a robar; pero al tomar esta buena resolución no pensaba en Dios, que prohíbe y castiga el robo: inspirábasela únicamente el terror y la angustia.

Al fin pudo encontrar un sendero, y en él halló a un individuo cubierto de harapos y con un enorme haz de ramas de álamo debajo del brazo. Del hombro izquierdo llevaba colgado un frasco de estaño, y del derecho un morral que parecía bien provisto; en la mano tenía un palo. Thierry se acercó a él, y le pidió tímidamente un pedazo de pan.

—¡Ah! ¿Eres tú, bribón, granuja?—le dijo aquel hombre amenazándole con el garrote— ¡Caes como llovido del cielo para hacerme ganar una buena recompensa! ¡Buena trastada has hecho! No se habla más que de ti en el pueblo, adonde he ido a vender escobas. ¡Aguárdate, tunante! ¡Están buscándote por todas partes, y ya tienes preparado alojamiento en la cárcel!

Thierry, temblando de miedo, se arrojó a los pies de aquel hombre para pedirle perdón, y levantando las manos hacia él en ademán de súplica, exclamó:

—¡Ah! ¡Os lo suplico; tened compasión de mí y no me entreguéis a la justicia! ¡Estoy muerto de hambre, y tan cansado, que ya no puedo tenerme en pie! ¡Dadme un pedazo de pan, si lleváis en el morral, y un asilo donde pasar la noche! ¡Ah! ¡Os lo ruego de rodillas! ¡No seáis cruel conmigo!

El hombre le obligó a levantarse y le contestó:

—¡No tengas miedo, muchacho; no ha sido más que una broma! No quiero hacerte daño: todo lo contrario.

Abrió su morral, sacó un pedazo de pan, y añadió:

—¡Toma; come!

Luego cogió el frasco de estaño, bebió primero, y se lo ofreció después a Thierry, diciéndole:

—¡Bebe un trago de aguardiente; esto calienta el estómago!

Thierry comió y bebió con avidez.

—Ahora ya estás un poco más tranquilo. Vente conmigo, si quieres. Encontrarás cena, carne asada, buen vino, un excelente fuego para secarte, y un montón de musgo donde dormirás como nosotros.

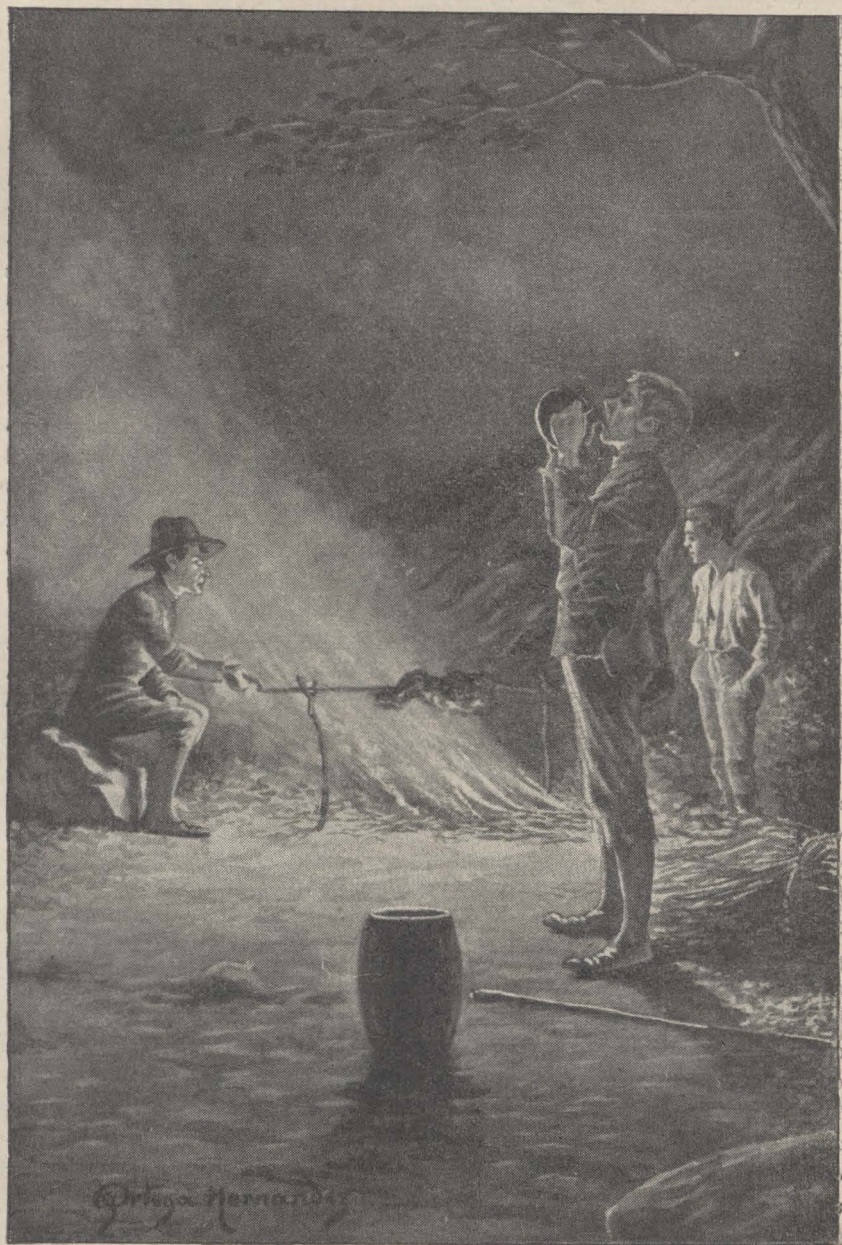
Thierry no podía comprender cómo un hombre tan mal vestido podía tener carne asada y buen vino, y se atrevió a preguntarle:

—¿Quién es usted?

—Soy Josse, el vendedor de escobas, a quien todo el mundo conoce en la comarca; y además, sirvo a un caballero que ha alquilado todos los cotos de los alrededores. ¡Ven; te irá muy bien con nosotros!

El imprudente Thierry, que por otra parte se sentía muy animado con el pan y el aguardiente que había tomado, no se hizo rogar y siguió sin reflexionar a aquel hombre de aspecto tan sospechoso.

Echaron a andar, sin tomar ninguna vereda, a través de lo más espeso del bosque; muchas veces tenían que meterse por entre los matorrales, calándose hasta los huesos. El camino estaba tan oscuro, que no se veía nada. Para no perderse, Thierry tenía que seguir paso a paso a su compañero. Las zarzas le azotaban el rostro, y tan pronto se le enganchaba un espinoso en el pelo y le arrancaba un mechón, como se daba un golpe en la cabeza con las ramas poco ele-



Bebió largo rato en el puchero.

vadas. Anduvieron así por espacio de una hora, y el desdichado Thierry, poco acostumbrado a sufrir, lloraba como un niño. Por fin llegaron a la cima de una escarpada roca, e inmediatamente entraron en un desfiladero muy angosto. Después de recorrerle en toda su longitud, y al salir de entre las rocas, creyó Thierry que todo el bosque estaba ardiendo. Ante sus ojos extendíase un valle bastante grande, y tras una roca medio oculta por un matorral elevábase una densa humareda. Las seculares encinas, las hayas, los arbustos de diversas especies, cuyo follaje había marchitado el otoño, los altísimos abetos, que parecían llegar al cielo con sus copas, y los pinos siempre verdes, iluminados por el resplandor de la hoguera, despedían vivos reflejos amarillos, rojos y verdes. De todos los árboles desprendíanse miriadas de gotitas de agua, que al caer semejabán estrellas.

Thierry no se cansaba de admirar aquel cuadro fantástico y verdaderamente pintoresco.

—¡Ya hemos llegado!—dijo el vendedor de escobas.

El niño y su acompañante dirigiéronse entonces a la roca, y se hallaron frente a una inmensa hoguera, cuyas llamas se elevaban retorciéndose violentamente. Apoyado en una roca y con los brazos cruzados, vio Thierry a un hombre de elevada estatura. Su frente amplia y rodeada de hermosa cabellera rizada, su bigote, sus patillas negras y sedosas, y su traje de caza, elegante, aunque un poco deteriorado, dábanle aspecto distinguido e indicaban que era el jefe de la partida.

La vacilante claridad de la hoguera iluminaba su imponente figura. Al lado tenía una escopeta de dos cañones, y a sus pies un ciervo recién muerto. Aquel hombre dirigió a Thierry una mirada viva y penetrante; pero no se dignó dirigirle una sola palabra.

No lejos de allí vio el hijo de Magdalena a un individuo que estaba asando un perril de corzo y daba vueltas al asador. A pocos pasos de distancia, sobre la hierba, había un barrilito, y un puchero de barro, ennegrecido por el humo, hacía las veces de olla y vaso.

—¿Ya estás aquí, Josse?—preguntó el cocinero al vendedor de escobas— ¿De dónde demonios nos traes este granuja? ¿Tienes confianza en él?

—¡Ah, ya lo creo!—contestó Josse, dejando en el suelo el brazo de ramas de álamo— Es de fiar porque ha reñido para siempre con las personas honradas de su pueblo. Pero antes déjame echar un trago, y luego te contaré la historia.

Bebió largo rato en el puchero, y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué bien siento esto!

Luego abrió su morral y sacó cuanto contenía.

Fridolín el bueno y Thierry el malo

—Mira: aquí tienes pan, sal, queso de Holanda y excelente tabaco; además, traigo una baraja nueva, y, lo que es mejor, pólvora y balas. Me parece que estarás contento de mí.

Y dirigiéndose a Thierry, añadió:

—¡Vamos, siéntate cerca del fuego, muchacho! ¡Calientate bien y anímate! ¡El barril está lleno, y dentro de un momento estará lista la cena!

—¡Bueno, bueno!—gruñó el hombre que daba vueltas al asador— Pero entretanto, nuestro nuevo compañero bien podía reemplazarme.

Thierry se sentó en su sitio y empezó a dar vueltas al asador. En tanto que Josse y el cocinero cargaban sus pipas y se disponían a fumar, Josse contó a su compañero la historia del muchacho que le había acompañado.

—Créeme—añadió al terminar—: tengo buena opinión de ese pillastre. En primer lugar, es bastante despierto, y creo que he hecho bien en traérmele para enseñarle a hacer escobas. Con lo que sabe de su oficio de cerrajero podrá componer las llaves de nuestras escopetas, y además—añadió dirigiendo a su compañero una mirada de inteligencia—, podrá sernos muy útil en ciertas ocasiones.

Josse miró al hombre que seguía apoyado en la peña, y le preguntó:

—¿Qué decís a esto, capitán?

El interpelado se encogió de hombros y no contestó.

Josse, que a causa de sus frecuentes libaciones tenía muchas ganas de charlar, dirigiéndose a Thierry le dijo:

—¡Mira, chiquillo: pórtate bien, y te quedarás con nosotros y te alegrarás! No te asustes del severo aspecto de ese señor. Aunque no fuma ni bebe, no es malo. Verdad es que tampoco habla; pero cuando habla, habla muy bien. Se llama Waller, ha estudiado mucho y es de una familia...

—¿Qué estás ahí charlando?—gritó Waller con voz tonante— ¿Qué necesidad tiene de saberlo? ¡Josse, el vino te hace hablar demasiado! ¡Cállate, o si no...!

Y dirigió una mirada a su escopeta.

—¡Ah! ¡Sí; es verdad!—murmuró Josse corrigiéndose— A veces, cuando echo un trago, charlo tanto, que no sé lo que me digo. Mira, Thierry: mis discursos no siempre deben tomarse al pie de la letra; ya recordarás que soy muy aficionado a dar bromas. Este otro señor—continuó Josse—que tiene la bondad de acompañarnos con el vaso en la mano y la pipa en la boca no es tan reservado; por eso puedo decirte que se llama Schlik, y que cuando se unió a nosotros iba muy bien vestido y llevaba un traje precioso, cuajado de bordados de oro.

—Y a ti, maldito charlatán —exclamó Waller con voz grave—, ¿cómo te llamamos? ¡Díselo también a ese chiquillo, si te atreves!

—¿Y por qué no? Estos señores me han puesto *Glugú*, porque el beber bien es mi pasión favorita. Verdad es que al principio me molestaba un poco ese mote; pero ahora lo mismo me da. ¡A todo se acostumbra uno! Antes era yo tan rico que hubiese podido llenar de escudos este barril; hoy no soy más que un pobre vendedor de escobas. ¡Qué más da! —exclamó, acariciando con la mano el tonel— ¡Con tal que no se acabe lo que hay aquí dentro, me doy por contento!

En aquel momento acabó Schlik de fumar su pipa; se levantó, examinó el asado, y, encontrándole bastante hecho, lo apartó del fuego, en tanto que Josse cogía un vaso, lo llenaba de agua en un manantial cercano y lo colocaba al lado de Waller, sobre la peña. Waller cortó un pedazo de pan y otro de carne, se lo comió de pie, bebió en seguida un vaso de agua, mientras que sus compañeros, sentados en torno del fuego, saboreaban alegremente el asado y el vino, se dirigió hacia el arroyo que atravesaba el valle, y aunque no había cesado la lluvia y comenzaban a caer algunos copos de nieve, empezó a pasearse con las manos cruzadas a la espalda.

Josse bebía trago tras trago a la salud de su nuevo camarada. De repente exclamó:

—¡Ah! Con franqueza, ¿qué tal te encuentras entre nosotros?

Thierry, calado hasta los huesos, casi tostado por un lado y helado por el otro, se llevó la mano a la cabeza, que le dolía mucho, y respondió con voz doliente:

—¿Quién no se hallaría bien aquí? ¡No hay en el mundo lugar donde mejor se viva!

Entretanto la hoguera junto a la cual estaban sentados nuestros tres bebedores comenzaba a extinguirse. Dejó de llover, disipáronse los negros nubarrones, y la luna, elevándose por encima de los negros abetos, disipó con suave resplandor la medrosa oscuridad del bosque. Waller, que hasta entonces había estado paseando a la orilla del arroyo, se acercó a sus compañeros.

—¿No habéis acabado todavía? —les dijo con voz vibrante— ¿Vais a estar bebiendo toda la noche? ¡Levantaos y vámonos! Tú, Schlik, ten cuidado de tapar con ramaje el ciervo que he matado. Ya sabe Josse adónde tiene que llevarlo mañana; tampoco se olvidará de volver a llenar el tonel. ¡Vamos! ¡Daos prisa! Tal vez vaya luego a reunirme con vosotros.

Luego cogió su escopeta, se internó por entre los árboles y desapareció.

Schlik y Josse obedecieron inmediatamente las órdenes de su je-

fe, y después de hacer cuanto acababa de mandarles se pusieron en camino con Thierry. Al llegar a la parte más agreste del bosque tuvieron que abrirse paso a través de espesos matorrales, subir cuestras y trepar a enormes peñascos. Thierry, rendido de fatiga y sin fuerzas ya para seguir a sus compañeros, se echó a llorar.

—¡Ten un poco de paciencia!—díjole Josse— Dentro de poco verás nuestro magnífico castillo.

Al fin, a la luz de la luna, vio Thierry, no sin estremecerse, un torreón medio destruído, que se alzaba entre las ruinas de un antiguo castillo construído en tiempos del feudalismo. Al verle quedóse Thierry aterrado y gritó:

—¡Ah! ¡Este es el antiguo castillo de los aparecidos de la selva! Mi madre me ha hablado de él muchas veces.

—¡Qué imbécil eres!—díjole Josse— ¡No hay aparecidos más que en tu imaginación!

—¡No, no! ¡Estoy seguro de ello! Mi madre me ha contado que por los alrededores de este castillo se ve rondar espectros de rostro repugnante y que echan llamas por la boca. ¡Hi, hi! ¡Tengo miedo!

—¡No, no, tontín; no tengas miedo! Los aparecidos que la gente asegura haber visto aquí éramos nosotros mismos: tuvimos que apelar a esa treta para impedir que los curiosos vinieran a visitar las ruinas, y poder instalarnos en ellas sin temor de que nos molestasen.

Pronto llegaron junto al foso que circundaba la antigua fortaleza, foso que a la sazón no era más que un pantano cubierto de juncos y de cañas, y a través del cual los bandidos habían abierto un camino colocando unas piedras de trecho en trecho. La mayor parte de estas piedras estaban tapadas por el agua, y era preciso conocer muy bien su posición y el sitio donde estaban colocadas, para no caer al pantano.

Después de caminar durante algún tiempo por entre escombros, zarzas y espinos, llegaron al pie de la destruída torre. Schlik apartó algunas piedras, y nuestros tres caminantes se metieron por el hueco que dejaron, después de lo cual volvieron a colocar las piedras en su sitio. En medio de la más profunda oscuridad siguieron entonces un estrecho corredor casi interminable, y al fin se hallaron en una morada subterránea. Schlik sacó pedernal y yesca y encendió una antorcha, a la luz de la cual pudo Thierry examinar el subterráneo. Era un vasto recinto abovedado; formaban las paredes enormes peñascos, y el suelo estaba empedrado. Los bandidos eran los únicos que conocían la existencia de aquel subterráneo, que permanecía intacto en medio de las ruinas del castillo. En el suelo había gran cantidad de víveres, utensilios de cocina y una porción de objetos.

Trajes de todas clases, escopetas, sables y pistolas adornaban las paredes, y un montón de musgo y de hojas secas servía de cama a los bandidos, los cuales se acostaron inmediatamente, se taparon con sus capotes y se durmieron.

Thierry hallábase, pues, entre bandoleros; y aunque su modo de vivir no le hacía mucha gracia, acabó por acostumbrarse y hasta por encontrarse muy bien en su compañía. Sin embargo, delante de Waller estaba siempre como avergonzado, y le tenía mucho miedo, porque aquel hombre singular no se parecía en nada a sus compañeros, los cuales le obedecían como a un jefe. Siempre estaba muy serio, hablaba poco y buscaba la soledad. Muchas veces durante el día veíasele sentado en las ruinas a la sombra de un abeto, absorto en la lectura de un libro muy viejo. Un día Thierry tuvo la curiosidad de examinar aquel libro, que Waller se había dejado olvidado sobre una piedra, y como era una obra griega y Thierry no había visto jamás aquellos caracteres, creyó que tenía delante un libro de hechicero.

Al anochecer, Waller permanecía generalmente inmóvil, con los ojos fijos en el sol, que iba a ocultarse tras las montañas.

En aquellos momentos nadie se atrevía a hablarle, excepto Schlik, que solía sentarse a su lado y se pasaba toda la noche charlando con él. Thierry se acercaba algunas veces para oírlos; pero Waller le vio un día y le apostrofó tan duramente que Thierry se marchó corriendo. Otras veces veíale Thierry pasearse de arriba a abajo por entre las ruinas, a la luz de la luna, y le oía lanzar profundos suspiros. Waller no dormía nunca con sus compañeros en el subterráneo; vivía en una habitación aparte y muy limpia, cuya entrada estaba tan bien disimulada que no era fácil descubrirla. Tenía una cama bastante buena, varias sillas y una mesa, en la cual se veían algunos libros. En esta habitación se encerraba cuando hacía mal tiempo, y allí se pasaba días enteros completamente solo. Muchas veces se marchaba con Schlik, y no volvía hasta pasados varios días.

Como Thierry estaba generalmente solo con Josse, intimó con él, y entre ambos se estableció mutua confianza. El bandido le regaló una linda escopeta y le enseñó a manejarla. Thierry llegó a ser excelente tirador, lo que les causó a ambos gran alegría. Poco a poco fue iniciándole Josse en los secretos del infame oficio que ejercían aquellos bandidos. Un día le dijo que no vendía escobas más que para guardar las apariencias y para tener un pretexto para poder recorrer el bosque e introducirse en las casas con objeto de reconocer el terreno, y también de vender la caza que mataban.

—Ya he descubierto varios sitios donde Schlik y yo haremos un buen negocio en cuanto las noches sean más largas. Waller es de-

masiado orgulloso para acompañarnos en estas excursiones; pero, sin embargo, tampoco está ocioso. Cuando se marcha con Schlik no lo hace porque le guste pasearse; ya han amenazado con una pistola a más de un viajero pidiéndole la bolsa o la vida. Tú eres un chico listo, y debes de haberlo comprendido. La primera vez que salgamos Schlik y yo, prepárate a ser de la partida. Vendrás; ¿no es eso?

Thierry, familiarizado con el robo desde su infancia, no experimentó la menor repugnancia al oír esta proposición: por el contrario, manifestó gran alegría y prometió acompañarlos.

En efecto; poco tiempo después, durante las noches de tormenta, cuando estaba muy oscuro y llovía a torrentes, Schlik, Josse y Thierry saquearon algunas casas de los pueblos y de las aldeas inmediatas y tornaron al bosque cargados con un rico botín, que repartieron equitativamente. A Thierry le recompensaban generosamente, y el desdichado estaba contentísimo de poder vivir en la ociosidad, apoderándose de la propiedad ajena, sin necesidad de molestarse en trabajar.

Sin embargo, no tardó Thierry en comprender que la vergonzosa profesión que había abrazado tenía sus peligros y sus quiebras. Las expediciones de los ladrones no siempre daban el resultado apetecido, porque a veces los sorprendían: hacíanles fuego, pedían socorro, tocaban a rebato, y tenían que escapar rápidamente para que no los cogiesen. Una vez un perrazo enorme, al que de intento habían dejado suelto, se arrojó sobre Thierry, le cogió por la nuca, y le zarandeó con violencia: seguramente le hubiese despedazado si no llega a acudir Schlik, que a fuerza de sablazos obligó al perro a soltar su presa. Pero el pobre Thierry estaba hecho una lástima; sus heridas le hicieron perder mucha sangre y le produjeron violentos dolores que tardaron mucho en quitársele, porque no se atrevían a acudir a ningún médico por temor a que le descubriesen.

Otras veces recorrían el bosque soldados, carabineros o gendarmes; los ladrones huían, y no siempre tenían tiempo de llegar a su guarida, viéndose entonces obligados a refugiarse en la espesura y a permanecer allí días enteros, atormentados por el hambre y la ansiedad. En cuanto un pajarillo agitaba el follaje, huían los bandidos, aterrados. Con mucha frecuencia pasaban la noche entre los matorrales, acostados sobre el húmedo suelo. Ya no se atrevían a entrar en los pueblos, porque desde hacía mucho tiempo conocían a Schlik en todas partes y hasta el falso vendedor de escobas se había hecho sospechoso; tanto, que ya no se atrevían a ir a las aldeas para comprar las necesarias provisiones. Ocurríales con frecuencia no tener sino pan duro como piedra por todo alimento. A veces, en el mo-

mento en que se sentaban en el bosque en torno a la hoguera para comer el asado que acababan de sacar del asador, aparecía un pelotón de gendarmes y tenían que abandonarlo todo y huir con el estómago vacío, dándose por muy contentos con salvar la vida.

En estos momentos pensaba Thierry:

— ¡Qué existencia tan insoportable! ¡Oh! ¡Cuánto más feliz era yo cuando estaba en casa de mi maestro, y podía sentarme a la mesa con tanta tranquilidad, y acostarme por las noches en una buena cama! Todas las contrariedades de aquella época eran insignificantes comparadas con las molestias, las zozobras y las angustias de ahora.

También tenía un miedo horrible a la cárcel y al patíbulo, y con bastante frecuencia le atormentaba la voz de la conciencia, que ni aun los hombres más depravados consiguen sofocar por completo.

Más de veinte veces se propuso firmemente separarse de los ladrones, huir de ellos y entrar de criado en casa de algún aldeano.

— ¡Es mil veces mejor — se decía — guardar cerdos, como el hijo pródigo, que seguir llevando una vida tan miserable!

Pero en cuanto volvían los buenos tiempos y podía pasar un día entero fumando, bebiendo y cantando a su sabor con sus compañeros, renunciaba a sus buenos propósitos, o los dejaba para mejor ocasión. El desgraciado había olvidado el adagio que tanto repetía su padre: «El camino del Infierno está empedrado de buenas intenciones y de propósitos de enmienda jamás cumplidos.»

CAPÍTULO XI

PREPARANDO UN RC

Un día que, como de costumbre, la cuadrilla carecía de provisiones, encamináronse Josse y Thierry a un mesón que se hallaba aislado en medio del bosque. Desde hacía muchos años era Josse uno de los mejores parroquianos de la posada, cuyo dueño, hombre de muy malos antecedentes, habíase encargado de guardar y vender la caza y otros objetos que provenían de las rapiñas de la cuadrilla, a la cual surtía también de víveres. Esta vez se los proporcionó a cambio de una petaca de plata que habían robado hacía algún tiempo. Por la tarde Josse y Thierry regresaron al subterráneo cargados de toda clase de provisiones.

— ¡Viva la buena vida, amigo Schlik! — exclamó Josse mostrando, entre otras cosas, el pan, el vino, el tabaco y la baraja que se había proporcionado — ¡Ya podemos beber, fumar y jugar cuanto queramos!

En aquel momento Waller se paseaba solo, como tenía por costumbre, por entre los restos de las viejas murallas derruidas.

Suplicóle Schlik que cenase con ellos; pero aquel hombre, siempre sombrío y silencioso, respondió únicamente con un ademán, y des-

pués de continuar durante unos momentos su solitario paseo se encerró en su cuarto y cenó completamente solo.

Entretanto los otros tres bandidos comían alegremente, y de pronto exclamó Schlik :

—La verdad es que estamos pasando un buen rato ; pero estos momentos pueden hacerse cada vez más raros. Pronto se nos acabarán los víveres ; ¿y qué haremos entonces ? Ahora ya ha volado la petaca de plata, ya no tenemos nada que vender, y nos será difícil echar mano a otras cosas de valor. Ya nos conocen aquí, y no podemos hacer nada. Sólo nos queda un recurso : dar un buen golpe, golpe de mano maestra, y marcharnos con lo que cojamos a otro sitio donde nadie nos conozca. ¿No os parece que debíamos ir al castillo de Finkenstein para robarle ?

—¿Qué estás diciendo ? —replicó Josse— Ese castillo está rodeado de elevadas murallas, que sería imposible escalar ; la puerta y las verjas son tan sólidas y están tan bien cerradas, que el castillo parece una fortaleza.

—Ya lo sé ; pero sé también que no hay fortaleza de la que no pueda uno apoderarse con ayuda de un amigo que facilite la entrada en ella. Y en esta ocasión Thierry podría sernos muy útil. Escuchadme : voy a exponeros un plan, y os convenceréis de que será facilísima su ejecución. Estamos en otoño. Por las tardes, cuando hace buen tiempo, el Conde y su familia se entretienen en cazar chochas con red. Cuando vuelvan al castillo Thierry se hará el encontradizo, se fingirá enfermo, y dirá que tiene tan fuertes dolores que no puede dar un paso. Le creerán fácilmente, porque el tunante tiene un aspecto tan enfermizo que cualquiera diría que está tísico desde hace trece años. Como el castillo está aislado y a más de media legua de la aldea más próxima, el Conde se compadecerá de él y le hará entrar. Entonces, por la noche Thierry aprovechará un momento oportuno, y cuando todos estén profundamente dormidos nos abrirá una de las puertas falsas, y entraremos sin encontrar el menor obstáculo.

Mientras Schlik hablaba le escuchaba Josse muy pensativo y con la cabeza baja.

—No me parece mal pensado —dijo al fin— ; pero me choca que me propongas una cosa en la cual sabes demasiado que no he de consentir, porque no ignoras que en otro tiempo los condes de Finkenstein me hicieron muchos beneficios. Además, todos los que viven en ese castillo son personas excelentes, y sentiría mucho que les sucediese algo malo.

—¡Bah ! ¡Valiente desgracia ! Esas gentes son riquísimas y no les hace falta el dinero ; por unos cuantos miles de escudos de más o de menos no se morirán, y siempre les quedará más de lo que necesitan.

Cuentos de Calleja

—Verdad es. Sin embargo, tengo que hacerte una advertencia: conozco al señor de Finkenstein, y no se dejará robar fácilmente. Él y Mauricio se defenderán con valor, y nuestra intentona podría dar mal resultado.

—¡No te preocupes por eso! Waller ha combinado tan bien su plan, que ninguno de nosotros recibirá el más ligero arañazo. Ya debes conocerle: es prudente y no le gusta derramar sangre. Sabrá tomar tan bien sus medidas que los habitantes del castillo no se darán cuenta de nuestra expedición hasta que echen de menos el oro y la plata. Sin embargo, tendremos que llevar armas, aunque no sea más que para imponernos en caso de necesidad; pero aun cuando fuésemos sin armas, aun cuando llevásemos las pistolas descargadas, ten la seguridad de que Waller sabrá arreglar tan bien las cosas que no nos volveremos con las manos vacías.

—¡Enhorabuena! Si así fuese, no tendría el menor inconveniente en ser de la partida. Pero puesto que Waller irá con nosotros, os acompañaré, porque tengo en él la mayor confianza.

Luego que el infame, el despreciable Josse, consintió en coadyuvar a la ejecución del criminal proyecto, recobró toda su alegría, y empezó a jactarse de que sería utilísima su intervención en aquel asunto, cuyo buen éxito le parecía indudable. Había sido criado del conde de Finkenstein y conocía perfectamente las habitaciones del castillo, así como la disposición de sus muchos y largos corredores; también conocía el cuarto y los armarios donde el Conde y su esposa guardaban los cubiertos de plata, el oro y las alhajas. Por lo tanto, dio a Thierry una porción de datos y de detalles sobre las diversas puertas que debía abrir con ayuda de sus ganzúas, hablándole principalmente de la puerta del jardín y de la puertecilla falsa por la cual debían ellos entrar en el castillo.

Thierry escuchó atentamente sus instrucciones, y prometió desplegar toda su maña y su destreza en la ejecución del infame proyecto. Los tres ladrones bebieron después repetidas veces a la salud de Waller y por el feliz éxito de su empresa, añadiendo a una voz:

—¡Hasta mañana por la noche!

Al día siguiente pusieron en camino los bandidos. Dando grandes rodeos y caminando por la espesura, dirigieron al castillo de Finkenstein. Waller y Schlik iban armados de sables, y cada uno de ellos llevaba al cinto un par de pistolas cargadas. Josse se encargó de los sacos destinados a guardar los productos del robo, y Thierry, por su parte, iba provisto de sus llaves falsas y de las ganzúas que se llevó al escaparse de casa del cerrajero. Al anochecer se escondieron entre los árboles a poca distancia del castillo, esperando el momento oportuno para realizar el robo.

Era una de las tardes más hermosas de aquel otoño. Una ligera brisa refrescaba el ambiente, y el sol se acercaba al horizonte entre celajes de púrpura. El Conde y su esposa, con Federico y Luisa, sus hijos, salieron del castillo, más que para cazar las chochas, para gozar de tan deliciosa tarde. Seguíanle Mauricio, con su escopeta al hombro, y un lacayo, que llevaba la red. El grupo se encaminó a un claro del bosque que era muy a propósito para cazar pájaros con red. A la entrada de esta clara alzábanse dos abetos. Los dos cazadores, con ayuda de unas cuerdas atadas a las ramas de estos dos árboles, extendieron la ancha red, que tapaba como una cortina de gasa verde la entrada del bosque. Los señores de Finkenstein se acomodaron en un banco de césped al pie de uno de los árboles, y Luisa se sentó a su lado. Junto al otro abeto hallábase Federico de pie, teniendo en la mano la cuerda que había de cerrar la red. El anciano cazador se colocó detrás de él para avisarle en el momento oportuno. Todo el mundo guardaba silencio, y los niños no apartaban los ojos de la red; pero no se veía ninguna chocha. Ya hacía bastante tiempo que el sol se había puesto; la luna, velada hasta entonces por ténues celajes, tornóse más brillante, en tanto que los vivos resplandores del crepúsculo se extinguían insensiblemente. Apenas se veía la red en medio de la oscuridad. Los niños habían perdido ya la esperanza de cazar un solo pajarillo, cuando de repente tropezaron dos chochas con la red, con tal violencia, que se les enredaron en las mallas el largo pico y la cabeza, y al forcejear para escaparse parecía que iban a arrastrarla.

—¡Tirad! —dijo el cazador.

Federico tiró de la cuerda, cerróse la red, y las dos chochas quedaron presas en ella, con gran alegría de los dos niños.

El Conde y su familia regresaron entonces al castillo. Thierry estaba ya acostado a un lado del camino, junto a un matorral.

Llevaba los pies desnudos, y envuelto en trapos uno de ellos, que tenía enorme volumen. Entre estos trapos ocultaba sus llaves falsas y sus ganzúas.

Era casi de noche cuando la familia pasó por aquel sitio. Federico fue el primero que vio un bulto junto al matorral.

—¿Quién está ahí? —exclamó.

Levantóse Thierry trabajosamente con ayuda de un bastón, y se acercó cojeando y en actitud suplicante, haciendo como que apenas podía tenerse en pie.

El Conde le preguntó de dónde venía a tales horas y qué hacía en aquel sitio. Thierry lanzó un suspiro, hizo un gesto como si experimentase intolerables dolores, y dijo con lastimera entonación:

—¡Ah! ¡Pobre de mí! ¡Ya no tengo asilo, ni padre, ni madre, y

me veo reducido a pedir limosna! Aunque quiero ganarme la vida trabajando, nadie quiere tomarme de criado por lo mal que tengo la pierna. Ahora vengo de Pruneville, a tres leguas de aquí, adonde he ido para que me viese la llaga un médico, el cual me ha puesto un emplasto que me abrasa como si fuese fuego, porque dice que es necesario cauterizarme la pierna. Para colmo de desdichas, me he perdido en el bosque, y desde mediodía ando de un lado para otro entre las zarzas y los espinos, sin haber comido ni bebido en todo este tiempo. Confiaba en llegar esta noche a Hirsfeld; pero me es imposible seguir andando, y tendré que pasar la noche al aire libre, muerto de hambre y de frío.

Dichas estas palabras, sacó un pañuelo todo roto y, llevandoselo a los ojos, hizo como que se secaba las lágrimas.

Tanto se dolieron la señora de Finkenstein y sus hijos de la situación del pobre niño, que rogaron al Conde que le hiciera ir al castillo y le concediera hospitalidad hasta que la llaga se le curase.

El Conde, que también era bueno y generoso, estaba dispuesto a acceder a los caritativos deseos de su familia; pero, sin embargo, no pudo menos de clavar en Thierry una penetrante mirada, como si hubiera querido convencerse de que era verdad lo que decía el porterosero.

El astuto Thierry sorprendió esta mirada, e inmediatamente hizo ademán de desatar las cintas con que se sujetaban los trapajos, para enseñar la horrible llaga que tenía en la pierna. Demasiado sabía que la aristocrática familia no había de consentirlo.

En efecto, no se lo consintieron.

—¡No, no! —exclamó la Condesa haciendo un ademán imperativo— ¡Déjalo! ¡No puedo ver heridas! Te creemos sin necesidad de que nos la enseñes. ¡Síguenos!

La familia continuó su camino, y Thierry se fue tras ellos, cojeando, como si le costase mucho trabajo seguirlos, y riéndose interiormente de su confianza. Cuando llegaron al castillo, la bondadosa dama hizo que le dieran de cenar en la habitación del portero, e indicó la alcoba en que había de pasar la noche. Dio también las órdenes oportunas para que en cuanto amaneciese fueran a buscar al médico que tan bien había curado al padre de Fridolín, y luego se separó de él para dirigirse a sus habitaciones.

Thierry entró en la portería, y comió con delicia la cena que le sirvieron, sin dejar de tocarse de cuando en cuando la pierna, quejándose de sus dolores. Cuando concluyó de cenar, el portero le hizo atravesar un largo corredor, y le llevó a una habitación que tenía el techo de ladrillo y donde había una cama muy limpia.

—Aquí tienes tu cama —le dijo el portero—; no necesitas luz, porque la luna te servirá de lámpara. ¡Buenas noches; que duermas bien!

Y se marchó, llevándose el candelero y cerrando la puerta.

CAPÍTULO XII

DIOS PROTEGE A LOS BUENOS

En cuanto Thierry se quedó solo se quitó los trapos de la pierna, se metió en el bolsillo las llaves y las ganzúas, que pronto había de necesitar, y se echó completamente vestido en la cama, donde se estuvo muy quietecito hasta que creyó que todos estarían dormidos. En cuanto vio que en la casa reinaba el más completo silencio, se levantó, abrió con mucho cuidado la puerta de su cuarto y salió al corredor. Cuando le acompañó el portero a la alcoba, Thierry tuvo buen cuidado de fijarse en la disposición de la casa, y vio la puerta del jardín con sus barras de hierro y la cerradura mohosa de que le había hablado Josse. Dirigióse hacia ella guiándose por las paredes, que tocaba con la mano que tenía libre, pues la otra la llevaba ocupada con las herramientas.

Después de recorrer el largo corredor con las mayores precauciones, llegó a la puerta, cuyos cerrojos descorrió sin hacer ruido; también consiguió forzar la cerradura, y se detuvo un momento en el umbral de la puerta abierta. Un viento de otoño, vivo y glacial, agitaba las ramas de los árboles, casi desprovistas de su ropaje, y silbaba por entre las hojas que tapizaban el suelo. La luna había desaparecido hacía mucho tiempo, y algunas pocas estrellas esparcidas por el firmamento brillaban acá y acullá entre las nubes. Thierry pensaba esperar en aquel sitio la llegada de los otros bandidos; pero sentía un frío tan grande en los pies, tanto si los apoyaba en la arena del jardín como en las losas de mármol del corredor, que le fue imposible soportarlo más tiempo. Dejó, pues, entreabierta la puerta del jardín, y se volvió a su cuarto, teniendo la precaución de no cerrarle, para oír el ligero silbido con que sus compañeros anunciarían su llegada. Thierry se acostó en la cama, apoyando la cabeza en el brazo y procurando no dormirse.

De repente creyó que se había desencadenado un huracán: las ventanas temblaron, y la puerta de su cuarto se abrió de par en par. Thierry tuvo miedo; pero pronto se tranquilizó.

—¡Es el viento! —se dijo— Al silbar por entre las chimeneas del castillo ha hecho ese ruido, y ha abierto del todo la puerta, que ya estaba entreabierta.



...le embistió otra vez, tirándole al suelo.

Pero un momento después percibió en el corredor unos pasos que poco a poco fueron oyéndose más claramente y más cerca.

—¡Qué modo de andar tan raro! —pensó, enjugándose la frente— Ésos no son pasos de hombres. ¿Qué demonios será?

Pronto se oyeron en la alcoba aquellos mismos pasos, y Thierry vio junto a la ventana un bulto negro con grandes cuernos.

Este bulto se acercó a él, y se detuvo delante de su cama. Thierry, aterrado, se tapó con las mantas.

—¡Oh! —pensó— ¡Éste es el demonio, que castiga a los malos!

El ser fantástico a quien el ladronzuelo tomaba por el demonio era el corzo. La puerta del jardín se había abierto empujada por una racha de viento, y el corzo, enemigo declarado de los merodeadores, había entrado en el corredor; una vez allí, guiado por su olfato, advirtió la presencia de un ser extraño, y fue a hacerle aquella visita nocturna.

Thierry enmudeció de terror al encontrarse ante aquel bulto espantoso, ante aquellos ojos fulgurantes, ante aquellos cuernos amenazadores; un sudor frío brotó de su frente, y acabó por envolverse completamente en las mantas. El supuesto demonio le dio por lo pronto varias cornadas, que, a pesar de la protección de las mantas, le hicieron ver las estrellas; no contento con esto, saltó a la cama, y empezó a revolver la ropa con los cuernos como si quisiera apartarla. Entonces Thierry, no pudiendo resistir más, hizo un esfuerzo, echó a un lado las mantas, saltó de la cama y salió corriendo por el corredor. El corzo le persiguió, le tiró al suelo, y le puso como nuevo a fuerza de cornadas y pisotones. Thierry consiguió levantarse varias veces; pero apenas se disponía a huir, cuando su enemigo le derribaba nuevamente. De esta suerte llegaron al vestíbulo, al pie de la escalera principal, donde le embistió otra vez, tirándole al suelo y subiéndose encima de él para impedir que se levantase y fuera más lejos. Thierry, fuera de sí y sin saber ya qué hacer, empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Que me coge, que me arrastra! ¡Socorro! ¡Socorro!

Estos gritos y este estrépito despertaron a los habitantes del castillo. El primero que apareció en lo alto de la escalera, con una luz en la mano, fue Mauricio. Thierry, desesperado, corrió a su encuentro, se arrojó a sus pies, y abrazándose a sus rodillas exclamó:

—¡Oh! ¡Protegedme! ¡Salvadme! ¡Todo lo confesaré!

—¡Habla, confiesa! —gritó el anciano con voz terrible.

Pero antes de que Thierry hubiera podido tomar aliento acudieron los criados. También aparecieron poco después el Conde, la Condesa y los niños. Los lastimeros gritos de Thierry habían despertado a todo el mundo y sembrado la alarma en el castillo.

—¡Hablad, Mauricio! —dijo el Conde dirigiéndose al anciano guardabosque— Decidme qué es lo que ha pasado y quién es ese tunante que ha armado semejante escándalo.

—Vuestra excelencia va a oírlo de sus propios labios —respondió el cazador—. ¡Vamos; habla, granuja! ¿Por qué has venido a este castillo? ¿Cuál era tu intención? Sé franco ante todo; de lo contrario, lo pasarás mal.

Thierry confesó llorando que se había dejado convencer por unos cazadores furtivos, los cuales le habían dicho que se fingiese cojo y mendigo para que le dejaran pasar la noche en el castillo, y que cuando estuviera dentro les abriese la puerta del jardín, en lo cual no había consentido sino obligado por sus amenazas; pero que en vez de los cazadores furtivos había entrado el diablo, que le había dado muchas cornadas y quería arrastrarle.

Fridolín, que estaba al lado del señor de Finkenstein con una luz en la mano, miró con más atención a Thierry, y exclamó:

—¡Ah! ¡Te conozco! ¡Tú eres el chico que mató de un tiro a una pobre corza en el bosque, delante de su hijito! ¡Sí, sí; tú eres! ¿No es verdad que entonces no creías que el corzo vengaría algún día a su madre y te entregaría a la justicia, y tal vez te llevaría al patíbulo? Pero Dios lo ha dispuesto así: Dios es un juez misericordioso, pero justo y severo.

Thierry miraba a Fridolín con asombro, sin comprender lo que quería decir. Entonces le explicó Mauricio que el hijito de la corza que tan cruelmente inmoló hacía algún tiempo en el bosque de Haselbach había sido criado en el castillo, convirtiéndose en un magnífico animal, y que aquél era el diablo que tantas cornadas le había dado.

—¿Habrá en el mundo criatura más tonta, más imbécil que yo? —exclamó Thierry dándose una palmada en la frente— ¡Me creía el más listo de los muchachos de mi edad, y confundo a un corzo con el diablo! ¡Me he dejado engañar por un irracional hasta el punto de revelar un complot que estaba tan bien combinado! ¡Oh! ¡Es para desesperarse, para tirarse de los pelos de vergüenza y de rabia!

Los criados se reían a carcajadas de la singular equivocación del jovenzuelo; pero el Conde la consideraba como una buena lección, y dijo gravemente:

—El terror de este muchacho proviene de un error, es cierto; pero este error oculta una gran verdad: su conciencia es lo que le ha hecho ver al diablo bajo la forma de este excelente animal. A un muchacho honrado y virtuoso jamás se le hubiese ocurrido que el demonio quisiera llevarse al infierno.

La señora de Finkenstein mandó a los criados que fuesen inmediatamente a cerrar la puerta del jardín para evitar que entrasen los la-

drones. Mauricio quería que se dejase abierta la puerta y que todos los criados del castillo, bien armados, se pusiesen en acecho para sorprender de este modo a toda la cuadrilla y librar de ella a la comarca.

Pero la noble Condesa se opuso.

—Seguramente los ladrones no vendrán desarmados, y al defenderse podrían herir o matar a alguno de los nuestros, lo que me causaría inmensa desesperación.

—Tienes razón, Francisca —le dijo su marido—. Tenemos otros medios de apoderarnos de ellos. Puesto que su cómplice está en nuestro poder, los demás bandidos no podrán escapársenos: le obligaremos a revelarnos su guarida.

Así, pues, cerraron inmediatamente la puerta del jardín; pero el guardabosque dijo gruñendo:

—¡Yo no puedo consentir que esos bandidos salgan tan bien librados! ¡Si por lo menos pudiera meterles unos cuantos perdigones en las piernas, no les estaría mal!

Fue a buscar su escopeta de dos cañones, la cargó y se puso en acecho junto a una ventana situada frente a la puerta del jardín. Mas esperó inútilmente: los bandidos no se dejaron ver.

A la hora convenida llegaron al castillo, y protegidos por la oscuridad se acercaron a las tapias del jardín; pero al oír los gritos de Thierry creyeron que estaban apaleándole. Al mismo tiempo vieron luz en varias habitaciones y personas que subían de un piso a otro con lámparas en las manos, y comprendiendo que se había descubierto su intentona, se apresuraron a volver al bosque. Fue tan grande su terror, que hasta se dejaron olvidados los sacos que habían creído llenar de oro y plata: al día siguiente los encontraron junto a las tapias del jardín.

Apenas amaneció llegó el juez, a quien el señor de Finkenstein había hecho llamar; acompañábanle su escribiente y dos gendarmes, provistos de esposas y de cuerdas para maniatar al ladronzuelo.

Sacaron a éste de su encierro y le llevaron a una habitación, donde el juez quiso someterle a un interrogatorio en presencia del Conde de Finkenstein.

Al verse ante el juez, Thierry recurrió a sus enredos y a sus embustes acostumbrados. Contó que unos ladrones le habían engañado, obligándole a servirles; se guardó muy bien de revelar su verdadero origen, y ofreció guiar a los gendarmes al sitio donde se ocultaban los bandidos, si le prometían perdonarle.

El juez no dio crédito a los embustes inventados por Thierry; pero no le amenazó y le dejó en la creencia de que conseguiría engañar a la justicia.

El ataque al castillo de Finkenstein hizo mucho ruido en el país, e

inmediatamente se reunieron todos los gendarmes y todos los guardas jurados del distrito, a los cuales se unieron gran número de aldeanos armados. El juez se puso al frente de este pequeño ejército y se dirigió inmediatamente a las ruinas de la antigua fortaleza. Thierry, atado de pies y manos, iba en una carreta que indicaba el camino que debía seguirse; señalaba los puntos por los cuales podían escaparse los bandidos, y el juez los dejaba bien vigilados. Por fin entraron en el subterráneo, y encontraron a los tres ladrones dormidos, descansando de la fatiga de la expedición del día anterior. Los sorprendieron y los cogieron sin que pudieran defenderse, y hasta el mismo Waller, al verse rodeado de tanta gente, saludó al juez con nobleza y presentó las manos para que se las atasen, sin pronunciar una sola palabra.

Los otros dos estaban furiosos y se desataban en insultos contra Thierry. No por eso dejaron de atarlos y de meterlos en la carreta con Thierry y todos los objetos encontrados en el subterráneo.

Durante los primeros días los ladrones fueron interrogados con mucha frecuencia, y con arreglo a sus declaraciones tomaron informes en los diferentes lugares donde habían vivido durante más o menos tiempo. Los bandidos pasaron más de un año en la cárcel, y a fuerza de investigaciones consiguió la justicia reconstituir toda su vida y todos sus crímenes. Cuando terminó el proceso, los jueces elevaron sus conclusiones al Tribunal Supremo de la comarca y esperaron su fallo.

CAPÍTULO XIII

HISTORIA Y FIN DE LOS TRES BANDIDOS

Waller pertenecía a una familia respetable y muy distinguida, y no había tomado este nombre sino para ocultar el suyo. Su padre era un elevado funcionario, magistrado integérrimo y universalmente estimado. Waller, cuyo nombre de pila era Carlos, mostró desde la infancia las más felices disposiciones. Era muy guapo; sus padres no omitían ningún gasto para darle excelente educación, y en cuanto cumplió los diez y ocho años le enviaron a la Universidad para que concluyese su carrera. Allí se distinguió por su cultura y por la amenidad de su carácter. Pero por desgracia tenía el defecto de irritarse y de dejarse arrebatar fácilmente por la ira. Sus padres, deslumbrados por sus brillantes dotes, se habían descuidado bastante en enseñarle los divinos preceptos de la religión, que hubiesen dulcificado aquel carácter irascible, inculcando al joven saludables principios de humildad y amor a sus semejantes. Pronto fue cruelmente castigado por haber consentido que este defecto se enseñorease de su corazón.

Un día que iba paseando con otros estudiantes, un amigo suyo,

un caballero que hasta entonces había profesado a Waller particular estimación, excitado por la alegría de la comida, se permitió algunas bromas que el orgulloso Waller no podía tolerar. Inmediatamente empezaron a disputar. Por desgracia, en aquella época los caballeros tenían la costumbre de llevar espada; los dos amigos, convertidos en adversarios, se dirigieron a un bosquecillo cercano, y Waller tuvo la desgracia de matar a su contrario.

Waller, con la espada llena de sangre en la mano, permanecía inmóvil como una estatua y tan pálido como el amigo a quien acababa de inmolar. Todos sus condiscípulos le instaron a que huyese inmediatamente, y él se marchó sin saber adónde dirigirse. Después de vagar durante varios días por el bosque presa de viva desesperación y expuesto a los mayores peligros, encontróse por casualidad con un amigo de la infancia, hijo de un obrero que vivía cerca de la casa del padre de Waller. Este muchacho le contó que era militar, y que jugando había perdido el dinero que pertenecía al regimiento, y cuya custodia le habían confiado. Para sustraerse al castigo que le amenazaba, Valentín (éste era el nombre del amigo de Waller) desertó, se hizo cazador furtivo y tomó el nombre de Schlik. En la desesperada situación en que se hallaba, no vaciló Waller en adoptar la misma vida.

Internóse, pues, en el bosque con Schlik, y ambos vivieron con el producto de su caza. Pero de este modo no podían atender a todas sus necesidades; tomaron, pues, el partido de robar a los viajeros, y ellos fueron los que atacaron al hermano de la señora de Finkenstein, a quien salvó tan oportunamente el padre de Fridolín.

Poco tiempo después conoció Schlik a Josse, el cual se unió a los dos amigos. Les era muy necesario para que fuese a vender la caza; pero le despreciaban por su afición al vino y su grosería, y Waller nunca intimó con él.

Este Josse había sido uno de los labradores más ricos del cantón de Hirsfeld. Su mujer era inteligente y virtuosa, y sus hijos preciosos; pero el orgullo y la pereza, el afán de hacer buen papel en las fiestas, y la poca afición a ocuparse en sus asuntos, le acarrearón la ruina. Una vez olvidados sus deberes de buen padre de familia y de fiel cristiano, se entregó a todos los vicios. El juego y el vino acabaron de arruinarle; y como su soberbia no le permitía soportar la humillación de la miseria, en que sus propios vicios le habían sumido, huyó de su casa, y poco a poco llegó a convertirse en bandido. Él y Schlik robaban las granjas aisladas y atacaban a los indefensos viajeros. Waller dirigía estas expediciones, en las cuales, sin embargo, rara vez tomaba parte, a no ser que fuese necesario su auxilio para salvar a sus compañeros de algún peligro.

Un día encontró Schlik en el bosque a un muchacho, un curtidor que estaba haciendo acopio de corteza de encina. Saludáronse, y una vez entablada la conversación no tardaron en reconocerse. Nacidos en el mismo pueblo, habían ido juntos a la escuela. Schlik no pudo contener las lágrimas, al saber por el curtidor, llamado Rits, que su madre, la cual aun vivía, no cesaba de llorar su desertión, y que esta pena la llevaría al sepulcro. La familia de Waller era no menos digna de lástima. El malhadado duelo había desatado contra ella la indignación de muchos personajes poderosos y bastante injustos para hacer víctimas de su ira a los parientes del culpable. El padre no sobrevivió a su desgracia, y la madre murió también poco después. El hermano, joven de talento, instruído y adornado de las mejores cualidades, no era todavía más que simple procurador: el odio y la influencia de la familia del muerto le cerraban la carrera de la magistratura. Afortunadamente, ya se había hecho la tercera amonestación del matrimonio de su hermana cuando se supo el resultado del desafío; celebróse, pues, el enlace; pero el día de la boda fue más bien un día de duelo. La otra hermana vivía en casa de su hermano, a quien cuidaba, y no tenía esperanza de casarse.

Adivinando a la primera ojeada que Schlik era cazador furtivo, quiso interrogarle a su vez el curtidor. Schlik confesó fácilmente que se dedicaba a tan bajo oficio.

— ¡Déjale! ¡Sigue mi consejo! —dijo el curtidor— De la caza furtiva al robo y del robo al asesinato no hay más que un paso, y este paso se da insensiblemente.

En lugar de responder, alejóse Schlik sollozando, y se apresuró a contar a Waller cuanto le había dicho. Waller sintió que se le desgarraba el corazón; lloró la muerte de sus queridos padres y lamentóse de la situación en que se encontraban su hermano y sus dos hermanas.

— ¡Ay! —exclamó— ¡Todas estas desgracias son obra mía y se las habría evitado a mi familia si hubiera sabido dominar mis pasiones!

Hasta entonces había tenido la esperanza de que se olvidaría su duelo y le sería permitido volver a su patria; pero viendo que tenía que renunciar a esta ilusión, resolvió marcharse a América. Para esto necesitaba mucho dinero: con objeto de adquirirlo intentó robar el castillo de Finkenstein.

— Allí —pensaba— encontraré el dinero que necesito para marcharme, y una vez en América ganaré una gran fortuna que me permitirá devolver a sus dueños ese dinero.

Él disponía así las cosas. Dios lo dispuso de otro modo, y aquel robo frustrado puso fin a los crímenes de aquella cuadrilla de malhechores.

El día que debía pronunciarse la sentencia, el presidente, acompa-

ñado de su secretario, entró en la oscura y antigua sala donde doce jueces, ancianos respetables todos, estaban ya reunidos. En la sala había gran afluencia de espectadores. Waller fue el primero que compareció entre dos gendarmes. En cuanto le vieron entrar y presentarse con la distinción que le era propia, sintiéronse impresionados todos los presentes. El silencio era solemne. Aunque la vida que llevaba desde hacía bastantes años y su larga estancia en la cárcel habían alterado considerablemente la expresión de su rostro, todavía se comprendía que debía de haber sido muy guapo. Pronunciaron los jueces su fallo, y Waller fue condenado a la pena de muerte. El desgraciado escuchó su sentencia con calma y serenidad, y cuando terminó la lectura pidió la palabra y dijo:

—Señor presidente, merezco la sentencia que acabáis de leerme. Esperaba esta condena, y me someto humildemente a la ley. Después de haber faltado a todos mis deberes para con Dios y con la sociedad, justo es que expie mis crímenes con la muerte. Entrego sin murmurar mi cabeza a la cuchilla de la ley, a fin de dar de este modo una satisfacción a los derechos de la Humanidad, que he pisoteado, y a la justicia de Dios, a quien he ofendido. Señores—continuó—, conocéis mi vida. Habéis sabido encontrar mis títulos universitarios; en ellos habéis hallado satisfactorias pruebas de mis estudios y de mis costumbres, exceptuando mi malhadada inclinación a las pendencias. Tal vez sería yo hoy, como vosotros, un magistrado justamente estimado, si mi carácter arrebatado, que mis sentimientos religiosos hubiesen debido dominar, no me hubieran acarreado la perdición. ¡Sí; la ira ha sido el origen de todas mis desdichas! Puedo aseguraros que desde el fatal instante en que maté a mi amigo no ha habido para mí un momento de reposo. Al levantarme veía ante mí la sangre derramada por mi mano, y esta visión me perseguía cuando iba a acostarme. ¡Cuántas noches he sufrido los tormentos del insomnio! ¡Cuántas lágrimas he derramado en mi lecho! El vino, que había excitado mi vehemente temperamento, se me hizo odioso desde aquel instante; me prometí a mí mismo no volver a beberle jamás, y cumplí mi palabra, aunque esta resolución no tenía ya ninguna importancia. También hice promesa de no derramar en mi vida una sola gota de sangre humana. ¡Ay! ¡Este juramento lo he violado de un modo espantoso! Señor presidente, os suplico que hagáis presente mi arrepentimiento a la familia de Finkenstein, cuya tranquilidad turbó tan cruelmente mi infame proyecto; decidle que tenía el propósito de no derramar una gota de sangre en el castillo, y tened la bondad de creer que es verdad lo que afirmo. Tengo que haceros otra petición, a la cual doy la mayor importancia: tened la bondad, pues, de acceder a ella. Ya sabéis que el nombre que llevo es un nombre falso.

¡Ah, por favor! ¡No reveléis mi verdadero nombre, a fin de que no quede mancillada para siempre la familia a la cual he deshonrado! Por último, señor presidente, os suplico que me enviéis un sacerdote para que me confiese. Por desgracia, desde hace mucho tiempo no asisto al oficio divino ni frecuento los sacramentos, y a esto se debe mi perseverancia en los crímenes que me habían apartado de la comunión de los fieles. Después de haber vivido mucho tiempo como réprobo y pagano, quiero por lo menos tener el consuelo de morir como cristiano.

—Hacedlo así—dijo el juez, prometiéndole concederle cuanto le había pedido y tendiéndole la mano.

Waller, con sus negros ojos llenos de lágrimas, miró conmovido al venerable anciano, colocó sobre su corazón y estrechó amorosamente la mano que le habían ofrecido, y se volvió rápidamente. Y mientras todos los presentes prorrumpían en llanto, le llevaron a la cárcel, donde empezó a prepararse para entrar en la eternidad.

Mientras duró su cautiverio, Schlik estuvo profundamente afligido. La ventanilla de su calabozo, que estaba cerrada con una fuerte reja, daba a la iglesia. Cada vez que oía el ruido de las campanas se estremecía de emoción. También oía perfectamente los acordes del órgano y hasta el fervoroso canto de los fieles. Pero estaba demasiado afligido para unir su voz a la de sus hermanos; oraba en el silencio del recogimiento, y se prosternaba con la imaginación en medio del santo templo, no sin derramar lágrimas de contrición. El cementerio que rodeaba a la iglesia, con sus tumbas y sus cruces, hacía surgir en su alma las más graves reflexiones. Cada vez que veía un entierro helábasele la sangre de terror al pensar en su próxima muerte.

—¡Ah!—pensaba un día contemplando el entierro de una madre, cuyos hijos lanzaban dolorosos gemidos en torno a su tumba— ¡Ah! ¡Cuánto llorará mi pobre madre cuando sepa que muero en el patíbulo!

Proponíase escribirle, cuando recibió una carta de la virtuosa mujer.

Valentín supo por esta carta que el Gobierno había concedido un indulto a los desertores, y que su madre había conseguido hacer desaparecer hasta la más leve señal de la falta que el juego le había hecho cometer, reembolsando la cantidad que había sustraído. Así, pues, todavía hubiese podido vivir tranquilo y dichoso si él no hubiera empeorado su situación abandonándose a la desesperación y cometiendo todo género de excesos. Después de leer esta carta, Schlik derramó un torrente de lágrimas y maldijo mil veces el juego, que le había sumido en la desgracia.

Terminaba su madre la carta dándole prudentes y piadosos conse-

jos, y exhortándole a buscar en la religión el valor y los consuelos necesarios para que tan culpable vida terminase con una muerte ejemplar. Schlik resolvió seguir tan buenos consejos, y cuando el respectable párroco de Hirsfield se presentó en su celda se confesó con tal humildad y tanta compunción que el piadoso sacerdote se conmovió y le prodigó todos los consuelos de su sagrado ministerio.

Schlik se puso después a leer con piadoso recogimiento un libro de oraciones que el sacerdote le había dejado con este objeto. Apenas terminó, cuando se abrió la puerta y apareció el carcelero anunciándole que Waller quería hablarle. Schlik siguió al carcelero a la celda de su amigo; éste estaba de rodillas y rezaba.

—¡Schlik!—exclamó Waller abalanzándose a él.

Y ambos se arrojaron uno en brazos de otro con tal fuerza, que las paredes se estremecieron con el ruido de las cadenas. Estuvieron largo rato llorando juntos. Por fin dijo Waller:

—He sabido que te has arrepentido y que has vuelto los ojos a Dios: yo he hecho lo mismo. Ya está todo arreglado. Puesto que hemos vivido como pecadores, es preciso que muramos como arrepentidos: es lo único que tenemos ya que hacer. Yo te he obligado a cometer muchos crímenes; si no me hubieras sido tan adicto, no serías ahora tan desgraciado. Perdóname, querido, ¡oh!, perdóname, ya que has sido el único amigo que no me ha abandonado en la desgracia.

Ambos lloraban; sentáronse uno junto a otro, y estuvieron hablando de asuntos piadosos hasta el momento en que el carcelero llevó a Schlik a su celda.

—¡Adiós!—dijo Waller abrazándole otra vez— Ahora ya estamos dispuestos a morir, llenos de confianza en los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo y en la religión de nuestros padres. Nuestra separación será corta: mañana a las nueve nos separará la muerte para reunirnos en el mismo instante y por toda la eternidad. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡El Señor misericordioso sea contigo!

Josse no se mostró más insensible que sus compañeros. La visita de su mujer y de sus hijos, que fueron a verle a la cárcel, le conmovió profundamente, y con la mayor humildad les pidió perdón por el daño que les había hecho. Su desgraciada esposa y sus hijos se arrojaron en sus brazos, y durante un instante se mezclaron sus lágrimas y las del bandido. Consolado por su entrevista y animado por las palabras de su mujer, a quien halló muy resignada, Josse se prosternó lleno de sincera humildad a los pies del sacerdote, y desde aquel momento fue otro hombre: ya no pensó más que en ser digno de reunirse a su familia en la otra vida.

Preparados de este modo para el trance fatal, los tres reos vieron

llegar el día de la ejecución más bien confiados en la misericordia divina que temerosos ante la idea del patíbulo. En cuanto amaneció aquel funesto día, la multitud acudió a la pradera donde debía cumplirse el castigo de los culpables. También se reunió mucha gente en la iglesia para suplicar al Supremo Juez que se dignase conceder una santa muerte a los condenados. Muchas lágrimas derramaron los fieles en el santo templo, en tanto que fuera de la iglesia se oía el fúnebre rumor de la multitud y el redoble de los tambores.

Los tres reos encamináronse con resignación al cadalso; dieron a los espectadores algunos consejos saludables, y después de confesar públicamente sus faltas y de besar la imagen de Cristo que les presentaba el venerable sacerdote, entregaron su cabeza al verdugo.

CAPÍTULO XIV

ARREPENTIMIENTO DE THIERRY

Algunas semanas antes de pronunciarse la sentencia contra los tres cómplices enfermó Thierry en su calabozo. El médico de la cárcel hizo que le trasladasen a una habitación un poco mejor, le quitaran las cadenas, reemplazaran con una buena cama el jergón en que hasta entonces había dormido, y le prodigaran los cuidados que exigía su enfermedad. El cura y el médico iban a verle con frecuencia. Sin embargo, la mayor parte del tiempo estaba solo en su lóbrego encierro, en el cual no entraba la luz del sol ni la de la luna.

A través de los barrotes de la ventana no veía más que las paredes grises de una casa medio derruida, que por su excesiva proximidad a la ventana del calabozo parecía puesta a propósito para impedir que se viera lo que pasaba fuera de la cárcel. Thierry se aburría mucho en su calabozo; el tiempo se le hacía inmensamente largo, y pasaba ratos muy amargos.

Ignoraba la suerte que le estaba reservada; no sabía si le condenarían a muerte o si le perdonarían la vida. Esta completa incertidumbre era uno de sus mayores tormentos; constantemente fluctuaba entre el temor y la esperanza, entre la vida y la muerte.

El día en que fueron sentenciados los bandidos advirtió Thierry inusitado movimiento alrededor de la cárcel. Generalmente en el antiguo y sombrío edificio reinaba un silencio de muerte; pero aquel día se oían los pasos de multitud de hombres, puertas que se abrían y se cerraban con estrépito, ruido de armas y entrechocar de cadenas. Cuando Roberto, el ayudante del carcelero, le llevó la comida, Thierry le preguntó qué significaba aquel ruido y qué era lo que pasaba.

—¿Que qué pasa?—replicó aquel hombre adusto, que por llevar muchos años en aquel oficio se había tornado duro e insensible—

¿Quieres saber lo que pasa? Pues bien; hoy van a condenar a muerte a tus tres camaradas, y el viernes que viene les cortarán la cabeza. Es una lástima que hayas enfermado con tan poca oportunidad; si no hubiera sido por eso, habrías tomado parte en la fiesta, y hubiésemos acabado de una vez con todos los tunantes; pero ahora tenemos que volver a empezar la misma tarea por un granuja como tú. ¡Vaya un trabajo que nos das!

Y se marchó, cerrando violentamente la puerta al salir.

Sintió Thierry tal terror al oír las palabras del carcelero que empezó a temblar. Cada vez que percibía pasos, sentía que se le helaba la sangre en las venas; si se abría o se cerraba una puerta, se estremecía violentamente, y a cada instante temía que entrasen en su calabozo a leerle la sentencia de muerte. El día de la ejecución de sus compañeros, cuando llegó a sus oídos el lento son de la campana, experimentó inmensa angustia; sin embargo, el exceso de terror le dio fuerzas para levantarse y vestirse. Tan pronto corría a la puerta para escuchar como se acercaba a la ventana para oír lo que pasaba fuera. Entretanto, el ruido aumentaba sin cesar. El rumor de la muchedumbre que se agolpaba ante el edificio, el redoble de los tambores, el estrépito de los carruajes, los pasos de los soldados y las pisadas de los caballos resonaban en los largos corredores y llegaban hasta su cuarto. Se le doblaron las piernas, y tuvo que sentarse en su cama. Aun estaba temblando, cuando de repente se abrió la puerta y apareció el terrible Roberto, seguido de otro ayudante del carcelero.

—¡Síguenos!—gritó con voz ronca

El terror de Thierry subió de punto al oír estas palabras. Como no tenía la menor idea de la marcha que en estos casos sigue la justicia, se imaginó que iban a llevarle al patíbulo y a ejecutarle inmediatamente. Pero no era esto, sino, sencillamente, que una de las cláusulas de su sentencia, la cual aun no le había sido notificada, le condenaba a presenciar la ejecución de los otros tres reos.

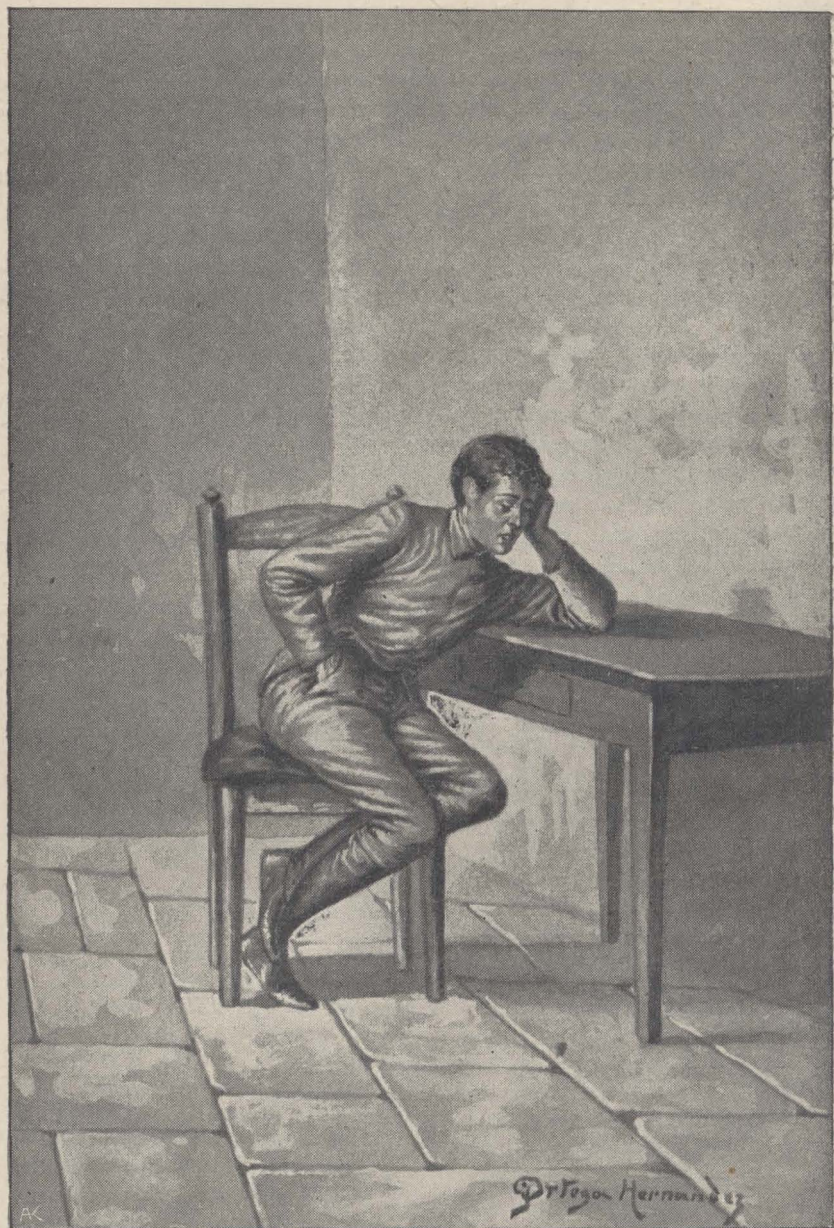
—¡En nombre del cielo!—exclamó llorando— ¿Qué vais a hacer conmigo?

—¡Ahora lo verás!—le respondió Roberto.

Los dos carceleros le cogieron por los brazos, le llevaron, o, mejor dicho, le arrastraron por los largos corredores hasta otro cuerpo del vasto edificio, y le hicieron entrar en una de las habitaciones del piso más alto. Ya había mucha gente asomada a las ventanas para ver pasar el cortejo.

—¡Aquí está Thierry, el ladrón!—gritó Roberto.

Todo el mundo se volvió para mirarle durante un instante, y luego volvieron a ocupar sus puestos. Los dos carceleros llevaron a



Desde aquel día, Thierry estuvo desanimado y muy abatido.

Thierry a una ventana que habían reservado para él. Al ver la luz del día, la belleza del firmamento, el verdor de los prados y de los bosques, y todas las maravillas cuya contemplación le estaba vedada desde hacía tanto tiempo, quedó sobrecogido de asombro y como deslumbrado. El magnífico espectáculo de la Naturaleza le impresionó profundamente y le arrancó un suspiro; pero pronto se fijaron sus miradas en la multitud que se había reunido en torno del patíbulo. Vio llegar a Waller, a Schlik y a Josse, que subieron al cadalso. Vio relucir la cuchilla sobre la cabeza del primero de los tres reos; vio brotar la sangre, caer a un lado la cabeza..

—¡Jesús!—exclamó.

Y cerró los ojos para no ver la ejecución de los otros dos. Estaba medio muerto cuando le llevaron a su calabozo.

Desde aquel día estuvo desanimado y muy abatido. Noche y día tenía ante los ojos la terrible cuchilla, y siempre le parecía estar viendo la sangre de sus compañeros. Tenía miedo de que le esperase la misma suerte, y se lamentaba y se desesperaba. Pero estaba muy lejos de enmendarse interiormente. Su corazón no sentía ese temor de Dios y ese sincero amor a Jesucristo que predisponen al pecador al arrepentimiento. Su único deseo era librarse de la muerte, del patíbulo; y como la mujer del carcelero, que iba a verle de cuando en cuando y a cuidarle desde que estaba enfermo, le dijese un día que no le condenarían a muerte y que se limitarían a tenerle unos cuantos años encerrado en una casa de corrección, sintió que se le quitaba de encima un peso abrumador. Volvió a ser como antes; es decir, hipócrita y malo, y no pensó más que en imaginar los mejores medios para escaparse de la cárcel y en forjar planes para después.

En tanto que ocurría todo esto, el Conde de Finkenstein había colocado a Fridolín en casa del guarda mayor del distrito de Hirsfield para que fuera iniciándose en la administración de las propiedades rurales. La mujer del guarda era una señora muy caritativa; se enteró de que Thierry estaba malo, y de cuando en cuando le mandaba algunos de los manjares que le permitía comer el estado de su salud. Un día le llevó Fridolín un pollo asado. Aunque compadecía al preso, la alegría de cooperar a una buena obra daba a su rostro cierta expresión de contento, no exento de inmensa compasión. Thierry no vio en aquel contento más que una alegría insultante, una insolente ironía; además, el vistoso uniforme verde de Fridolín desagradaba extraordinariamente a aquel celoso.

—¡Yo soy desgraciado y tú triunfas!—le dijo con acento de rabia y de envidia— ¡Has sabido meterte en el castillo de Finkenstein por medio de tu maldito corzo, que fue mi perdición! ¡Ese condenado animal es el autor de todas mis desgracias! Hasta ahora he

tenido mala suerte; pero confío en ser más afortunado en lo sucesivo; mi madre hará que me pongan en libertad a fuerza de dinero, y todavía le quedarán bastantes escudos para que pueda pasar el resto de mi vida tranquilamente. No necesitaré servir, como tú, y no tendré que ser humilde lacayo de los demás.

Thierry se comió todo el pollo con avidez, sin dar las gracias a Fridolín por el trabajo que se había tomado, y éste se marchó muy triste al ver que Thierry no se había corregido de su maldad y de su grosería acostumbradas.

Thierry empeoró y llegó a estar muy grave. El párroco de Hirsfield iba a verle con mucha frecuencia, y se pasaba largos ratos junto a su cama, procurando inspirarle cristianos sentimientos. Aconsejábale insistentemente que confiase en la misericordia de Dios, a fin de que no fuera inútil para su alma la preciosísima sangre que Nuestro Divino Redentor derramó por la remisión de nuestros pecados, y le suplicaba que se arrepintiese de sus faltas y se convirtiera sinceramente, sin lo cual se condenaría para toda la eternidad. Pero Thierry no hacía gran caso de las palabras del caritativo sacerdote. A veces daba algunas señales de arrepentimiento, y un día llegó a decir al cura que sentía mucho no haber seguido los consejos de su padre y haber engañado a su madre con sus mentiras.

—¡Bien, hijo mío!—le contestó el sacerdote— Me alegro mucho verte en tan buenas disposiciones. ¡Ojalá sean el anuncio de tu salvación! Pero dime, Thierry: ¿por qué sientes no haber escuchado los consejos de tus padres?

—¡Ah! ¿Por qué? Pues porque si los hubiese seguido habría estudiado mucho en la escuela, hubiese aprendido un oficio, tendría una buena cerrajería, y, por consiguiente, sería uno de los más ricos de mi pueblo. En cambio, ahora, llevo más de un año en esta maldita cárcel, estoy enfermo, solo, carezco de todo; y aun cuando salga de aquí curado, será para encerrarme de nuevo en una casa de corrección.

Como ven nuestros lectores, no pensaba más que en las cosas de este mundo, y su corazón estaba aún muy lejos de albergar sentimientos religiosos de fe y de confianza en la bondad de Dios y en el amor y en los merecimientos de Jesucristo, sentimientos que son los únicos que pueden legitimar el arrepentimiento a los ojos del Señor y asegurar el perdón de los pecados.

Un día salió el cura del calabozo profundamente afligido por encontrarle siempre insensible a sus paternales exhortaciones. El carcelero se acercó al sacerdote y le hizo varias preguntas acerca de Thierry; éste, que era muy curioso, se acercó a la puerta para escuchar lo que respondería el venerable anciano.

—Señor cura—dijo Roberto—, ¿qué os parece la enfermedad de ese tunante? ¿No se largará pronto al otro mundo? ¡Empiezo a cansarme del trabajo que nos da!

—Amigo mío—respondió el eclesiástico—, no seáis tan poco compasivo; al desgraciado le quedan pocos días de vida; está muy malo. Tened un poco de paciencia.

—¡Paciencia!—replicó Roberto— ¡Bah! ¿Quién será capaz de tener tanta paciencia como vos, señor cura, con un granuja tan terco y tan malo como ése? Sois demasiado bueno, y me parece que perdéis el tiempo: el pillastre está completamente pervertido. ¿Creéis que todavía puede hacer penitencia? Yo, por mi parte, lo dudo mucho.

—¡Ay, amigo mío!—suspiró el sacerdote— Por desgracia, su corazón es como terreno pedregoso en el cual cae la semilla de la palabra divina: parece que en cuanto cae un grano, en seguida se lo llevan los pajarillos. Hasta ahora mis trabajos no han dado ningún resultado: ese desgraciado me preocupa mucho, y temo que muera impenitente.

—Pues yo—exclamó Roberto— no me preocuparía tanto; si ese tunante quiere darse una vueltecita por el infierno, que se la dé. Eso es cuenta suya; a nosotros nos tiene sin cuidado. Puesto que no desea otra cosa, que se vaya y que lleve feliz viaje.

—¡No digáis eso!—replicó el sacerdote— Ese muchacho, aunque está completamente corrompido, tiene un alma inmortal, y el alma de un cristiano es demasiado preciosa a los ojos del Señor para que no se intente su salvación por todos los medios que estén a nuestro alcance. Si sólo se tratase de una desgracia temporal, podríamos permanecer indiferentes; pero pensar que esa alma será eternamente desgraciada... ¡Oh! ¡Es demasiado horrible! ¡Tened compasión de él!

—Después de todo—dijo Roberto—, si los huesos de ese tunante sólo tuvieran que arder en el infierno unos mil años, me alegraría de que así fuese; pero la verdad es que cuando pienso que ya no saldría nunca de ese lugar de tormento, se me hiela la sangre en las venas, y casi siento compasión hacia él, aunque es muy malo.

Mientras Thierry escuchaba este diálogo latía el corazón con violencia; las duras palabras del feroz carcelero le habían impresionado más que las frases impregnadas de dulzura y de indulgencia del excelente sacerdote.

—¡Ya no hay remedio!—pensaba— ¡Me muero! ¿Y estaré realmente expuesto a ir al infierno? ¡Se me ha hecho tan largo el año que he pasado en la cárcel! ¡Cuánto más horrible será estar mil años en el infierno! ¡Y esto es lo que me desea ese despiadado Roberto! Sin embargo, a pesar de su crueldad, tiembla al pensar en el fuego eterno, y no se atreve a desear que me condene para toda la

Cuentos de Calleja

eternidad. ¡Oh! ¡Sí; un castigo eterno es la cosa más horrible que puede uno imaginarse! Y el señor cura—continuó Thierry—es un hombre excelente. ¡Cuán bondadoso es conmigo! ¡Cuánto se interesa por mí! Hasta ahora no he escuchado sus exhortaciones; creía que sólo me hablaba de Dios porque es costumbre y porque tenía el deber de hacerlo. Pero ahora comprendo que me compadece realmente y que quiere hacerme un beneficio. No le mueve ningún interés, y, sin embargo, ¡cuántos sacrificios ha hecho ya por mí! ¡Ah! ¡Verdaderamente es un santo, en tanto que yo soy muy ingrato y muy malo; sí, muy malo!

Thierry lloró amargamente; tomó la resolución de convertirse, y para conseguirlo decidió confiarse sin reservas al respetable sacerdote.

Cuando al día siguiente muy temprano entró el cura en el calabozo a petición de Thierry, a la primera ojeada comprendió que se había operado en su corazón un cambio notable, porque el enfermo se apresuró a saludarle con respeto y a decirle:

—Señor cura, decidme lo que tengo que hacer para que Dios me perdone mis pecados y me conceda una buena muerte. Tened la bondad de repetirme lo que tantas veces me habéis dicho; ya estoy dispuesto a escucharos con atención y a seguir vuestros consejos.

¡Lleno de alegría al verle en tan buenas disposiciones, el sacerdote se sentó junto a la cama de Thierry y le habló del sacramento de la penitencia. Thierry, con los ojos fijos en el rostro del anciano, parecía devorar sus palabras. Aquella fue la primera vez que el sacerdote pudo hablar con entera libertad, porque veía que sus consejos eran bien acogidos. Thierry se arrepintió sinceramente e hizo un acto de contrición con muchísimo fervor. Al día siguiente escuchó el párroco la confesión de Thierry, el cual se acusó de todos sus pecados, no sin derramar abundantes lágrimas. Desde aquel instante experimentaba el pecador indecible felicidad al oír hablar de Jesucristo, que había venido al mundo para salvar a los pecadores; y cada vez que el sacerdote se levantaba para marcharse, Thierry estrechaba y besaba la mano del virtuoso ministro del Señor (cosa que nunca había hecho antes), le manifestaba su gratitud con los ojos llenos de lágrimas y le suplicaba que volviese pronto.

—¡Ah! —decía— ¡Es una dicha para la pobre Humanidad que haya sacerdotes dedicados a prodigar consuelos al pecador con el fin de que recobre la paz y la esperanza! ¡Si no fuese por ellos, un criminal como yo no podría menos de entregarse a la más violenta desesperación!

CAPÍTULO XV

THIERRY Y SU MADRE

Desde la desaparición de su hijo, la desgraciada madre de Thierry no había gozado un solo momento de tranquilidad. Pero cuando supo que le habían cogido con otros tres bandidos y que estaba preso en los calabozos de Hirsfield, quedó aterrada, y su corazón de madre experimentó indecible dolor. Inmediatamente se encaminó a Hirsfield, se arrojó a los pies del juez que instruía el sumario, y le dijo cruzando las manos :

—¡Sacrificaré toda mi fortuna, venderé mi casa y pediré limosna, si queréis salvar a mi hijo, a mi pobre Thierry! ¡Sólo vos podéis hacerlo. ¡Oh, por favor, no desoigáis mi ruego!

✓ Pero el íntegro magistrado le respondió :

—Yo no puedo hacer más que cumplir con mi deber : no tengo más remedio que conformarme con lo que manda la ley. Os compadezco a vos y a vuestro hijo ; pero cuando los padres no cumplen con su deber y no corrigen a sus hijos, la autoridad tiene la obligación de intervenir y de enviar a la cárcel a esos jóvenes antes de que lleguen a ser peligrosos para la sociedad, o de castigar con mayor dureza las faltas y los crímenes que hayan cometido. El que no castiga a sus hijos cuando lo merecen, los entrega a la cuchilla del verdugo.

Así habló el juez. La desconsolada madre le pidió permiso para ver a su hijo ; pero el magistrado declaró que no podía concederle lo que solicitaba hasta que estuviese terminado el sumario.

Tornóse, pues, llorando a Waldon, sin haber tenido el consuelo de abrazar a su hijo, y estuvieron a punto de matarla el dolor y la angustia que desgarraba su corazón.

Thierry deseaba ardientemente ver a su madre antes de morir ; sabía que la buena mujer había ido a Hirsfield hacía algún tiempo para consolarle, y que no le habían permitido entrar en la cárcel. Pero le contrariaba mucho no haber vuelto a saber de ella, y un día, hablando con el sacerdote, se quejó de que su madre le abandonase de aquel modo durante su larga enfermedad.

—Verdad es —añadió— que no merezco que se preocupe de mí. ¡Le he dado tantos disgustos! Pero como siempre ha sido muy buena para mí, no puedo creer que me abandone en mi desgracia y me rechace.

—Querido Thierry —le contestó el cura—, tu madre te quiere lo mismo que siempre. Está animada de los mismos sentimientos de indul-

gencia y de ternura; pero tu desgracia la ha afectado tan profundamente, que ha caído gravemente enferma y lleva muchos meses en la cama. Le dijeron que tú también estabas enfermo, y al saberlo exclamó: «¡Ya no volveremos a vernos en este mundo mi hijo y yo! ¡Dios haga que nos encontremos en el otro!»

Pero un día que Thierry, echado en su cama, pensaba tristemente en su madre, se abrió la puerta y entró la pobre mujer. Había envejecido tanto que le costó trabajo reconocerla; estaba pálida y delgada y por sus ojos enrojecidos y fatigados comprendíase que debía de haber llorado mucho. Al ver el rostro lívido y demacrado de su hijo, la desgraciada Magdalena lanzó un grito, levantó las manos por encima de su cabeza y quedó como petrificada.

—¡Ah! ¡Hijo mío! ¡Thierry! ¡Pobrecito mío!—exclamó, aterrada.

Thierry se incorporó, tendió los brazos a su madre y murmuró:

—¡Oh, madre mía! ¡Madre querida! ¡Cómo! ¡Venís a verme! ¡No habéis olvidado a vuestro pobre Thierry! ¡Cuán buena sois! ¡Sois una madre amantísima! ¡Ah! ¡Cuántos disgustos os he dado! ¡Os he hecho llorar mucho, y por mi culpa vuestro cabello ha encanecido antes de tiempo! ¡Perdonadme! ¡Perdonadme! ¡Si supierais cuán arrepentido estoy, me perdonaríais seguramente!

Magdalena, fatigada ya por el viaje que había emprendido a pesar de su extraordinaria debilidad, no pudo resistir tan violentas emociones; estuvo a punto de perder el conocimiento, y se vio obligada a sentarse en una silla junto a la cama de su hijo. Éste le cogió una mano, se la llevó a los labios, y sus húmedas mejillas se cubrieron de lágrimas.

—¡Madre mía!—exclamó con desgarrador acento—Decidme: ¿podréis perdonarme?

—Hijo mío—respondió su madre mirándole angustiada—, yo soy mucho más culpable que tú: hubiera debido ser más razonable, más severa contigo y no acceder a tus menores caprichos de niño; mi exagerada indulgencia ha causado tu perdición, y yo sola tengo la culpa de ello.

—¡No, no!—replicó Thierry—Yo soy el único culpable. No tenéis idea de lo grande que ha sido mi maldad; no sabéis cuántas veces os he engañado con mis embustes, mis enredos y mi hipocresía. Yo era muy falso, muy disimulado, y esto es lo que me ha perdido. Pero, creedme, ahora aborrezco mis pasadas faltas; día y noche elevo el corazón a Dios y a mi Redentor, y les pido perdón y misericordia. ¡Oh! He sido cruelmente castigado por mi desobediencia y mi ingratitude; yo mismo me he acarreado los más espantosos sufrimientos, porque tanto en la cárcel como en el bosque he sufrido mucho. He sido muy desgraciado, y he amargado vuestra vida a fuerza de disgustos.

y de penas. Pero confío en que Dios tendrá compasión de nosotros y nos deparará mejor suerte en la otra vida. Todo esto me lo ha explicado el señor cura de un modo conmovedor. Quisiera que le oyeseis, porque me sería imposible deciros todo esto tan bien como él.

Extenuado por tantas emociones, se desplomó en el lecho, lanzó profundos suspiros y cerró los ojos.

Un instante después entró el médico. Tomó el pulso al enfermo, se encogió de hombros, mandó que repitieran la poción que había recetado, y salió del calabozo. Magdalena le siguió.

—¿Creéis, doctor—le preguntó—, que mejorará mi pobre Thierry? El médico movió la cabeza.

—Este pobre niño—continuó la madre—se levantaba muy temprano cuando estaba de aprendiz en casa del cerrajero, y tenía que trabajar mucho y que soportar el excesivo calor de la fragua; sin duda, esa vida le ha hecho contraer la enfermedad que tanto le hace sufrir ahora.

Tornó el médico a mover la cabeza y respondió:

—La ociosidad es más perjudicial que el trabajo.

—Luego—añadió la madre—las penas y las miserias que tuvo que soportar durante tanto tiempo en ese espantoso bosque, la humedad y el frío a que estaba expuesto, acabaron de destruir su salud.

—Los trabajos y la intemperie, cuando no son excesivos, robustecen el cuerpo—replicó el médico—; pero no es eso la causa principal de su enfermedad.

Poco después de marcharse el médico entró Fridolín, llevando en la mano una sopera de metal muy limpia, con una tapadera muy reluciente; el cuello de su vistosa casaca verde ostentaba unos adornos bordados en plata.

—Thierry—dijo el joven amistosamente—, vengo a traerte un caldo riquísimo que te sentará muy bien.

Thierry, que ya no tenía el alma envenenada por el odio y la envidia, tomó el caldo y dio cordialmente las gracias al excelente Fridolín.

Magdalena miraba a aquel virtuoso y simpático muchacho, cuya robustez y buen semblante contrastaban con las mejillas pálidas y demacradas de su hijo; la pobre mujer suspiró, y no pudo contener las lágrimas. Advirtiéndolo Thierry, y cuando se marchó Fridolín le dijo:

—Adivino el motivo que os hace llorar, madre mía. Estáis pensando en que si vuestro Thierry hubiera sido virtuoso y prudente, si su vida hubiese sido inocente y pura, ahora estaría tan sano y tan robusto como Fridolín.

—Sí, hijo mío; tienes razón: has acertado—respondióle su madre—. Y es una gran verdad que *todos los placeres y todas las voluptuosidades de la tierra no pueden compararse con una conciencia pura.*

La madre de Thierry solicitó del juez que trasladasen a su hijo a una habitación más ventilada y más cómoda y que le permitiese vivir a su lado para cuidarle. Se lo concedieron sin la menor dificultad.

El digno sacerdote iba a verlos todos los días. Magdalena le habló de lo que había sufrido al saber que Thierry estaba con unos bandidos; le contó que había llorado mucho por la suerte de aquella oveja descarriada, y que día y noche había estado rezando para que Dios librase a su hijo de las penas del infierno.

—En esta ocasión—dijo el sacerdote—viene bien lo que un obispo decía un día a la madre de San Agustín, cuando este gran santo no era más que un pobre pecador: *No es posible que se pierda para siempre un hijo por el cual se han derramado tantas lágrimas y se han dirigido al Cielo tantas oraciones.* Estas palabras constituyen hoy una gran verdad. Un hijo redimido por tantas lágrimas y tantas oraciones puede considerarse salvado. Verdad es que vuestras oraciones no han podido salvarle de la muerte temporal; pero habrán contribuido poderosamente a hacerle obtener la gracia de un sincero arrepentimiento, y, por consiguiente, a librarle de los tormentos del infierno.

Entretanto, la enfermedad de Thierry fue agravándose de día en día, y las fuerzas del pobre muchacho disminuían sensiblemente. Su madre no se apartaba de la cabecera de la cama. Sentada día y noche a su lado, le leía libros piadosos, le prodigaba sus consuelos, le animaba, le arreglaba la cama, le daba de beber, y llorando enjugaba el sudor de muerte que brotaba de la frente de su adorado enfermo.

—¡Oh, madre mía, cuán buena sois! —díjole un día su hijo— ¡Cuán cariñosamente me cuidáis! ¡El Señor os lo premie dignamente!

—¡Ay! —respondió la madre sollozando— ¡Por qué no habré mostrado el mismo celo en vigilar tu educación desde tu infancia? ¡Ahora no me vería obligada a cuidarte en la cárcel! ¿Cómo podré reparar hoy mi pasada negligencia? ¡Que Dios me perdone a mí mis faltas, y te conceda a ti una buena muerte! ¡Quiera Dios que mis desgracias sirvan de enseñanza a los padres para que comprendan sus deberes y sepan vigilar a sus hijos y educarlos! ¡Ojalá el ejemplo de mi desgraciado hijo sirva de lección a los niños que se hayan apartado o estén dispuestos a apartarse del camino de la virtud, y los haga volver a la senda del deber!

—¡Así sea! —murmuró Thierry, y pocos instantes después expiró.

Su madre le sobrevivió un año escaso: las penas que la abrumaban desde hacía tanto tiempo aceleraron su muerte. Como no tenía parientes cercanos, dejó toda su fortuna al asilo de huérfanos de su ciudad natal.

—Porque ya que no he educado bien a mi hijo —decía en sus últimos momentos—, quiero por lo menos contribuir a que otros niños no tengan la misma desgracia.

CAPÍTULO XVI

FELICIDAD DE FRIDOLÍN

Fridolín hizo grandes progresos en los estudios de Botánica bajo la dirección del guarda de Hirsfield.

Como sus padres le habían acostumbrado al trabajo desde muy niño, mostraba extraordinaria actividad. Casi todos los días acompañaba a su maestro al bosque, y no tardó mucho en aprender a conocer los árboles, los arbustos y las plantas, y en saber las propiedades de los más conocidos. Hizo una colección de flores y de plantas, las cuales secó previamente para colocarlas después en sus cuadernos entre dos hojas de papel y conservarlas así, escribiendo debajo sus nombres: de este modo consiguió coleccionar un bonito herbario. Observaba las mariposas, los escarabajos y los insectos que viven en los bosques y anidan en los árboles, y estudiaba particularmente las especies que podían perjudicar a las plantas.

Se esforzó en perfeccionar su letra, e hizo grandes progresos en la Aritmética y en la Geometría; primero aprendió a dibujar, y en seguida a pintar. Entonces se dedicó a copiar las ramas, las flores y las hojas de los árboles y de las plantas, y en sus momentos de ocio se entretenía en iluminarlos, copiando del natural con particular acierto. El señor de Finkenstein tenía en su biblioteca una porción de libros excelentes que trataban de Botánica, y tuvo mucho gusto en prestárselos al inteligente y estudioso Fridolín, que empleaba gran parte de la noche en leerlos, en extraer los datos más interesantes, y hasta en copiar algunos grabados.

Poseía una porción de conocimientos impropios de su edad; pero no se envanecía por ello: era el muchacho más modesto del mundo. Su piedad y su afición al estudio le preservaban de los peligros a que está expuesta la juventud. Verdad es que le tendían no pocos lazos y que no le faltaban ocasiones para lanzarse al torbellino del mundo; pero supo conservar su pureza y su virtud, huyendo de los deleites del vicio. Era un modelo de bondad, de dulzura, de moralidad y de candor. Mientras que los otros muchachos se pasaban el día en el café bebiendo, jugando a las cartas y al billar o cantando canciones licenciosas, Fridolín, sentado en su despacho, se entretenía leyendo o escribiendo, y sus trabajos científicos le distraían más que las fútiles diversiones de sus amigos. El guarda, que por su edad y sus

Cuentos de Calleja

achaques no podía trabajar como en sus buenos tiempos, encontró un buen sustituto en Fridolín, en quien tenía ciega confianza; le quería mucho, y solía decir que era su brazo derecho y el báculo de su vejez. Su mujer, que no tenía hijos, amaba-entrañablemente a Fridolín.

Cuando el señor de Finkenstein envió a Federico a la ciudad, quiso que le acompañase Fridolín. El prudente padre estaba convencido de que aquel joven virtuoso y modesto, a quien el Condesito profesaba verdadero afecto, ejercía cierta influencia sobre su hijo, el cual tenía carácter muy vivo y violento, y estaba seguro de que Fridolín sabría preservarle de los extravíos a que la juventud está sujeta. Al mismo tiempo quería que el joven estudiase Botánica y llegase a conocer a fondo todas las ramas de esta ciencia. Fridolín aprovechó las lecciones de sus profesores; seguía sus consejos, les escuchaba con atención, tomaba notas cuidadosamente, y solía decirse:

—Es un verdadero crimen despreciar las ocasiones que se le presentan a uno de instruirse: la juventud es la estación de la siembra; después viene la de la recolección, y el que nada haya sembrado nada recogerá.

El Condesito Federico terminó ventajosamente sus estudios en la Universidad, y su padre le dio permiso para que viajase durante algún tiempo por los diferentes países de Europa. Fridolín le acompañó en calidad de secretario particular; pero más bien era su amigo que su servidor. Le aconsejaba en los momentos de peligro, y el Condesito atendía todas sus indicaciones.

Una tarde hallábase Federico en compañía de muchos caballeros, y tuvo una discusión con uno de ellos por una cosa insignificante. Federico se guardó muy bien de decir nada que pudiese molestar a su contrincante; pero su prudencia sólo sirvió para que el otro se insolentase más: tanto, que le dijo una porción de groserías, y acabó por insultarle y desafiarle. Algunos de los muchachos que se hallaban presentes aseguraban que el Conde Federico de Finkenstein tenía que aceptar el desafío si no quería pasar por cobarde. Federico estaba a punto de hacerlo, cuando Fridolín, que se encontraba detrás del Conde, exclamó en voz alta:

—¡Señor, acordaos de Waller!

Sorprendido Federico, no pudo contestar una sola palabra.

Después de reflexionar durante un instante, dijo:

—¡Tienes razón! Vámonos a acostar. La noche es buena consejera, y mañana veremos si verdaderamente mi honor exige que me bata. ¡Por nada del mundo quisiera cometer la misma imprudencia que el desgraciado Waller y exponerme a ser tan desdichado como él!

—¿Quién es ese Waller?—preguntaron los jóvenes— ¿Qué imprudencia cometió? ¿Por qué fue tan desgraciado?

—Cuéntales su historia a estos señores—dijo Federico a Fridolín—; yo no puedo hacerlo en este momento: estoy demasiado agitado.

Fridolín contó la historia de Waller con tal fuego, con tan conmovedora entonación, que todos la escuchaban con interés. Algunos de aquellos muchachos aturdidos se conmovieron hasta el punto de derramar lágrimas. No hubo uno que no compadeciese al pobre Waller, cuyas buenas cualidades habían hecho concebir tantas esperanzas en su juventud.

El Barón que había ofendido y desafiado a Federico se emocionó tanto al oír este relato, que se levantó de su silla y fue corriendo a abrazar a Federico, pidiéndole perdón delante de todos sus amigos, que aplaudieron mucho su acción. Al volver a su casa Federico se arrojó en brazos de Fridolín y le dijo:

—Te estoy muy agradecido por el favor que me has hecho: si no hubiera sido por ti, tal vez no existiría, o por lo menos sería muy desgraciado. Has sido mi ángel de la guarda, y nos has evitado a mí y a mis padres un gran disgusto. ¡Mi agradecimiento será eterno!

Federico acabó felizmente sus viajes, y volvió al castillo de sus padres enriquecido con múltiples conocimientos, acostumbrado al trato social, y libre de los vicios que con tanta frecuencia contraen los jóvenes. Es imposible expresar la alegría que sintieron el Conde y su esposa al volver a ver a su hijo tan instruido, tan prudente y tan formal. No fue menor el contento de los padres de Fridolín, que por fin volvían a estrechar entre sus brazos a su querido hijo, siempre virtuoso, amante y lleno de salud: lloraban de alegría.

Federico no se cansaba de ponderar a sus padres el celo y la abnegación de que Fridolín había dado muestra durante el viaje, y les contó también el inminente peligro de que había sabido salvarle la noche fatal en que iba a aceptar un desafío. El señor de Finkenstein quedó muy satisfecho de semejante conducta, y también de los certificados que habían concedido a Fridolín los profesores de la Universidad. Invitáronle a quedarse en el castillo; pero no como criado; llegó a ser el secretario particular y el consejero del Conde en todo lo concerniente a los bosques y a sus propiedades.

Al año de volver Fridolín de su viaje murió el guarda mayor del distrito de Hirsfield. El Conde llamó a Fridolín, y le dio su nombramiento para este importantísimo puesto. Fridolín recorrió con la mirada el papel, y apenas se atrevía a creer lo que veían sus ojos.

—Señor—dijo conmovido—, sé apreciar la prueba de confianza que os dignáis darme, y procuraré ser digno de ella.

Fridolín fue inmediatamente a Haselbach para comunicar a sus padres tan agradable noticia. Los dos ancianos lloraron de alegría. Se hubiesen dado por muy contentos si Fridolín, que no era más que un simple criado del castillo, hubiera obtenido el nombramiento de guardabosque. Pero nunca se hubiesen atrevido a pensar que pudiera llegar a guarda mayor. Dieron gracias a Dios y acariciaron a Fridolín, diciendo que era el consuelo de su vejez. Fridolín les suplicó que dejaran la cabaña y se fuesen a vivir con él en la hermosa casa del guarda fallecido, para que se encargasen de los asuntos domésticos. Quiso además entregarles todo su sueldo y no ser más que un pupilo. Nicolás y Margarita accedieron a los deseos de su hijo: se trasladaron a la hermosa casa del guarda, donde vivieron muy felices, y no cesaban de decir:

—¿Habrá alguien en el mundo más feliz que nosotros?

Fridolín no tardó en comprender que necesitaba elegir una mujer que ayudase a su madre en los quehaceres de la casa. Eligió a Isabel, la hija del desgraciado Josse. Sus padres aplaudieron este proyecto de su hijo, que estaba de acuerdo con sus secretos deseos.

—Isabel es una buena muchacha—dijo Nicolás—. Es la perla de las mozas de la comarca, un modelo de virtud y de dulzura. Hay algunas personas que la consideran deshonrada por la trágica muerte de su padre; pero eso es un prejuicio y una injusticia: las faltas son personales. Ha sido educada por una madre excelente; es piadosa, prudente y modesta; será buena esposa y buena madre; y creo que, si Dios quiere, serás muy feliz con ella.

El Conde de Finkenstein y su mujer aprobaron también este enlace, porque sabían que Isabel tenía muy buenas cualidades. Tampoco le fue difícil a Fridolín obtener el consentimiento de aquella a quien amaba y de su madre.

La boda se celebró en la antigua y hermosa iglesia de Hirsfield. El venerable párroco pronunció una conmovedora oración acerca de los beneficios de la buena educación. El banquete de bodas, al cual asistió el señor de Finkenstein con toda su familia, fue en el castillo. Mauricio, que ya tenía el pelo blanco como la nieve, los guardabosques y los cazadores de toda la comarca acudieron al banquete engalanados con sus trajes de los días de fiesta. El señor de Finkenstein brindó por los recién casados, y sus palabras fueron acogidas con entusiásticos vivas y estruendosos aplausos.

Al final del festín se llevaron al comedor los regalos que es costumbre ofrecer a los novios. El Conde de Finkenstein entregó a Fridolín un magnífico cuchillo de monte con mango de plata sobredorada. En la empuñadura, un hábil artista había grabado un niño

Fridolín el bueno y Thierry el malo

sentado al pie de una encina y jugando con un corzo, en tanto que un guarda contemplaba esta escena sin ser visto.

Fridolín, sorprendido y admirado, exclamó al ver el precioso trabajo:

—¡Ah! ¡Éste es el corzo que decidió mi suerte!

—Es muy cierto—dijo el Conde a cuantos se acercaban a contemplar el magnífico regalo—. Por este corzo conocí a Fridolín y a su familia; él nos salvó de un gran peligro, y a no ser por el noble animal, no estaríamos hoy tan contentos. Pero este corzo no es más que el instrumento de que Dios se ha servido para labrar nuestra dicha. Por eso al pie de esta obra de arte que trae a la memoria de Fridolín el recuerdo de su amigo Mauricio y de su corzo he mandado grabar estas sencillas palabras: *Todo lo que Dios hace está bien hecho.*



EL CANASTILLO DE FLORES

CAPÍTULO PRIMERO

EL ANCIANO JACOBO Y SU HIJA MARÍA

EN el pueblo condal de Eichburgo vivía hace más de un siglo un hombre muy entendido y muy de bien, llamado Jacobo Rode. Siendo una pobre criatura, había ido en una ocasión a Eichburgo para aprender en los jardines del Conde el oficio de jardinero. Sus excelentes prendas, su buen corazón, la habilidad con que todo lo comprendía y su buena fisonomía le granjearon la buena voluntad de aquel señor. Encomendáronle muchos pequeños asuntos en el castillo, y debiendo por entonces salir a viajar el Conde, que era un señor joven, Jacobo fue en compañía suya. En aquel viaje Jacobo había enriquecido su entendimiento con muchas ideas, adquirido un lenguaje culto y finos modales, y—lo que vale más—había regresado con su noble y honrado corazón no corrompido por el gran mundo. El Conde pensó desde luego en recompensar los fieles servicios de Jacobo y proporcionarle un importante empleo. Jacobo hubiera podido ser mayordomo

Cuentos de Calleja

del palacio que el Conde poseía en la capital; mas el buen hombre tenía siempre vivos deseos de volver a la vida tranquila del campo; y como precisamente hacia la misma época despidió el Conde a un granjero de una pequeña hacienda de Eichburgo que hasta entonces había estado a renta, Jacobo le suplicó que se la arrendase. El Conde se la cedió para toda la vida y gratis, concediéndole además anualmente cuanta leña y granos necesitase para el consumo de su casa. Jacobo se casó en Eichburgo, y manteníase con el producto de la hacendita, que, además de una bonita vivienda, constaba de una hermosa huerta. Plantó una mitad con los mejores árboles frutales, y destinó la otra mitad al cultivo de legumbres.

Después de haber vivido Jacobo muchos años en el más dichoso matrimonio con su esposa, que bajo todos los conceptos era una excelente mujer, tuvo el sentimiento de verla arrebatada por la muerte. Aquel buen hombre, ya algo entrado en edad, envejeció visiblemente, y sus cabellos encanecieron de una manera notable. Su único goce en el mundo era la niña que le había quedado viva de los varios hijos que tuvo, y que a la muerte de la madre contaba cinco años no más. Llamábase María, como su madre, y era en todo un cabal retrato suyo. Desde niña era ya extraordinariamente hermosa; pero cuando se desarrolló, sus piadosas inclinaciones, su inocencia, su modestia y su sincera benevolencia para con todas las personas dieron a su hermosura un encanto singular. En su semblante descubríase cierto aire indeciblemente bueno, y sus miradas parecían brotar de los ojos de un ángel. María no había cumplido aún quince años, y ya cuidaba perfectamente de la pequeña morada. En las alegres habitaciones no se veía ni una partícula de polvo, en la cocina relucían todas las espeteras casi como nuevas, y toda la casa era un dechado de orden y limpieza. Además, ayudaba con infatigable aplicación a su padre en las tareas de la huerta, y las horas que así empleaba le agradaban como las más placenteras de su vida, aunque también el discreto padre sabía hacerle agradable el trabajo con joviales e instructivas conversaciones.

Como María había crecido entre plantas y flores, sin otro mundo que el huerto, desde su niñez contrajo gran pasión por las flores. Todos los años el padre hacía criar viveros con cebolletas y variedades de flores que ella no conocía, y le permitió plantar de lo mismo las orillas de los bancales. De esta suerte, en sus horas libres María se entregaba constantemente a una ocupación recreativa. Cuidaba las tiernas plantas con el mayor esmero; contemplaba todos los capullos extraños, reflexionando y consultando sobre la flor que contuviesen, y cuando la flor con ardiente deseo esperada ostentaba toda su magnificencia, María experimentaba gozo inefable.



Jacobo Rode.

—Eso es un placer puro e inocente—decía sonriendo el padre—. Algunos emplean en oro y seda más escudos que yo cornados en semillas de flores, y nadie proporciona con ello a sus hijas tan grandes e inocentes satisfacciones.

Realmente, cada mes, y aun cada semana, brillaban para María con nuevas alegrías. En su embeleso, solía decir:

—¡Apenas puede ser el Paraíso más bello que nuestro jardín!

No era fácil que pasase nadie por junto al jardín sin quedar parado y maravillarse de las hermosas flores. Los niños del lugar ojeaban todos los días por entre las verjas, y María solía entregarles algunas flores.

El discreto padre supo encaminar la inclinación de su hija por las flores hacia objetos más elevados. Le enseñó a admirar en la hermosura de las flores, en sus variadas formas, en su limpio dibujo, exacta simetría, lindos colores y grata fragancia, la sabiduría, bondad y omnipotencia de Dios. Solía dedicar a la meditación los momentos de salir el sol, y madrugaba más si su trabajo lo requería. Opinaba que la vida humana tiene poco valor si el hombre no sabe sacar de todos sus quehaceres un par de horas, o por lo menos dos medias horas del día, durante las cuales sin ser turbado pueda conversar con su Creador y recapacitar en su alto destino en el Cielo. En las graciosas mañanas de primavera y estío se sentaba con su hija en la enramada del jardín, donde, en medio del amable canto de las aves, podía verse el florido huerto escarchado con las gotas del rocío y un rico paisaje iluminado por los dorados rayos de la aurora. Hablábale de Dios, que hace aparecer el sol tan alegremente, que envía el rocío y la lluvia, que alimenta a las aves del aire y viste con magnificencia a las flores. Le enseñó a reconocer al Omnipotente como al padre más amoroso, que con nosotros, sus amados hijos, se muestra infinitamente más diligente y propicio que con ninguna otra criatura. Allí le enseñó a orar, mientras él mismo en su corazón oraba por ella. Estas horas de la mañana contribuyeron mucho a fomentar en el tierno corazón de María la piedad más fervorosa.

En sus más queridas flores le mostraba los emblemas de las virtudes juveniles. Cuando un día de marzo, por la mañana muy temprano, llena de contento llevó a su padre la primera violeta, éste le dijo:

—Sírvate, querida María, esa linda violeta como imagen de la modestia, de la reserva y de la sigilosa beneficencia. Esta flor viste colores suaves de humildad, florece con preferencia en los sitios más ocultos, y, tapada entre hojas, embalsama el aire con los más delicados perfumes. Sé tú también, amada María, como una modesta violeta, que desdeña los trajes abigarrados y lujosos, que no quiere ser mirada, y hasta quedar marchita está haciendo bien secretamente.

El canastillo de flores

Cuando estaban en completa florescencia las rosas y azucenas y el jardín aparecía con su más hermosa pompa, decía el padre a la regocijada María, mientras con el dedo señalaba a un lirio que iluminaba el sol de la mañana:

—Sé como ese lirio, querida hija, retrato de la inocencia. Mira qué bello, qué claro y terso se presenta. El raso más blanco es nada al lado de sus hojas, que igualan a la nieve. ¡Dichosa la joven cuyo corazón esté tan limpio de todo mal! Pero también el más limpio de todos los colores es el más difícil de conservar puro. Una hoja de azucena fácilmente se aja, y si nos permitimos manosearla con aspereza, se queda luego manchada. De la misma suerte, una palabra, un sentimiento, pueden ofender a la inocencia. Sírdate la rosa—continuó el padre, señalando a una—, sírvate, querida María, como imagen del rubor. Más hermoso que el color de rosa es el carmín del rubor. ¡Qué ventura la de una joven que se ruboriza por cualquier chanza deshonestas, y a quien la llama que enciende sus mejillas precave del peligro del pecado! Las mejillas que fácilmente se ruborizan permanecen mucho tiempo hermosas y encarnadas: las mejillas que dejan de ruborizarse presto se ponen pálidas y amarillas y se pudren antes de tiempo en la tumba.

Cogió el padre algunas azucenas y rosas, las juntó en un manojito, dióselo a María, y le dijo:

—Azucenas y rosas. Estas hermosas flores hermanas prosperan juntas, y también parecen muy lindas unas al lado de otras en los ramos y guirnaldas: en iguales términos van también como dos mellizos la inocencia y el rubor, que no pueden ser separados. Sí; el Señor dio a la inocencia por hermana consejera el rubor para que pudiera ser más fácilmente conservada. Consérdate vergonzosa, querida hija mía, y también permanecerás inocente. Esté siempre tu corazón como un cándido lirio, y tus mejillas igualarán siempre a la rosa.

Era el más bello adorno del jardín un manzanito no mayor que un rosal, que crecía en medio de un pequeño tablar redondo.

El padre lo había plantado el día que nació María, y todos los años producía el arbusto las más hermosas manzanas, doradas y rayadas de púrpura. Una vez floreció notablemente hermoso, y estaba todo cuajado de flores. María lo examinaba cada semana, y pasmada exclamaba:

—¡Ay, qué hermoso, qué bonito, encarnado y blanco! ¡Está como si todo el arbolito fuese un gran ramo de flores!

Volvió una mañana en que la escarcha había destruido las flores. Ya estaban amarillas y pardas, y con el sol se arrugaron a un tiempo. María lloraba ante aquel triste espectáculo, y su padre le dijo entonces:

—Así el aire pecaminoso marchita la flor de la virtud. ¡Oh, niña, tiembla ante la seducción! Figúrate si a ti también te sucediera, si las bellas esperanzas que me das, no sólo para un año, sino para toda la vida, hubieran de disiparse así. ¡Ah! ¡Yo entonces lloraría más pesarasos lágrimas que esas tuyas; ya no tendría horas alegres, y descendería a la tumba con las lágrimas en los ojos!

Efectivamente, le asomó el llanto, y sus palabras hicieron la más profunda impresión en María.

A la vista de tan cuerdo y de tan amante padre, María crecía entre las flores de su huerto, florida como una rosa, inocente como un lirio, modesta como una violeta y llena de esperanzas como un arbolito en su más lozana flor.

Con satisfactoria sonrisa en todos los tiempos había contemplado el anciano su caro huerto, cuyos frutos premiaban colmadamente sus afanes; pero aun sentía mayor satisfacción interior al contemplar a su hija, la cual, con la buena educación que le había dado, producía frutos mucho más hermosos.

CAPÍTULO II

MARÍA EN EL CASTILLO DEL CONDE

En una hechicera mañana de las primeras de mayo, María ha cortado en el vecino bosquecillo mimbres y varas de avellano, con las cuales tejía su padre cestitos cuando nada había que hacer. Allí encontró los primeros lirios del valle; cogió algunos, e hizo con ellos dos ramitos, uno para su padre y otro para sí. Al regresar a casa por el estrecho sendero a través de las floridas praderas, le salieron al encuentro la Condesa de Eichburgo y su hija Amalia, que ordinariamente moraban en la capital, pero que a la sazón habían ido pocos días antes a su castillo de Eichburgo.

Inmediatamente que vio a las dos señoras, vestidas de blanco y con verdes quitasoles, María se apartó un poco al lado para dejarles sitio, y quedó respetuosamente parada en el sendero.

—¡Hola! ¿Hay ya lirios del valle?—exclamó la Condesita, que amaba estas flores más que ninguna otra.

María presentó al punto un ramo a cada una de las dos Condesas. Aceptáronlo con placer, y la madre sacó su bolsillo de seda encarnada, y quiso regalar a María. Pero María dijo:

—¡Oh! ¡Nada de eso! ¡No hay absolutamente para qué! Permitan ustedes a una pobre muchacha el placer de dar también un pe-



María presentó al punto un ramo a cada una de las dos Condesas.

queño recreo, sin agradecerlo con paga, a unas señoras de quienes ya ha recibido tantas finezas.

La Condesa sonrió afablemente, y dijo a María que frecuentemente llevase lirios de los valles a Amalia. María lo hacía así todas las mañanas, y con este motivo, mientras florecieron aquellos lirios, fue al castillo diariamente. Amalia se prendó cada día más de su talento natural y de sus modestos e ingenuos modales. María hubo de pasar aún muchas horas en compañía de Amalia largo tiempo después de haber fenecido todos los lirios del valle. En esto daba la Condesita claramente a entender que deseaba tener siempre junto a sí a María. Por fin pensó tomarla a su servicio.

Acercábase el cumpleaños de Amalia, y María pensaba ofrecerle un corto obsequio campestre. Ya muchas veces había llevado ramos de flores, y entonces le ocurrió otra idea. El invierno último su padre había compuesto para señoras algunos canastillos de primor extraordinario, y había regalado a María el más hermoso de todos. La buena muchacha determinó llenar de flores aquel canastillo y hacer un presente a Amalia en su natalicio. El padre accedió muy gustoso a sus ruegos, y además adornó el cestito con la cifra de Amalia y el escudo de armas de la familia, que entretejió con mucho primor y artificio.

En la mañana del natalicio de Amalia cogió María las rosas más dobles, los alelís más hermosos, blancos, encarnados, azules y amarillos, claveles de fuego, de color pajizo claro y pardo oscuro, con otras hermosas flores de todos colores, tronchó lindas ramitas frescas y hojosas, y arregló las flores y el verde follaje en el cestillo, de tal suerte, que los colores hacían entre sí el más bello contraste. Ciñó los costados del cestito con una guirnalda de capullos de rosas y musgo; pero circuyó el nombre de Amalia con una coronita de vellosilla (llamada en alemán *no me olvides*). Los capullos de rosas recientes, el tierno musgo verde y las azules vellosillas armonizaban muy bien con el fino y blanco trenzado del cestillo. Hasta el mismo padre, a pesar de su gravedad, alabó con satisfecha sonrisa la ocurrencia de María, y dijo:

—Déjala un rato más, para que yo pueda contemplarla más tiempo.

María llevó el cestito al castillo, y entre las más cordiales felicitaciones lo presentó a la Condesita Amalia. Justamente la joven Condesa se hallaba sentada a su tocador, y detrás de ella, la camarera ocupada en el peinado de Amalia para la fiesta de aquel día. Sintió Amalia extraordinario regocijo, y no hallaba palabras bastantes con que celebrar tanto las hermosas flores como el primorosísimo cestillo.

—Buena niña—dijo—, has despojado todo tu jardincito para obsequiarme ricamente. Y tu padre hace un trabajo tan lindo y con tal

gusto, que nunca he visto cosa más bella. ¡Ay! ¡Ven conmigo ahora mismo a ver a mamá!

Levantóse, tomó cariñosamente de la mano a María, y subió con ella al aposento de su madre.

—¡Oh, mamá, mamá!—exclamaba ya desde la puerta de la sala— ¡Qué inimitable presente me ha traído María! ¡Nunca habréis visto un cestillo más hermoso, y seguramente no hay tampoco flores más bellas!

El cestillo de flores agradó también mucho a la Condesa.

—En efecto—dijo—, es muy hermoso. Yo desearía tenerlo pintado. El cestillo con las flores, sobre las cuales todavía se conserva el rocío de la mañana, formarán un tiesto tan hermoso como un florero ideado por el más hábil pintor. Hace mucho honor al buen gusto de María, y todavía mayor a su buen corazón. ¡Aguárdate ahí un poco, amada niña!—dijo a María, e hizo seña a Amalia para que la siguiese al aposento contiguo.

—Sin regalo—dijo en la pieza inmediata la Condesa a su hija—no podemos dejar ir a María. ¿Qué te parece que podemos darle?

Amalia lo pensó algunos instantes.

—Yo creo—contestó en seguida—, si tú, querida mamá, tienes a bien permitirlo, que lo mejor sería un vestido mío, el de elegantes florecitas encarnadas y blancas sobre fondo oscuro. En verdad, tan bueno está como nuevo: apenas me lo he puesto algunas veces, y ya me está corto; pero para María todavía puede ser un hermoso vestido de fiesta. Ella misma se lo puede arreglar, que bien hábil es, siempre que para ella tampoco fuese demasiado...

—De ningún modo lo es—dijo la Condesa—. Cuando se quiere regalar algo a otros, se les debe dar lo que les sea útil. El vestido verde con las bonitas florecillas le sentará muy bien a una pequeña jardinerita. Ahora, buena niña—dijo la bondadosa Condesa al volver a entrar con Amalia en la sala—, ya puedes marcharte; y cuida de las flores para que no se marchiten hasta la hora de comer, pues hoy tendremos convidados, y el cestillo será el más hermoso adorno de la mesa. A Amalia cedo, querida María, el cuidado de agradecerte.

Amalia fue corriendo al aposento suyo con María, y mandó a su camarera buscar el vestido. Adela, que así se llamaba la doncella, quedó parada y dijo:

—¿Se pondrá usted hoy aquel vestido?

—No—respondió Amalia—; se lo regalaré a María.

—¿Aquel vestido?—exclamó Adela—¿Lo sabe ya su mamá de usted?

—Trae el vestido—dijo Amalia un poco seria—, y déjame cuidar de lo demás.

Adela volvió la espalda para ocultar su despecho, y fue a buscar el vestido. Encendiósele de cólera el semblante, y airada sacó del cajón arrebatadamente el vestido de la Condesita, diciendo:

— ¡Si ahora mismo pudiera rasgarlos todos! ¡Malhaya la mozuela hortelana! ¡Ya por lo menos me ha privado de una parte del favor de mi ama, y sobre todo esto me arrebató el vestido, cuando los vestidos desechados me pertenecen de derecho! ¡Ah! ¡Si con los ojos pudiese arañar a la detestable traficante en flores!

Mientras volvía a la sala Adela contuvo su cólera lo mejor que pudo; presentóse contenta y entregó a Amalia el vestido.

—Querida María—dijo Amalia—, bien podré hacerte hoy un presente más rico que tu cestillo, pero no más placentero. Las flores del vestido no son, ni con mucho, tan hermosas como las tuyas; y, sin embargo, creo que no me las rehusarás por amor mío. Lleva este vestido en memoria mía, y en mi nombre saluda a tu padre.

María tomó el vestido, besó la mano a la joven Condesa y partió.

Adela, rabiosa de indignación, envidia y secreto enojo, continuó en silencio su ocupación; y como realmente se hallaba alterada, le costó no poca violencia disimular cuán desconcertada estaba mientras concluía el peinado de Amalia.

—Adela, ¿estás mala?—preguntó afablemente Amalia.

—¡Fuera gran tontería—dijo Adela—ponerme yo mala cuando usted está tan buena!

—Eso ha estado—dijo la Condesita—muy discretamente hablado; quisiera que pensases con igual sensatez.

María, llena de alborozo, se fue inmediatamente con el hermoso vestido a su casa. Pero el sagaz padre no experimentó ninguna alegría por el bello presente. Meneaba la encanecida cabeza y decía:

—¡Ojalá no hubieses llevado el cestito al castillo! Sin duda, como presente de la Condesita, este vestido es para mí apreciable en sumo grado; pero temo que excite celos contra nosotros y, lo que sería peor, que te haga desdichada. Por tanto, querida María, vive muy precavida, para que al menos no ocurra lo peor. La modestia y la decencia visten a una doncella mejor que el traje más hermoso y exquisito.

CAPÍTULO III

EL ANILLO HURTADO

Apenas se hubo probado María el hermoso vestido y guardándolo en su ropero, llegó a la casita la joven Condesa, pálida, temblando y casi privada de aliento.

—¡Por amor de Dios, María!—dijo—¿Qué has hecho? Falta

el anillo de diamante de mi madre, y nadie más que tú ha entrado en la sala. ¡Oh! ¡Todavía es tiempo de que me lo devuelvas! ¡Si no, hay una catástrofe! ¡Dámelo pronto! ¡Aun puede arreglarse el negocio!

Del sobresalto, María quedó blanca como un papel.

—¡María—repitió la Condesa Amalia—, te ruego por tu mismo bien que me des el anillo! ¡Tú no sabes qué valor tiene solamente la piedra! Ese anillo costó muchos escudos, y si lo hubieses sabido, no lo habrías tomado. Creíste que era una bagatela. Dámelo, y todo se te perdonará como una irreflexión pueril.

María se echó a llorar y dijo:

—De todas veras, nada sé de ningún anillo, y nunca me he atrevido ni a tocar cosas ajenas, mucho menos a robarlas. Mi padre me tiene muy encomendado no quitar nada a nadie.

A este punto entró el padre en la pequeña habitación. Trabajando en el jardín, había visto entrar a la Condesita muy presurosa en su casa. Luego que comprendió el asunto de que se trataba exclamó:

—¡Dios eterno! ¿Qué viene a ser esto?

El hombre recibió tal espanto, que hubo de asirse a la mesa y sentarse en el banco.

—Niña—dijo—, robar un anillo es un delito, contra el cual está señalada la pena de muerte; pero eso es lo de menos. Acuérdate del mandamiento de Dios: ¡No hurtarás! De acción semejante no somos únicamente responsables ante los hombres; lo somos también ante un poderoso Señor, el altísimo Juez, que ve en todos los corazones y para quien no vale denegación ni pretexto alguno. Si te has olvidado de Dios y de su santo precepto, y la tentación te quitó de la memoria mis paternas consejos; si deslumbró tus ojos el brillo del oro y de la piedra preciosa induciéndote a tal pecado, no lo niegues: confíésalo, y devuelve el anillo. No hay otro camino para reparar esta falta, si falta semejante es reparable.

María dijo, llorando y suspirando:

—¡Oh, padre; en verdad, en verdad, no he visto ningún anillo! ¡Ah! Si hubiese hallado tal anillo en el camino, no habría tenido reposo hasta restituirlo a su dueño. Estad cierto de que no lo tengo.

—Mira—dijo nuevamente el padre—: este ángel, la joven Condesa Amalia, que sólo por amor de ti hasta aquí ha venido para salvarte todavía de manos de la justicia, que te quiere bien y que en este momento te ha regalado tan ricamente, no merece que mientas y trates de abusar de ella para tu propia perdición. Si tienes el anillo, dilo, y por su intercesión la Condesa apartará de ti el castigo merecido. ¡María, sé ingenua y no mientas!

—Padre—decía María—, vos mismo sabéis que en toda mi vida no

he quitado el valor de un cuadrante. Nunca me atreví a tomar una manzana de árbol ajeno ni un puñado de hierba en la pradera de otro; mucho menos, cosa de tanto precio. Creedme también, padre: nunca en mi vida os dije una mentira.

—¡María—insistió aun el padre—, repara en mis blancos cabellos! ¡No acarrees a mi corazón más pesares sobre la tierra! ¡Librame de este dolor! Di ante la presencia de Dios, a quien presto espero ver, y que no deja entrar en su Cielo a ningún ladrón: ¿tienes el anillo? Por tu propia felicidad quiero rogártelo: di la verdad.

María miró al cielo con los ojos llorosos, alzó las manos cruzadas y exclamó:

—Dios lo sabe: no tengo el anillo. ¡Tan cierta tenga yo la Gloria como esto!

—Ahora—dijo el padre—yo así lo creo también, pues en presencia de Dios, aquí, ante la Condesa y tu anciano padre, no mentirías; y puesto que, como yo firmemente creo, estás inocente, quedo tranquilo. Estálo tú también, María, y nada temas. Un sólo y verdadero mal hay en el mundo, que nosotros debemos temer, y es el pecado. Nada son en su cotejo las prisiones y la muerte. ¡Venga ahora lo que viniere sobre nosotros! Aunque todos los hombres nos abandonen y se nos vuelvan contrarios, siempre tendremos por amigo a Dios, que ciertamente nos salvará, y aquí o allá arriba pondrá nuestra inocencia en claro.

Algunas lágrimas asomaron a los ojos de la joven Condesa, y dijo:

—Oyendoos hablar así, caros amigos, creo también de positivo que no tenéis el anillo. Pero cuando reflexiono nuevamente en todas las circunstancias, me parece imposible que dejéis de tenerle. Mi madre sabe el sitio destinado para su costurero, donde puso el anillo precisamente un poco antes de entrar con María en la sala. Ni un alma entró para nada en la sala. María misma atestiguará que yo me acerqué al costurero; y mientras mi madre habló conmigo en la pieza del lado estuvo sola en el aposento, sin que hubiese persona alguna antes ni después de ella. Luego que salió, cerró las puertas mi madre para ir a vestirse en otra pieza. Vestida ya, quiso ponerse el anillo, y había desaparecido. Para mayor prueba, mi madre misma registró todo el aposento. Aun empleó la previsión de no dejar entrar en el cuarto a ninguna de casa, ni a mí siquiera, hasta que todo lo tuvo registrado dos o tres veces, pero en balde. ¿Quién puede tener el anillo?

—Tampoco yo lo comprendo—dijo el padre—. Dios nos ha destinado a una dura prueba. Sin embargo, para cuanto nos amenace—

dijo poniendo la vista en el cielo—, aquí estoy, Señor; tu gracia no más, ¡oh Dios!, y eso me basta.

—Verdaderamente—dijo la Condesa—, vuelvo a casa con el corazón muy oprimido. ¡Triste natalicio tengo, pues habrá un lance desagradable! Verdad es que mi madre, por no hacer desdichada a María, a nadie sino a mí ha dicho una palabra de esto; pero ya no puede ocultarse más el asunto. Es preciso que hoy tenga el anillo mi madre, pues inmediatamente advertiría su falta mi padre, que debe llegar de la capital y le esperamos a comer. Fue un presente que le hizo el día que yo vine al mundo, y, por tanto, mi madre lo ha llevado todos los años en este día. Aguarda que yo le lleve la certeza del caso. ¡Adiós!

Y aun dijo al despedirse:

—Le diré que os tengo por inocentes; pero ¿me creerá?

Triste y llorosa salió por la puerta. El padre y la hija quedaron atónitos del lance que podía sobrevenirles. Sentado el padre en el banco, apoyaba la cabeza en la mano, miraba pensativo al suelo, y dejaba correr las lágrimas por las mejillas. María se arrodilló a los pies de su padre, le miró llorando, y dijo:

—¡Oh, padre! ¡De verdad, estoy inocente en toda esta historia; de verdad, inocente soy!

Levantóla el padre, largo rato la miró en los azules ojos, y dijo:

—Sí, María; eres inocente. El crimen no puede mirar tan sincera y lealmente.

—¡Oh, padre!—añadió nuevamente María—¿En qué puede parar esto? ¿Qué nos pasará? ¡Ah! Si lo que hubiera de acaecer viniese únicamente sobre mí, lo sufriría con gusto; pero que vos hayáis de padecer por amor de mí, me arredra extraordinariamente.

—Confía en Dios—dijo el padre—y ten ánimo. Contra su voluntad, no se nos agitará ni un cabello. Cuanto nos acontezca, todo viene de Dios y, por consiguiente, será bueno y acertado. ¿Qué más queremos? No te sobresaltes siquiera y mantente siempre firme en la verdad. Ni por amenazas ni promesas te apartes un ápice de la verdad y no atormentes tu conciencia. Una conciencia tranquila es una excelente almohada hasta en la cárcel. Regularmente ahora nos separaremos, y tu padre ya no podrá consolarte. Por tanto, buena María, acógete con mayor firmeza a tu Padre celestial. De Él, poderoso defensor de la inocencia, no puedes ser despojada.

En aquel punto abriéronse súbitamente las puertas, y entraron en la salita el juez, el escribano y varios dependientes del tribunal. María dio un fuerte grito, y se asió a su padre con ambos brazos.

—¡Desasílos prontamente!—gritó el juez, cuyos ojos estaban encendidos de ira—¡Cargad a la hija de cadenas y metedla en el cala-

bozo! ¡Entretanto, afianzad también al padre! ¡Queden ocupados y vigilados la casa y el huerto, y no se permita a nadie la entrada hasta que yo lo haya registrado todo con el escribano!

Los alguaciles tiraron de María, que se conservaba abrazada con su padre; cogiéronla por los brazos y la encadenaron. Tomóla un desmayo, y desmayada se la llevaron arrastrando. Al tiempo de sacar a padre e hija a la calle, ya se había juntado a todo correr una muchedumbre de gente, pues el caso del anillo se había divulgado por todo el lugar. Alrededor de la casita del huerto había un tropel y afluencia como si le hubiesen pegado fuego, y eran diferentes los pareceres. Aunque Jacobo y María estaban bien con todo el mundo, no faltaron sujetos que, poseídos de maligna alegría, hicieron perversas interpretaciones. Como Jacobo y María, con su aplicación y ahorros, lo pasaban muy desahogadamente, se atraían la envidia de muchos.

—¡Ya sabemos ahora—decían—de dónde vienen sus recursos, lo que no podíamos comprender! ¡Pero de esa manera ninguna habilidad tiene comer mejor y vestir más lindamente que las personas honradas del lugar!

Sin embargo, la mayor parte de los vecinos de Eichburgo tuvieron sincera lástima del honrado Jacobo y de su buena hija, y muchos padres y madres de familia hablaron entre sí diciendo:

—¡Oh, Dios! ¡Qué miseria la nuestra! ¡La mejor de las criaturas humanas no está segura de caer! ¿Quién lo hubiera pensado de tan honradas personas? También quizá no sea así, y Dios quiera luego poner de manifiesto la inocencia de María. Pero si así fuera, quiera Dios asistirla para que reconozca su falta, se enmiende y evite la tremenda desgracia que la amenaza. ¡Consérvenos Dios en su gracia y libres de pecado, del cual nunca estamos seguros!

Algunos niños del lugar se habían reunido, y lloraban diciendo:

—¡Ay! ¡Si los encierran, ya no nos dará el honrado Jacobo frutas, ni la buena María flores! ¡No los encerrarán!

CAPÍTULO IV

MARÍA, EN LA CÁRCEL

Medio desmayada condujeron a la cárcel a María, que volvió en sí, lloró, sollozó, se retorció las manos, oró; en seguida se dejó caer sobre un montón de paja, enteramente desvanecida por el susto. La aflicción y el excesivo llanto, y por fin un dulce sueño, cerraron sus fatigados párpados. Cuando se despertó, ya era de noche. Todo cuanto la rodeaba, oscuro; nada podía distinguir, ni saber dónde se hallaba. El lance del anillo se le presentó como un sueño. Al pronto



María en la cárcel.

se figuró estar en su cama, y ya empezaba a regocijarse, cuando sintió en las manos las cadenas, cuyo ruido resonó espantosamente en sus oídos. Aterrada, se incorporó en su yacija de paja.

—¡Oh!—exclamó cayendo arrodillada— ¿Qué más puedo hacer, Dios amado, sino elevar hacia Ti mis aherrojadas manos? ¡Ah! ¡Contempla este calabozo y mírame aquí de rodillas! ¡Tú lo sabes! ¡Soy inocente! ¡Tú eres el salvador de los inocentes! ¡Sálvame! ¡Compadécete de mí! ¡Compadécete de mi pobre y anciano padre! ¡Ay! ¡Da, por lo menos, consuelo a su corazón, y redobla más los padecimientos del mío!

Un raudal de lágrimas corría de sus ojos al acordarse de su padre; el pesar y la lástima ahogaban su voz. Llorando y gimiendo continuó largo rato. Apareció la luna, que hasta entonces había estado interceptada por densas nubes, y, atravesando la pequeña y negra reja de su prisión, retrataba en el suelo las barras de aquella. Con el reflejo de la luna, María pudo reconocer distintamente las cuatro paredes de la prisión, los encarnados ladrillos de que estaban hechas, las blancas junturas de cal entre los ladrillos encarnados, la pequeña poyata que, en lugar de mesa, había formada en un rincón, el cántaro y el plato de barro puestos en ella, y cada brizna suelta de la paja que le servía de lecho. Luego que se desvaneció la densa lóbreguez alrededor de María, sintió un poco más aliviado el corazón. En la luna le parecía ver a un antiguo amigo.

—¿Vienes—decía—, cara luna, a contemplar a tu amiga? ¡Ah! ¡Cuando aparecías por entre el verde emparrado de la ventana de mi alcoba, entonces lucías mucho más hermosa y clara que ahora por entre ese espeso y negro enrejado! ¿Estás también algo triste por mí? ¡Ah! ¡Había creído no verte nunca más! ¿Qué estará haciendo ahora mi padre? ¿Está quizá despierto, y llora y se lamenta como yo? ¡Ay! ¡Véale yo todavía siquiera una vez más! ¡Tú, querida luna, tal vez miras ahora su prisión! ¡Ah! ¡Si pudieras también hablar, si pudieras también decirle cuánto llora y se aflige por él su María! Mas ¿qué locuras estoy diciendo? ¡Perdóname, caro Dios, este discurso! ¡Tú, Señor, ves a mi padre en la prisión; Tú nos ves a él y a mí, consideras nuestros corazones, y a tu poderoso amparo no se opone ninguna pared o reja de hierro! ¡Ah! ¡Envía consuelo a sus penas!

María notó con asombro que una placentera fragancia de flores embalsamaba su prisión; y era que, por la mañana, de algunos capullos de rosas y de otras flores que le habían sobrado del cestillo había hecho un ramo y puéstoselo en el pecho. Las flores esparcían suave perfume.

—¡También estáis aquí, queridas flores—dijo cuando reparó en el ramito—, y vosotras, inocentes criaturas, habréis de marchitaros en

El canastillo de flores

la prisión como yo! ¿Y en qué lo habéis merecido? Pero sírvame de consuelo que yo, como vosotras, tampoco he delinquido.

Tomó el ramito y se puso a mirarlo a la claridad de la luna.

—¡Ah!—dijo—Cuando por la mañana cogía en el jardín estos capullos de rosas y estas vellosillas en el arroyuelo, ¿quién hubiera creído que estaría por la noche en este calabozo? Cuando entrelazaba aquella cadena de flores, ¿quién hubiera pensado que hoy mismo había de llevar estas cadenas de hierro? ¡Tan mutable es todo en la tierra; y así, nadie sabe qué cambios pueden sobrevenirle ni a cuán tristes sucesos pueden dar margen sus acciones más inocentes! Por tanto, el hombre tiene sobrados motivos para encomendarse todas las mañanas al amparo de Dios.

Se echó a llorar de nuevo; sus lágrimas gotearon sobre los capullos de rosas y vellosillas, y a la claridad de la luna relumbraron como el rocío.

—¡Quien no olvida las flores—dijo—y las empapa de rocío y lluvia, tampoco puede olvidarse de mí! ¡Sí, querido Dios; destila consuelo en mi corazón y en el de mi padre, así como llenas con el puro rocío del cielo el cáliz de las sedientas flores!

Con lágrimas recordó nuevamente a su padre.

—¡Oh, amado padre mío! Cuando contemplo este ramito, ¡cuántas de tus palabras vienen a mi memoria! Estos capullos de rosas florecen sobre espinas, y así también de mis penas nacerán goces. Si alguno pretendiere hacer salir antes de tiempo estas rosas de sus capullos apenas abiertos, no haría más que deshojarlas. Dios va desenvolviendo poco a poco estas delicadas hojitas purpúreas como con suaves y ligeros dedos, y expele de su interior agradables perfumes. También cambiará mis penas y desenvolverá las bendiciones que en sí encierran. Por tanto, esperaré resignada hasta que llegue su debido tiempo. Estas vellosillas me recuerdan a su Creador. ¡Sí, Dios amado; yo no te olvidaré, como Tú tampoco me olvidas! Estas tiernas hojitas son azules como el cielo: consuélame el Cielo en todos los padecimientos de la tierra. Ésta es una olorosa arveja con tiernas hojas blancas y encarnadas. Del mismo modo que esta delicada hierba abre su delicada flor con el inmediato apoyo, sin el cual se arrastraría por el polvo, y gozosamente floreciendo, como con alas de mariposa se sostiene levantada sobre la tierra, así me arrimaré yo fuertemente a Ti, ¡oh, Dios!, y alegremente me remontaré con tu ayuda poderosa sobre las miserias y los pesares del mundo. Esta reseda es la que llena principalmente de agradable olor todo el calabozo. ¡Apacible y suave matita! ¡También regocijas con tu aroma a quien te cortó! Yo quiero igualarte: también seré buena para con aquel que, sin haberle hecho mal, me arrancó de mi jardín metiéndome en este calabozo. Ésta, que es la hierba

doncella, que hasta en invierno se mantiene fresca, conserva en el tiempo más inclemente el hermoso y verde color de la esperanza. Tampoco yo perderé la esperanza en el tiempo del padecimiento. Dios, que mantiene verde y fresca esta plantita en medio de las borrascas del invierno, bajo el hielo y la nieve, también me hará prevalecer contra las borrascas del infortunio. Este par de hojas de laurel me recuerdan la inmarcesible corona reservada en el Cielo para todos los que aquí en la tierra son sufridos y magnánimos. ¡Oh! ¡Ya me parece que estoy viendo esa magnífica y eterna corona de triunfo rodeada de rayos dorados! ¡Vosotras, flores de la tierra, sois pasajeras, como todos sus goces, y presto os marchitáis; pero allá arriba, tras los breves tormentos de este mundo, nos aguarda una dicha, una gloria que es eterna!

Unas opacas nubes oscurecieron de repente la luna. María ya no pudo ver las flores, y reinó en el calabozo la más espantosa lobre-guez. De nuevo se le oprimió el corazón; mas pronto pasaron las nubes, y la luna apareció otra vez clara y bella como antes.

—Así—dijo entonces María—puede ser oscurecida la inocencia; pero al fin resplandece nuevamente limpia y hermosa. ¡Dios mío, así también harás triunfar contra todas las falsas acusaciones mi inocencia, sobre la cual una espesa nube atrae pérfidas sospechas en este momento!

María se echó otra vez en su montón de paja, y se durmió tranquila y consolada. Mientras dormía acabó de consolarla y alegrarla un placentero sueño. Soñó que a la claridad de la luna paseaba por un jardincito que le era enteramente desconocido, situado en medio de un escabroso desierto poblado de sombríos abetos, y que se le representaba indeciblemente agradable y recreativo. Nunca había visto la luna tan despejada y hermosa. Todas las esmaltadas flores del jardincito, iluminadas por aquel suavísimo reflejo, brillaban más hermosas y agradables.

También su padre estaba mirándola en el lindo jardín. La luna iluminaba su venerable rostro, que le sonreía alegremente. Precipitóse hasta él, y derramó en su cuello las más dulces lágrimas, con las cuales, al despertarse, estaban enteramente bañadas sus mejillas.

CAPÍTULO V

MARÍA, EN PRESENCIA DEL TRIBUNAL

Apenas había despertado, entró en la prisión un alguacil, que la condujo ante el tribunal. Un temblor corría por todo su cuerpo al entrar en la oscura y abovedada sala del tribunal, que tenía ventanas antiquísimas, cerradas con vidrios biselados. El baillío, como juez, estaba sentado en un gran sillón forrado de paño carmesí, y el escribano, con



Apenas había despertado, entró un alguacil en la prisión.

Cuentos de Calleja

la pluma en la mano, junto a una mesa de escritorio, que de puro vieja parecía enteramente negra. El juez le hizo multitud de preguntas, y María respondió a todas conforme a la verdad. Lloró, se lamentó, protestó de su inocencia; pero el juez dijo:

—No me engañarás sosteniendo lo imposible como posible. Nadie **entró** en el aposento más que tú; nadie más que tú puede tener el anillo. ¡Confíésalo!

María repitió en medio de su llanto:

—No podré decir nunca otra cosa: nada sé del anillo. No lo he visto ni lo tengo.

—El anillo—continuó el juez—ha sido visto en tus manos. ¿Qué dices a eso?

María afirmó que era imposible.

El juez tocó la campanilla, y entró Adela. Adela, llevada de su rabia por el vestido, y con la mala intención de privar a María del cariño de sus amas, había dicho entre la servidumbre del castillo:

—Nadie más que la pícara jardinera tiene el anillo. Cuando la vi bajar la escalera observé que tenía en la mano un anillo con piedra; pero al verme esquivó mis miradas. Desde luego se me hizo esto sospechoso; pero, no queriendo partir de ligero, callé, creyendo que quizá le hubiesen regalado el anillo, como otras muchas cosas. Si lo ha hurtado, alarma habrá, y entonces siempre será tiempo de hablar. Estoy muy contenta con no haber entrado hoy en el cuarto de la señora Condesa. Estas viles, como la gazmoña de María, también pueden excitar sospechas contra personas honradas.

Se tomó declaración a Adela, que debía ratificar su acusación ante el tribunal. Cuando entró en el tribunal y el juez le advirtió que dijese la verdad en nombre de Dios, le latió bastante el corazón y le temblaron las rodillas; mas la depravada doncella atendió a las palabras del juez, y no prestó oídos a la voz de su conciencia. Ella calculó:

—Si ahora confieso que mentí, me echarán de aquí o quedará presa.

Afirmó, por tanto, su mentira, y con insolencia dijo cara a cara a María:

—¡Tú tienes el anillo: yo te lo he visto!

María se espantó de tanta perversidad; pero sufrió la calumnia sin injuriarla. No hacía más que llorar, y el llanto apenas la dejaba proferir estas palabras:

—¡No es verdad; no me has visto el anillo! ¿Cómo eres capaz de **mentir** tan terriblemente y hacerme tan desdichada, a mí, que **ningún** **mal** te hice?

¶Pero Adela, que siempre había tenido a María odio y envidia, no se desdijo ni una letra. Todavía repitió sus mentiras con todas las

amplias circunstancias forjadas, y en seguida, a una seña del juez, fue llevada fuera.

—Estás convicta—dijo entonces el juez a María—; todas las circunstancias deponen contra ti. La camarera de la Condesita ha visto el anillo en tus propias manos. Di ahora dónde lo has puesto.

María insistió en que no lo tenía, y entonces el juez mandó azotarla hasta hacerle sangre. María gritaba, lloraba, imploraba a Dios, repitiendo siempre y siempre que era inocente; pero de nada le sirvió: fue cruelmente maltratada. Pálida, trémula y ensangrentada, lleváronla finalmente otra vez a la prisión. Sus heridas la mortificaban terriblemente. Desvelada estaba a la media noche sobre un montón de paja, llorando, gimiendo y orando a Dios. Al fin concilió un ligero sueño reparador. Al día siguiente mandó el juez llevar otra vez a María ante el tribunal. Como de nada habían servido los anteriores esfuerzos, procuró con suavidad y amistosas promesas obtener la confesión, y le dijo:

—Tienes pena de la vida; pero si declaras dónde está el anillo, nada más se te hará: los azotes pasarán por castigo, y volverás con tu padre al momento a tu casa. Piénsalo bien, y escoge entre la vida y la muerte. Yo te quiero bien. ¿De qué te servirá el anillo cuando chorreando sangre caiga al suelo tu cabeza?

María se atuvo a su primera declaración. Habiendo reparado el baillío que la joven profesaba gran amor a su padre, siguió diciendo:

—Si desprecias tu misma vida, piensa en la encanecida cabeza de tu padre. ¿Quieres dejarla caer sangrienta entre las manos del verdugo? ¿Quién sino él puede haberte persuadido a que te negaras tan tercamente? ¿No comprendes que también a él le costaría la vida?

Al oír estas palabras María se estremeció en términos que casi se desmayó. El juez dijo:

—Confiesa que has hurtado el anillo. Una palabra, una sílaba, puede salvaros la vida a ti y a tu padre.

Para María fue esto una dura prueba. Calló largo rato, y al pronto le ocurrió que podía decir que había tomado el anillo y que le había perdido por el camino; más pensaba para consigo y se decía:

—¡No; más vale atenerse constantemente a la verdad! Mentir sería un pecado, y por ningún precio quiero cometer un pecado, aunque con él salvase la vida a mi padre y a mí. ¡A ti, Dios mío, quiero obedecer y esperar de ti todo consuelo!

En seguida dijo en voz alta y entera:

—Si dijera que tengo el anillo, diría una mentira; y si por una mentira había de librarme de la muerte, tampoco la diría. Pero si alguna sangre ha de correr, ¡ah, librad la encanecida cabeza de mi buen padre! ¡Con gusto derramaré mi sangre por él!

Estas palabras, que conmovieron a todos los circunstantes, penetraron hasta el corazón del juez, sin embargo de ser un hombre austero y riguroso. Guardó silencio el bailío, e hizo seña para que otra vez condujesen a María dentro de la prisión.

CAPÍTULO VI

JACOBO, CON SU HIJA MARÍA, EN EL CALABOZO

Hallábase el juez en sumo embarazo.

—Ya van tres días con hoy—decía en la mañana siguiente a su escribano—, y no estamos más adelantados que en la primera hora. Si se me presentase no más que una posibilidad de que algún otro tuviera el anillo, creería que esta muchacha es inocente. Semejante contumacia en tan tierna edad, es cosa inaudita. Pero las circunstancias claramente deponen contra ella. No puede ser de otra suerte: necesariamente ha robado el anillo.

Pasó nuevamente a casa de la Condesa para informarse otra vez de los más pequeños incidentes; hizo nuevo interrogatorio a Adela; trabajó sin levantar mano todo el día en las piezas del proceso; reflexionó una por una todas las palabras que María había dicho en el interrogatorio. Últimamente, aquella noche, ya tarde, mandó sacar de la prisión al padre de María y que le llevasen a su aposento.

—Jacobo—dijo—, en verdad soy conocido por hombre muy severo; pero no podréis echarme en cara que en mi vida haya cometido con alguien a sabiendas una injusticia. Creo que no me atribuiréis el deseo de que muera vuestra hija; pero, según todas las apariencias, ella debe de haber ejecutado el robo, y, conforme a las leyes, ha de morir. La declaración de la camarera da al caso completa certidumbre. Si, no obstante, pareciera el anillo y así quedase reparado el daño, vuestra virtud podría favorecer a María. Pero si ella prosigue tan obstinada y maligna en negar, suple la malicia lo que disculpan sus años, y se hace reo de muerte. Id, pues, a ella, Jacobo; persuadidla a que devuelva el anillo, y yo os prometo que entonces, y (reparadlo bien) sólo entonces, dejará de morir, sufriendo no más un ligero castigo. Sois padre, y todo lo podéis con ella. Si nada sacáis de ella, ¿qué se habrá de pensar, sino que vos estáis en inteligencia con ella y que habéis tenido parte en el delito? Os lo repito: si el anillo no parece, las resultas serán fatales.

El padre dijo:

—Hablaré con ella; pero sé de antemano que no ha robado el anillo, ni lo confesará, por consiguiente. Quiero, sin embargo, tentar todo, y siempre tengo por un gran favor ver aún a mi hija si, a pesar de ser inocente, ha de morir en el cadalso.

El alguacil condujo al anciano silenciosamente hasta la prisión de María; dejó la humeante lamparilla sobre la poyata del calabozo, encima de la cual aun permanecían intactos el platito de barro con la cena de María y el jarro de agua; salió y cerró tras sí la puerta. María estaba con la cara vuelta hacia la pared, echada sobre la paja y dormitando un poco. Cuando abrió los ojos y advirtió la claridad de la lamparilla, se volvió, y al descubrir a su padre dio un recio grito, se levantó de la paja moviendo ruido con las cadenas, y medio desmayada se le echó al cuello. Sentóse Jacobo con ella en la paja y la estrechó en sus brazos. Ambos estuvieron callados largo rato, y sus lágrimas corrieron mezcladas. Al fin el padre comenzó a hablar conforme a su misión.

—¡Ay, padre!—le interrumpió María— ¡También dudaréis vos de mi inocencia! ¡Oh, Dios!—continuó llorando— ¿No hay, pues, hombre alguno en el mundo que no me tenga por ladrona? ¡Hasta mi padre! ¡Padre, creedlo, sin embargo: no habéis educado en mí a una ladrona!

—Tranquilízate, querida hija: yo te creo; pero me han mandado preguntártelo.

Ambos callaron otra vez. El padre contempló a María. Sus mejillas estaban pálidas y consumidas; sus ojos, encendidos e hinchados de llorar; su espesa y rubia cabellera, suelta y esparcida.

—¡Pobre niña!—dijo él— ¡Dios te ha enviado una gran pena, y temo que presto te sobrevenga la más grave de todas, la más espantosa! ¡Ah! ¡Quizá te corten la cabeza!

—¡Oh, padre!—dijo María—Nada absolutamente se me da; pero nuestra encanecida cabeza, Dios mío, ¿he de verla caer bajo la cuchilla?

—No temas, querida hija—dijo el padre—. Nada va conmigo; pero a ti..., a la verdad, todavía espero alguna mejora: puede suceder que...

—¡Oh!—exclamó María— Si es así, se me ha levantado una pesadísima losa del corazón, y todo va bien. De veras, padre, no temo a la muerte: voy con Dios, con mi Redentor, y también veré a mi madre en el Cielo. ¡Oh! ¡Qué contento ahora el mío!

Estas palabras penetraron hondamente en el corazón del padre, que lloraba como un niño.

—¡Alabado sea Dios!—dijo por fin cruzando las manos— ¡Alabado sea Dios, pues tan resignada te hallo! En verdad, duro es, muy duro, para un anciano desfallecido, para un padre amoroso, perder así la única hija de sus entrañas, el consuelo único, el postrer ánimo, la corona y el regocijo de su vejez. Con todo...—y suspiró con voz entrecortada—. ¡Señor, hágase tu voluntad! Deseas un sacrifi-

Cuentos de Calleja

cio muy difícil para el corazón de un padre; pero yo te lo hago muy gustoso. ¡Tómala! ¡En tus manos entrego lo que más amo en la tierra, pues es elevada a mejor estado! ¡La recomiendo a tu corazón paternal infinitamente amoroso, y estará más bien cuidada! ¡Ah, querida María! ¡Más vale que mueras inocente en el cadalso, bajo la cuchilla del verdugo, que verte yo en este mundo corrompido seducida, o que hubieras sido despojada de tu inocencia y precipitada al pecado y a los vicios! ¡Perdona que así me exprese! Tú eres, sin embargo, muy buena, muy buena, digna de ser colocada entre los ángeles del Cielo; pero el mundo es malo, muy malo: todo es posible, y hasta los ángeles cayeron. Hija mía, si tal es la voluntad de Dios, muere consolada. Ésta es la muerte más hermosa, por más sangrienta que deba ser. Después serás trasladada, como pura e inmaculada azucena, desde un ingrato suelo a mejor terreno, ¡al Paraíso!

Un raudal de lágrimas interrumpió sus palabras.

—Otra vez lo repito—dijo pasado un rato—: Adela ha atestiguado contra ti. Bajo juramento ha protestado haber visto el anillo en tu mano; su testimonio es tu muerte, si has de ser sentenciada. Pero ¿no es verdad que la perdonas y que a nadie tienes odio en este mundo? ¡Ah! Aquí, sobre esta paja, en este lóbrego calabozo, cargada con esas terribles cadenas, todavía eres más dichosa que ella en el majestuoso castillo, entre sedas y distinciones, en la abundancia y los honores. Más vale morir inocente como tú, que vivir deshonorada como ella. Perdónala, María, como tu Redentor perdonó a sus enemigos. ¿No es verdad que la perdonas, siguiendo en todo a Dios? ¡María, júralo! Y ahora—prosiguió el padre, que sentía llegar al dependiente de la justicia—te encomiendo a Dios, a su gracia y a tu Redentor, que también, siendo inocente, fue crucificado como un malhechor. Y aunque no vuelvas a ver más mi rostro, si es ésta la última vez que te veo, presto te seguiré al Cielo, porque a este golpe conozco que no sobreviviré mucho.

El alguacil recordó al padre que debía salir. María quiso retenerle, y le ciñó con sus brazos. El padre, con suaves esfuerzos, se desasíó de ella, que cayó sin conocimiento sobre la paja.

Jacobo fue otra vez llevado acto continuo al juez, y exclamó, enteramente fuera de sí al entrar en la sala y levantando la mano derecha hacia el Cielo:

—¡Delante de Dios lo juro: es inocente! ¡Mi hija no es ladrona!

—Al pronto yo también pude creerlo—dijo el juez—. Mas, ¡ay!, no puedo dar asenso a vos ni vuestra hija, sino juzgar según el estado actual de las cosas y como el texto de la ley manda.

CAPÍTULO VII

LA SENTENCIA Y SU CONSUMACIÓN

En el castillo y en el lugar todos estaban curiosos por saber cómo iba el asunto de María. Los bien intencionados temblaban por su vida, pues en aquellos tiempos el robo era castigado con extraordinaria severidad, y muchos hombres eran ajusticiados por el hurto de una suma de dinero que no llegaba a la vigésima parte del valor del anillo. El Conde nada deseaba tan ansiosamente como que María fuese hallada inocente; así es que leyó desde el principio hasta el fin todo el proceso y conferenció largas horas con el bailío; pero no podía convencerse de la inocencia de María, por cuanto parecía absolutamente imposible que ningún otro hubiese quitado el anillo. Ambas Condesas, madre e hija, rogaron con lágrimas que no se mandara ejecutar a María. El anciano padre imploraba sin cesar día y noche en la prisión a Dios para que se dignara poner en claro la inocencia de su hija. Cuantas veces oía llegar al mozo de justicia con el plato, María se figuraba que iba a anunciarle su sentencia de muerte. El verdugo iba limpiando el paraje del patíbulo de las crecidas hierbas incultas con que se había cubierto. Desde una calle del paseo Adela le vio dedicado a aquel trabajo, y un dardo entró en su corazón. Quedó muy conmovida; estuvo enteramente pálida durante la cena, de la cual a nada tocó, y todo el mundo conoció que estaba desasosegada. Aquella noche durmió con gran zozobra, y más de una vez se le presentó en sueños la ensangrentada cabeza de María. Su turbada conciencia no la dejaba reposar noche ni día. Pero la malvada muchacha era presa de los sentimientos puramente mundanos, y carecía del gallardo valor de reparar su falta mediante una ingenua confesión.

Por último, el juez falló, y la sentencia fue la siguiente: María, reo de muerte por el patente y considerable robo y por la contumaz negativa, en atención a sus pocos años y a su conducta particular irreprochable, debía ser enviada perpetuamente a una casa de corrección; y su padre, que o era causante en el hecho, o por mala crianza partícipe de la culpa y de la obstinación de ella, debía ser expulsado para siempre del condado, y los bienes de ambos, vendidos para indemnización, aunque insignificante, de los graves perjuicios y de las costas. El Conde suavizó la sentencia en estos términos: María, con su padre, será extrañada fuera de los límites del

dominio; y encargó que para evitarles la visita de todos los vecinos, inmediatamente, al amanecer del otro día, fuesen conducidos allá.

Cuando María y su padre, conducidos por el alguacil, pasaban por delante de las puertas del castillo, salió Adela, y como, a juicio de la perspicaz e insensible doncella, el asunto había terminado bien, contra toda esperanza, recobró toda su primera jovialidad. Decapitar a María le hubiera parecido demasiado; pero desterrarla era justamente lo que apetecía. Siempre había temido que María fuese al fin colocada en su lugar, y este recelo quedaba desvanecido. Su anterior odio a María, su maligno contento y sus depravadas intenciones recobraron nuevamente todo su poderío. Viendo una vez sobre el tocador el cestillo de María, la Condesa Amalia había dicho a Adela:

—¡Quítame de la vista ese cestillo! ¡Me trae tristes recuerdos y no puedo mirarlo sin dolor!

Adela se lo había llevado consigo, y en aquel momento lo sacó también, y dijo a María:

—Ahí tienes devuelto tu presente. Mi noble señora nada quiere de tales manos. Tu engrandecimiento se ha deshecho ya, como las flores que tan caras te hiciste pagar. Tengo un singular deleite al entregar el cestillo.

Dichas estas palabras lo tiró a los pies de María, volvióse dentro del castillo y con gran ímpetu cerró tras sí las puertas. Sin desplegar los labios, María alzó el cestillo, y con los ojos llorosos siguió su camino. El padre no llevaba para el viaje ni un bastón, y María nada más que el cestillo. Saltándosele las lágrimas miró y volvió a mirar cien veces su casa paterna, hasta que por fin desaparecieron a su vista el mismo castillo y aun el chapitel de la torre de la iglesia, tras la colina del bosque.

Luego que el alguacil hubo internado en la selva, hasta llegar a los mojones del Condado, a María y a su padre, fatigado el anciano por la pesadumbre y el tormento, se sentó en la piedra de linde, que estaba cubierta de espeso musgo y recibía sombra de una encina centenaria.

—¡Ven, hija mía!—dijo estrechando a María entre sus brazos; juntó las manos de ella, y unidas a las suyas las alzó al Cielo— Ante todas las cosas, demos gracias a Dios por habernos sacado de la estrecha y oscura prisión al aire libre y bajo su tranquilo cielo, por habernos salvado la vida, y porque me ha restituído mi querida hija.

El padre fijó la vista en el cielo que, claro y azul, brillaba por entre el verde follaje de las encinas, y oró en voz alta:



—¡ Ven, hija mía !—dijo estrechando a María entre sus brazos.

Cuentos de Calleja

—¡Amado Padre celestial, consuelo único de sus hijos en la tierra, eficaz protector de todos los afligidos! Acepta nuestras gracias por nuestra feliz salvación de las cadenas y ligaduras, de la cárcel y de la muerte. Recibe nuestro agradecimiento por todos los beneficios que se nos han dispensado en este suelo. ¿Y cómo podríamos salir de estas fronteras sin mirar primero hacia Ti, reconocidos? Ahora, pues, antes de pisar suelo extranjero, te imploramos también: dignate mirar a un desvalido padre y a su pobre y llorosa niña. Acógenos bajo tu amparo, sé nuestro guía por los ásperos caminos que quizá debamos emprender mi hija y yo; condúcenos ante hombres buenos, e inclina su corazón a la misericordia; concédenos de tu dilatada y vasta tierra un pedacito donde vivamos tranquilos los días que nos resten de peregrinación, y luego podamos morir consolados. Sí; este pedacito, aunque nosotros lo ignoremos todavía, ya ciertamente nos lo has deparado. Llenos de confianza y de fe en Ti, consolados caminamos allá.

Después de haber orado los dos así, pues María en su interior repetía todas las expresiones de su padre, penetró un maravilloso consuelo en el corazón de entrambos.

CAPÍTULO VIII

UN AMIGO EN LA NECESIDAD

En aquel momento corría por el bosque Antonio, antiguo cazador del Conde, y que le había servido juntamente con Jacobo. Antes de amanecer ya se había puesto en espera de un ciervo.

—¡Dios os guarde, Jacobo!—le dijo— ¡Sí; sois vos! Creí haber oído nuestra voz, y no me he equivocado. ¡Ay, Dios mío! ¡Y así os han despedido! ¡También es cruel haber de abandonar en la vejez la cara patria!

—Toda la tierra que cubre el cielo azulado—dijo Jacobo—es propiedad de Dios, y por todas partes reina su amor para con nosotros. Pero nuestra patria está en el Cielo.

—¡Dios mío! —prosiguió el compasivo cazador— ¿Os han echado efectivamente como estáis? ¡Ni aun la ropa necesaria para un viaje tenéis!

—El que viste a las flores, también nos vestirá a nosotros —respondió Jacobo.

—¿Y tampoco vais provisto de dinero? —preguntó el cazador.

—Tenemos la conciencia tranquila —contestó Jacobo—, y con eso somos más ricos que si fuese de oro y nuestra la piedra en que estoy sentado.

—Pero decid —insistió el cazador—: ¿no tenéis de veras un ochavo?

—Este cestillo vacío —dijo Jacobo— que tengo a mis pies es toda nuestra fortuna. ¿Cuánto os parece que podrá valer?

—¡Dios mío! —dijo apesarado el cazador— Un duro, o quizás dos. Pero ¿cómo ha de ser esto?

—Pues somos ricos —prosiguió Jacobo— si Dios no me deja más que estos dos brazos sanos. En un año hago yo, a lo menos, cien cestitos como éste, y con cien duros, seguramente nos mantenemos. Mi padre, que era cestero, se empeñó en que, además del oficio de jardinería, aprendiese yo a hacer cestos para tener en invierno una ocupación beneficiosa; y aunque ya está en la huesa, le doy las gracias. Hizo por mí más y cuidó de mí mejor que si me hubiese dejado tres mil escudos que me rindieran anualmente los cien duros limpios. Un alma pura, un cuerpo sano y un ejercicio honrado son las mejores y más seguras riquezas de la tierra.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el cazador—, ya que así podéis tomarlo! Debo daros la razón; pero creo que también la jardinería puede daros utilidad. Y ahora, ¿adónde queréis ir?

—Muy lejos —respondió Jacobo—; adonde nadie nos conozca y Dios nos encamine.

—Jacobo —dijo el cazador—, tomad este fuerte y grueso palo de nudos. Por fortuna, lo he traído conmigo para trepar por aquella montaña fuera de camino, lo cual me es ya trabajoso. Ni siquiera tenéis un bastón de camino; y además —continuó, a tiempo que sacaba de la faltriquera una bolsita de cuero—, tomad algún dinero. Ayer tarde lo recibí en aquella aldehuela de allí, donde hice noche.

—Tomaré el bastón —dijo Jacobo— y lo llevaré en memoria de un hombre excelente; pero no puedo tomar el dinero, procediendo de leña que pertenece al Conde.

—Anciano y honrado Jacobo —dijo el cazador—, no tengáis cuidado. Años atrás, sin volver a pensar más en ello, suministré algún dinero a un pobre hombre que había perdido su vaca y no podía pagar la leña comprada. Ayer casualmente y con gracias me lo devolvió. Este dinero, verdaderamente, os ha venido de donación de Dios.

—Lo tomaré, pues —dijo Jacobo—, y Dios quiera recompensarlo en alguna otra cosa. ¡Mira, María —dijo en seguida a su hija—, qué bien nos cuida Dios en el acto mismo de principiar nuestro viaje! Antes que nos apartásemos de los límites, ya nos ha enviado a nuestro antiguo y buen amigo, que me ha traído un bastón de camino y nos ha provisto de dinero para el viaje. Antes de levantarme de esta piedra ha oído nuestra plegaria. Por tanto, ponte alegre y animosa: Dios seguirá cuidando de nosotros.

El viejo cazador se despidió de ellos llorando.

—¡Id con Dios, honrado Jacobo! ¡Adiós, buena María! —dijo, al

mismo tiempo que alargaba la mano primeramente al padre y después a la hija— Siempre os tuve por gentes de bien, y os tengo todavía. Os irá perfectamente, pues la honradez sale siempre adelante. ¡Sí, sí; el que obra bien y en Dios confía, nunca se ve abandonado! ¡Marchad con esta divisa, y Dios os guíe!

Enternecido con aquella escena, el cazador se volvió para dirigirse a Eichburgo. Jacobo se levantó, cogió a su hija de la mano, y atravesando con ella los caminos del bosque se lanzó al vasto mundo.

CAPÍTULO IX

EXPEDICIÓN DE JACOBO Y MARÍA

María y su padre caminaban más y más, y ya llevaban sobre veinte leguas andadas sin encontrar por ninguna parte un abrigo. Su poco dinero ya se les acababa, sin embargo de que se daban un trato muy pobre. Les era duro en extremo pedir limosna; pero al fin tuvieron que hacerlo. En términos agrios eran despedidos de muchas puertas; en otras, con refunfuños les daban un mendrugo enteramente seco. Alguna que otra vez obtenían en un platito de barro un poco de sopa o de legumbres, y todavía con mayor rareza algo de carne o pastas sobrantes. Después que durante muchos días no lograron comer nada caliente, aún se daban por contentos con poder pasar la noche en alguna granja.

Como vagaban constantemente entre colinas arboladas y montañas, sin que a veces en largo trecho el camino los guiase a parte alguna, un día se puso malo el anciano. Pálido y sin hablar se desmayó, y cayó al pie de una colina de abetos sobre un lecho de hojas en forma de agujas caídas de dichos árboles. Espantada y llena de angustia, María casi estaba fuera de sí. En vano miró alrededor en busca de agua fresca: no halló ni una gota. En vano gritaba: no le respondió más que el eco. En todo lo que alcanzaba la vista no se divisaba una morada humana; pero para poder descubrir mejor, trepó apresuradamente y con trémulas rodillas por la colina arriba. Desde lo alto vio, sola en medio del bosque, una casa de labradores en la hondonada por la otra parte del monte; estaba rodeada de campos de mieses para segar y de verdes praderas. Corrió abajo tan veloz como pudo, y casi sin aliento llegó a la casa, donde con ojos llorosos y voz turbada imploró auxilio. El labrador y su mujer, ambos ya entrados en años, eran unas buenas almas compasivas, y se enternecieron con el desfallecido aspecto, las lágrimas y ansias mortales de la pobre muchacha. La labradora dijo a su marido:

—Pon un caballo en la carretilla, y nos traeremos a ese anciano enfermo.

El labrador fue a aparejar el caballo y sacar la carreta. La labradora dispuso un colchón, un jarro con agua fresca y una botella con vinagre. María, sabiendo entonces que el camino carretero hasta rodear la colina era pésimo y exigiría más de media hora, siguió apresuradamente el mismo sendero que había llevado, a fin de llegar más pronto donde había quedado su padre, y presentarle el agua y el vinagre que llevaba.

Cuando llegó ya se había repuesto un poco, y sentado al pie de un abeto alegróse muy entrañablemente al ver otra vez a María, a quien con pesar había echado de menos. Pusiéronle en la carreta, y le entraron hasta el patio de la granja. En ella tenía el labrador desocupada una pieza con sala y cocina contiguas, que cedió al anciano enfermo, y en la cual la labradora le compuso una buena cama. Para estar siempre cerca de su padre enfermo, María se contentó con el banco. La enfermedad era puro decaimiento sobrevenido por la mala alimentación, el escaso y mísero reposo por la noches y los sufrimientos del viaje. La buena labradora dio para alivio y refrigerio del enfermo todo cuanto tenía en su casa. No escaseó harina, huevos, leche ni manteca, y tampoco sintió disponer de algunas gallinas para proporcionar sustanciosa sopa al pobre viejo debilitado. Más adelante casi todos los días el labrador sacaba un pichón del palomar.

—Toma—decía sonriendo a su mujer—; áselo, porque si tú no perdonas tus gallinas, es preciso que yo también haga algo.

Otros años habían ido el labrador y su mujer a la fiesta de una iglesia cercana; pero aquél acordaron quedarse en casa, y con el dinero que habían de gastar en la feria, comprar unas cuantas botellas de vino añejo para el enfermo. María, llorando de gratitud, decía:

—¡Oh, Dios! ¡Por todas partes hay hombres bondadosos, y justamente en los países más escabrosos se hallan los corazones más benévulos!

María estaba perennemente junto al lecho de su padre; pero no con las manos cruzadas. Era consumada en hacer calceta y coser, y trabajaba sin descanso para la familia de la labradora. Ni un instante quedaba ociosa, y dejaba extraordinariamente satisfecha a la labradora con su aplicación y porte decoroso y modesto. La mejor asistencia y alimento probaron grandemente al señor Jacobo, que presto se repuso en términos de poder levantarse. Como en toda su vida había podido estar parado, trató nuevamente de montar su oficio de tejer cestos. María le buscaba mimbres y ramitas de avellano. En agradecimiento a la labradora, su primera tarea fue hacer una cesta de asas bonita y fuerte, y le acertó perfectamente el gusto. La cesta salió elegante, firme y sólida. En la tapadera entretejió con algunos mimbres encarnados las iniciales del nombre de aquélla, juntamente con los

números del año, y en la comba de la cesta dibujó una casita rústica hecha con mimbres teñidos de amarillo, oscuro y verde, techada de paja y con un par de abetos al lado. Todos los de la granja quedaron pasmados del lindo trabajo, y en especial la labradora se puso contentísima del presente, que le agradó mucho, sobre todo la alusión a su granja, a que daban el nombre de *Granja de los Abetos*. Cuando ya Jacobo estuvo completamente restablecido, dijo al labrador y a su mujer:

—Ahora ya os hemos dado bastante molestia; tiempo es de que tome otra vez mi bastón.

Pero el labrador le cogió la mano y dijo:

—¿Qué os ocurre, querido Jacobo? Confío en que ninguna incomodidad os habremos causado. ¿Por qué, pues, queréis partir? Sois, sin duda, un hombre discreto; pero la ocurrencia no lo es.

La labradora se pasó el delantal por los ojos y añadió:

—¡Quedaos todavía en casa! Ya está muy vencido el año; reparad en las hojas de las breñas y árboles que se van dorando. Tenemos el invierno a la puerta. ¿Pretendéis a la fuerza caer malo nuevamente?

Jacobo aseguró que deseaba marchar solamente por no serles gravoso.

—¿Cómo gravoso? —dijo el labrador— ¡No paséis cuidado por eso! En la salita no nos hacéis estorbo, y lo que gastáis, merecido lo tenéis.

—Así es —dijo la labradora—. María sola se lo gana con las medias y la costura. Y en cuanto a vos, Jacobo, si queréis dedicaros a los cestos, mucha falta hay de ellos. Yo había llevado vuestro hermoso cesto conmigo cuando fui allá arriba para sacar de pila un niño de la molinera. Todas las labradoras que allí había desearían muy gustosas tener cestos semejantes. Yo os proporcionaré pedidos bastantes, y presto tendréis faena de sobra.

Jacobo y María se quedaron, y el labrador y la labradora tuvieron en ello el más sincero gozo.

CAPÍTULO X

ALEGRES DÍAS DE JACOBO Y MARÍA EN LA GRANJA DE LOS ABETOS

Jacobo y María se acomodaron entonces en la pequeña vivienda para gobernarse conforme a sus deseos en menaje aparte. Proveyeron la salita con los más precisos muebles, y la cocina con batería de barro. María se creyó feliz poniéndose otra vez a las hornillas a guisar para su padre. Vivían juntos muy complacidos, y mientras Jacobo hacía cestos y María se ocupaba con la calceta o la costura tenían sus conversaciones familiares. Muchas noches pasaban también a la sala de

delante, donde el labrador y la labradora con todos los de la casa oían con el mayor recreo los sensatos discursos o instructivos cuentos de Jacobo, pasando así muy divertidos el invierno y sus borrascas.

Inmediato a la casa de los labradores había un gran pedazo de huerta que no estaba labrado con el mayor esmero. Por razón de los quehaceres del campo, no les quedaba tiempo al labrador ni a la labradora para trabajar adecuadamente la huerta, ni lo entendían mucho tampoco. Jacobo emprendió convertir aquello en una buena huerta, para lo cual había hecho sus preparativos en el otoño, y apenas se deritió la nieve de primavera trabajaba en la tierra con María desde por la mañana hasta bien oscurecido. Dividió la huerta en bancales; éstos fueron plantados de muchas verduras, poniendo además por las orillas mucho toronjil, y rociando por los caminos muy limpio casquijo. María no se quedó hasta que el padre, juntamente con las semillas de legumbres que compraba en la villa, le llevó también algunos pies de rosales, bulbos de azucenas, estaquitas de varias plantas y semillas de adelfa y de otras flores bonitas. Crió nuevamente las más preciosas flores, que nunca se habían visto por aquellos ásperos y apartados terrenos. Presto la huerta se cubrió de verdor tan magníficamente, que adornaba con el más gozoso aspecto todo aquel sombrío valle. También el huerto de frutales prosperó bien bajo la mano de Jacobo y produjo más exquisitas frutas, pues parecía caer una bendición en cuanto ejecutaba.

El antiguo hortelano recobró otra vez su festivo humor, y hacía nuevamente sus observaciones acerca de las flores y las plantas. Pero no siempre reproducía las conocidas, sino que regularmente sabía decir algo nuevo. En los primeros días de la primavera, María había registrado mucho el zarzal que cerraba el terreno de la huerta en busca de violetas para su padre, como acostumbraba en otro tiempo cuando le llevaba el primer ramito. Al fin encontró algunas muy hermosas y fragantes, y se las presentó llena de contento.

—¡Bravo! —dijo el padre al tomar sonriendo el ramito.

—¡Quien busca, halla!

—Mas oye —prosiguió—: es muy digno de reparo que las graciosas violetas, estas deliciosas flores, crezcan con tal preferencia entre las espinas, lo cual me parece muy significativo para nosotros. ¿Quién hubiera creído en todo el mundo que en este sombrío valle y bajo estos envejecidos techos de paja cubiertos de musgo habíamos de hallar tanta alegría? Ninguna condición de la vida es tan espinosa que deje de tener ocultos entre las espinas algunos silenciosos goces. Conserva siempre, hija mía, un corazón bueno y piadoso, y, por mal que te vaya, nunca te faltará un tranquilo e interior contento.

Un día fue a la granja cierta mujer de la villa para comprar lino a

la labradora, y llevaba consigo un niño pequeñuelo. Mientras examinaba el lino, lo reconocía y ajustaba, metióse el muchacho por la puerta abierta del huerto, y asiéndose con ambas manos a un rosal para despojarlo, se arañó lastimosamente. A sus gritos acudieron al huerto la madre y la labradora con Jacobo y María, que se hallaban allí. El niño estaba dando alaridos y con las manos ensangrentadas junto al rosal, maldiciendo de las perversas y engañosas flores.

—En eso—dijo Jacobo—también nosotros somos a veces niños grandes. Todo goce tiene alrededor de sí sus espinas, como las rosas, y a él nos abalanzamos igualmente con ambas manos. Unos se dan al baile y al juego; otros, a la embriaguez y aun a cosas peores. Después se paran, y entonces lloran, se quejan y acusan a los goces. ¡No os dejéis imprudentemente seducir por las bonitas rosas! Supuesto que el hombre tiene razón, no debe seguir meramente sus apetitos, sino obrar siempre con previsión y cordura.

Una hermosa y alegre mañana de estío, después de un par de días de lluvia, fue María con su padre al huerto. Halló la primera azucena abierta, y al reflejo del sol que salía brillaban graciosamente muchas flores. Llamó a la gente de la casa para que viesan florecer las azucenas, y todos se maravillaron.

—¡Qué hermosa está de blanca y clara, qué pura y sin mancha!—decía la labradora.

—¡Ojalá que el corazón de todos los hombres fuese tan puro y sin mancha!—dijo Jacobo, conmovido— Eso sería una gozosa vista para Dios y sus ángeles, porque sólo un corazón limpio está enlazado con el Cielo.

—¡Qué hermosa está, qué derecha, suelta y levantada!—decía el labrador.

—Como un dedo que señala al cielo—decía Jacobo—. Las tengo con mucho gusto en el jardín. En todo huerto de labrador debe haber algunas azucenas. Precisosados como estamos a escarbar siempre la tierra, fácilmente olvidamos el Cielo; pero esta flor hermosa y derecha puede advertirnos que en todas nuestras fatigas y trabajos debemos mirar arriba y buscar otra cosa todavía mejor que plantas—continuó con fervor y energía—. Hasta las hierbas más menudas se yerguen: la que es demasiado endeble para levantarse por sí misma, como las habas y el hambrecillo, allá en la cerca se retuercen y elevan encaracoladas. ¡Doloroso fuera que sólo el hombre quisiera siempre arrastrarse por el suelo con sus pensamientos, deseos y esperanzas!

Un día Jacobo plantaba tiernos piecitos en un bancal de la huerta recién cavado, y María escardaba las malas hierbas en otro bancalito contiguo.

El canastillo de flores

—Esta doble tarea, querida hija—dijo el padre—, debe ser la única ocupación de toda nuestra vida. Nuestro corazón es también un jardín que Dios nos ha dado a cuidar. Siempre debemos estar ocupados en plantar en él cosas buenas y en desarraigar las malas semillas; de lo contrario, se embrutece. Pero el que dirige bien estas dos operaciones e implora siempre la bendición de Dios, de quien emanan el sol, el rocío, la lluvia, el desarrollo y la prosperidad, cultiva en sí el más bello jardín, lleva en su interior un paraíso.

Entre la aplicación y el trabajo, instructivas conversaciones y muchos inocentes goces, Jacobo y María habían pasado ya tres primaveras y tres estíos en la *Granja de los Abetos*, muy placenteramente, y casi olvidando por completo sus anteriores penas. Pero al volver el otoño, cuando el sol de mediodía ya producía largas sombras y florecían los amelos encarnados y azules, últimos adornos del jardín; cuando las hojas de los árboles se teñían de colores abigarrados y todo el huerto propendía al reposo del invierno, Jacobo experimentó un notable decaimiento de fuerzas. Lo ocultó a María, indudablemente por no darle pesadumbre; pero en sus observaciones acerca de las flores había algo doloroso que muchas veces traspasaba el corazón de María.

Una vez contemplaba la joven cierta rosa que se había atrasado y que con plena flor lucía en el otoño. Quiso cogerla; pero las purpúreas hojas cayeron repentinamente entre sus manos, y quedaron esparcidas por el suelo.

—¡Así es el hombre!—dijo el padre— En la juventud somos como una rosa recién florida; pero también nos marchitamos pronto, como las rosas, y nuestra florescencia pasa muy rápidamente. No te pagues, querida hija, de la frívola y pasajera hermosura del cuerpo; atiende a la hermosura del alma, a la virtud, que nunca se marchita.

Estando una tarde Jacobo en la escalera de mano cogiendo manzanas en un árbol y alargándoselas a María, que las colocaba cuidadosamente en un cesto, habló en estos términos:

—¡Qué desagradablemente sopla el vientecillo del otoño contra los rastrojos! ¡Cómo juega con las hojas amarillas, a la par que con mis canas! Mi otoño, querida María, ya llegó, y el tuyo también llegará; haz de modo que seas como este árbol, rica en buenos frutos, y que el Señor pueda alegrarse de ti en su gran huerto, que es este mundo.

En otra ocasión, mientras María ponía semillas en la tierra, el padre dijo:

—Así también, hija mía, nos meterán algún día en la tierra, y con tierra nos cubrirán. Pero consuélate, porque así como enterrada en

un hoyito la simiente comienza a vivir, y después se eleva sobre la tierra con la forma de una bella flor y se levanta como triunfante del sepulcro, de la misma suerte nosotros también algún día saldremos bellos y gloriosos de nuestra tumba. Quiero hacerte, querida María, un encargo para cuando me sepulten. Las flores que entonces plantarás sobre mi sepultura han de servirte como símbolos de la resurrección e inmortalidad.

María miró a su padre, y dos gruesas lágrimas asomaron a sus ojos. Sobrecogióse, y funestos presentimientos afligieron su corazón.

CAPÍTULO XI ENFERMEDAD DE JACOBO

Al principiar el invierno, que se declaró muy riguroso y cubrió la montaña y el valle con una espesa capa de nieve, el buen Jacobo se puso, efectivamente, muy malo. María suplicó que mandasen llamar al médico de la villa inmediata, y el bondadoso labrador armó el trineo para ir él mismo a buscarle. El médico ordenó remedios al enfermo, y María salió acompañándole hasta la puerta. Le preguntó si confiaba en que su padre se pondría bueno, y el médico le contestó que verdaderamente no había por entonces ningún peligro; pero que la enfermedad pasaría a una consunción, y que, llegado este caso, a su edad no había que pensar en restablecerle. María medio se desmayó, rompiendo a llorar y suspirar. No obstante, enjugó el llanto y procuró alegrarse antes de entrar otra vez en el cuarto de su padre, por no apesadumbrarle. La buena muchacha cuidó a su caro padre con el más singular esmero. Hizo todo cuanto podía creer que deseaba, veló junto a él largas noches enteras, y cuando los demás querían quedarse por ella para que no enfermase también, después de muchas instancias echábase un poco sobre el banco, y rara vez podía pegar los ojos. Solamente con que toñera su padre acudía para examinar cómo estaba. Le aderezaba y servía los manjares con amor ternísimo, recomponía bien su cabecera y leía sentada enfrente de él; continuamente rogaba a Dios por su salud, y muchas veces, mientras el enfermo dormía un poco, se ponía en pie con las manos cruzadas, y levantaba los ojos húmedos al Cielo y suspirando junto al lecho decía:

—¡Dios mío, consérvamelo todavía siquiera unos años más!

Con el trabajo de sus manos, haciendo calceta o cosiendo, muchas veces infatigablemente hasta la media noche, había hecho sus ahorros; pero gastó hasta el último ochavo para costear cuanto podía proporcionarle algún pequeño consuelo.

El piadoso viejo, repuesto un poco, a la verdad, si no para sentir-



El bondadoso labrador armó el trineo para ir él mismo a buscarle.

se bastante bien, al menos para no sucumbir a la enfermedad, estaba muy tranquilo y resignado. Habló de su muerte con la mayor serenidad; pero María dijo entre lágrimas copiosas:

—¡Ah, querido padre; no habléis todavía de eso! ¡No me atrevo a pensar en tal cosa! ¿Qué sería de mí entonces? ¡Ay! ¡Vuestra pobre María ya no tendría a nadie en la tierra!

—¡No llores, querida niña! —dijo el padre; y le presentó cariñosamente la mano fuera de la cama— Indudablemente tienes un buen Padre en el Cielo. Contigo quedará cuando te sea quitado el padre de la tierra. Mi menor cuidado es cómo te mantendrás y ganarás la vida en el mundo. Las aves hallan también su alimento: ¿por qué no has de encontrarle tú? Abrigo da Dios a los gorriones: ¿por qué no ha de dártelo también? El hombre necesita poco, y aun esto para poco tiempo. ¡Ah; otros cuidados son los que me angustian! Mi cuidado único es si podrás permanecer siempre tan religiosa, buena e inocente como, gracias a Dios, has sido hasta ahora. ¡Ah, mi querida hija; todavía ignoras enteramente qué malo y corrompido es el mundo y qué hombres hay tan depravados! Por desgracia, hay muchos que tendrían por mera diversión robarte con engaño, ¡pobre niña!, la inocencia, la honra, el reposo del corazón y hasta la felicidad de tu vida entera. Te llamarán pueril si les hablas del temor de Dios, de la conciencia, de los preceptos divinos y de la eternidad. ¡Ah! ¡Huye de semejantes hombres! Si te dicen hermosa y te adulan y revolotean alrededor tuyo como las mariposas en torno de las flores, no los oigas ni les hagas caso. Nunca tomes un regalo suyo, ni des crédito a sus promesas. Bajo el aspecto de un ángel encúbrese muchas veces un Satanás, y la serpiente duerme con preferencia entre las flores. Escucha: para tu amparo, Dios te ha dado un leal ángel, el sacrosanto rubor. Cuando alguien pretenda de ti una maldad o te diga una palabra contraria a la inocencia y puras costumbres, has de sentir en las mejillas el ardor de la vergüenza. Aconséjate con este ángel de la inocencia; no le disgustes, para que de ti no se aparte. Mientras él te acompañe y te dejes amonestar por él, segura estarás de seducción; pero al punto que, contrariando sus avisos, cedas una sola vez a la menor pretensión ilícita, ya estarás en peligro de perderte para siempre. ¡Oh, María! En tu propio corazón se despertará un enemigo. Tendrás momentos en que sentirás placer en la maldad, y en que te dejes persuadir de que no hay tanta maldad en ciertas acciones, o de que son enteramente lícitas y libres de pecado. Pero toma estos consejos y graba profundamente en el corazón estas palabras de tu moribundo padre. Nada obres, digas ni pienses que pudiera causarte rubor si tu padre lo supiese. Presto se cerrarán para siempre

mis ojos: ya no podré guardarte por más tiempo; pero acuérdate de que tu Padre celestial está viéndote desde todas partes y constantemente mira a tu corazón. Seguramente te horrorizarías de disgustarme a mí, que soy tu padre en la tierra, con un proceder irregular; horrorízate y teme infinitamente más desagradar a Aquel que es tu Padre amado en el Cielo. Atiende más aún, María. ¡Ah! Si alguna vez por acaso estuvieses en la tentación de obrar mal, acuérdate de mi pálido rostro, de estas lágrimas mías que corren por mis descarnadas mejillas. ¡Ven; pon tu mano entre las mías, yertas y consumidas, que pronto se volverán polvo! ¡Prométeme no olvidar mis palabras! En las horas de tentación, figúrate que mi fría mano te retrae del precipicio. Buena niña, tú contemplas mi pálido y descarnado rostro. ¡Ah! ¡Considera en él cuán pasajero es todo en la tierra! Yo también tuve algún día la cara florida, encarnada y lozana, como la tienes tú ahora: también tú algún día estarás tan pálida y consumida como yo lo estoy ahora en mi lecho de muerte, si Dios antes no dispone otra cosa y no te quita prematuramente del mundo. Los goces de la mocedad son como las flores, de efímera duración y pronto convertidas en polvo que se lleva el aire; como el rocío para las flores, que sólo brilla instantes y se evapora presto. Las nobles acciones, por el contrario, son como las piedras preciosas, que tienen valor permanente. De modo que la virtud, una buena conciencia, iguala a la más preciosa de todas las piedras, al diamante, que ningún poder humano alcanza a destruir. Aspira a estos tesoros. Lo bueno que hice constituye ahora mi único goce, y aquello en que falté es solamente lo que ahora me atormenta. Querida niña, piensa en Dios, camina siempre como a su vista, y tenle constantemente en tu corazón; en Él hallé yo mis más gratas fruiciones, y durante mis penas, el mejor, el único consuelo. Créeme, María: digo la verdad. Si de otra suerte fuera, te lo diría. Yo he visto el mundo tan de cerca como cualquiera cuando fui de viaje con el Conde. También fui a las ciudades más grandes, donde no se veía más que magnificencia y lujo. Toda la semana la empleaba en diversiones, pues asistía con el mismo Conde a las lucidas funciones, a las abigarradas máscaras, viéndolo todo como él y oyendo la estrepitosa música, las conversaciones y chanzas demasiado libres. De los delicados platos y exquisitos vinos siempre sobraba para mí más de lo que yo podía necesitar; pero aquellos goces turbulentos dejaron vacío mi corazón. Te aseguro que una sola hora de recogimiento tranquilo en la enramada de nuestro jardín de Eichburgo, o también aquí bajo esta techumbre de paja, ha dado siempre a mi alma un placer más íntimo que todos aquellos goces. Por tanto, busca también en Dios tus goces, y los hallarás en riquí-

Cuento de Calleja

simas abundancia. Sabes muy bien, querida hija, que no me han faltado pesares en la vida. ¡Ah! Cuando murió tu madre, mi corazón quedó por largo tiempo como los mustios y secos bancales del huerto, que se llenan de grietas con el dilatado ardor del sol y claman por lluvias. Así desfallecía yo sin consuelo; pero lo hallé en Dios. ¡Oh, hija! Vendrán días en los cuales tu corazón también se pondrá como una tierra mustia y seca; pero ten ánimo entonces. No sin motivo se seca la tierra con la falta de lluvia. Dios la envía en tiempo oportuno. Busca tu consuelo en Dios. Este consuelo aliviará tu corazón como una lluvia suave y refrescante para el terreno agotado por la sequía. Ten constantemente, hija querida, firme e inalterable confianza en la divina Providencia. Dios encamina todo a lo mejor para los que le aman, y al través de las penas los conduce hasta las satisfacciones. Ya sabes, querida María, qué gran pesar tuviste cuando, con nuestro fatigoso viaje, y hallándonos descaminados, caí gravemente enfermo. Considera que Dios se valió de aquella enfermedad para proporcionarnos este pacífico albergue, donde ya hemos vivido placenteramente tres años con estos buenos labradores. Sin tal enfermedad, ni nosotros hubiéramos venido a su puerta, ni su compasión habría sido tan vivamente excitada. Nos hubieran dado una taza de leche fresca y un pedazo de pan, y en seguida nos hubieran dejado marchar otra vez. Sin aquella enfermedad, nosotros y estas buenas gentes no hubiéramos podido conocernos con tanta intimidad, ni profesarnos mutuamente tanto cariño. Todos los goces que hemos disfrutado aquí, el bien que tal vez hayamos traído, los muchos centenares de días vividos en este suelo, han sido una bendición que tuvo origen en aquella enfermedad. De esta suerte, querida María, pudiéramos también ver en los tristes acaecimientos de nuestra vida el favor de Dios. A la manera que Dios en la montaña y en el valle, en los bosques y en los ríos, hasta en los pantanos y en las lagunas, ha esparcido con pródiga mano sus florecitas para que por todas partes pudiéramos reparar en sus bienes y en sus gracias, así también ha sellado patentemente todos los sucesos de nuestra vida con las huellas de su sabiduría, de su amor y conmisericordia, de manera que todo ánimo atento pueda observarlos y hallar en ellos consuelo y satisfacciones. Cualquiera persona puede verificar esto en su vida particular si la repasa con algún cuidado. Nuestra gran pesadumbre fue, ciertamente, cuando te culparon de aquel robo, cuando entre cadenas y lazos estabas sentenciada a muerte, y juntos llorábamos y nos lamentábamos en tu prisión. Sin embargo, aquella enorme pena te acarreó, sin duda, un gran bien; sí, y creo que ya es visible aquel beneficio. Cuando por entonces la Condesita te distinguía entre todas las muchachas, te honró con su compañía, te re-

El canastillo de flores

galó el hermoso vestido y quería tenerte siempre junto a sí, parecías ser dichosa; pero ¡cuán fácilmente los honores, los devaneos y el lujo te hubieran hecho desdichada, frívola, sensual y distraída de Dios! Dios, que, con todo, meditaba para nosotros cosas muy buenas, lo dispuso de otra suerte y nos envió aquella desgracia. En la miseria, en la cárcel y en nuestra peregrinación hemos aprendido a conocerle mejor y a hacernos más a Él. Lejos de las disipaciones y de la corrupción del mundo, en este escabroso país, Dios te preparó un rinconcito mejor, pues has medrado como la flor del solitario desierto preservada de manos pecaminosas. De todos los padecimientos aun te guiará el bueno y caro Dios a mayor mejora. Confío positivamente en que habrá oído esta mi plegaria, y también en que pondrá de manifiesto tu inocencia; y si yo no vivo lo bastante para eso, tampoco es necesario para mi sosiego, pues ya sé que eres inocente. Sí, María; dicha y contento nacerán para ti de entre las penas sufridas, y todavía vivirás en la tierra días apacibles, aunque la felicidad terrenal sea tan pequeña y el gran designio con que Dios nos envía los pesares no sea cumplido hasta subir al Cielo. Así, pues, buena alma, no te atormentes con cuidados si llegas a estar en necesidad, y cree que Dios cuida amorosísimamente de ti, y que tus cuidados son superfluos. Juzga siempre que has de ir adonde su santa providencia te encamine, por dura condición que sea, y di: ¡Éste es el mejor paraje, la más saludable condición para mí, por mal y desdichadamente que me vaya! Cree que semejante condición habrá de serle indispensable para ejercer la virtud y hacerte feliz algún día. Así como un hortelano pone cada planta en el paraje que halla más a propósito para ella, y así como la cultiva solamente del modo que es más conveniente para su crecimiento y prosperidad, de la propia suerte Dios da en el mundo a cada hombre el lugar y la situación que son más conducentes para su medro en lo bueno. He aquí, amada María, cómo todos los pesares que hasta ahora has tenido, incluso los de mi postrera enfermedad y muerte, te servirán de beneficio. ¡Buena hija! Como acabo de pronunciar la palabra muerte, prorrumpes de nuevo en llanto. ¡Oh, no llores! ¡No tengas a la muerte por nada espantosa! Hay en ella mucho más de regocijo. Querida hija, una vez más hable yo contigo como en otro tiempo, cuando trabajábamos juntos en nuestro jardín de Eichburgo. Ya sabes cómo está un tablerito recién hecho. Débiles y ruines aparecen las plantitas apiñadas en el estrecho y anegado bancal; todavía no se distinguen en ellas las preciosas flores ni los sabrosos frutos con que más adelante se adornarán; pero si continuasen encerradas en el pequeño y miserable bancal, no darían flores ni frutos, no teniendo para ello suficiente espacio. El hortelano no las deja permane-

Cuentos de Calleja

cer allí, expuestas a dañarse unas a otras, sino que las saca al raso, al aire libre, bajo el hermoso y azulado cielo de Dios, a fin de que, regadas con las lluvias y el rocío de la atmósfera, y animadas por los dorados rayos del sol, puedan lucir un día magníficamente. Te regocijabas cuantas veces yo entresacaba las posturas; muchas veces me advertías que no lo retardase más, porque las pobres plantitas estaban demasiado estrechas en el remojado bancal; te ponías alegre cuando pasaban a otra tierra, y decías: «¡Qué bien estarán ahora!»

¡Se me figura que las estoy viendo! También los hombres somos débiles y pobres plantitas; nuestra tierra es un tablero reducido y encharcado, y nuestra morada no es aquí en la tierra, donde no somos otra cosa que miserables y ruines plantas; pero habrá para nosotros alguna cosa mejor y más magnífica, otra tierra adonde nos trasplante Dios: el Cielo, que es su vasto, bello y glorioso jardín. ¡No llores, querida hija! Ya me hallo mejor. ¡Qué contento estoy por ir pronto con Dios! ¡Qué bien estaremos cuando nos hayamos desprendido de este cuerpo, que tantos tormentos nos acarrea! Querida María, aun te acordarás del indecible placer que en las hermosas mañanas de primavera solíamos tener en nuestro florido jardín. También el Cielo es comparable al más bello de todos los jardines, en el cual reina una eterna primavera. Ahora iré a aquellas hermosas regiones; sé también virtuosa, para que nos veamos allá otra vez. Aquí hemos pasado juntos muchas penas y agitaciones, y con lágrimas nos separamos; mas allí moraremos en gozo y bienaventuranza uno junto a otro, y nada volverá a separarnos. Allí veré otra vez a tu madre. ¡Cuál será entonces mi contento! ¡Ah, María! Consérvate virtuosa y buena, y si te fuera bien en la tierra, no olvides por estos goces fugitivos aquellos goces eternos. Algún día tu madre y yo, llenos de felicidad, saldremos a recibirte, y te pondremos en medio de nosotros dos. ¡No llores más, hija querida, y alégrate desde ahora para entonces!

Así aprovechaba el piadoso padre los últimos días de su vida para consolar a la hija que había de dejar sola en el mundo, y de esta suerte la alejaba de la corrupción de la sociedad. Cada una de sus palabras era una buena semilla que caía en un terreno excelente.

—Sin duda —decía—, querida hija, te habré apesadumbrado y hecho derramar muchas lágrimas; pero son beneficiosas. Lo que así es sembrado entre llantos arraiga más fácilmente y prospera mejor, del mismo modo que la sementera hecha en primavera, si en seguida le cae una lluvia benigna y suave.

CAPÍTULO XII

MUERTE DE JACOBO

Inmediatamente que se hizo peligrosa la enfermedad de su padre, María fue a Erlenbrunn, a cuya parroquia pertenecía la *Granja de los Abetos*, y anunció al señor cura que su padre estaba enfermo. El señor cura, noble y respetable eclesiástico, visitó muy frecuentemente al enfermo; tenía con él bellas y edificantes conversaciones, y también consolaba siempre a la pobre María muy cariñosamente.

El buen Jacobo se acercaba más y más a su fin. El labrador y la labradora, que le amaban como a su mejor amigo y bendecían la hora en que había ido a su casa, le hicieron todo el bien que es imaginable. Más de diez veces al día entraban en la salita, ya el labrador, ya la labradora, para ver cómo se hallaba. María casi siempre les preguntaba:

—¿No os parece que todavía puede restablecerse?

La labradora le respondió una vez:

—¡Ah, hija mía! ¡No pasará del tiempo en que brote la hoja a los árboles!

Desde entonces María miraba con recelo y temblor al huerto por la ventanita de la sala. Antes la había llenado siempre de gozo la venida de la primavera; mas a la sazón observaba con pesar las primeras tiernas hojitas del grosellero y las abultadas yemas de los árboles, y oía con espanto los alegres gorjeos del pinzón. Las campanillas blancas que comenzaban a brotar le servían de funesta perspectiva.

—¡Ay, Dios mío! —decía— ¡Todo resucita de nuevo, y toda la Naturaleza espera; solamente mi padre ha de morir sin remedio! Con todo, según el dicho de Jesús, no muere enteramente, sino que sólo sacude esta vestimenta de polvo, y allá arriba empezará a vivir completamente bien.

El devoto anciano gustaba mucho de que María le leyese a menudo, lo cual hacía con muy dulce voz y con la mejor entonación. En los últimos días de su enfermedad nada oía con más gusto que las postreras palabras de Jesús. Una vez, por la noche, María velaba sola junto a él. Entraba por la ventana en la piececita una luna tan clara que apenas alumbraba la pequeña lamparilla.

—María —dijo el padre—, vuelve a leerme la hermosa oración de Jesús.

Cuentos de Calleja

La joven encendió una vela y la leyó.

—Ahora dame el libro—dijo—y alúmbrame.

María le alargó el libro y se acercó con la vela encendida.

—Ésta—dijo—será mi última oración contigo.

Señalaba el libro y rezaba, al paso que con voz descompuesta se aplicaba a sí mismo y a su hija estas palabras:

—Padre: ya no estoy en este mundo; pero en él queda ésta por algún tiempo todavía. Confío en irme contigo. Tú, santísimo Señor, presévala de la corrupción. Mientras he estado con ella en el mundo procuré preservarla en nombre tuyo; mas ahora parto hacia Ti. No te ruego que la saques del mundo, sino solamente que la guardes de los males; manténla en tu santa verdad. ¡Padre, concede a esta hija que Tú me regalaste que también algún día venga adonde yo ahora confío ir! Amén.

María, de pie junto a la cama, lloraba mientras con trémula mano acercaba la vela, y sollozando repetía:

—¡Amén!

—Sí, querida hija—continuó el padre—; allí veremos a Jesús en su gloria, en la que Dios le ha dado antes de la creación del mundo; allí también volveremos a vernos.

Recostóse nuevamente en la almohada para reposar un poco, teniendo aún en la mano el libro, que era el Nuevo Testamento. El pobre lo había comprado con los primeros dineros sobrantes que después de su expulsión de Eichburgo había podido ahorrar quitándoselos de la boca.

—Querida María—dijo pasado un breve rato—, también te doy las gracias por el amor que me has mostrado en esta mi última enfermedad. Has guardado fielmente y con alegre corazón el cuarto mandamiento. Por lo que has hecho conmigo, cree, María, que te irá bien, aunque haya de dejarte en este mundo pobre y desamparada. Nada más puedo darte que mi bendición y este libro. Consérvate, querida hija, buena y virtuosa, para que no sea vana esta bendición. La bendición de un padre que confía en Dios es para los hijos buenos más que una rica herencia. Toma este libro en memoria de tu padre. Es verdad que me costó solamente algunos cuartos; pero si lo lees con aplicación y sigues sus máximas, con los pocos cuartos que empleé en él te lego un gran tesoro. Si te dejase más escudos que flores y hojas nacen por primavera, ni con todo este dinero podrías comprar una cosa mejor, pues aquí está contenida la palabra de Dios, que en sí lleva la virtud de hacer dichosos a todos los que en ella creen. Todas las mañanas, puesto que para ello también se puede hallar tiempo en medio de las penas y tareas, lee por lo menos una sentencia, y reténla por el día en tu corazón para meditarla. Esta senten-

cia: *Considerar los lirios del campo*, me dio más instrucción que cuantos libros leí en mi juventud. Además, me sirvió de manantial de mil goces inocentes, y en medio de las muchas aflicciones que me han llenado de inquietudes, puesto en desmayo y abatimiento, siempre me conservó el ánimo sereno y festivo.

A las tres de la madrugada dijo el padre:

—María, me siento mal; abre un poco la ventana.

Abrióla María. La luna había ya traspuesto; pero las estrellas lucían con indecible hermosura.

—¡Mira qué bello está el cielo! —dijo el padre— ¿Qué son las flores de la tierra en comparación de aquellas inmutables lumbreras? Allá iré yo ahora. ¡Ah! ¡Qué contento estoy! ¡Vive religiosamente, para que también tú algún día vengas allí!

Dichas estas palabras, se echó otra vez en la cama, y expiró dulce y venturosamente. María entendió que era un desmayo, pues nunca había visto a nadie en agonía, y nadie tampoco hubiera creído tan próximo su fin. Agitóse mucho María, despertó a la gente de la casa, y todos acudieron al lecho de muerte. Cuando María comprendió que realmente estaba muerto, se abrazó al cuerpo de su padre con amargo llanto y besó aquel pálido semblante.

—¡Oh, buen padre mío —decía—; cómo puedo pagarte lo que has hecho conmigo! ¡Ah! ¡Es imposible! ¡Te doy gracias por aquellas palabras, por aquellos buenos consejos que tus labios ya pálidos me dieron! ¡Con sincero reconocimiento beso tu fría y yerta mano, que tamaños beneficios me dispensó, que tanto trabajó por mí y que en los años de mi niñez también me corrigió paternalmente! ¡Bien conozco ahora cuánto me quisiste en aquello mismo, y cuán saludable me fue! ¡Ah! ¡Recibe las gracias por todo y perdona si te incomodé con pueriles liviandades! ¡Oh, Dios! ¡Recompénsale su amor! ¡Ah! ¡Si yo pudiera ahora exhalar también mi alma y enviarla en pos de ti! ¡Haz, oh, Dios, que mi muerte sea también algún día como la de este justo! ¡Ah! ¡Nada, nada absolutamente es esta vida en la tierra! ¡Qué bueno es que haya un Cielo, una vida eterna! ¡Ahora éste es mi único consuelo!

Todos los circunstantes lloraron, y al fin la labradora, después de muchos ruegos y persuasiones, logró de María que la siguiese. María no consintió que se opusieran a sus últimos deberes para con su padre.

La noche siguiente veló junto al cadáver de su padre, y toda hasta el amanecer la pasó leyendo, llorando y rezando. Antes que cerrasen el ataúd contempló aún el cadáver por la vez postrera.

—¡Ah! —dijo— ¡Ya no veré más tu venerable rostro! ¡Oh! ¡Adiós, adiós, buen padre!

Y suspirando añadió:

Cuentos de Calleja

— ¡Dulcemente descansen tus huesos! ¡Confío en que el ángel de Dios habrá llevado tu espíritu al reposo celestial!

Había compuesto un ramito con un tallo de romero y violetas de azul subido, y lo puso entre las manos del cadáver del devoto jardinero, que tanto había sembrado y plantado.

— ¡Estas tempranas flores de la tierra que acaban de resucitar—dijo María—sean el ejemplo de tu venidera resurrección; y este romero, siempre verde, un símbolo de mi constante y tierno recuerdo de ti!

Al clavar el ataúd, cada martillazo traspasaba de tal manera su corazón, que casi quedó desmayada. La labradora la llevó a otro aposento, y le rogó que se acostase un poco para procurar restablecerse.

En el entierro, María, con un vestido de luto que una caritativa muchacha del lugar le había prestado, iba detrás del cadáver de su padre. Estaba pálida y descolorida como una muerta: todos tuvieron lástima de la pobre huérfana desamparada, que ya quedaba sin padre ni madre. Como el padre de María era forastero de Erlenbrunn, se abrió la sepultura en un ángulo del camposanto y contiguo a la pared del patio de la iglesia. Hacíanle sombra dos grandes abetos que sobresalían por detrás de la tapia. El párroco hizo una interesante oración fúnebre sobre estas palabras de Jesús: «Siempre que las simientes del trigo caigan en la tierra y no se corrompan, ningún fruto dan: pero si se corrompen, dan mucho fruto.» En ella habló de que el difunto había soportado con resignación y paciencia sus males y ofrecido a cuantos le vieron un bello ejemplo que imitar; dijo cosas de mucho consuelo para la contristadísima huérfana, dio las gracias en nombre del difunto padre a los generosos labradores por todo el amor que le habían mostrado, y los exhortó a que hicieran las veces de padre y de madre con la hija, entonces enteramente desamparada.

María visitaba la sepultura cuantas veces iba al oficio divino de la parroquia de Erlenbrunn, y también siempre que podía por las tardes. Allí lloraba, rezaba y decía:

— ¡En ninguna parte como aquí puedo rezar tan de corazón! ¡Ya nada es para mí el mundo entero! ¡Conozco que pertenecemos a un mundo mejor, y esto excita en mí un vivo deseo de ir a aquella patria!

Nunca se desprendía su alma de la religiosa meditación de la tumba, del desprecio de los placeres del mundo, para vivir sólo en Dios y en la virtud, con la santa esperanza de juntarse otra vez con su padre al pie del trono de Dios.

CAPÍTULO XIII

NUEVOS QUEBRANTOS PARA MARÍA

Desde entonces María se hallaba siempre muy triste. Se figuraba que todas las flores habían perdido sus vivos colores, y los abetos de la granja le parecían tan oscuros y ennegrecidos como si estuviesen cubiertos de luto. En verdad, el tiempo mitigó su dolor; pero presto vinieron sobre ella nuevos pesares.

Después de la muerte de su padre cambiaron mucho las cosas en la *Granja de los Abetos*. El labrador y la labradora había traspasado la granja a su único hijo, hombre honrado y pacífico; pero la nuera, dotada de peregrina hermosura y mucha riqueza, sobre estar envanecida de bonita, no se gobernaba por más impulso que el dinero. La soberbia y la avaricia se retrataron poco a poco en su semblante con tal vehemencia, que alteraron su hermosura dándole un aspecto muy ruin. Si alguna cosa agradaba a sus suegros, negábase redondamente a hacerla, y los trataba con repugnancia. Les ocasionaba mil disgustos, y les contaba hasta los bocados que comían. Los buenos viejos se retiraban a la sala posterior, e iban muy poco a la pieza de delante. Al marido no le iba mucho mejor. La grosera esposa le dirigía las más agrias expresiones, y cien veces al día echábale en cara el gran capital que ella había traído. A él no le gustaba pasar todo el día en altercados y pendencias, y tomaba el partido de callar y sufrir. Nunca le consentía que visitase a sus ancianos padres, pues temía que, como ella solía decir, les *largara* secretamente alguna cosa. Con el corazón sobresaltado, y sólo de noche, después de acabado el trabajo, se atrevía a ver a sus padres. Casi siempre tristes, se sentaban juntos en el banco.

—¡Sí, sí—decía el anciano labrador—; así es! Tú, mujer, te dejaste deslumbrar con el mucho dinero; tú, hijo mío, te prendaste de las encarnadas mejillas, y yo fui condescendiente a vuestros ruegos. De esta suerte, todos tres nos vemos ahora castigados unos por otros. Debíamos haber seguido el buen consejo del anciano Jacobo. Nunca le pareció bien este casamiento a aquel hombre discreto, aunque tampoco pronunció jamás una palabra sobre él. Todavía tengo muy presentes sus expresiones, y mil veces he pensado en ellas. Mujer, ¿te acuerdas tú todavía? Una vez dijiste: «Pero diez mil escudos son también un bonito dinero», y Jacobo dijo: «El dinero nada tiene de bonito: las flores del jardín que se ven por esa ventana son mil veces más bonitas. Un dinero pesado querrel: decir

quizás. Eso es muy cierto, y se necesitan recias espaldas para llevarlo y para que no le aplaste a uno contra el suelo, convirtiéndolo al que cargue con él en hombre estropeado, miserable y dado enteramente a lo terrenal. ¿Cómo aspiráis a tener tanto dinero? Hasta ahora nada os ha faltado, y aun habéis tenido algo sobrante. Creedme: los demasiados bienes dan arrogancia. Por muy provechosa y necesaria que sea la lluvia, si es en exceso, puede estropear las mejores plantas del huerto.» Las palabras del buen Jacobo se han cumplido al pie de la letra, y aun me parece estar oyéndolo. Y tú, hijo mío, exclamaste también: «¡Si es una muchacha tan guapa y tan fresca como una rosa!» Y el prudente Jacobo dijo: «Pero una flor no es solamente hermosa; reúne también a la hermosura su bondad. Las flores seguramente nos dan los más nobles regalos, la blanca cera y la exquisita miel. Una cara hermosa sin virtud, es una rosa de papel, un ser miserable, inanimado, sin fragancia ni vida, sin cera ni miel.» Esto decía el honrado Jacobo: nosotros no quisimos darle oídos entonces, y ahora nos convencemos. Lo que nos pareció una gran fortuna, es una enorme calamidad. Dios nos dé su gracia para llevarlo con paciencia, y esto es ya lo único que podemos hacer.

De esta suerte hablaban entre sí los tres.

También a la pobre María la perjudicó el cambio, porque habiendo tomado posesión los viejos de la pequeña salita, ella tuvo que desocuparla. La labradora joven le señaló con mala intención la más ruin de la casa, aunque había libres un par de lindas salitas; le ocasionaba todo género de disgustos, y la atormentaba indeciblemente. Todo el día estaba riñéndola, y para ella María nunca trabajaba bastante ni hacía bien la menor cosa. La pobre huérfana conocía que era despreciada y molesta en la casa. Los viejos podían darle poquísimo consuelo. Muy a menudo le ocurría la idea de marcharse; pero ¿adónde iría?

Pidió consejo al señor cura, y el circunspecto eclesiástico le dijo:

—María de mi alma, no debierais permanecer más en la *Granja de los Abetos*. Vuestro buen padre os dio esmerada crianza, os hizo aprender cuanto es necesario para el gobierno de una casa, y en la *Granja de los Abetos* se os exige el servicio de una recia aldeana y os cargan con faenas superiores a vuestras fuerzas y desproporcionadas para vos. Entretanto, no os aconsejo que salgáis a rodar incierta por el mundo. El mejor consejo que puedo daros es que os quedéis por ahora; trabajad lo que podáis, rogad a Dios y esperad confiada hasta que os libre de vuestra estrechísima situación. Dios, que permitió fueseis criada para una situación diferente, sabrá también trasladaros a otra mejor. Procuraré encontraros acomodo con

una familia cristiana y honrada de la población. Orad y confiad en Dios; llevadlo con paciencia, y Dios lo dispondrá todo bien.

María agradeció el buen consejo, y prometió seguirlo.

El más querido rincón de la tierra era la sepultura de su padre. Había plantado un pie de rosal en ella, y cuando allí se ponía a llorar decía:

—¡Ah! ¡Si pudiera estarme aquí siempre, regaría este ramo con mis lágrimas y seguramente presto daría flores!

El rosal se adornó de verdes hojas, y empezaron a abrirse los purpúreos capullos.

—¡Razón tenía mi padre—decía María—cuando comparaba la vida humana a un rosal! A veces está enteramente seco y pelado, sin ofrecer a la vista más que espinas; pero cuando menos se puede esperar, viene un tiempo en que se cubre de hojas frescas y se llena de bellas rosas. Ahora estoy yo en el tiempo de las espinas; pero tendré valor y creeré en tus palabras, padre mío. Tu proverbio quizá se está cumpliendo en mí: *¡la paciencia produce rosas!*

CAPÍTULO XIV

MARÍA ES DESPEDIDA

Entre las muchas penas que María hubo de sufrir, una de las mayores que experimentó fue la del 25 de julio, día del santo de su padre. Este día había sido hasta entonces de júbilo para ella; pero aquella vez, al entrar en su cuarto la clara y dorada aurora, ya la encontró llorando. Antes siempre había dado en tal día algún contento a su padre, ya haciéndole un regalo que ella misma había dispuesto secretamente, ya componiéndole algún plato particular o presentándole alguna botella de vino y adornando con flores la mesa limpia y cubierta. Los labradores de la comarca tenían costumbre de adornar con flores, particularmente en ciertos días memorables, las tumbas de los caros amigos, y con este objeto solían pedir flores a María, que se las daba de muy buena gana. Esta costumbre le sugirió el pensamiento de adornar también con flores la sepultura de su padre. Tenía guardada la linda cestita que dio el primer motivo a su fatal desgracia, y aquel día se le presentó a la vista. La tomó, llenóla de vistosas flores y de hojas frescas en el huerto, se fue con ella a Erlenbrunn una hora antes que comenzase el oficio divino, y la puso sobre la sepultura de su padre. Sus lágrimas goteaban sobre las flores y relucían en ellas como el rocío.

—¡Tú, buen padre mío—decía—, rociaste de flores todo el camino de mi vida, y yo no puedo pagártelo! Al menos, adornaré con flores tu sepultura.



—¡Ni una hora más!—exclamó la rabiosa mujer.

Dejó sobre ella el cestito, sin atreverse a recelar que nadie se lo quitase. Los aldeanos la contemplaron con regocijo mezclado de dolor; bendecían en su corazón a su buena hija y deseaban para el piadoso padre el descanso del Cielo.

Al día siguiente, mientras los sirvientes de la *Granja de los Abetos* acarreaban el heno de las extensas praderas de la otra parte del bosque, faltó una pieza de lienzo fino que habían tendido en el huerto para que se blanqueara. La labradora joven, que fue la primera en echarla de menos por la tarde, siendo muy suspicaz, como todos los avaros, al momento pensó en María. El buen Jacobo no había hecho ningún misterio del lance del anillo y lo había confiado precisamente a los viejos. El hijo, que también lo supo, cometió la imprudencia de contarlo a su mujer. Cuando aquella noche María, con su rastrillo a la espalda y un cántaro en la mano, entró con las zagalas en la casa, salió de la cocina la labradora joven, furiosa como una sierpe; trató a María en los términos más groseros y le exigió la pieza de lienzo.

María dijo humildemente que era imposible que ella tuviera el lienzo, pues, como todos los demás de la casa, había pasado el día entero en la guadaña del heno, y que mientras la labradora cocinaba muy fácilmente habría podido arrebatarse el lienzo cualquiera otra persona. Efectivamente así había sucedido; pero la labradora gritó espantosamente:

—¡Tú, ladrona! ¿Piensas que no sé que robaste el anillo y con grave peligro te salvaste de la cuchilla del verdugo? ¡Ahora mismo vete de casa! ¡Yo no doy albergue a semejante canalla!

El labrador joven insinuó:

—¿Y la echarás ya, tan tarde? Largo rato ha que traspuso el sol; déjala cenar con nosotros, pues por cuenta nuestra ha trabajado todo el día con todo el peso del calor. Quédese todavía esta noche.

—¡Ni una hora más!—exclamó la rabiosa mujer— ¡Y tú, cállate presto, o voy a la cocina por un ascua y te tapo la boca!

El marido vio que con disputas aun empeoraría la cosa, y calló. María no rechazó la calumnia; lió lo poco que tenía en un pañuelo negro, que le bastó para envolverlo todo, y cogiendo el bultito debajo del brazo dio llorando las gracias por todo el bien que había recibido en la *Granja de los Abetos*, protestó nuevamente de su inocencia y sólo pidió permiso para que la dejaran despedirse de los buenos viejos.

—¡Puedes ir a despedirte de ellos—dijo irónicamente la labradora joven—; y si quieres llevar contigo el par de vejestorios, me harás mucho favor! ¡La muerte parece que todavía no gusta de venir a buscarlos!

Ambos viejos habían oído el alboroto, y juntos lloraban. Sin embargo, consolaron a María lo mejor que pudieron, y diéronle para el camino todo el dinero que a la sazón tenían, que no pasaba de algunos escudos.

—Parte, buena niña —le dijeron—, y el Señor vaya contigo. La bendición de tu padre es un tesoro oculto para ti, que también se te descubrirá a su tiempo. Acuérdate de nosotros, que de todo corazón te deseamos mucho bien.

Empezaba a anochecer cuando María, con su llo debajo del brazo, tomó la pequeña senda de herradura camino arriba hacia la colina del bosque. Quiso visitar aún la sepultura de su padre, y justamente al salir del arbolado tocaron las campanas de la villa la hora de queda, de modo que cuando llegó al cementerio había anochecido enteramente; pero no la asustaba andar de noche entre las tumbas. Llegó a la sepultura de su padre, y lloró largo rato. Apareció la luna llena, exactamente entre los dos abetos, y con su brillo plateado iluminaba las rosas de la sepultura y el cestito de flores, que todavía estaba sobre ella. El aura de la noche jugueteaba blandamente entre las ramas de los abetos, y sacudía de acá para allá sobre la sepultura algunas hojitas del rosal. Por todas partes reinaba profundo silencio.

—¡Oh, padre mío! —exclamó María— ¡Ojalá vivieras aún, para que tu pobre hija pudiese lamentar su aflicción contigo! Aunque, por otra parte, doy gracias a Dios de que no hayas sufrido este nuevo infortunio. Ahora para ti todo es bien, y ninguna pena te agita. ¡Ah! ¡Si yo estuviera contigo! ¡Oh! ¡Nunca fui tan desdichada como ahora! Aquella vez que la luna entró en mi prisión a través de la rejilla de hierro aún vivías tú, carísimo padre. Entonces, cuando fui expulsada de mi amada patria, te tenía aún, y tenía en ti, ¡ay!, un buen padre, un fiel protector y amigo. Pero ahora a nadie tengo. Pobre, abandonada, en mal concepto, extraña en todas partes, me hallo sola en el mundo y privada de patria. ¡Soy echada del único rinconcito que me restaba en la tierra, y hasta me quitan el postrer consuelo de venir a llorar de vez en cuando a tu sepulcro!

De nuevo prorrumpió en un torrente de lágrimas.

—¡Oh, Dios amado! —continuó, echándose de rodillas en tierra— ¡Mi bonísimo Padre celestial! ¡Mira desde tu alto Cielo a una pobre huérfana desamparada que llora sobre la tumba de su padre! ¡Compadécete de mí! Donde mayor es la desgracia, más próximo está siempre tu socorro. En mí no cabe mayor desventura, y mi corazón está ya a punto de partirse. ¡Ah! ¡Muéstrame que tu brazo no me abandona! ¡Glorifica tus bienes sobre mí! ¡Llévame arriba contigo, donde están mis buenos padres, o envía algún consue-



Una esclarecida figura, hermosa y delgada como un angel...

lo a mi desfallecido corazón! A las desmayadas flores, que con el sol habían quedado marchitas y agostadas, les envías ahora un fresco rocío que las aviva y repara abundantemente. ¡Ay! ¡Compadécete, compadécete de mí!

Nuevamente vertió copiosas lágrimas.

—¿Qué determinaré por hoy?—dijo al cabo de un rato— ¿Adónde me dirigiré ahora? ¡Ah! No me atrevo ya, tan tarde, a pedir posada en ninguna casa. ¡Cuando les refiriese cómo me han despedido, quizá me negarían entrada en todas partes!

Miró alrededor, y vio junto a la tapia del camposanto, y arrimado a la sepultura de su padre, un antiguo sepulcro de piedra enmohecido y derruido. Su inscripción estaba desgastada y enteramente perdida; habíase tirado el monumento por el suelo, y servía como escaño.

—Me acostaré sobre esta piedra—dijo—y pasaré la noche junto al sepulcro de mi padre. Quizá sea ésta la última vez que venga aquí, y acaso en toda mi vida no vuelva a ver esta cara tumba. Mañana antes de amanecer saldré, en nombre de Dios, para donde su mano me guíe.

CAPÍTULO XV

SOCORRO BAJADO DEL CIELO

María se echó sobre la piedra junto a la tapia a la lóbrega sombra de las pendientes ramas de los abetos, y se cubrió el rostro con el pañuelo, que tenía enteramente empapado en llanto. Su pecho estaba profundamente agitado, y había orado con tan íntimo fervor, que no hay palabras para expresarlo.

—¡Oh, Dios!—sollozó por última vez— ¿No tienes ningún ángel que me enseñe el camino por donde deba tomar?

En aquel momento le pareció que una voz cariñosa la llamaba familiarmente por su nombre diciendo: «¡María! ¡María!» Abrió los ojos, y se asustó. Una esclarecida figura, hermosa y delgada como un ángel del Cielo, con ojos brillantes de celestial regocijo, cuyas mejillas estaban matizadas de suavísimo carmín más hermoso que la flor del granado, adornadas de dorados rizos la cabeza y espalda y llevando un largo vestido blanco como la nieve, se presentó a María, recibiendo los rayos de la luna llena. María se sobrecogió, y trémula se hincó de rodillas en el suelo, exclamando:

—¡Oh, Dios! ¿Qué veo? ¡Un ángel del Cielo viene en mi ayuda!

—Querida María—dijo afectuosamente la figura—, no soy ningún ángel del Cielo, sino una criatura como tú. Vengo, pues, a socorrerte. Dios ha oído tu devota plegaria. ¡Mírame bien! ¿No me conoces ya?

—¡Dios eterno!—exclamó María— ¡Sí, vos, condesa Amalia! ¡Ah! ¿Cómo venís aquí, a este horrible lugar, en estas horas de la noche, y a tantas leguas de vuestra morada?

La condesa Amalia levantó dulcemente del suelo a María, la estrechó entre sus brazos, la besó en medio de su llanto, y dijo:

—¡Querida y buena María, nosotros te hicimos una grande injusticia! El gozo que una vez me hiciste con ese lindo cestillo te fue mal recompensado; pero tu inocencia ya es patente. ¡Ah! ¿Podrás perdonarnos a mis padres y a mí? Ahora queremos repararlo todo, si nos es posible. ¡Perdónanos, querida María!

María dijo llorando:

—¡No digáis eso, noble Condesa! En aquellas circunstancias aún obrasteis con nosotros muy consideradamente. ¡Ah! Nunca alimenté contra vos ningún resentimiento, y con amor pensé siempre en vuestras bondades. Una sola cosa me afligía, y era que vos y vuestros padres hubiesen de reputarme perversa e ingrata. Sólo he deseado que algún día pudieseis reconocer mi inocencia, y Dios me ha satisfecho aquel deseo. ¡Gracias le sean dadas!

La Condesa tuvo a María largo rato abrazada, regándole el semblante con sus lágrimas. Después miró a sus pies la sepultura del padre de María, cruzó las manos y exclamó con fervoroso pesar:

—¡Oh tú, querido y buen hombre, cuyos restos se corrompen bajo esta tierra, y a quien amé desde mi tierna infancia, que hiciste mi cuna y cuyo último presente en mi natalicio fue el cestito que adorna tu sepultura! ¡Ah! ¿Por qué no vives todavía para que aún pudiera ver tu semblante y pedirte perdón por los sufrimientos que te ocasionamos? ¡Ah! Si hubiéramos obrado con más reflexión y hecho más confianza en tu lealtad, desde largo tiempo probada, tú, honrado y antiguo sirviente, no habrías dejado aquí tu cuerpo; vivirías aún, y morirías entre nosotros! ¡Oh! ¡Perdónanos! Aquí junto a tu sepultura, y a nombre de mis padres, prometo que, si ya no podemos enmendar lo hecho, repararemos doblemente en tu hija cuanto pasó. ¡Ah! ¡Perdónanos, perdónanos!

—¡Oh, noble Condesa!—dijo María— Mi padre nunca sintió la menor animosidad contra sus amos. Todas las mañanas y todas las tardes los comprendía en su oración, como había acostumbrado en Eichburgo, y también los bendijo al tiempo de morir. «María, dijo poco antes de expirar, creo firmemente que nuestros señores reconocerán tu inocencia algún día y te llamarán de tu destierro otra vez con ellos. Entonces asegurarás al Conde, a la buena Condesa y a la angelical Amalia, a quien siendo niña tuve muchas veces en mis brazos, que mi corazón estuvo lleno de respeto, amor y agradecimiento

para con ellos hasta que cesó de latir.» Tales fueron, Condesa, sus palabras.

La buena Condesa lloró más todavía, y últimamente dijo:

—¡Ven, María; siéntate aquí junto a mí en esta piedra! Aun no sé apartarme de esta sepultura, pues aquí reina tanta intimidad como en el santuario de Dios, y en este lugar nos cobija todavía la bendición de tu padre.

CAPÍTULO XVI

DE CÓMO HABÍA VENIDO HASTA EL CEMENTERIO LA CONDESA AMALIA

—Dios obra muy patentemente contigo, querida María—dijo la Condesa Amalia después de haberse sentado en la piedra con María, y echándole un brazo al cuello—. Me ha guiado asombrosamente hasta aquí para socorrerte. Ante todo debo referirte cómo ha ocurrido ésto, que se ha efectuado de un modo naturalísimo y sencillo, a la par que muy admirable y divinamente hermoso. Desde el momento en que se descubrió tu inocencia, ya no tuve reposo, y siempre os tenía presentes a ti y a tu padre. Créeme, querida María: he derramado por vosotros muchas lágrimas. Mis padres enviaron a buscaros por todas partes; pero nunca pudimos saber nada. Hace dos días vine con mi padre al castillo del Príncipe, que allá en el bosque está no lejos de la villa, que no ha sido visitado en más de veinte años y hoy está habitado sólo por un guardabosque. Mi padre, que, como sabes, es superintendente de aguas y bosques, ha de ventilar aquí precisamente un litigio sobre los lindes de los bosques del Príncipe. Traía consigo dos señores forasteros que con el expresado motivo venían a pasar todo el día en el bosque. Con las esposas y las hijas de estos señores, mi madre debía esta noche hacer una función, y yo estaba contenta de que no me creyeran precisa en ella, pues no gusto de esta especie de recreos. Después del caluroso día quedó una tarde tan hermosa, fresca y placentera; el sol trasponía tan graciosamente la montaña de alrededor, llena de espesos plantíos de abetos alternados con pintorescos campos; ofrecía un aspecto tan nuevo y me agradó tanto, que me aventuré a pedir permiso para dar un paseo por la comarca. La hija del guardabosque me acompañaba. Atravesábamos la villa, y vimos abiertas las puertas del cementerio, sobre cuyos sepulcros de piedra se reflejaban los dorados rayos del sol poniente. Desde niña toda mi vida he gustado de leer las inscripciones y versos de los sepulcros. Quedaba muy afectada cuando leía que un joven o doncella había muerto en la más bella flor de su vida, y recibía una especie de triste gozo si ha-

llaba que un hombre o mujer habían llegado hasta edad muy avanzada. También los versos, aunque muchas veces me parecían mejor imaginados que compuestos, excitaban en mí muy elevados sentimientos, y al paso aprendía en ellos algunos buenos pensamientos. Entramos, y después de leer la mayor parte de las inscripciones de los sepulcros, me dijo la hija del guardabosque: «Ahora os enseñaré otra cosa bonita: la sepultura de un pobre hombre, que, si bien no tiene monumento ni letrero alguno, sabe adornarla muy graciosa e interesantemente el encendido amor de su hija. Ved allí a la opaca sombra de los abetos el florido rosal y un lindo cestito de flores sobre la sepultura.» Fui al sitio, y quedé como una estatua. A la primera ojeada reconocí el cestito, del que millares de veces me había acordado después de tu destierro de Eichburgo. Lo examiné de cerca, y vi que era el mismo, pues, aun cuando hubiera podido dudar al pronto, las iniciales de mi nombre y mis armas no me permitieran tener duda alguna. Me informé acerca de ti y de la historia de tu padre. La hija del guardabosque me refirió vuestra permanencia en la *Granja de los Abetos*, la última enfermedad de tu padre y tu pesadumbre por su muerte. Me dirigí presurosa a casa del señor Cura, en quien desde luego reconocí un dignísimo eclesiástico. Me lo confirmó todo, y me contó de vosotros mucho y muy bueno. Inmediatamente quise ir a la *Granja de los Abetos*; pero con la narración del párroco había transcurrido tan rápido el tiempo, que ya era enteramente de noche. ¿Qué debo hacer?, me pregunté. Hoy es demasiado tarde para pasar a la *Granja de los Abetos*, y mañana al rayar el alba hemos de partir. El párroco llamó al escolar, y le dio el encargo de ir sin dilación a la Granja y traerte a su casa. «¿La pobre muchacha forastera?, dijo el estudiante. No hay necesidad de ir a buscarla tan lejos. En este momento ha llegado junto a la sepultura de su padre, donde llora y se lamenta. ¡Ah, pobre niña! ¡Tan gran pesadumbre la consume! Cuando subí a tocar la queda la he visto por la claraboya del campanario adelantarse hacia la obra vieja, casi al mismo tiempo que salía esta señora.» El párroco quiso acompañarme hasta la sepultura de tu padre; pero yo le rogué que me dejase venir enteramente sola, para poder saludarte sin testigos y con todo mi corazón, y le supliqué muy encarecidamente que entretanto fuese a decir a mis padres dónde estaba yo y anunciar tu llegada. De esta suerte, querida María, fue repentina mi aparición, y, por disposición de Dios, el cesto de flores nos ha juntado nuevamente cerca de la sepultura de tu buen padre.

—Ciertamente—decía María cruzando las manos y mirando reconocida al Cielo—, esto lo ha ordenado Dios. Compadeciéndose de mis lágrimas y de mi desamparo. ¡Oh! ¡Qué bueno y amoroso es para

conmigo! Comúnmente dicen que Dios no envía ya ningún ángel para socorrer a los desgraciados; pero ahora veo por experiencia que todavía manda ángeles, almas generosas llenas de humanidad y compasión, que se complacen, como la Condesa Amalia, en hacer bien a los desdichados. Sí; Dios encaminó vuestros pasos y os guió hasta este lugar, para que vuestra presencia me consolara como la aparición de un ángel.

Amalia interrumpió a María, diciendo:

—Todavía, querida amiga, debo decirte lo que más particularmente me afecta en esta historia y excita en mí respetuosa emoción por la divina justicia, que a veces, sin ser advertida, gobierna nuestro destino. Sabe que Adela, la mayor enemiga que tienes en la tierra, sólo pensaba en desviarte de mi corazón y quedar de ese modo bien asegurada en su plaza. A este fin concibió la malvada mentira, y su perverso proyecto, surtió, al parecer, un resultado completo; pero, en adelante, como tú sabrás, aquella mentira misma fue causa de que para siempre perdiese toda nuestra confianza y su plaza, así como de que tú te hicieses infinitamente digna de nuestro cariño. Trató de separarte de mí para siempre; triunfó con tu destierro perpetuo; en el arrebató de su malignidad y depravado contento te tiró a los pies y con escarnio ese cestillo; pero justamente aquel maltrato, estando ella entonces muy ajena de pensarlo, ha sido la causa de que, andando el tiempo, volvamos a juntarnos otra vez para siempre, porque evidentemente ese cestillo ha sido el medio que me ha descubierto tu ignorada mansión. Así queda comprobado que ningún enemigo puede dañarnos si amamos exclusivamente a Dios, pues el Señor convierte al fin en mayor bien nuestro todo lo malo que puedan acarrearlos las criaturas perversas, y de esta manera nuestros más encarnizados enemigos ponen los cimientos de nuestra dicha en todo cuanto trabajan para idear y realizar nuestra ruina. La salvación viene del enemigo, y con esto paga. Mas ahora también debes contarme —prosiguió la Condesa— cómo es que tú, buena niña, vienes tan tarde a la sepultura, y por qué ahora mismo llorabas tan desconsolada.

María refirió cuán ignominiosamente había sido despedida de la *Granja de los Abetos*, y pasmóse nuevamente la buena Condesa.

—Sí, en efecto —dijo ésta—; Dios lo ha dispuesto así para que yo viniese aquí precisamente en el momento en que con tanta aflicción y tan copiosas lágrimas implorabas socorro del Señor. En esto mismo veo una nueva confirmación de que Dios dirige para nuestro provecho el mal que nos originan nuestros más implacables enemigos. La maligna labradora te ha echado de su casa pensando en hacerte infeliz; mas, sin saberlo ni quererlo, te ha encaminado a mis brazos

El canastillo de flores

y a los de mis padres para que te hagamos dichosa. Pero ya es tiempo de que partamos: mis padres me aguardan. Ven, pues, querida María; ya no te apartarás de mi lado, y mañana te pondrás en camino con nosotros.

Pensando con gran amargura que nunca volvería allí, María se despidió llorando de la querida sepultura, de la cual apenas podía separarse.

Al fin la Condesa la asió dulcemente por un brazo y dijo:

— ¡Ven, ven, querida María, y trae contigo el cestillo para que así tengas una constante memoria de tu querido padre! En vez del cestillo con que tu filial amor adornaba su tumba, mandémosle erigir un monumento más duradero, de lo que, ciertamente, te alegrarás. ¡Vamos! Tú también estarás curiosa por saber la historia del anillo; por el camino te la contaré.

Brazo a brazo, y bajo el dulce esplendor de la luna, encamináronse por último hacia el antiguo castillo.

CAPÍTULO XVII EL ANILLO, HALLADO

El camino al castillo iba por una larga y sombría calle de tilos elevados y antiquísimos. Después que Amalia y María, poseídas de la más apacible emoción, habían andado un corto trecho, la joven Condesa empezó en estos términos:

— Voy a contarte la historia de cómo apareció el anillo. Este año hemos emprendido el viaje más pronto que las veces anteriores desde la capital a Eichburgo, y por cierto fue en los primeros días serenos de marzo, y con premura, por exigirlo indispensablemente las ocupaciones de mi padre. Apenas hubimos llegado, el tiempo empeoró otra vez, y especialmente una noche tronó y llovió espantosamente. Recordarás el corpulento peral de nuestro jardín de Eichburgo. Ya estaba muy viejo, y daba muy poco fruto. El viento de la tempestad lo había sacudido aquella noche con tal violencia, que amenazó derribarlo. En consecuencia, mi padre mandó que lo cortasen. Toda la servidumbre debía poner mano a la obra, a fin de echarlo a tierra con tiento y sin perjudicar a los demás árboles. Mi padre, mi madre, nosotros, los niños y la mayor parte de los del castillo bajamos al jardín para ver el derribo. Al tiempo de caer el árbol con gran estrépito, mis dos hermanos corrieron inmediatamente a ver un nido de chovas que había en el tronco y que ya desde mucho tiempo excitaba la curiosidad de los niños. Examinaron el nido con gran cuidado. « ¡Pardiez!, exclamó Augusto. ¿No ves, hermano, lo que relumbra tan bonitamente entre las rendijas del nido? » « Sin duda, dijo Alber-

«¡; reluce una cosa como oro y piedra fina.» Llevada de curiosidad, Adela miró y lanzó un grito. «¡Jesús me valga! ¡El anillo!» Así exclamó, y quedó pálida como muerta. Los niños desenredaron el anillo de entre las ramitas, y con clamores de alegría lo trajeron a mi madre.

«¡Sí, sí; es el mismo!, dijo ella. ¡Ah, honrado y buen Jacobo! ¡Ah, pobre María! ¡Cuán injustos hemos sido con vosotros! Seguramente, me causa satisfacción el haber hallado el anillo; pero aun me complacerá mucho más hallar otra vez a Jacobo y María. ¡Con gusto cederé el anillo a fin de reparar el pesar que les dimos!» Pero ¿cómo es posible, pregunté, que el anillo haya sido puesto en el nido de pájaros, sobre lo más elevado de la copa del árbol? «Yo os lo diré muy pronto, dijo el cazador Antonio, a quien le saltaron lágrimas de gozo por ver patentizada vuestra inocencia. Claro está que ni el viejo hortelano Jacobo ni su hija María pudieron ocultar aquí el anillo. El árbol era demasiado alto, y casi imposible que ellos trepasen hasta la cima; ni tampoco se les dejó el tiempo necesario para ello, porque apenas María hubo salido del castillo se la puso presa, así como a su padre. Pero las aves negras que anidaron en el árbol, las chovas, gustan de todo lo que brilla extraordinariamente, y siempre que pueden coger alguna cosa por este estilo, volando se la llevan al nido. Ahora ya queda enteramente descifrado que alguna chova hurtó el anillo y lo trajo aquí. Solamente me admiro de que yo, cazador veterano, no haya tenido más presto la ocurrencia de que los pájaros podían haber robado el anillo. Sin duda, era voluntad de Dios que tamaño pesar sobreviniese a mi antiguo amigo Jacobo y a su hija María.» A esto dijo mi madre: «Tenéis razón, Antonio, y ahora se aclara el caso. Yo me acuerdo de que los pájaros a veces venían volando desde lo alto del peral a la ventana, que ésta estaba precisamente abierta cuando se extravió el anillo, que la mesita donde estaba el anillo se hallaba arrimada a la ventana, y que yo, después de haber echado el cerrojo a la puerta de mi aposento, pasé largo rato en la pieza contigua. Indudablemente, uno de aquellos pájaros rapaces reparó con su vista perspicaz desde el árbol el anillo, y sin ser visto se lo llevó en el pico mientras permanecí en la sala de al lado.» Mi padre quedó pasmado al obtener tan inesperada y completa certeza de que tú y tu padre habíais sido sentenciados estando inocentes. «Duéleme en el alma, dijo, que tan grave injuria hiciéramos a aquellos buenos sujetos, y mi único consuelo es que, no por mala voluntad, sino por ignorancia, cometimos aquel error. Pero mi cabeza no reposará dulcemente hasta que hayamos encontrado a aquellas honradas personas, hasta haberles restituído su honor robado, y reparado enteramente el agravio que se les causó.» En seguida se encaró con

Adela, que se había quedado pálida y trémula como una criminal en medio de los alegres semblantes que entre todos nosotros se descubrían. «Tú, exclamó, falsa y mentirosa arpía, ¿cómo osaste mentir a tu señor y al tribunal contra aquellos sobre quienes atrajiste una injusticia de que se estremece el Cielo? ¿Cómo pudiste abrigar en tu corazón el plan de precipitar en tamaña desgracia a un hombre anciano y honrado y a su pobre e inocente hija? ¡Afuera! ¡Cogedla!», gritó a los dos alguaciles que concurrieron al derribo del árbol. ¡Ponedle las mismas cadenas con que fue aherrojada María, y metedla en el mismo calabozo en que ella gimió! ¡Llevará el número completo de azotes que se hicieron sufrir a María inocente! ¡De todo lo que hubiera ahorrado en dinero y ropas será despojada, a fin de indemnizar en lo posible algún día a los ilegítimamente desacreditados, y, por último, en la misma forma que aquellos inocentes, será arrojada de los lindes por los alguaciles que condujeron a María!» Todos los circunstantes se sobrecogieron al oír estas palabras, perdieron el color y guardaron silencio, pues nunca habían visto a mi padre tan arrebatado, ni le oyeron hablar con semejante vehemencia. Largo rato dominó un profundo silencio, y al fin cada cual expresó sus ideas y sentimientos. «¡Bien merecido te está!, dijo uno de los alguaciles, mientras asía por un brazo a Adela. ¡Muchas veces el mismo que pone la trampa a otro en ella cae!» «¡Esto trae la mentira y el engaño!, decía el segundo, cogiéndola del otro brazo. ¡Ah! ¡Siempre sale cierto que no hay tejido tan fino que al sol no se le vea el hilo!» La cocinera dijo:

«La rabia contra María por el hermoso vestido hizo al principio mentir a la páfida Adela, y después ya no pudo volverse atrás sin declararse ella misma como una deshonorada embustera. Por tanto, es verdadera aquella sentencia: «Quien se deja coger del diablo no más que por un pelito, se entrega a él fácilmente para toda la eternidad.»

«¡Vamos, vamos!, dijo el leñador que había de partir el tronco y tenía el hacha al hombro. Confiemos que a lo menos ahora se volverá mejor, pues de lo contrario le irá muy mal en el otro mundo. El árbol que no da buen fruto, añadió suspendiendo en alto el hacha, es hecho leña y arrojado al fuego.» La noticia de haberse hallado el anillo se difundió inmediatamente por todo Eichburgo, y de todas partes acudieron muchas gentes, de modo que en breve nos vimos rodeados de una turba de personas. También vino al jardín del castillo nuestro señor juez, pues habiendo estado presente el escribano al hallazgo del anillo, al punto le hizo saber la noticia. No puedes figurarte, querida María, cuánto afectó al buen juez lo acaecido; y aunque contigo se condujera con bastante rigor, con todo, es un hom-

bre muy íntegro, que cuenta una larga vida bajo la inviolable fe guardada a la probidad y a la justicia. «¡La mitad de mi fortuna, y aun toda ella, dijo con voz que nos penetró el corazón, daría yo porque no me hubiera pasado este caso! ¡Es cosa terrible condenar en falso a la inocencia!» En seguida miró en derredor a la rueda de las gentes del pueblo que se habían juntado, y en voz alta peroró solemnemente, diciendo: «¡Dios es el único juez que jamás yerra ni puede ser engañado por nadie! ¡Sólo Dios, sabedor de todo, sabía cómo el anillo se había extraviado, y de Él no más era conocido el paraje donde ha permanecido oculto hasta ahora! Los jueces humanos fácilmente nos equivocamos por la limitación de nuestros sentidos, y, por desgracia, la inocencia no pocas veces tiene que sucumbir en la tierra, y el vicio se lleva la victoria. Mas esta vez Dios, juez de las cosas ocultas, que un día premiará a todos los buenos y castigará a todos los malos, ha determinado que aquí en la tierra sea conocida la inocencia y puesta de manifiesto la maldad secreta. Ved, y reconoced ahora cuán maravillosamente conforme a su santa voluntad todo ha sido encaminado a este fin. El espantoso huracán que ayer noche nos hizo temblar estremeció todo el castillo, y debió de sacudir el antiguo árbol para que amenazase ruina; un recio aguacero debió lavar el nido de las aves, para que el anillo apareciera a la vista bien terso y refulgente; los señores precisamente debieron estar residiendo en el castillo, y, por disposición de Dios, presentes a la corta del árbol; los jóvenes Condesitos, alegres e inocentes criaturas a quienes no podía ocurrírseles un encubrimiento del hallazgo, han debido, desde luego, de poner a la vista el anillo; la misma Adela, falsa acusadora, ha tenido que ser la primera en proclamar altamente con un fuerte grito la inocencia de María. Casos tan portentosos han solido acontecer. Dios, que ciertamente en el otro mundo algún día revisará todos los procesos de cada cual, ya haya sido reconocido en vida o después de la muerte, también permite a veces que en este mundo sucedan tales cosas para que los hombres alcen la vista hacia Él, el gran Juez de allá arriba, que de nadie puede ser sorprendido, y a fin de que los hombres, con las repetidas injusticias que están pasando aquí en la tierra, no pierdan la fe en una justicia eterna, soberana y que todo lo remunera.» Así habló el juez con energía, y las gentes le escucharon muy atentas, dándole la razón y yéndose muy pensativas. Tal es, querida María, la historia del hallazgo del anillo.

Al acabar esta narración, Amalia y María llegaron a las puertas del antiguo castillo.

CAPÍTULO XVIII

CÓMO LAS PERSONAS GENEROSAS REPARAN UN AGRAVIO

Entretanto, el Conde, la Condesa y sus conocidos se habían reunido en el gran salón de ceremonias del castillo, suntuosamente adornado según el gusto antiguo. Todas las paredes de la sala estaban vestidas de tapices, sobre las cuales había bordadas cacerías con multitud de hombres, caballos, perros, ciervos y jabalíes muy primorosamente hechos. Los colores se conservaban todavía muy naturales y animados a pesar de su antigüedad, y al entrar, especialmente de noche, a la luz de las innumerables velas encendidas que sostenían las cristalinas arañas, cualquiera podría creer que se trasladaba a un bosque.

El venerable párroco hacía ya buen rato que había llegado al salón y contado la historia de Jacobo y María a toda la tertulia, que le oyó con el mayor interés. Refirió los hechos del piadoso anciano con tal ternura y emoción; trazó tan interesante y bello cuadro de los elevados pensamientos y particular conducta del buen hombre durante su permanencia en la *Granja de los Abetos*; puso tan en claro el inalterable respeto, amor y adhesión del antiguo sirviente para con su amo, virtudes que habían sido desconocidas en él y su hija sólo por la interposición de las más raras e incomprensibles circunstancias, y el indecible amor de María para con su padre, su filial esmero, infatigable laboriosidad, religiosidad, paciencia y humildad; representó ejemplos tan hermosos, que cuantos le oyeron vertieron lágrimas; y especialmente la noble señora Condesa, madre de Amalia, no pudo por más tiempo contenerse, y lloró de todo corazón.

En aquel instante entró Amalia, dando una mano a María y trayendo en la otra el canastillo de flores. Todos salieron presurosos a recibirlas, y colmaron a María de los más afectuosos saludos.

El Conde la tomó cariñosamente de la *mano* y dijo:

— ¡Pobre y buena niña! ¡Qué pálida y consumida estás! Mi indiscreto proceder ha descolorido tus mejillas y grabado en tu frente juvenil surcos anticipados. ¡Perdónanos! Haremos que las desmayadas rosas de tus mejillas florezcan de nuevo. Nosotros te arrojamus de tu morada paterna; pero desde ahora será propiedad tuya. Sí; yo te regalo la graciosa casita de Eichburgo con su hermoso huerto, de lo cual tu padre obtuvo no más que el usufructo, y hoy mismo extenderá mi secretario la escritura de donación, que Amalia te entregará.

La esposa del Conde la estrechó en sus brazos, la llamó su hija,



Al pronunciar estas palabras, la Condesa puso el anillo en un dedo de María.

y sacándose del dedo el anillo que tanto había hecho padecer a María, y, que había tomado de la caja de aderezos para ponérselo un poco antes de llegar María, dijo:

—Querida niña, tu inocencia y virtud son, ciertamente, una joya de más valor que el grueso y claro diamante de esta sortija. Aunque eres rica con más preciosos tesoros, no rehuses esta piedra preciosa, como tenue reparación del agravio que te hicimos y como prenda de mi sincera ternura maternal para contigo. Como este anillo no puede servir para tu gala de novia, te será destinado en dote. Si llegase la ocasión en que te sea necesaria la dote, yo desempeñaré el anillo por todo su valor.

Y al pronunciar estas palabras, la Condesa metió el anillo en un dedo a María.

María vertió las más dulces lágrimas, así como un rato antes había vertido las más amargas. Asombrada estaba con tantos bienes y próxima a rendirse bajo su enorme peso. No podía hablar, y necesitando solamente llorar, no quiso tomar nada.

Uno de los señores forasteros dijo:

—Acepta, hermosa niña, la dádiva de tan sublime generosidad. Dios ha bendecido con grandes riquezas al señor Conde y a la amable Condesa, y también les ha dado, que es lo de mayor precio, un gran corazón para emplear de la mejor manera estas riquezas.

—¡Oh, señor Barón! —dijo la Condesa— ¡Nada de eso! ¡Usted nos lisonjea! Ha sido no más que una pequeña obra de desprendimiento. Hemos dado al mundo un ejemplo de escandalosa injusticia, de la cual nos acordaremos con pesar y vergüenza toda nuestra vida, y para nuestro reposo nos es absolutamente indispensable subsanar siquiera en algo la falta cometida. Ningún mérito podemos pretender en ello, pues cumplimos únicamente un deber de justicia.

La modesta y humilde María había quedado en pie, teniendo en su trémula mano el anillo que se había sacado, y con los ojos rebozando lágrimas miraba el señor Cura, como si quisiese preguntarle qué debía hacer.

El venerable párroco dijo:

—Sí, María; debes aceptar el anillo. El señor Conde y la señora Condesa piensan demasiado noblemente para tomarle otra vez. Este acontecimiento ha sido un ejemplo singularmente extraordinario de la posibilidad de convertirse una sospecha en perfecta certidumbre; sirva este suceso, pues, para siempre también, querida hija, de ejemplo que demuestre cómo las almas generosas reparan bella y magníficamente las pasadas amarguras. He aquí, buena niña, cómo Dios te recompensa el ardiente amor a tu padre. El que honra cordialmente a sus padres, indudablemente ha de experimentar la promesa del

Señor. Dios se vale de la mano benéfica de los señores Condes para mitigar tus penas. De consiguiente, recibe con gratitud esta rica donación; y puesto que en la miseria te condujiste resignada a Dios, paciente y conformada, en la prosperidad debes proceder también con el mismo reconocimiento hacia Dios, y ser igualmente afectuosa y discreta para los hombres.

Vertiendo lágrimas de agradecimiento, María se puso el anillo, y apenas podía expresar su gratitud. Amalia, que con el cestito de flores en la mano estaba al lado de María, quedó contentísima de que sus padres obrasen tan magnánimamente.

CAPÍTULO XIX

UNA NOTICIA MÁS QUE ES DIGNA DE RECORDARSE EN ESTA HISTORIA

La Condesa mandó entonces servir la cena, suplicó al señor Cura que se sentara a la mesa, y dijo que María también debía acompañarlos. Durante la oración, que por entonces era loable uso rezar hasta en las casas de mayor jerarquía, María experimentó un impulso fervoroso.

—¡Dios mío —pensaba—, cuál era mi pesar y qué desanimada estaba cuando, después de una penosa jornada y sin haber cenado, era echada de la *Granja de los Abetos*! ¡Cómo podía imaginarme que ya en la misma hora me estaba preparada una cena aquí, en este castillo y entre estos nobles señores! ¡Cuántas gracias te doy, querido Padre celestial, por tus buenos cuidados! ¡Ah! ¡Perdona mi flaqueza, y concédeme tu gracia para que nunca más vacile desconfiando de Ti!

María fue colocada entre la señora Condesa y la Condesita Amalia. Con virginal timidez rehusaba ocupar aquel honorífico puesto; pero la señora Condesa le dijo afablemente:

—Como tú, nuestra hija, has sido hallada inopinadamente, conviene que tengamos una comida de regocijo, y en ella de derecho te pertenece este lugar.

Tomó a María por la mano, y la condujo al puesto que le había señalado.

Durante la cena casi no se habló de otra cosa que de la historia de María. El Conde había llevado consigo al anciano y honrado cazador Antonio, como sujeto inteligente en montería. Este fiel criado siempre ayudaba a servir en la mesa a su amo, más por inclinación que por mandato; pero aquella noche casi constantemente estuvo detrás de la silla de María. Su edad le había dado una especie de autorización para permitirse de cuando en cuando algunas palabras.

El canastillo de flores

—¿No es verdad, María—dijo una vez—, que se ha cumplido cuanto os dije y anuncié a vos y a vuestro padre allá en la piedra de la linde del bosque? La honradez siempre sale adelante, y quien fía en Dios no se ve abandonado. Ahora no falta más que una cosa, y es que vuestro padre, mi antiguo y honrado camarada de juventud, hubiera alcanzado este día del júbilo. ¡Cómo se hubiera alegrado el buen Jacobo de ver lo más caro para él en la tierra, después de la muerte de su esposa, a su hija, reconocida como inocente y honrada en esta forma! No acabo de resignarme a que Dios nuestro Señor haya dejado de regalarle unos pocos meses más de vida. Aun cuando de gozo hubiera muerto inmediatamente después de esta noche, me habría consolado que hubiese vivido bastante para disfrutar de semejante alegría.

—Alabo vuestros sentimientos, buen anciano—dijo el Párroco—, pues, verdaderamente, honran vuestro corazón. Pero bajo el sol nunca debemos limitar nuestras miras a esta vida, la cual es la parte más pequeña, y aun me atrevo a decir la más pobre de nuestra entera duración. Este mundo no es más que el atrio de otro mundo, y esta vida de la tierra, la preparación para una segunda vida, para otra mejor en el Cielo. Si ahora contemplamos la vida de un hombre, prescindiendo de su destino venidero, inevitablemente encontraremos cosas que no pueden avenirse con la sabiduría, bondad y justicia de Dios; mas si elevamos la vista al Cielo, las cosas se nos presentan de modo que necesariamente deben aquietarnos acerca de cuanto hay de áspero y repugnante en esta vida. Así ha venido a suceder también en la historia de Jacobo y María. Las penas sufridas le son aquí recompensadas a la buena niña con la más noble generosidad. El anciano y excelente padre, por el contrario, hubo de morir enteramente ignorado de sus caros e ilustres amos, y arrojado a la miseria por una rara disposición. Era preciso que su hija, el objeto que más oprimía su paternal corazón, cayese nuevamente en la mayor pobreza en este mundo. Si no hubiese otra vida, esta desigualdad en la compensación de las penas sufridas nos parecería escandalosa injusticia y todo corazón humano se sublevaría en los términos que aquí este buen viejo ha expresado. Pero hay una vida mejor, hay (¡y si no, desdichados de nosotros!) un Cielo, donde será percibido cumplidamente el hermoso y justo rédito de todos nuestros pesares. En el Cielo también las penas y la merecida adversidad le serán recompensadas a aquel buen hombre más bella y magníficamente de lo que son premiadas aquí a su hija. Ahora indudablemente disfruta allí del más puro gozo de la bienaventuranza, de una majestad en cuya comparación los goces de esta suntuosa cena en esta refulgente sala no son más que una sombra. Diré más: seguramente no lo sé;

pero mi corazón me lo está diciendo, y en muchos casos vale más creer al corazón que a la cabeza. Mi corazón me dice que, el piadoso viejo, que sin duda llevó consigo al Cielo su paternal corazón, quizás toma en esta alegre noche más parte de lo que nosotros pensamos. Como veo tan interesados en esto a todos los nobles convidados en esta mesa, debo referir un hecho que tal vez en otras circunstancias hubiera callado. Durante la enfermedad del piadoso viejo me acerqué una mañana a su lecho. Por grande que fuera siempre su confianza en la Divina Providencia, nunca podía reposar enteramente con los punzantes cuidados que le daba el futuro destino de su amada hija; pero aquella mañana le hallé extraordinariamente sereno. Sonriendo alegremente me alargó la mano desde la cama, y dijo: «Ahora, señor párroco, se ha descargado de mi corazón el último peso, los cuidados por mi hija; ya estoy del todo tranquilo. Esta noche pude orar como casi nunca había logrado en mi vida, y penetré en mi corazón un reposo, un celestial consuelo cual nunca hasta entonces lo había sentido. Estoy en la piadosa creencia de que mi plegaria fue oída. Ahora cierro los ojos consolado, pues ya sé que la inocencia de mi hija será proclamada y que el noble Conde ejercerá para con esta niña los cuidados de padre, y la insigne Condesa las veces de madre.» Así se expresó el buen anciano aquella mañana a que me refiero. Hace un momento, por las conversaciones de la mesa, he comprendido, lleno de asombro, que precisamente fue aquella en que el fuerte huracán sacudió el grande y antiguo árbol del jardín del castillo, y de esta suerte puso de manifiesto el anillo oculto y la inocencia de María. Por tanto, fue oída su fervorosa oración desde el trono de Aquel que gobierna todos los destinos humanos. ¿Y cómo sería posible que sólo él, el padre, a quien la suerte de su hija toca más de cerca, desconociera este venturoso cambio? A lo menos para mí, es una idea consoladora que más allá de la tumba conoce la ventura de su amada hija, y participa de nuestro gozo; pero, sea de esto lo que fuere, siempre resulta cierto que aquella oración del viejo y su aceptación difunde por toda esta historia la luz más bella y encantadora y coloca sobre ella una corona. La historia entera se nos presenta ahora con esplendor, como obra de la Divina Providencia. No —continuó el Párroco con visible emoción—; no nos ha juntado aquí un mero acaso, ni un fortuito accidente nos ha preparado estas horas de bella efusión y nobles sentimientos. La bondad de Dios, su santa Providencia, es lo que a mí, enteramente extraño para esta casa, me ha conducido al círculo de estas nobles personas, a fin de atestiguarles que el moribundo me confió esta circunstancia, la cual nos permite sondear una de las más recónditas honduras de esta

historia. ¡Ojalá este hecho nos sirva como una prueba de que Dios, a más de poner en el corazón de todo padre y madre los sentimientos del más tierno amor, profesa a todas las criaturas humanas un amor infinitamente más grande y cuida de ellas más tiernamente que hayan cuidado nunca a sus hijos los padres y las madres de la tierra! ¡Ojalá todos nosotros vivamos y muramos en la gozosa fe de un gran corazón paternal que desde allá arriba late por todos nosotros! Porque esta fe es también nuestro único consuelo en las aflicciones y en la muerte, contra las cuales ninguna condición en la tierra goza de privilegio, y de las que no pueden librarnos veneras ni diademas.

—Así lo creo yo también, querido Párroco—dijo la Condesa, al mismo tiempo que se levantaba y le presentaba la mano.

Todos los demás convinieron en lo mismo, y también se levantaron.

—Ya es bastante tarde—dijo entonces la Condesa—, y debiendo partir mañana muy temprano, descansaremos todavía un poco. Separémonos con ánimo de no olvidar los bellos sentimientos que ha excitado en nosotros el señor Párroco, pues mejor no habríamos podido emplear el día hoy.

CAPÍTULO XX

UNA VISITA A LA GRANJA DE LOS ABETOS

Al día siguiente, al asomar la aurora, ya todos en el castillo se ocupaban en disponerse a marchar; pero la Condesa Amalia y sus amigas se empleaban muy diligentemente con María. María se había vestido en Eichburgo como entonces era uso vestir entre las hijas de los sirvientes; pero como durante su residencia en la *Granja de los Abetos* fue adquiriendo otros vestidos, no quería presentarse a los ojos del público con otro porte, y hallábase a la sazón ataviada como las aldeanas de aquel país. Una de las señoritas forasteras, que era de la edad de María, a ruegos de Amalia le regaló un traje completo, casi enteramente nuevo y muy hermoso. María puso dificultad en llevar aquel hermoso vestido, pero la Condesa Amalia le dijo:

—¡No más escrúpulos! ¡Has de ponértelo luego! Desde ahora eres ya mi amiga e inseparable compañera mía, y, por tanto, es preciso que vistas de otra manera. Además, por el pronto aquí no hará la menor sensación el hecho de que adoptes un vestido mejor.

Entonces las camareras compitieron en adornar perfectamente de pies a cabeza a María, y en seguida, llevándola en medio de las dos, se dirigieron a la gran sala, donde ya estaba servido el des-

ayuno. Al pronto causó en todos admiración la tercera y extraña camarera; pero luego que reconocieron a María todos la saludaron con sumo júbilo, y le dieron su aplauso por la ventajosa mudanza, según denominaron a aquel cambio de traje. Terminado el almuerzo, inmediatamente subieron al coche, y María tuvo que sentarse al lado de Amalia, al frente de los Condes. El Conde mandó tomar el camino de la *Granja de los Abetos*, pues quería conocer a los buenos campesinos que habían hospedado tan generosamente a María y a su padre. Por el camino se informó prolijamente acerca de ellos, y María no le disimuló que su situación era muy triste y que ya podían prometerse muy pocas horas buenas para su vejez.

La llegada del coche hizo gran sensación en la *Granja de los Abetos*, pues quizá desde su fundación no había parado allí coche alguno, o al menos ninguno tan magnífico.

Cuando estuvo a la puerta de la casa, la labradora joven salió precipitadamente, diciendo para sí:

—Debo ayudar a bajar al distinguido señor que viene con su señora esposa y dos hijas.

Mas al presentar la mano a una señorita, súbitamente reconoció en ella a María.

—¿Qué diablos es esto?—exclamó en su grosero dialecto

En el mismo instante soltó la mano de María, como si la hubiese tocado un áspid; retrocedió algunos pasos, y un color se le iba y otro se le venía.

El labrador viejo trabajaba en aquel momento en la huerta, y a él se precipitaron el Conde, la Condesa y Amalia; le dieron la mano, alabaron su beneficencia para con María y su padre, y por ella le dieron las gracias en los términos más expresivos.

—¡Ah!—dijo el bizarro labrador— ¡Más tengo que agradecer a aquel buen hombre que él a mí! La bendición vino con él a mi casa; y si en todo y por todo hubiera seguido sus consejos, otro gallo me cantara. Desde que murió, casi no he tenido más goces que los de este jardín, y aun esto debo agradecerse a sus acertados consejos, pues de él aprendí a reservarme este pedacito de tierra, así como el arte de cultivarla. Aquí trabajo, ya que el arado se me ha hecho demasiado penoso, y entre las plantas y flores busco los goces que en mi casa no puedo hallar.

María había ido a buscar en la salita de atrás a la anciana labradora, y la llevó de la mano, persuadiéndola entretanto a que no se sobrecogiera, pues la buena mujer en su vida había hablado con personajes tan elevados. Acercóse trémula y atemorizada, y también fue colmada de elogios y agradecimientos.

Ambos buenos viejos se encontraban allí enteramente avergonzados, y como niños lloraban de contentos.

—¿No te había dicho—dijo el anciano a María—que por el encarrecido amor tuyo a tu padre siempre te iría bien? ¡Mira cómo se ha cumplido mi profecía!

La vieja labradora, que ya había cobrado ánimos, dijo, a tiempo que examinaba la tela del hermoso vestido de María:

—¡Sí, sí; tu padre tenía razón en aquella sentencia suya: «El que viste a las flores, también cuidará de vestirtel!»

Pero la labradora joven, que permanecía de pie a corta distancia, decía entre sí:

—¡Cáspita! ¡Es cosa de morirse! ¡Miren la pobretona pordiose-ra convertida en una señorita de la primera nobleza! ¿Quién lo hubiera imaginado? Ahora ninguno de nosotros se atreve a juntarse con ella; pero bien sabemos quién es, y que ayer tarde con su lío debajo del brazo subía por aquella cuesta a mendigar por el mundo.

A la verdad, el Conde no comprendió el blasfemo discurso de aquella mujer; pero al punto que la vio conoció su aire maligno y atravesado.

—Efectivamente, es una detestable criatura—dijo; y pensativo dio un par de vueltas por el huerto.

—Escuchad, buen anciano—dijo entonces el Conde parándose junto al labrador viejo—: voy a proponeros un plan. La corta hacienda que el padre de María cultivaba en Eichburgo se la he regalado a su hija; pero en algún tiempo María no pondrá casa. ¿Queréis marcharos allí? Ciertamente os gustará, pues ya sé que María no ha de exigiros renta. Allí podréis explayar vuestro ánimo placenteramente con las plantas y las flores, y en aquella primorosa vivienda hallaréis reposo y contento para vuestra vejez.

La esposa del Conde, la Condesa Amalia y María instaron todos a los viejos para que se decidiesen. Pero no fueron necesarios muchos ruegos, pues la propuesta los alegró tanto como si les hubieran anunciado la salida del infierno.

A la sazón llegó del campo el labrador joven, muy curioso por saber qué se le podía ofrecer en su granja a un coche de cuatro caballos blancos lujosamente enjaezados. Luego que se enteró de lo que pasaba, no titubeó, por sensible que le fuese, en dejar partir a sus ancianos padres, pues hasta entonces había dado gran pena verlos atormentados por su propia nuera, y le servía de gran consuelo que mejorasen de condición.

La labradora joven extendía las dos manos, como para significar que estaban muy bien sacados de la casa los dos viejos suegros.

El Conde prometió que enviaría a buscar a los viejos luego que estuviesen hechos los preparativos necesarios, y acto continuo subió otra vez al coche con sus compañeros de viaje, y prosiguieron el camino.

CAPÍTULO XXI

QUE MÁS PASÓ EN LA GRANJA DE LOS ABETOS

El noble Conde cumplió exactamente su palabra, y pronto llegó un coche de Eichburgo a la *Granja de los Abetos* para buscar a los buenos viejos. Al perder a sus padres, el hijo lloraba amargamente; pero la nuera, que había contado los días y las horas hasta que hubieron partido, recibió gran gozo por verse al fin libre de ellos. Mas este gozo se le volvió muy amargo cuando el cochero le presentó una providencia firmada en que se mandaba que, bajo pena de ejecución, había de pagar cada trimestre y en buena moneda lo que para la manutención de los suegros fuera estipulado. Con esto se puso espantosamente irritada y echó venablos y maldiciones.

—¡Peor—decía—nos ha salido lo roto que lo descosido! ¡Si se hubieran quedado, ni la mitad del gasto nos habrían hecho!

Mas el hijo se alegró mucho de poder hacer bien a sus ancianos padres contra la voluntad de su mujer, aunque no se atrevió a dejar traslucir su alegría.

A la mañana siguiente, los buenos viejos se metieron en el coche, y marcharon acompañados de muy expresos deseos de ventura de parte de su hijo y de las secretas maldiciones de su nuera. Pero aun acaeció a la malvada esposa cuanto tenía merecido por su desafecto a los suegros, y cuanto sucede siempre a los avaros e inhumanos. Había depositado su dinero en casa de un mercader, que ponía de nuevo una fábrica y le había prometido pagar mil escudos de interés. Estos réditos eran anualmente incorporados al capital, y producían nuevo interés que volvía a rendir. La labradora se creía muy dichosa, y no conocía en el mundo placer mayor que echar la cuenta con su marido sobre cuánto dinero juntarían en diez años y cuánto en veinte. Pero la empresa del mercader se malogró, y se procedió a embargo contra él, lo cual fue como un rayo para la labradora. Desde el momento en que lo supo, ya no tuvo hora de sosiego. Pasaba todo el día en la calle, ya en casa del abogado, ya en casa del juez, y por la noche no podía cerrar los ojos con sus inquietos designios, cavilaciones, pensamientos de un lado y pensamientos de otro. Al fin, en vez de sus diez mil escudos sólo obtuvo algunos centenares, y se entregó a la desesperación: hízosele odiosa la vida, y llegó a desear la muerte. Su continuo y roedor cavilar la debilitó en tal extremo, que la asaltó una calentura muy pertinaz. Su marido quiso enviar a llamar al médico de la ciudad

más cercana; pero ella no lo consintió. Sin embargo, el labrador se revistió de toda seriedad y llevó al doctor; pero la labradora, encolerizada, tiró por la ventana, sin probarlo, el primer vaso de medicina.

El cura de Erlenbrunn la visitó en su enfermedad, y la persuadía del modo más cariñoso a que se corrigiera, a que mudara de ideas y a que, desprendiendo su corazón de las cosas terrestres, lo convirtiera hacia Dios; pero con tales cosas se puso muy arrebatada. Con ojos dilatadísimos miraba al juicioso Párroco y decía:

— ¡No sé absolutamente qué quiere el señor Cura con sus sermones de penitencia! ¡Con el mercader que nos ha robado el dinero podía ir a conversar, y de veras se lo daría por bueno! Pero en cuanto a mí, tal como soy pienso ser bastante buena. Mientras he podido salir, nunca falté al oficio divino ningún domingo y tampoco descuidaba mis rezos diarios. En mi vida no he hecho más que trabajar y ahorrar, y me he tenido por un perfecto modelo de la más laudable de todas las virtudes, que es el gobierno de una casa. Nadie en el mundo puede echarme en cara nada malo, y ningún pobre que haya llegado a mi puerta podrá declarar que le dejase ir con las manos vacías. Ahora desearía saber de qué otra manera se puede ser. Yo me había figurado que el señor Párroco me reputaba por la persona más devota y virtuosa de la parroquia.

El respetable Párroco se vio precisado a explicarse con ella más terminantemente, a fin de inclinarla a mejorarse. Le demostró prolija y palpablemente que amaba sobre todo el dinero, y que esta codicia, que confundía erróneamente con la virtud de la parsimonia, sumamente loable, era una verdadera idolatría; que la ira brutal de que se dejaba dominar pertenecía al más detestable de los vicios, y que carecía enteramente de mansedumbre y de paciencia, virtudes las más amables e indispensablemente necesarias. Le dijo sin rodeos que con su avaricia y su cólera había causado innumerables horas de tristeza a su marido, despedido cruelmente a la pobre huérfana María y hasta a sus ancianos suegros, a quienes debió reverenciar y amar como a sus propios padres; que, en medio de sus cuantiosos bienes, de ningún modo había cumplido el deber de la beneficencia con el mendrugillo de pan o el puñadito de harina que daba por la ventana de tarde en tarde, muchas veces con el único designio de quitarse de la vista a los pobres; que, por el contrario, había desatendido este religioso deber, y nunca favoreció con un almud de trigo en la penuria a los pobres de solemnidad, sin embargo de haber ella encerrado en sus trojes muchas fanegas; que sus donativos por incendios u otras calamidades, si se comparaban con otros, habían sido siempre los más pequeños e insignificantes; que con su criminal usura había sacrificado su gran

Cuentos de Calleja

capital, con el que tanto bien podía haber dispensado, y acortándose ella misma la vida; que carecía precisamente de la principal prenda de un cristiano, cual es el amor a Dios y a los hombres; que sus idas frecuentes a la iglesia para asistir al oficio divino, si bien eran un deber muy santo, de nada podían servirle, puesto que con ellas no se había mejorado, y que sus oraciones, saliendo de un corazón seco, no podían ser aceptadas por Dios.

Pero ella no dejó explicarse más al celoso Párroco, y empezó a exclamar y aullar:

—¡Soy la criatura más desventurada del mundo—decía—, y nadie absolutamente puede tolerarme! ¡Pero nunca hubiera creído de mi propio director espiritual que también pudiera volverse tan enemigo mío! ¡Yo no le he hecho ningún mal, para que tanto me odie y por tan mala me tenga!

Contristado el buen Párroco, tomó el sombrero y el bastón y se fue.

—¡Oh!—decía—¡Cuán difícil es despertar las ideas y sentimientos del Cielo en una persona cuyo corazón está asido a la tierra! ¡Qué lejos está del reino de Dios, de la verdadera caridad y de la pura virtud! Con unas cuantas palabras recitadas de memoria cree amistar-se con Dios, y con unas pocas migajas de sus sobras se figura satisfacer todos sus deberes para con sus semejantes. Entretanto, su corazón permanece sin corregirse, y, en su ceguera, llega a reputar como virtud su mismo vicio. ¡Ah!—decía al pasar por delante del huerto y mientras echaba una ojeada hacia él—¡Cuánto se engañan los que opinan que para ser dichosos basta tener mucho dinero! ¡Esta rica labradora, con todo su dinero y bienes, no ha tenido en su vida ni una hora de las alegres que a miles pasó aquí la pobre María entre las flores de este huerto!

Aun tuvo mucho que padecer la labradora. Pasaba noches enteras tosiendo, sin querer, por avaricia, gastar unas gotas de vino o una cucharada de buen caldo, y en todos sus males no hallaba ningún verdadero consuelo ni contaba con energías para armarse de paciencia y resignarse a la voluntad divina. El señor Párroco hizo todos los esfuerzos imaginables para ponerla en mejor camino. En los últimos días de su vida estuvo algo más condescendiente y dio muestras de arrepentimiento; pero todavía el Párroco dudaba si se habría corregido. Al fin sucumbió en la más bella edad de la vida, ofreciendo un ejemplo patente de que los bienes temporales pueden hacer al hombre más bien desdichado que feliz.



La enferma que reposaba en el lecho estaba en un estado que infundía terror.

CAPÍTULO XXII

OTRO TRISTE ACONTECIMIENTO

La familia de los Condes había llevado consigo a María a la capital. Una mañana llegó al palacio un respetable eclesiástico, se hizo conducir hasta María, y le dijo que llevaba un recado para ella. Una persona muy enferma y que se hallaba muy próxima a la muerte deseaba hablar con María antes de fallecer, pues de lo contrario no podría morir tranquila, y la misma enferma quería descubrir a María quién era en realidad. Gran extrañeza causó en María esta comisión, y consultó a la Condesa sobre lo que debería hacer. La Condesa conocía al eclesiástico como varón muy piadoso y sabio, y ordenó a María que fuese. A instancias del eclesiástico, la acompañó el viejo Antonio.

María hubo de andar mucho antes de llegar a uno de los sitios más excusados del arrabal, hasta que por fin entró en una casa de escalera angosta y aspecto muy lóbrego. Tuvo que subir cinco tramos de escaleras, de los cuales los dos últimos eran tan oscuros, estrechos y ruinosos, que a María le causaron gran molestia. Entonces el eclesiástico se paró junto a una puerta, hecha no más que de toscas chillas claveteadas, y dijo:

—Aquí es. Descanse usted un poco, pues gran necesidad tiene de ello.

Le echó un poco de esencia de toronjil en el pañuelo, y después abrió la puerta.

María entró en una guardilla que no podía ser más desdichada. La excusados del arrabal, hasta que por fin entró en una casa de escama miserable tarima, con un colchón todavía peor, si tal podía llamarse, y al lado de la cama una silla rota, sobre la cual había un jarro de loza sin tapaderas ni asas, constituían todo el ajuar. Pero la enferma que reposaba en el lecho se hallaba en un estado que infundía terror. María creyó ver un esqueleto, que se movió, empezó a hablarle con voz espantosa y ronca, y le alargó una mano seca. María temblaba de pies a cabeza. Por último, a pesar de las oscuras expresiones pronunciadas con mucho trabajo, pudo comprender que aquella horrible figura era... Adela; Adela, que cuando se hallaba en el castillo de Eichburgo lucía como una bella rosa.

La infeliz, enterada por el eclesiástico de que María estaba en la ciudad con los amos, la hacía llamar para pedirle perdón por el lance del anillo, y no quiso dar antes su nombre, recelando que María repugnase acudir a su llamamiento.

La bondadosa María prorrumpió en un mar de lágrimas, y se desahogaba en protestas, asegurándole que todo desde mucho tiempo antes estaba perdonado y que no sentía más que íntima y dolorosa compasión. En prueba de que todo lo había perdonado, María quiso abrazarla y besarla; más el eclesiástico dio un grito, diciendo:

—¡Deteneos!—y alargó el brazo para desviar a María—¡Por amor de Dios!—dijo—¿Qué intentáis hacer? El veneno de esta enfermedad es contagioso.

—¿Pues qué enfermedad es?—dijo, espantada, la inocente María.

El eclesiástico bajó los ojos al suelo y se mantuvo callado; pero la enferma exigió que ningún secreto se guardara, pues, aunque tan desdichada había sido, todavía su desgracia podía servir de escarmiento para otros.

El eclesiástico habló entonces, contemplando pesarosamente a María.

—¡Ah, querida niña mía! Esta enfermedad es la consecuencia de los extravíos más deshonorosos. Formidable es la prostitución, cuando puede arruinar la más hermosa figura: esta espantable muerte es consecuencia de una vida licenciosa. Hija mía, usted todavía es joven y muchos le dirán que es hermosa. A veces les oirá usted producirse muy desvergonzadamente, alabar el vicio y disculparlo; verá usted no pocos malos ejemplos, y la seducción tenderá a usted lazos como una serpiente ponzoñosa. Acuérdesse usted toda la vida de este ejemplo. Vea usted aquí cuán infeliz hace el pecado. La memoria de este horrible aspecto puede preservar a usted. ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo traer aquí a todas las jóvenes de la edad de usted para precaverlas de igual peligro, y, sobre todo, ojalá pudiera mostrar esta espantosa figura a los malvados que con pretexto de amistad, amor, afición y complacencia sedujeron a esta muchacha, también inocente un día, y la perdieron tan horriblemente! ¡Desventurado el que para engañar a inocentes criaturas hace un elogio de tan indignos placeres!

Ya desde sus primeros años juveniles, mientras pasaba con sus amos la temporada de la corte, Adela había trabado reservadamente ilícitas relaciones con hombres libertinos. Cuando fue echada de Eichburgo se dirigió a la capital, y, enteramente prostituida, vivió largo tiempo en estrepitosos recreos, gastando lujosos vestidos que adquiría por malos medios; entonces contrajo aquella enfermedad. En el trascurso de ésta tuvo que vender por la décima parte de lo que habían costado sus vestidos, que eran todo su caudal, y abandonada después por todos sus antiguos amigos, hubo de consumirse en la mayor miseria. Todo esto lo declaraba ella misma en medio de las más ardientes lágrimas.

—¡Ah!—decía—¡He sido una gran pecadora, y he merecido mi desventura! ¡El principio de toda mi desgracia, y que a este fin me

ha traído, fue dejar de pensar en Dios, no escuchar nada bueno y no hacer caso de la voz de mi conciencia, gustando sólo de los afeites, adornos y placeres! ¡Ay!—exclamó, llorando de recio y con voz sorda y cascada—¡Ay de mí, si en el otro mundo me aguarda un tormento mayor todavía! Pero así como vos, generosa María, a quien yo tanto y tan espantosamente ofendí, me habéis perdonado, también espero que Dios me perdonará.

María volvió a casa muy asombrada, y no pudo comer, afectada de terror, de bascas y compasión. Vagaba siempre ante sus ojos la horrorosa figura, y de continuo resonaba en sus oídos la desaparecida voz. No se cansaba de decir dentro de sí misma:

—¡Y aquella espantosa figura era la misma Adela de otro tiempo, la hermosa Adela!

Entonces se acordó de su florido manzanito, que una vez destruyó la escarcha. Vínole también al pensamiento cuanto entonces y después le había dicho su padre en su desconsolado lecho de muerte, y de nuevo prometió a Dios solemnemente en su corazón vivir siempre casta e irreprochable.

No obstante, abogó por Adela con la señora Condesa, que le envió un médico, alimentos, ropas y todo lo necesario. Pero la enferma padeció aún los más acerbos dolores, y cuando ya por el terrible aspecto y el hedor de podredumbre de su cuerpo todavía viviente casi nadie podía acercarse a su lecho, murió a los veintitrés años de su edad.

CAPÍTULO XXIII

UN NUEVO ACONTECIMIENTO GOZOSO

A la siguiente primavera, cuando ya todo el campo se hallaba cubierto de verdor y flores, el Conde, con su esposa e hija, se trasladó a Eichburgo, y también María, que debía seguirlos en el viaje, ocupó su acostumbrado lugar en el coche al lado de Amalia. Cuando por la tarde llegaron cerca de Eichburgo y al reflejo del sol poniente María divisó de lejos la torre de la iglesia, el castillo de los Condes y su casa paterna, quedó muy afectada y no pudo contener las lágrimas.

—¡Ah!—decía—Cuando salí de Eichburgo, ¡cómo podía imaginar que había de volver otra vez! ¡Qué portentosamente sabe Dios arreglar todas las cosas, y cuán infinitamente bueno es!

Al tiempo de parar el coche a la puerta del castillo, los empleados y toda la demás servidumbre del Conde ya estaban prontos para saludar a su señor. También María fue muy gozosamente saludada: todos atestiguaron su regocijo al verla de nuevo, y la felicitaron por haber conseguido patentizar su inocencia. Pero el anciano bailío, con verdadera ternura paternal, la cogió de la mano, le pidió perdón

ante todos los circunstantes, rindió las gracias al Conde y a la señora Condesa por la generosa reparación de la injusticia ocasionada, y aseguró que también él, por tocarle la mayor culpa, trabajaría por expiar con todas sus fuerzas aquella falta.

María se levantó al otro día muy temprano, habiéndola despertado tan de mañana el contento y los hechizos de las auroras de mayo, que allí otra vez se le ofrecían perfectamente desde su ventana. Apresuróse a visitar su morada paterna y su querido huerto. Por el camino le salieron al encuentro varios muchachos de semblante alegre: aquellos mozos, a quienes cuando eran niños María había regalado flores, estaban ya tan crecidos que se quedó pasmada. Salieron a recibirla a la puerta del huerto el labrador y la labradora; la saludaron afectuosamente, y le refirieron lo satisfechos y complacidos que allí vivían.

—Una vez que usted estaba sin albergue—dijo el labrador con lágrimas de regocijo—, nosotros recibimos a usted en una choza, y ahora que nosotros hemos sido echados de nuestra morada usted nos da esta hermosa habitación para nuestra vejez.

—Sí, sí—dijo la labradora—; siempre es bueno ser afables y serviciales con los demás, pues no se sabe de cuánto podrán servirnos otra vez.

—Entonces—dijo el labrador—no pensábamos en ello, y tampoco lo hicimos por eso. Por tanto, siempre saldrá cierto aquello de: «Sed compasivos, y alcanzaréis compasión.»

María entró en la casa, y la salita y el sitio donde en otro tiempo su padre se sentaba despertaron en ella tristes recuerdos. Recorrió todo el huerto, y fue saludando como antiguos conocidos a cada uno de los árboles que su padre había plantado; pero especialmente se recreó en el manzanito, que a la sazón se hallaba cubierto de hermosas flores.

—¡Ah!—decía—¡Qué breve es nuestra existencia en la tierra! El hombre pasa por ella, y los árboles y las plantas le sobreviven.

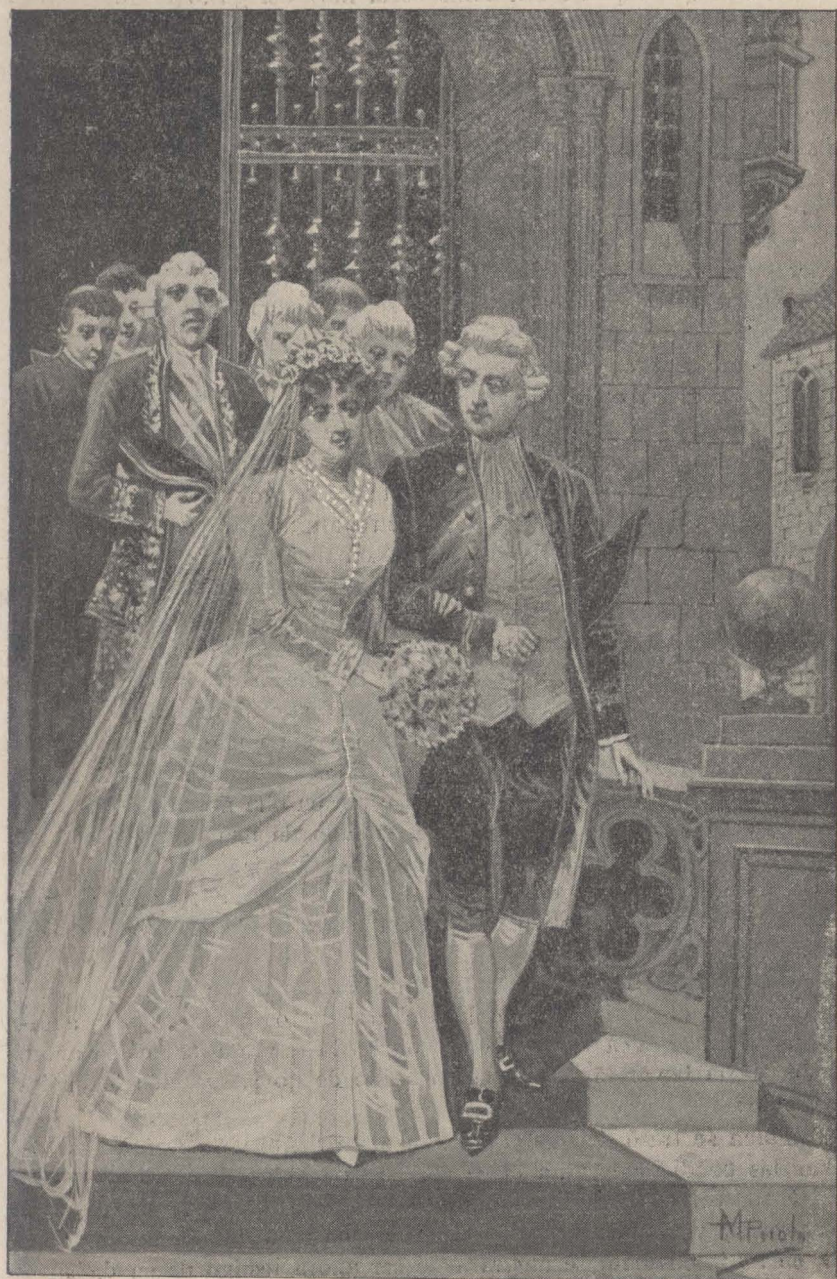
Se sentó bajo la enramada donde había pasado tan dichosas horas con su padre. Mientras examinaba alrededor todo el huerto que su padre había cultivado con el sudor de su rostro, le pareció estar viéndole allí todavía vivo y alegre. Tributo a su memoria algunas piadosas lágrimas; pero con serenidad y corazón consolado pudo pensar que se encontraba en mejores regiones y allá segaba lo que aquí había sembrado.

María pasaba allí todas las primaveras algunas semanas al lado de Amalia, honrada y querida de todos. Una mañana que, sentada con Amalia junto a la mesita de labor, ambas se ocupaban muy afanosas en acabar un vestido, entró en el aposento muy ceremoniosamente el señor bailío, con la particularidad de que, siendo día de trabajo, iba

vestido todo de grana y con peluca recién aderezada. Amalia y María se miraron una a otra, asombradas y sin saber lo que aquello significaría. El bailío dijo que trataba de hacer a la joven María una propuesta de gran importancia. Dirigiéndose entonces a ella, empezó manifestando que su hijo Federico le había declarado el día antes que sentía inclinación por María en razón de su noble corazón y excelentes prendas, y que se tendría por dichoso casándose con ella. Como buen hijo, nada había querido decir a la joven acerca de su inclinación y miras hasta asegurarse primero del consentimiento paternal que imploraba. Inmediatamente, con gozo y de todo corazón, el padre había dado el consentimiento, y se había encargado de interceder por su hijo y solicitar la mano de María.

Este enlace—prosiguió el bailío con lágrimas en los ojos—le era tanto más agradable, cuanto que así podía reparar en cierto modo la injusticia que había cometido una vez con María y las muchas horas de pesar que le ocasionara. Esperaba que la joven no daría una negativa a su hijo, y que no tomaría fundamento para desechar la propuesta en el agravio que le había inferido el padre por error, y quizás inspirado por su mucho celo en la administración de justicia.

Calló, aguardando la respuesta de María. María quedó sorprendida con la propuesta, y al punto no supo qué debía contestar, poniéndose por instantes más y más encendida. El hijo del bailío era un mozo muy aventajado, que con extraordinario aplauso había terminado su carrera y adquirido raros conocimientos, ya en la misma Universidad, durante cuyos estudios se había enterado de los negocios del gobierno. Sus costumbres eran enteramente irrepreensibles, poseía un corazón noble, modales muy finos y amables y, además, bella figura. Había hablado varias veces con María desde su vuelta a Eichburgo en el jardín del castillo del Conde, al cual solía bajar con el señor después de comer. Siempre le había mostrado miramientos y preferentes atenciones. María presentía también que le tenía cierta inclinación, y abrigaba el pensamiento de que con él sería feliz. Mas no prestó oídos a estas ideas: era modesta, y creía que sus deseos no debían elevarse a tanto. Así, pues, tuvo mucha cautela en no dejar prender en su corazón inclinación alguna, que de nada hubiera servido sino para turbar su reposo, y desde entonces evitó con sumo cuidado encontrarse con Federico en el jardín del castillo. Aunque era conforme a sus deseos la propuesta que acababan de dirigirle, con todo, hacía-sele imposible declararse inmediatamente. Con virginal decoro, encendidas mejillas y balbuciente voz, dio a entender que la tenía confusa aquella honorífica propuesta, y pedía tiempo para pensarlo, pues también debía tratarlo con el señor Conde y la señora Condesa, quienes hacían con ella las veces de padre y madre.



La boda de María.

Cuentos de Calleja

Esto satisfizo al prudente bailío, que se retiró muy complacido. No dudaba que aquel matrimonio sería muy del gusto de los señores Condes. Fuese a ellos acto continuo, y ambos le oyeron con sumo placer. El Conde dijo:

—Mi querido señor bailío: efectivamente, usted nos da una noticia muy placentera. Mi esposa y yo a solas ya lo habíamos hablado muchas veces, diciendo que el insigne Federico y la muy amable María congeniarían perfectamente; pero nos guardábamos mucho de darlo a conocer. Temíamos que en nuestro deseo pudiera verse un mandato, y en asuntos de casamientos detestamos de todas veras cuanto pueda tener el menor asomo de violencia. Mas ahora experimentamos suma complacencia en que nuestro deseo se haya cumplido sin mediación nuestra.

La Condesa dijo entonces:

—Doy a usted el parabién, señor bailío. En María lleva usted la mejor nuera, y su hijo de usted la mejor esposa. María está educada en la escuela de las precoces adversidades, que es la mejor de todas. Por todas partes se hallan hombres también muy buenos. En todos tiempos, aun las personas que por su natural carácter son buenas, con las desgracias se acrisolan y vuelven mejores. María es humilde por inclinación, no ha gustado nunca de adulaciones, es el alma más modesta y ajena de presunción que he conocido; es benigna, afectuosa y de todo corazón religiosa, lo cual es el fundamento de todo lo bueno. También ha estado acostumbrada desde la niñez al trabajo, y como ha ejecutado todos los quehaceres domésticos por sí misma, sabe muy bien gobernar una casa. En poco tiempo, y sin menoscabo de su virtud, se ha impuesto en lo que se llaman finas costumbres y buen modo de vivir. La inocencia y la hermosura están en ella muy amorosamente unidas, y bajo todos conceptos es el modelo de una perfecta ama de casa. Vuestro hijo será muy dichoso con María.

Dando por cierto el consentimiento de María, la Condesa empezó inmediatamente con particular empeño a tratar de las disposiciones de la boda.

—Contribuiré—dijo—a solemnizar en gran manera la boda. Daré la comida en el castillo, y también cuidaré de los preparativos y adornos nupciales. —Vea usted—decía sonriendo—, vea usted cómo ahora puede María llevar la sortija como anillo de novia. ¿Quién lo hubiera creído?

También se trató de que el Párroco de Erlenbrunn se encargase de echar las bendiciones para el casamiento de María.

—Esto—dijo la señora Condesa—causará a la novia una alegría inesperada; y también el noble Párroco, que tanto interés se tomó por ella en su infelicidad, se alegrará de ser ahora testigo de su dicha.

El canastillo de flores

El día de la boda fue uno de los más festejados que se habían conocido en Eichburgo. A la hora señalada, toda la familia del Conde se dirigió a la iglesia, donde ya se encontraba reunida una crecida muchedumbre de gentes de todo el condado de Eichburgo. Nadie que no tuviese impedimento quedó en su casa, pues a los ojos del mundo era una cosa extraordinaria que una pobre muchacha, metida algunos años antes entre cadenas y en prisiones, hubiera conseguido semejante honor.

Amalia acompañó hasta la iglesia a su amiga virginalmente coronada, creyendo que con esto nada perdería en el buen parecer. Realmente, ganó mucho con ello en amabilidad para con el pueblo, y todo el mundo la estimó más desde entonces por su llaneza y popularidad.

María, coronada de rosas blancas y encarnadas y vestida con un traje de color violeta, estaba de un semblante que lucía más amorosamente que todas las rosas. Con los ojos modestamente bajos y hermosa como un ángel llegó al altar al lado de su gallardo novio, de muy alta y gentil estatura, atrayendo ambos sobre sí las miradas de todos. No lejos de los novios estaba de pie a un lado del altar el antiguo cazador Antonio. Al contemplar la lozana novia de indecible hermosura, se le representó la espantosa figura de Adela en su agonía.

—¡Dios mío!—decía—¡Si todos los que se hallan presentes hubieran visto a Adela, para compararla en el pensamiento ahora con María, conocerían a qué fin conducen los diversos caminos por donde anduvieron ambas doncellas!

Antes del solemne acto, el respetable Párroco de Erlenbrunn hizo a todo el concurso una hermosa plática. Primeramente expuso en pocas palabras la memorable historia de la novia y de su buen padre, y después ensalzó a la Divina Providencia, que con pesares nos forma en la tierra, con pesares nos guarda de muchos extravíos, nos ejercita en la piedad, confianza, humildad y paciencia y nos dispone a los goces que nos señaló en este mundo, haciéndonos capaces y dignos de los eternos. Advirtió a los padres que criasen bien a sus hijos, que les inspirasen temor a Dios, amor a lo bueno y aborrecimiento a lo malo, pues una buena educación es el mejor patrimonio que pueden dejarles. Penetrando directamente en el corazón de los jóvenes, los persuadía a que vivieran religiosamente, reverenciaran a sus padres, conservaran la inocencia como la flor más hermosa de entre las virtudes juveniles, y que guardasen puntualmente todos los preceptos divinos, pues son como una mano que en el torcido camino que debemos hacer nos señala por dónde hemos de ir para lograr la felicidad y la salvación.

El banquete de boda, que se dio en el salón del castillo de los Condes, fue muy espléndido. En lugar del centro de plata que debía colo-



El monumento a Jacobo.

carse en medio de la mesa, con universal regocijo de los convidados apareció el cestito de flores. Amalia lo había adornado secretamente con las más hermosas flores y mandado ponerlo allí.

—Es, efectivamente —dijo el Párroco—, un bellissimo y muy gracioso recuerdo adornar la mesa de la novia con ese cestito de flores. Un adorno semejante, que en realidad hermosea la mesa mejor que el oro y la plata, es generalmente de una vista muy halagüeña. No es fácil que podamos ver en la tierra cosa más bella: llena todo ánimo piadoso de una emoción suavísima y le eleva al Cielo. Nos está pregonando al mismo tiempo la omnipotencia, sabiduría y bondad del Señor, pues Dios es quien ha dado a cada flor su forma, colorido y fragancia, y las embelleció con hermosura superior a la del rey más poderoso vestido con toda su magnificencia. Pero, este canastillo de flores se presenta aquí en esta mesa como una prueba especial de la Divina Providencia, pues Dios se valió de él para dirigir maravillosamente el destino de la novia y prepararnos a todos nosotros esta gozosa celebración de hoy. Aquel cuyo poder con razón admiramos en el carmín de la rosa, en el raso de la azucena y en el azul purísimo de la violeta, se nos muestra más gozoso todavía y amable en los destinos de nuestra vida, pues a veces se sirve de la cosa más frívola para librarnos de penas, salvarnos en un apuro, obligarnos a retroceder a la vista de lo malo o darnos un fuerte impulso hacia lo bueno, al paso que muchas veces permite al más insignificante suceso ser principio de una larga serie de importantes acontecimientos, y encamina hacia un fin los accidentes al parecer más diversos, de modo que si de una ojeada examinamos la vida de cada hombre, según es fácil hacerlo después de pasada, nos parecerá como un hermoso y coordinado conjunto, cual una maravilla de la omnipotencia, sabiduría y bondad de Dios. Yo creo que la virtuosa novia guardará el canastillo como una prenda de familia, y nunca podrá dejar de mirarlo con los más íntimos sentimientos de gratitud para con Dios. ¡Ojalá muchas alegres festividades de familia le den ocasión para llenarlo de flores, y ojalá que el canastillo pueda adornar nuevamente la mesa en la fiesta del aniversario de su boda dentro de cincuenta años!

CAPÍTULO XXIV

MONUMENTO A JACOBO

El monumento de Jacobo, que Amalia había prometido a María junto a la sepultura de aquel buen hombre, estaba ya terminado. Era muy sencillo y hermoso, trabajado en mármol blanco y adornado con una inscripción dorada, en la cual, después del nombre, condición y edad del célebre hortelano y cestero, estaban grabadas en grandes caracteres dorados aquellas notables palabras de Jesús: «Yo soy la

Cuentos de Calleja

resurrección y la vida: el que creyere en Mí, vivirá después de muerto». Entre estas palabras habían tallado en primoroso bajo relieve el cestito de flores por cuyo medio Dios había salvado a María de sus grandes pesares en el sepulcro de su padre. Amalia había dibujado el canastillo después de haberlo llenado recientemente María con las más hermosas flores, y entregó al escultor aquel dibujo, muy exacto. Debajo del cesto leíase también aquella memorable sentencia de la Sagrada Escritura: «Toda la majestad del hombre es como una flor del prado, que presto se marchita; pero la palabra del Señor dura por toda la eternidad». De lo alto del monumento alzábase una sencilla cruz dorada a fuego.

El alegre Párroco de Erlenbrunn presidió la colocación del hermoso monumento. Levantado entre las oscuras sombras de los abetos, hacía un efecto extraordinariamente bello, y luego que floreciendo el rosal sobre la sepultura extendió sus verdes ramas, también floridas, las cuales se recostaban sobre el blanco mármol como un recuerdo de abnegación, formóse un conjunto en que no cabía mayor lindeza. El mausoleo era el más bello adorno del cementerio, y perpetuó el recuerdo del hombre más honrado de la villa. Siempre al pasar por allí los aldeanos recordaban a Jacobo con simpatía. Cuando el Párroco bendijo el monumento exclamó:

—Ha sido muy acertada la idea de poner en bajo relieve las flores que con tanta solicitud cuidó el que en vida fue jardinero; pero reproducirla con ese cestito fue ocurrencia todavía más feliz. El canastillo tiene una significación más hermosa, y con razón los aldeanos lo miran como símbolo de una historia interesantísima, porque este suelo que pisamos fue regado con lágrimas muy copiosas.

Entonces contaba a los atentos forasteros la historia del cestito de flores, y la mayor parte se alejaban del sepulcro de aquel piadoso varón con tales sentimientos y resoluciones que no era dable mayor ternura. Asimismo sería muy de desear que los lectores y lectoras de este librito lo tuviesen en la mano con sentimientos y propósitos semejantes.

ÍNDICE

ROSA DE TANEMBURGO

	Página
CAPÍTULO I. — Rosa, educada por una buena madre	7
— II. — Rosa pierde a su madre	16
— III. — Rosa cuida de su padre	18
— IV. — Rosa es separada de su padre	24
— V. — Rosa se refugia en casa de un pobre carbonero	28
— VI. — Rosa, en casa del carbonero	32
— VII. — Rosa, puesta como zagala de carbonero	36
— VIII. — Rosa busca acomodo en una fortaleza enemiga	40
— IX. — Rosa, doncella de servicio	44
— X. — Rosa entra en la prisión de su padre	48
— XI. — Rosa se da a conocer a su padre	52
— XII. — Rosa alivia la desgracia de su padre	56
— XIII. — Rosa escucha las amonestaciones de su padre	62
— XIV. — Heroísmo de Rosa	66
— XV. — Magnánimos sentimientos de Rosa	70
— XVI. — Descúbrese el noble nacimiento de Rosa	74
— XVII. — Rosa implora la libertad de su padre	77
— XVIII. — Rosa anuncia a su padre la libertad	84
— XIX. — Rosa y su padre reciben sus bienes	90
— XX. — Destino ulterior de Rosa	96

GENOVEVA DE BRABANTE

CAPÍTULO I. — Genoveva se casa con el Conde Sigfredo	105
— II. — El Conde Sigfredo marcha a la guerra	108
— III. — Genoveva, inocente, es acusada	111
— IV. — Genoveva, en la prisión	113
— V. — Genoveva es madre en la prisión	114
— VI. — Genoveva recibe el anuncio de su próxima muerte	118
— VII. — Genoveva es llevada a ejecutar	120
— VIII. — Una cierva libra de morir de hambre a Genoveva y a su niño	124
— IX. — Solitaria vida de Genoveva en el desierto	128

Indice

	Páginas
CAPÍTULO X.— Regocijos maternos de Genoveva en el desierto .	132
— XI.— Genoveva obtiene por medio de un lobo un vestido de abrigo	139
— XII.— Genoveva cae enferma en el desierto	143
— XIII.— Genoveva se prepara a la muerte	148
— XIV.— Pesadumbre del Conde Sigfredo por su esposa Genoveva	153
— XV.— El Conde Sigfredo halla nuevamente a su esposa .	159
— XVI.— Entrada de Genoveva en el alcázar de Sigfredo .	165
— XVII.— Genoveva ve otra vez a sus ancianos padres . .	173
— XVIII.— Los padecimientos de Genoveva traen la prosperidad a todo el país	178
— XIX.— Fatal destino de Golo	180
— XX.— Conclusión. Una palabra más sobre la cierva .	184

FRIDOLÍN EL BUENO Y THIERRY EL MALO

CAPÍTULO I.— Los cazadores furtivos	186
— II.— El corzo	189
— III.— Los padres de Fridolín	192
— IV.— El herido	195
— V.— El socorro del cielo	196
— VI.— El encuentro	199
— VII.— La caridad de los nobles	202
— VIII.— La educación de Thierry	205
— IX.— El pillete	209
— X.— Los bandidos	215
— XI.— Preparando un robo	224
— XII.— Dios protege a los buenos	229
— XIII.— Historia y fin de los tres bandidos	234
— XIV.— Arrepentimiento de Thierry	240
— XV.— Thierry y su madre	247
— XVI.— Felicidad de Fridolín	251

EL CANASTILLO DE FLORES

CAPÍTULO I.— El anciano Jacobo y su hija María	257
— II.— María, en el castillo del Conde	262
— III.— El anillo hurtado	266
— IV.— María, en la cárcel	270
— V.— María, en presencia del Tribunal	274
— VI.— Jacobo, con su hija María, en el calabozo	278
— VII.— La sentencia y su consumación	281
— VIII.— Un amigo en la necesidad	284

Índice

	Página
CAPÍTULO IX.—Expedición de Jacobo y María	286
— X.—Alegres días de Jacobo y María en la <i>Granja de los Abetos</i>	288
— XI.—Enfermedad de Jacobo	292
— XII.—Muerte de Jacobo	299
— XIII.—Nuevos quebrantos para María	303
— XIV.—María es despedida	305
— XV.—Socorro bajado del Cielo	310
— XVI.—De cómo había venido hasta el cementerio la Condesa Amalia	312
— XVII.—El anillo, hallado	315
— XVIII.—Cómo las personas generosas reparan un agravio	319
— XIX.—Una noticia más que es digna de recordarse en esta historia	322
— XX.—Una visita a la <i>Granja de los Abetos</i>	325
— XXI.—Qué más pasó en la <i>Granja de los Abetos</i>	328
— XXII.—Otro triste acontecimiento	332
— XXIII.—Un nuevo acontecimiento gozoso	334
— XXIV.—Monumento a Jacobo	341

